Selecta



# Tan perversa como inocente

Laura A. López

# Tan perversa como inocente

*Laura A. Lopez*

Selecta

SÍGUENOS EN

megustaleer

 @megustaleerebooks

 @megustaleer

 @megustaleer

Penguin Random House Grupo Editorial

# Capítulo 1

*Besar muchos sapos es la única manera de encontrar a tu verdadero príncipe.*

La irreflexiva mente de Eloise era un misterio hasta para ella misma, el modo en que la habían criado, como si fuera la única mujer valiosa en toda Inglaterra, había repercutido negativamente en su vida. Era altanera, frívola y poco recatada, para el dolor de cabeza de su padre y su madre, quienes no olvidaban el refrán «cría cuervos y te sacarán los ojos».

—¡Pepper! ¿Estás escribiendo lo que te digo? —berreó Eloise, cuestionando a su mejor amiga.

—Mmm... Sí... Creo que dijiste «los labios de lord Wislet saben a... naranja rancia» —respondió lady Payton, mejor conocida como Pepper por Eloise; eran amigas desde la escuela de señoritas, inseparables en los eventos sociales.

—¡No dije rancia! ¡Dije podrida! ¿Ves como no me escuchas con atención? Hay una gran diferencia. ¿Cómo es que no lo comprendes? Ah claro, aún no has besado a ningún caballero como para comparar una dulce fresa con un limón agrio.

—Creo que mi reputación está en decadencia juntándose con la tuya, Eloise, que ya prácticamente no tienes ninguna. Es nuestra segunda temporada y yo no puedo pescar siquiera un resfriado, y sabes cómo lo necesito, pero no lo conseguiré ni por más que mi dote sea todo el oro del mundo —dijo Pepper con tristeza.

—Puede que tengas razón, nadie quiere una niña enferma como esposa. Los hombres quieren a mujeres bellas y saludables, y creo que tú careces de ambas cosas —agregó Eloise, mirándose frente al espejo y observando su hermoso cabello negro y sedoso, sus mejillas rosas, sus ojos azules, labios rojos y una piel más hermosa que la porcelana fina.

—Lo sé, soy consciente de mis propias carencias —alegó su amiga con el rostro avergonzado.

—¡Basta! Deja la cursilería, siempre existe alguna excepción, encontrarás a alguien.

—Si eso no sucede el próximo año... Puedes decirme adiós para siempre, recluida en un convento por mi padre. Ninguna mujer de su familia había ido a una segunda temporada.

—Recuerdo su infarto al día siguiente, ¿o su infarto fue porque me acerqué demasiado a él? Ya no sé ni por qué había sido.

—Eres mala, Eloise, mi padre casi se muere. Estoy segura de que fue por mi paso a segunda temporada, tú no tienes problemas de pretendientes.

—No los tengo, pero los diez cupos anuales de besos no surtieron el efecto deseado en mi primera temporada.

—¿De qué estás hablando? ¡Tuviste una veintena de propuestas! Entre ellos barones, condes, vizcondes, marqueses y duques.

—Pero si la mayoría eran adefesios de colección. ¿Cuántos años tenía el más joven de los duques? ¿Doscientos? Matusalén es más joven que todos esos juntos, ¡por favor, Pepper! Si me casaba ya sería viuda con todos esos carcamanes a cuestas…

—No estaban tan mal. El duque de Kent tiene como cuarenta años y apenas posee canas, es muy atractivo.

—Mmm... —gruñó Eloise, pensando—, puede que me fije mejor y le dé una oportunidad en la próxima temporada, a mí no me urge casarme.

—¡Qué bendición! Continuemos, debo escribir tus delirios.

—Bien... Estábamos en que lord Wislet al parecer carecía de higiene bucal, pese a ser uno de los condes más agraciados, su aliento pestilente dejaba mucho que desear; queda descartado para una próxima oportunidad —dijo Eloise, peinándose el cabello.

—No sabía que él tuviera tan mal aliento —comentó Pepper, cerrando el diario.

—Pues bien, las apariencias engañan a veces, y lo sufrí, es el castigo seguro del que habla mi padre, pero no lo escucho con mucha frecuencia.

—Eso lo sabemos, ahora ya me iré, al parecer el clima nos traerá gotas. —Miró Pepper por la ventana.

—¡Lloverá! Dilo como es... Deja el drama. —Eloise volteó los ojos.

—Te veo mañana, no te pierdas la velada nocturna.

—Como si fuera que me la perdería. No hay una celebración donde yo no vaya. —Caminó sonriendo mientras Pepper se alejaba—. ¡Pepper, espérame, voy contigo!

Ambas bajaron corriendo y cuchicheando por las escaleras de la mansión de lord Luke Clement, padre de Eloise.

—¡Pepper! —habló Luke—. No debes agitarte mucho, si te pasa algo tu padre pedirá mi cabeza.

—¡Lo siento, milord, es cierto! Debo irme, o me mojaré. Adiós, Eloise, nos vemos —se despidió Pepper, escuchando un trueno a lo lejos.

—Jovencita, debes tener cuidado con esa niña, es enfermiza y tú no tienes control sobre nada.

—Usted, padre, ¿no cree que está exagerando la enfermedad de Pepper? Nadie la deja ser libre, la pobre viste harapos, aparte de que no es una belleza andante y tiene que esforzarse para poder tener un esposo, la recluyen por enferma y ella se resigna.

—¿Y qué quieres? ¿Qué sea como tú, Eloise? Payton es una joven recatada, culta, inteligente...

—¡Pues yo también lo soy! Si usted, padre, reniega de mi forma de ser, ¡quédese con su perfecta Pepper! —dijo dándole la espalda de forma altanera para ir a la biblioteca.

—No es eso, Eloise, pero no te mides. Quiero un buen matrimonio para ti, pero si sigues pensando que tu forma de actuar es correcta te darás un fuerte golpe en la cara.

—Sin ambiciones la vida no es nada, padre. Yo sueño con ser alguien, la esposa de hombre importante y adinerado, que me pueda dar lo que deseo. Hablando de eso, padre... —se pausó—, necesito un vestido nuevo y joyas ¡nuevas! No se mida. Recuerde que quiere lo mejor para mí —continuó cínicamente y caminó hacia la biblioteca.

La vida de una simple jovencita, gracias a la providencia y las amistades que tenía, estaba dentro del mundo de la aristocracia, donde ella quería estar. Quería lucir los vestidos más opulentos como las grandes duquesas o marquesas que había en Londres.

Siempre las observaba cargadas de glamoroso toque, al igual que sus hijas, salvo Payton que era la excepción a toda regla; su amiga era desarreglada e insípida. Durante años había sido su amiga por beneficio, pero con el tiempo le había cogido cariño.

—¡Aburrido! ¡Aburrido! ¡Y simplemente aburrido! —se quejó arrojando uno por uno los libros que había en el estante. Ninguno era de su agrado, todos hablaban sobre el amor, pero ella no quería saber de él, porque simplemente no lo comprendía.

Su padre le había dicho que el amor la haría feliz, pero el amor no podía comprar cosas que ella deseaba, esas cosas se compraban con dinero: joyas, vestidos, grandes fiestas, y los esposos eran unas marionetas que debían ocuparse de que sus esposas estuvieran contentas.

Ella había decidido no privarse de vivir “el susodicho amor” por lo que empezó a besar a todos los caballeros que le interesaban y a describir las sensaciones que le producían sus besos, su aroma y su sabor.

Hasta el momento había pasado de todo, eran los riesgos de su ritmo de vida. Un hombre sin todos los dientes, con mal aliento, que no supiera besar; solo había besado puros sapos. Pero tenía un límite, se fijaría en los jóvenes de como máximo treinta años, más de eso era como besar a su abuelo.

La ventaja que tenía sobre las demás damas era que ella podía escoger y no ser escogida, ella se había hecho de un abanico de posibilidades único para encontrar un esposo y la gente que la creía libertina y descarada le interesaban poco, ella perseguía sus objetivos le doliera a quien le doliera.

—¡Este! —dijo agarrando un libro—. Intrigante, mejor que el meloso romance —expresó sonriente. Le dedicaría unas horas a la lectura y luego buscaría alguna actividad que contribuyera con el logro de sus objetivos.

Su esfuerzo por leer un libro no fue lo suficiente para avanzar tres páginas, se había quedado dormida y una doncella la despertó para asearse.

Ella debía asearse sola. Su padre le había puesto de condición que si quería lujos, ella no tendría una doncella porque ese dinero lo destinaría a sus caprichos. El viejo era un codo con el dinero, pero unas lágrimas aquí y otras allá solucionaban el problema de raíz.

Llegó a su habitación y vio su diario, en el cual Payton escribía sobre sus andanzas.

Fiesta de Pistburg.

Lord Falkes, un irreverente y pomposo caballero, cuyo buen porte me atrajo de manera en que

me vi en la necesidad de dirigirme a él con delicadeza y sinceridad a que me dejara probar sus labios y saber si era el indicado, a lo que él contestó:

—Siento tener que rechazar su proposición, señorita Eloise, pero estoy comprometido con lady Ailine.

—Es una pena, milord, ¿pero no lo haría usted solo para complacer a esta pobre jovencita que busca el amor?

—No me coloque en un aprieto, señorita. Conozco su reputación, con el simple hecho de que me vean con usted, mi compromiso puede caer.

—¿No siente lo apasionado, lord Falkes? ¿No cree que sea muy joven para atarse a un matrimonio? —intentó persuadirlo Eloise, parpadeando rápidamente.

—¡No puede ser que sienta compasión por la ladrona de besos! —se reprochó el hombre, pero él también se sentía deseoso de probar los labios de aquella beldad. Sus exóticos labios rojos y ojos azules eran irresistibles.

De cierto modo, entendía por qué algunos habían caído en sus redes, y quedaron prendados, se murmuraba que sus labios eran como la más suave de las telas y la miel más dulce, pero también eran como un vicio.

Eloise se acercó a los labios de lord Falkes y lo besó lentamente.

Anotaciones:

«Dulcemente irreverente, es la humilde opinión de una experta. Lord Falkes será un manjar que lady Ailine podrá disfrutar».

Al acabar el beso lord Falkes le sonrió.

—Era cierto lo que dicen de usted...

—¿Y qué es lo que dicen, milord? —cuestionó con fingida inocencia.

—Que sus besos pueden producir adicción.

—Eso lo tienen en la cabeza porque no tiendo a besar al mismo caballero dos veces, un sapo es un sapo, milord, es una lástima que usted ya esté comprometido, he disfrutado de su compañía —dijo sonriente—, y si quiere volver a la fiesta, límpiese el carmesí de los labios.

El hombre rápidamente se limpió los labios para que su prometida no supiera que había sido una víctima elegida por la ladrona de besos.

Eloise pasó a la siguiente hoja.

«Las damas remilgadas me miraban como si fuera de otro origen, mientras retocaba mi peinado».

—¿Qué observan? —preguntó con altanería.

—¡Indecente! No sé cómo la invitan —dijo una de las damas de su edad.

—¡Estoy horrorizada de que me llamen indecente! —Rio a carcajadas—. Que yo busque entretenimiento y ustedes lo esperen, es su problema. Puedo darles clases de cómo besar si gustan, ¿qué dice, lady Ailine? Lord Falkes tiene muy buena pinta para besar.

Lady Ailine la miró horrorizada.

—¡No se atreva a tocar a mi querido lord Falkes con sus podridos labios! —exclamó lady Ailine.

—No lo haré, aunque si me agrada, puede ser. Ahora, si me permiten... —se abrió paso entre ellas—, iré a buscar una pobre víctima —se burló de ellas.

—¡Se lo advierto, no toque a mi prometido! —advirtió de nuevo escandalizada.

Ella solo le dio su sonrisa cínica y salió de ahí.

Cerró sus anotaciones, y se recostó sonriendo en la cama. Cuánta diversión le producía molestar a esas damas, tenía el gusto por donde quisiera. Sabía que su reputación estaba en decadencia, pero quien la aceptara, lo haría con todo y el peso de la sociedad en sus hombros.

—¡Señorita Eloise, señorita Eloise! —la llamó la doncella con un presente en las manos.

—¡Un regalo! —Se emocionó al ver el paquete.

—¡Sí! Ábralo, veamos qué le han enviado.

Eloise, con una enorme sonrisa en la cara, quitó el envoltorio de un estuche de joyas. Ella lo abrió y era un hermoso juego de perlas.

—¡Está hermoso! ¿Quién lo envía, Mary?

—La tarjeta dice Lord Wislet.

—Tiene mal aliento, pero muy buen gusto —expuso burlona.

# Capítulo 2

## *India*

Ferdinand juntó bastante riqueza en los cinco años que llevaba como comerciante textil. Estaba ultimando los detalles para poder abrir su propia fábrica en Inglaterra, ya que quería volver a sus raíces.

Recordó cómo había salido de Londres, con una mano al frente y otra atrás, quebrado, prácticamente con lo que tenía puesto, hasta que su amigo Alan Craig lo ayudó a planear una nueva vida. Se hicieron socios y buscaron nichos de negocios para invertir dinero.

Su padre había perdido todo lo que tenían antes de morir, lo poco que les había quedado estaba en ruinas por no poder mantenerlo, pero él lo recuperaría todo. Normanby sería lo mismo de antes, y aún con más.

Había pensado cuál era la mejor forma de volver a su país, si se iba solo con la riqueza obtenida, pronto se le terminaría, en cambio si la invertía en su negocio aquella seguiría dando muchos frutos; podía dotar a su hermana para que fuera bien casada, y a su pobre madre para que dejara de preocuparse por él.

—Madre querida... —saludó Ferdinand, besando la mejilla de lady Nathalie.

—¡Ferdinand, querido! ¿Cómo te fue? —preguntó angustiada.

—Adivine, madre —dijo fingiendo tristeza.

—Moriremos aquí, en un país extranjero...

Él negó con la cabeza y sonrió.

—¡Ya está todo listo para que la fábrica empiece a trabajar en un año! —comunicó feliz.

—¡No puede ser! —Corrió para abrazarlo.

—¡Volveremos a Inglaterra, madre! Usted volverá a los salones y podremos presentar a Micaela en sociedad.

Lady Nat comenzó un llanto imparable, no podía con la desbordante felicidad que la embargaba después de tantos años de penurias y privaciones; volverían a donde pertenecían.

—¡Micaela! ¡Micaela! —gritó fervientemente la marquesa.

Micaela apareció por la puerta asustada con el bordado en la mano.

—¿Le sucede algo, madre? ¿Por qué llora? —preguntó abrazando a su madre.

—¡Volveremos a Londres! ¡Tu hermano lo logró! —exclamó entre risas y lágrimas.

Ella soltó su bordado, tapándose la boca con ambas manos, no podía creerlo.

—Voy a trabajar para una generosa dote para ti, Micaela, no tendrás que casarte nunca con un pelagatos —dijo burlón Ferdinand. Pues su hermana tenía terror a casarse con alguien que ella no quisiera—, podrás elegir, y averiguaré si no es un cazador de dotes, te lo aseguro.

—¡Oh, Ferdinand! —Lloró su hermana de diecisiete años.

Los ojos verdes de Micaela lo miraban felices, había vida en ellos nuevamente, su piel blanca relucía, se veía más hermosa que nunca.

Ferdinand, en cambio, había quedado rubio tostado, con ojos verdes. Él no era un hombre de belleza angelical, pero tenía un rostro de rasgos fuertes, y una “belleza extraña” que atraía a las damas. Pudo haberse tranquilamente convertido en un cazador de dotes para salir del apuro, damas no le faltaban, pero prefirió el camino de la lucha y el sacrificio antes que el camino fácil, y por una convicción extraña quería casarse por amor.

Sus padres eran un típico matrimonio por conveniencia, que los condenó a la infelicidad. Su padre tenía amantes hasta bajo las piedras, mientras que a su madre la hacía pasar penurias. En Londres todos sabían las andanzas del marqués de Normanby hasta que un día lo encontraron muerto en un prostíbulo, y llamaron a la marquesa para que se hiciera cargo de su esposo. Desde aquel momento la reputación de aquella familia fue de mal en peor, cayendo más bajo, hundiéndose en el lodo de los chismes y la falta de consideración.

La sociedad de doble moral aceptaba obligada a sus padres por ser nobles, pero realmente los despreciaban; las invitaciones cada vez disminuyeron más, hasta excluirlos totalmente por las inmoralidades de su padre, razón de peso para preferir un matrimonio por amor antes que uno por simple conveniencia.

—¡Debo empezar a verlo todo!

—Madre, recuerde que casi todo nuestro dinero está invertido en la futura fábrica, y la otra parte en aumentar el valor de nuestras propiedades, reavivar los cultivos y el ganado, será muy limitado nuestro movimiento en Londres para evitar gastos superfluos.

—Es decir... ¿Ningún vestido para tu madre y tu hermana? —preguntó la marquesa con tristeza.

—Lo justo y necesario, ni más ni menos, debemos de armarnos de reputación para ir escalando nuevamente, madre, piénselo.

—En lo único que mi mente puede pensar ahora es en una esposa para ti, una muy buena, dulce y humilde que vaya contigo, un hombre trabajador y honesto.

—¿Cree que en Londres encontraré alguien que vea más allá del título? —indagó dudoso.

—¡Estoy segura! Además, si es muy buena y tiene una excelente dote, servirá para invertir más en el negocio, le darías cosas mejores invirtiendo ese dinero, es una excelente forma de convencer a una dama para que sea tu esposa.

Ferdinand parecía pensarlo, esa era una buena idea, pero él no era un cazador de dotes, definitivamente no, si las cosas se daban, todo saldría bien y tendría dinero, reputación, una

esposa cuidadosa, honesta y recatada; solo esperaba que no fuera muy difícil de conseguir lo último.

Él besó a su madre y hermana que estaban emocionadas por cambiar sus vidas y él también estaba completamente extasiado por volver a ver a sus amigos y a sus tierras.

Se encerró en su despacho para realizar más cuentas y presupuestos de gastos, lo tenía todo estructurado. Era muy quisquilloso y puntilloso con aquello, no estaba dispuesto a pasar necesidades ni hacer pasar necesidades a las mujeres de su vida, no quería que su hermana por desesperación en algún momento tuviera que vender su cuerpo y su madre trabajar de doncella o ama de llaves, institutriz, etc.

Podrían tildarlo de tacaño, poco agraciado, serio, antipático, pero él era el único que sabía dónde le apretaba la bota, nadie más era capaz de ponerse en su lugar, solo eran capaces de juzgarlo.

Lo primero que haría para ganar un poco de repercusión social sería enviar a su amigo Alan una carta para comentarle que volvería a Londres y que hiciera correr la voz. El chisme enemigo se volvería un aliado, incluso para conseguir gente que invirtiera en su negocio.

Él no era el muchacho tonto que no sabía de dónde salían los recursos. Con veintiocho años era un viejo lobo en los negocios, aunque también parecía un hombre de ochenta años en un cuerpo de veintiocho, era poco dado socialmente, conservador, nada parecido al prospecto de libertino que iba teniendo a los veintitrés años cuando estaba en Londres.

La vida lo maduró rápidamente al caerle el peso de las deudas, una hermana, una madre, y un futuro incierto económicamente. Para su fortuna, tuvo el coraje para enfrentarse a todo y tomar la decisión de vender las pocas joyas que quedaban y viajar a la India, que se había convertido en una tierra de oportunidades, pero no lo consideraba su hogar, se sentía extraño aún después de cinco años de sacrificio y trabajo duro.

Trabajó en las minas como un esclavo para conseguir dinero para darle de comer a su familia, no quería aprovecharse de la generosidad de Alan más de lo que ya lo hacía.

Después se metió al rubro textil y ahí comenzó a crecer con Alan, quien lo convirtió en su administrador y luego en socio, hasta que él había decidido independizarse ofreciéndole a Alan ser su socio en su negocio propio. No podía darle la espalda al hombre que le tendió la mano cuando lo necesitó.

*Estimado Alan:*

*Tal y como lo tenía planeado estaré partiendo próximamente a Inglaterra. En un año se habilitara la fábrica y ya podré hacerme cargo sin problema.*

*Mi agradecimiento extendido hacia ti por guiar mis recursos de manera correcta, no podría haberlo hecho sin tu experiencia y ayuda, tu informe sobre cómo se encuentran las propiedades Normanby me han golpeado anímicamente, pero no decaeré en mi búsqueda de un mejor futuro para mi familia, la lucha no termina.*

*Nos estaremos viendo pronto, mi viejo amigo, mis saludos a tu dulce esposa, y a tus hijos, espero hagas correr la voz de mi vuelta, necesito tener a la sociedad de mi lado si quiero un buen matrimonio para Micaela y una esposa para mí.*

*Tu amigo,*

*Ferdinand*

Selló la carta, y luego la llevó hasta el recibidor para llevarla al correo más tarde. Se tomaría un merecido descanso, muchas emociones para un solo día.

***

El conde de Gosford tocó la puerta de la mansión del padre de Eloise.

—Milord —dijo el mayordomo abriendo la puerta.

El hombre pasó hasta casi la sala con rapidez.

—¿Dónde está Luke?

—En su despacho, milord —respondió el empleado, y el conde apresuradamente se dirigió ahí.

Abrió la puerta sin mucha fineza y se metió en el despacho.

—¿James? —habló sorprendido Luke, viendo a su hermano.

—Vengo a hablarte de algo muy delicado.

—Pues te escuchó, siéntate... ¿Sobre qué quieres hablarme?

—Sobre tu hija, Eloise.

Luke se tomó la frente. Si el hombre cabeza de los Gosford estaba ahí definitivamente no era algo bueno.

—¿Qué sucede con ella? —indagó haciéndose el desentendido.

—¡Sabes lo que sucede con tu hija! —acusó señalándolo con el dedo—. Está hundiendo la reputación de nuestra familia con su inapropiado comportamiento.

—¿Has visto a mi hija haciendo las cosas que se comenta que hace? —preguntó Luke, sabiendo que eran solo rumores.

—¡Son rumores que arruinan nuestra reputación! No la han visto aún, pero pregúntate, ¿por qué se ensañan con tu hija? ¿Solo por diversión? La sociedad suele inventar muchas cosas, pero no siempre están lejos de la realidad —dijo el conde con enojo—. ¡Si tú no le pones un límite yo tendré que hacerlo!

Luke puso los codos sobre el escritorio.

—Hago lo que puedo con Eloise. ¿Qué más puedo hacer?

—Le aumentaré quince mil libras a su dote, con lo que tiene más eso definitivamente se irá. No la quiero otra temporada más hundiendo a la familia. El próximo año debuta Alanis, y no quiero que de ninguna manera confundan a mi hija con la tuya, y te repito por última vez: no

quiero una tercera temporada para ella, se casa porque lo hace o se irá de Londres —informó el conde—, de ninguna manera permitiré lo que hacen los padres de lady Payton dejando que se junte con tu hija, esa niña ya no tiene reputación a eso hay que adherir su aspecto, será un florero de por vida por culpa de Eloise.

—Sé que Eloise es un poco franca y mordaz con las demás damas, y que a eso se deben los chismes que circulan sobre ella.

—¿Chisme? ¿Chisme? ¡Amenazó con besar a lord Falkes frente a su prometida! Hubo testigos de aquello. —Se alteró el conde—. Tu hija no es franca, es una descarada e inescrupulosa, solo piensa... ¡No sabemos si piensa!

—¡Basta! ¡No te permito que hables así de mi hija! Todos son chismes sin fundamento alguno, sé que no es una jovencita normal, ¡pero no por eso es una... libertina!

—Defiéndela, Luke, si para esta temporada sigue soltera, nos veremos obligados a actuar. Somos más los que queremos que ella sea decente antes que continúe metiéndonos en el fango, tú eres indolente y no puedes con ella, Luke, tu nombre está en riesgo.

—Veré qué hago con ella, es mi hija, déjame pensar cómo puedo hacer las cosas —dijo Luke, tratando de apaciguar el momento y de calmarse.

Eloise era un problema, cada vez los chismes sobre su desfachatez y actitudes amorales eran más. Como decía su hermano, la sociedad dice chismes, pero con cierto grado de verdad. Su hija se vestía inapropiadamente, mostraba más que cualquier otra dama, pero su belleza era como para mostrarla, era la joya de la sociedad; si hubiera sido una niña tranquila, habría estado felizmente casada en su primera temporada.

—Señorita Eloise, su tío, el conde, estaba gritándole a su padre —contó chismosa la doncella.

—¿No sabes sobre qué hablaban?

—Escuché que querían casarla pronto, por su indecencia.

Eloise se levantó enojada del diván.

—¡¿Quién se cree mi tío para esto?! —exclamó ofendida.

Su padre entró a su habitación, con cara de pocos amigos.

—Retírate —le ordenó él a la doncella, quedando a solas con su hija—. Ahora mismo me vas a explicar lo que sucedió con lady Ailine.

—¡Ellas empezaron! Me dijeron descarada, que cómo podían invitarme aún a los eventos... —se defendió, fingiéndose víctima—, solo fue una tonta amenaza que aquella lady se creyó.

—Mira, Eloise, tu tío fue muy directo conmigo, teme por la reputación de tu prima en su debut, por lo que me pidió o más bien ¡me exigió!, que te cases en esta temporada, de lo contrario, tendrás que irte de Londres.

—¡Pero, padre...!

Luke se fijó en lo que estaba sobre la cama, unas joyas que él no había comprado.

—¿Quién te dio esto? —preguntó agarrando el estuche.

—Un caballero...

—¿Caballero? ¡Caballero! —expresó su padre indignado—. Me las llevaré.

—¡No! Son mías y me gustan.

—¡Tú no tienes por qué aceptar esta clase de presentes!

—¡Me encantan las joyas, padre!

El padre de Eloise estaba harto de los chismes sobre su hija, pero al parecer todo era cierto, por lo que decidió al fin hacer lo que debía.

—Mañana irás a comprar los mejores vestidos para exhibirte, si quieres ser una mercancía, te buscaremos un comprador... —dijo enojado, saliendo de la habitación de su hija.

# Capítulo 3

A Eloise muy poco le había importado que su padre la haya encarado de esa forma, lo único que había escuchado era la mejor parte: ¡ir de compras! ¡Más vestidos! Estaba que rebosaba de felicidad, le gustaba estar a la vanguardia de la moda.

Su padre en su enojo había sido bastante generoso, a ella no le importaba tanto casarse, lo que más le interesaba era con qué clase de hombre se casaría. No era fácil elegir a un hombre que al final se casara con ella solo por su dote, no era agradable, ¿qué sucedería cuando se gastara todo el dinero? ¡Ni pensarlo! Debía ser alguien con ingresos suficientes para solventar sus deseos, la relación era simple: «esposa feliz – matrimonio feliz», «esposo tacaño – esposa enojada», «esposa enojada – matrimonio infernal». Su idea del matrimonio era sencilla: tendría que haber dinero, su esposo debería saber besar y el resto era accesorio; estaba segura de que no sería una malvada esposa, conocía los beneficios de llevarse bien en el matrimonio, como su padre y su madre que nunca peleaban, y al parecer siempre estaban de acuerdo.

Al día siguiente, Eloise marchó por las calles de Londres saludando amistosamente a los caballeros que caminaban, los cuales algunos eran pellizcados por sus esposas por sonreírle de más a ella. Se sentía gloriosa y divertida viendo a todas esas víboras recatadas cuidando lo que era suyo, pero a ella no le interesaban los casados, sino los solteros, jóvenes, adinerados y galantes.

Esa noche iría a un baile que prometía bastante, a pesar de las malas lenguas amaba los bailes y pensar que en algún momento organizaría uno, siendo la esposa de alguien importante y poderoso, dejaría boquiabierto a más de uno por sus talentos.

Sabía cómo ser una anfitriona de peso, se había dedicado a observar detalladamente cada velada a la que acudía. Sería una esposa cara, pero jamás le haría pasar una vergüenza a su esposo.

Llegó hasta la tienda. «Aquella no era una simple tienda, era un paraíso», pensó, mientras se sacaba los guantes y acariciaba las muselinas y sedas más hermosas, finas y caras, solo quería un vestido de esos... ¡Mentira! Quería todos de esas telas.

—Señorita Eloise —dijo la modista, llamando su atención.

—¡Oh, señora Deisy! —respondió saludándola.

—Su padre ha enviado un presupuesto para nuevos vestidos, puede escoger los que están de

este lado. —Señaló el lado contrario donde estaban las telas de sus sueños.

¡Qué tacaño era su padre! Ya lo tenía todo fríamente calculado, era cruel. Ella pensó que podía escoger lo que quisiera, pero cayó en la trampa, sí que estaba enojado. Vestidos de telas baratas fue lo único que pudo llevarse con ella, pero llegaría el día en que vestiría solo lo mejor de lo mejor.

Caminando por las calles, encontró a Payton que iba a la tienda.

—¡Pepper! —exclamó emocionada al verla.

—¡Eloise! —dijo abrazándola—. ¿Qué haces por aquí? Pensé que nos veríamos solo de noche.

—Como eres mala, Pepper, es que al parecer no me quieres. —Hizo un mohín perfecto.

—¡No es cierto! Te quiero mucho y lo sabes.

—¡Es bueno saberlo! ¿A dónde vas?

—Lastimosamente a la tienda. Mi guardarropa ha sufrido un accidente —lamentó Pepper con tristeza.

—¿Es acaso su segundo accidente? —cuestionó irónica.

Pepper asintió.

—Mi madre odia todo lo que me pongo, incluso ha llegado a gritarme, si no me daba un ataque en ese instante ella no iba a parar de destruir todo. Este es el único vestido que tengo, y se salvó solo porque lo tenía puesto.

—Te acompañaré para que compres algo decente.

—¡No! Yo conozco tu decencia —rehusó Pepper.

—¡Pepper! Eso es ofensivo —se quejó colocando sus dos manos en el pecho—, confía en mí, conozco tu forma de vestir —dijo mirándola de pies a cabeza con cierto desprecio a su forma de verse.

—Eloise, no me gusta esa mirada. —Dio un paso atrás.

—Deja la tontera y vamos que te ayudo. Gastaremos todo el dinero de tu padre. —Sonrió y agarró a Pepper.

Agarrar era una palabra suave, en realidad la llevó a rastras hacia la tienda. Payton era bastante rica, su padre no limitaba su guardarropa. Ella, por vergüenza, no abusaba del dinero.

Eloise fue hacia las muselinas caras y las tocó.

—¡Mira esto, Pepper! ¿No es magnífica?

—Es muy bonita —apoyó con serenidad.

—¡Ay, Pepper, pescar peces en una pecera es más divertido que tú! Pruébalo —le ordenó Eloise.

—Yo no quisiera...

Payton no terminó su frase pues Eloise la había empujado al cambiador.

—Póntelo, es solo probarte eso.

Pepper, incómoda, se dejó colocar el vestido y salió a mostrárselo a Eloise.

—¿Y qué tal? —preguntó con miedo.

Eloise miraba el precioso vestido azul y a la insípida portadora que era Pepper. Su cabello rubio y sus ojos azules la hacían parecer algo tan común como las demás damas, pero más desgarbada.

—Si pones esa cara, una yegua se verá mejor que tú con ese vestido, se ve solo como un trapo en ti —alegó sin tacto.

—Lo siento, iré a quitármelo, se vería mejor en ti.

—¿Crees que se vería bien en mí?

—Claro. Hagamos un trato, tú me ayudas a escoger unos vestidos sencillos y bonitos, y yo te regalo este vestido, ¿te parece?

Ella estalló por dentro. Payton era un alma verdaderamente caritativa que alimentaba a un demonio como ella.

—Pero es demasiado, Payton —agregó con un poco de modestia que tenía en lo más profundo.

Pepper le sonrió amorosamente.

—No digas eso, es mi regalo por ser una amiga sincera. Sé que no eres mala, solo demasiado sincera.

Ella se ganaría la competencia de las tontas por un amplio margen.

Su dulzura no la dejaba ver más allá de nada, Pepper vivía en el mundo de las flores y los corazones, era una pobre ilusa.

—¡Si es así, ¿cómo voy a negarme?! No puedo ofender a mi amiga rechazando semejante regalo.

Ella se probó el vestido y lucía como una verdadera muñeca en él, su piel de porcelana y sus cabellos negros eran toda una belleza.

—¡Eloise, es tan hermoso! Dios me permita algún día verme así como tú —habló Pepper, maravillada al observarla.

Pepper soñaba con algún día tener el porte y la gracia de Eloise. Ella era consciente de su torpeza, desgarbo y ser muy soporífera. Solo por buena fortuna no había perdido a Eloise, aunque sus padres se negaran a que se juntara con ella por considerarla «mala influencia y quema reputaciones». Al menos su padre le había dicho que Eloise no solo tenía la reputación quemada, sino que ardería en el infierno por su indecente comportamiento.

Después de pasarse horas en la tienda por fin regresó a su casa, y usaría aquel vestido azul que Pepper, como buena samaritana y puritana, le regaló. A veces, Eloise pensaba si Payton tenía un poco de juicio o era buena y por eso tan tonta. Sabía que quería a Pepper muy en el fondo y de cierta forma deseaba que fuera preciosa para tener un buen matrimonio, pero era mejor que no descubriera su virtud, así tendría menos competencia, la ayudaría después que ella pudiera elegir.

Se tomó una siesta reparadora, soñó con ese vestido y las perlas; iría despampanante ya que debía pescarse un esposo, sacaría parte del arsenal para poder atraer a los mejores, y tendría que colocarle un parche a su lengua venenosa y comportarse un poco.

Se aseó, peinó y maquilló lentamente, aquello era un ritual de belleza, la perfección tenía su precio y ella estaba dispuesta a pagarlo.

—¿Estás lista? —examinó su madre entrando a su habitación.

—¿Cómo me veo? —respondió ella dándose vuelta y enseñándole el vestido.

—¡Eres tan hermosa! —aclamó Emilce, la madre de Eloise—. Trata de comportarte, cariño, no desafíes a tu padre, censura esos chismes. Con el aumento de tu dote conseguirás el mejor candidato, pero no te olvides del amor, querida.

Eloise colocó los ojos en blanco, había escuchado eso tantas veces que lo tenía escrito en la frente.

—Sí, madre, me lo repito como oración antes de dormir. —Le dio un beso en la mejilla—. Bajemos que estoy ansiosa.

Su padre, con una cara de pocos amigos, la miraba desaprobando completamente su atuendo, eso no lo había pagado él.

—Padre, no me mire así, prometo portarme bien.

—Voy a creerte por esta vez, pero no quiero chismes y murmuraciones, ¿entendido?

Eloise asintió con vehemencia, intentaría portarse lo mejor que podía, pero no se hacía responsable si alguna víbora la injuriaba.

Al pasar al salón, miró a su alrededor para buscar a Pepper, que estaba a punto de sentarse cerca de su madre.

—¡Payton! —exclamó animosa, luego miró a la madre—. Lady Patrice, ¿cómo está?

—Bien, Eloise, Payton hoy no se siente bien para recorrer los salones —dijo mirándola fijamente.

—¿Qué tienes, Pepper?

—¿Sueño? —justificó nerviosa.

En realidad, su madre no quería que la vieran con Eloise, estaba espantando a los pretendientes o llevándose a unos cuantos para ella sin dejarle oportunidad. Su madre se tapó el rostro. Su hija era bruta como pocas, demasiado buena y eso solo le acarrearía problemas.

—Iré por tu padre, Payton. No olvides que ya tienes tres bailes comprometidos.

—Sí, madre.

Eloise observó que la madre de Pepper desaparecía para poder hablarle.

—No puede ocultar que me odia —opinó sonriente.

—No es cierto. Tus perlas están bonitas.

—Me las dio un devoto, esto es lo que consigue un beso —dijo orgullosa—, ¿qué me darían si dejo que sea poco más que un beso?

Pepper, escandalizada, contuvo el aliento y comenzó a soplarse rápidamente con su abanico.

—¡Eloise! ¡Qué pensamientos más libidinosos!

—No te hagas, Pepper, estoy segura de que también tú quieres saber qué hay después de un beso, de eso que no hablan las madres —dijo en tono cómplice mirando a todas partes.

—No siento curiosidad, es pecado pensar en eso, solo cuando se tiene esposo se es permitido hablar de eso.

—¡No seas mojigata! Tú bien que...

—Señorita Clement —pronunció una gruesa voz masculina, interrumpiendo su charla con Pepper.

—Excelencia —dijeron ambas reconociendo al duque de Kent.

El hombre era alto, atractivo, de ojos grises y cabello castaño claro ya con unas canas adorables, tendría alrededor de unos cuarenta años. Bruce Walton, duque de Kent, era uno de los nobles más prósperos de la región, dueño de extensas propiedades y una de las más grandes fortunas.

El duque tomó las manos de cada una y las besó, deteniéndose más tiempo en la mano de Eloise.

—Quisiera pedirle completar su carnet. He hablado con su padre y él me dio su permiso.

Ella lo miró más a fondo. No era feo, aún se veía joven, con vitalidad, aunque era demasiado serio al parecer.

—Será un placer, excelencia, ¿qué le parece cuando acabe este baile? —propuso con una coqueta sonrisa.

—Estaré ansioso. Cuando culmine la pieza la buscaré —hizo una inclinación de cabeza—, que pase buena noche, lady Payton.

Ella asintió sonriendo y luego miró a Eloise con los ojos bien abiertos.

—¿Le dijiste que sí? Pensé que lo harías en la próxima temporada.

—Ah no, mi padre me amenazó para casarme antes de una tercera temporada, o me enviaran fuera de Londres por mi escandaloso proceder, ¿tú crees?

Payton agarró una copa del mozo que pasaba y se la bebió con lentitud sin responder a Eloise.

—¡No puedo creerlo, Pepper! Eres una mala amiga. —Cruzó los brazos y frunció el ceño.

Estaba a punto de terminar la pieza antes que le tocara bailar con el duque, cuando vio que lord Falkes iba a bailar también la siguiente pieza con su prometida.

Hacer una travesura estaba pasando por su mente, daría un pequeño paseo antes de ponerse a danzar con su excelencia, y nada era mejor que amargarle la noche a lady Ailine.

—¡Camina conmigo, Payton! —ordenó arrastrándola.

—¡Mi madre dijo que me siento mal!

—Sí, eso dijo, pero estoy segura de que estás muy bien, haremos una diablura.

—¡Debes portarte bien, Eloise!

—Solo será un paseo inocente... —Rio con malicia.

—¡No me metas en problemas!

Ambas caminaron hacia donde estaba lord Falkes. Lady Ailine vio a Eloise cerca y estiró a su prometido casi detrás de ella.

Las otras damas del salón empezaron a hacer lo mismo con sus esposos e hijos. Eloise sonrió,

solo caminaba entre la gente y ellos se abrían paso como si fuera el mar rojo.

Un hombre incauto que estaba tranquilamente llegando al salón le sonrió a Eloise.

—¡Dexter, hijo, ven aquí! —resguardó su madre estirando al joven muy lejos de ella.

—¿No te diviertes, Payton? Esto es el cielo. —Se carcajeó.

—Volvamos a sentarnos que ahora sí me siento mal —dijo Pepper llena de vergüenza.

Una sola vuelta hizo que causara revuelo, cosa que al duque de Kent le hizo gracia y le produjo un encantamiento inmediato. Su momento de ser pareja de la bella y descarada Eloise había llegado, ambos se colocaron y empezaron el vals.

—Llevo mucho tiempo intentando tener un baile con usted, ¿puedo saber por qué soy bienvenido en esta ocasión?

—Me daré la oportunidad de conocerlo —respondió con simpleza.

—¿Entonces eso significa que puedo ser uno de los afortunados, como cuentan las leyendas de cada salón, en ser atacado por la ladrona de besos? —insinuó el duque observando los labios de Eloise.

Ella bajó la cabeza y sonrió pensando, si Wislet con un beso le había dado perlas, ¿qué le daría el duque de Kent si le mostraba algo más que solo un beso?

—Excelencia, ha sido seleccionado para ser mi víctima de esta noche, espero lo disfrute —murmuró muy cerca de él.

—Nunca he esperado algo más ansioso que un beso suyo, señorita Eloise.

—Pues espero sepa ser generoso, excelencia, porque quizás le dé más que un beso... —dijo dejando eso en el aire.

# Capítulo 4

Las palabras que Eloise había dejado flotando en el aire dejaron pensando al duque de Kent. ¿Sabría ser generoso?

Él la observó con más detenimiento: joyas y vestidos de primera, entonces lo comprendió. La pequeña ladrona de besos era amante de las cosas finas, podrían llegar a un trato, él tenía lo que ella quería, y ella lo que él quería. ¿Cuál era el problema?

—¿Cree usted que los zafiros combinarían con sus ojos o los rubíes con sus labios, señorita Eloise? —preguntó con coquetería.

—Me pone en un aprieto, excelencia. Es difícil escoger entre tales joyas —dijo sonriendo con emoción.

—Pues yo le daría los rubíes para que siempre recuerde el rojo de sus labios —pronunció el duque apretando un poco más su agarre en la cintura de Eloise.

Al parecer Bruce Walton sabía cómo seducir a una dama, aquel caballero se había ganado un beso por mérito propio.

—Pues unos rubíes serían más que solo el recuerdo de un beso, excelencia. Cuando termine este baile lo esperaré en los jardines.

Bruce le entregó una sonrisa de alegría. El hombre estaba expectante por probar los labios de aquella dama.

En White’s solo se hablaba de Eloise Clement, que era una cazadora de esposos muy diferente al resto que usaban los artilugios de siempre, abanicos, pestañeos, y un galanteo apropiado, pero Eloise era la oveja negra.

Sabía que esa mujer podía traerle problemas. Una vez se animó a acercarse, pero al parecer ella ni lo había notado. Esta vez no le era indiferente, por lo que cobraría su premio con felicidad, pagaría el precio que fuera por tener a esa hermosa mujer.

La pieza había acabado y Bruce se despidió de Eloise hasta su próximo encuentro en el jardín.

Él debía pescar a la bella dama e ir tras ella en cuanto Eloise decidiera salir.

Ella estaba emocionada. Lo único que tenía que hacer era dar el beso y esperar el dichoso rubí. Miró hacia donde se encontraba el duque charlando con otros caballeros, debía ver cómo llamar su atención.

—Bruce, tengo una nueva idea para ti que eres un gran inversionista —dijo Alan Craig, conde

de Ross.

—Siempre que genere buena renta yo la escucho —musitó Bruce, mirando a Alan.

—¿Recuerdas a Ferdinand, el marqués de Normanby? —preguntó.

—Recuerdo el escándalo que envolvió a su familia después de la muerte de su padre, pero luego se rumoreó que se fue de Inglaterra.

—Pues hace cinco años que vive en la India. Volverá muy pronto, está construyendo una fábrica textil en una de sus tierras a las afueras de Londres.

—Las telas son un excelente negocio. Mira a esta cantidad de damas con hermosos vestidos de telas importadas, tener una fábrica aquí lo hará crecer rápidamente, los precios serán menores a las telas importadas desde China o India.

—Eso también es lo que creo, ha invertido todo lo que tiene en esa fábrica, está buscando nuevos socios para que inviertan y obtengan ganancias, al principio serán modestas, pero con el tiempo irán creciendo.

—El negocio me interesa, ¿cuándo estará por aquí? —preguntó Bruce.

—Según la carta en unos meses.

—Mmm... —expresó—. Creo que haré un pequeño viaje a la India, me interesa el negocio. Además no tengo demasiado que hacer por aquí —dijo haciendo una pausa—. Ya sabes, lo que te llenan los bolsillos son las pequeñas innovaciones, Alan.

—Sabía que podía contar contigo, además no olvides nuestro viaje a América, las minas están produciendo bastante y debemos verificar que todo vaya correctamente.

—No tardaré demasiado en el viaje, será breve y luego iremos a América.

Bruce se fijó hacia donde Eloise estaba y ella le hizo una seña hacia el jardín.

—Si me disculpas, tengo un pendiente que atender —alegó Bruce, despidiéndose de Alan.

Siguió a la coqueta Eloise, iba a obtener su premio por la galantería. Un beso de la bella ladrona, pero ella le había dicho que conseguiría un poco más que un beso.

Ella se acercó a unos pequeños arbustos con flores, y los acarició mirando al duque.

—Es el único que ha tenido méritos, excelencia. —Le sonrió.

—No sé qué hice diferente al resto.

—Usted es un hombre inteligente, estoy segura de que lo sabrá. —Lo observó con interés.

Él acortó distancias con Eloise, agarrando su mentón, bajando para besarla, pero ella lo detuvo.

—No, excelencia... —dijo en tono burlón—. Aquí quien se lleva los besos soy yo, no usted.

Él sonrió y alzó los brazos en señal de rendición.

—Pues entonces soy suyo.

Ella se acercó lentamente a los labios del duque, quedando de puntillas. Con lentitud y suavidad única, fue insertando su lengua entre los labios del él, quien respondía ansioso a su contacto, bajando las manos a su pequeña cintura, subiendo y bajando la mano para acariciarla aún más.

Aquella dama estaba llena de experiencia, era toda una dulzura besando, necesitaba tenerla solo para él. Sabía que ya tenía más de cuarenta años, no tenía herederos y estaba ahogado en dinero. Cada día tenía más dinero y menos familia, quizás aquella bribona fuera la esposa que estaba esperando, pero debía evaluar las ventajas y desventajas de una esposa que antes había sido una provocadora.

El duque la besaba con suavidad y ella lo estaba disfrutando. Al escribir sus memorias, describiría el beso como correspondía, él había sido el único en tomarse la libertad de acariciar su cintura por lo que el beso era más intenso, nadie la había besado así antes.

Él se alejó cortando el beso, mirando a Eloise que abría sus ojos, y le sonrió animada.

—Es usted una grata sorpresa, y como soy una mujer de palabra voy a darle ese más que le prometí —expresó con coquetería—. Solo una dama segura de sí misma le mostraría esto a un caballero, por favor no lo tome con ligereza, excelencia —habló con serenidad.

Eloise alzó su vestido enseñándole el tobillo de manera indecente al duque; aquel comportamiento poco propio de una dama recatada sorprendió hasta a la misma Eloise.

Pese a lo que todo el mundo pensaba, ella era solo una mujer que besaba, jamás había enseñado carne en exceso, y aún seguía siendo casta, de lo contrario, su generosa dote no tendría sentido.

Bruce miró sonriendo el tobillo de Eloise a través de sus hermosas medias, él había visto mujeres desnudas por muchos años, pero ese tobillo era otra cosa, la ladrona de besos no era más que una inocente niña jugando a ser una mujer.

Seguir observando la “escandalosa” oferta de Eloise hacía pensar al duque que podría llevarla al altar.

—Merece los más bellos rubíes, mi adorada señorita Eloise —expresó el duque bajando la mano para dejar una caricia a los pies de ella.

Ella cerró los ojos ante el toque del duque. Podría disfrutar toda la noche de sus caricias y sus besos, quizás había encontrado a su príncipe después de tantos sapos.

—Mañana a primera hora recibirá mis respetos, mi bella ladrona —dijo Bruce, bajando su vestido.

—Muy amable, excelencia, espero volver a verlo.

—Y yo espero volver a repetir esta experiencia, hasta un próximo encuentro —se despidió Bruce, dejando un beso en su mano para luego retirarse hacia el salón.

Eloise se quedó pensando en el duque, en que probablemente había conseguido su interés. Solo debía asegurar que en algún momento él le propusiera matrimonio. A su lado lo tendría todo: dinero, lujos, joyas y pasión. Bruce Walton había despertado en ella un extraño calor con su beso y sus caricias, ¿qué era aquello?

Emocionada se retocó los labios para no levantar sospechas, entró al salón altiva y elegante como siempre lo hacía.

Las matronas solamente se dedicaban a criticarla cuando la veían. Después de que el duque le

pidió un baile probablemente sería la comidilla del salón, pero ella sabría cómo llevar aquel chisme a buen puerto.

La dulce y aburrida Pepper estaba danzando con el hijo de un adinerado comerciante, cosa que Eloise no aprobaba, ella era de la aristocracia, debía buscar alguien de su condición y círculo, escalar socialmente y no descender.

Al terminar, Pepper agitada se acercó a ella.

—¡El señor Duncan es tan agradable, Eloise! —comentó sonriendo—. Me ha dicho que desea bailar conmigo nuevamente. ¡Estoy emocionada! Nadie antes ha querido repetir un baile conmigo.

—Sabes lo que pienso de la gente como el señor Duncan, Pepper, déjalo que busque mujeres de su clase para convertir en señoras, tú eres una lady, no puedes ir a menos de eso, por más que tu paupérrima apariencia así lo grite a los cuatro vientos.

La sonrisa en el rostro de Payton desapareció al oír las palabras de Eloise.

—Debes aspirar a más, marquesa o duquesa. De nada te sirve ser la hija de alguien tan importante como tu padre si vas a terminar siendo una corriente.

—¡Pero yo quiero un matrimonio agradable, alguien de quien pueda enamorarme! Quiero a alguien para amar y cuidar, no me importa el resto.

—¡Siempre con las típicas ridiculeces del amor, Pepper! ¡Es casi un mito! La atracción es lo que hace que la gente se enamore de ti o de lo que piensan que eres, pero tú, Payton, mírate en el espejo, con esa cara de yegua afligida no puedes atraer nada bueno, ante un faltante de virtudes debes potenciar lo que tienes.

Payton quería escarbar el piso y acabar con la agónica plática que tenía con Eloise; siempre la hacía recordar lo poca cosa que era.

—Prometo ayudarte a mejorar tu aspecto cuando consiga un esposo, cosa que ya estoy a punto de conseguir, estoy segura.

—¿Quién es el pobre? —preguntó Pepper.

—¡Es rico, mejor dicho! El duque de Kent. Había sido tonta en no darle una oportunidad antes, ¡qué caballero! —dijo con los ojos brillantes.

—¡¿Será que te enamoraste, Eloise?! —inquirió Payton, sorprendida al verla tan emocionada.

—Aún no lo sé, todo depende de mañana.

—¿De mañana?

—Si esos rubíes que él me prometió a cambio del beso llegan a mi casa, caeré rendida a sus pies —alegó cínicamente.

—Tú no cambias, Eloise —reprochó Pepper.

—Hago valer lo que soy, querida Pepper. Si él sabe pagar mis atenciones encantada se las daré, por ejemplo hoy hice algo muy indecoroso.

—¡Ay Dios, Eloise! ¿Qué hiciste?

Eloise miró alrededor y en voz baja, tapándose la boca con el abanico, se acercó a Pepper.

—¡Dejé que tocara mi cintura!

Pepper tapó su boca, horrorizada.

—Pero eso no es todo...

—¡¿Hay más?!

Ella asintió.

—Le mostré mi tobillo, y dejé que lo tocara.

Su amiga sentía que se sofocaba. ¡Aquello era tan indecente!

—Se siente tan bien cuando un caballero te acaricia, Payton. Sentí mucho calor —contó Eloise y Pepper le quitó el abanico, abanicándose con fuerza para bajar el calor que se le subía al imaginarse tal escena.

—¡No me cuentes más!

—¿Tienes miedo que también quieras experimentar, Pepper?

—¡No! —exclamó sobresaltando a los que estaban alrededor—. Estoy a unos meses de ir a un convento por no conseguir esposo, ¿crees que me pondría ligera ahora?

—Si no quieres ir al convento, yo te sugiero que lo intentes...

Pepper sufriría un infarto, Eloise era demasiado descarada, iba a matarla de un disgusto.

Aquella noche Eloise pasó todo el tiempo burlándose de la pobre Pepper, haciéndola sufrir insinuándole que se convirtiera en una ligera para no ir al convento.

***

Era de día y Eloise retozaba entre las sábanas de su cómoda cama esperando a que el duque cumpliera, ella bien lo hizo, ¿pero él sería un hombre de palabra?

La doncella de la casa entró tranquilamente a despertarla, pero ella ya estaba despierta solo que no se levantaba, la pereza era su ama y señora en aquel momento.

—Buen día, señorita Eloise, abajo llegó un regalo para usted —dijo la doncella.

Eso hizo que la pereza se esfumara como por arte de magia, se levantó rápidamente y se colocó un cubre para salir de la habitación y fue rumbo a la puerta cuando la interrumpieron.

—El problema es que su padre lo incautó.

—¿Que mi padre hizo qué? —preguntó disgustada.

—El mayordomo recibió las rosas y el presente, pero su padre al ver el contenido del mismo se lo llevó todo a su despacho.

Eloise, con furia, salió de la habitación, bajó hasta el despacho de su padre y abrió de golpe la puerta.

Su padre la miró y leyó la nota en voz alta.

*Mi querida señorita Eloise:*

*El elixir de sus labios ha valido tan ostentoso presente. Como habíamos quedado, soy un hombre que cumple.*

*Ansío mucho más de usted, me ha cautivado.*

*Suyo,*

*Bruce*

—Suyo... Bruce. ¡Suyo Bruce! —exclamó su padre haciendo que Eloise retrocediera—. ¡En este instante quiero que me expliques esto!

—Un admirador, padre —respondió serena, pero tomando distancia.

—¿Me tratas de imbécil, Eloise? —Dirigió sus ojos para a mirar la carta—. ¡El elixir de sus labios! Dijiste que ibas a comportarte, y mira al día siguiente, flores, unos rubíes y una fogosa y apasionada nota hacia ¡mi hija!

—¡La correspondencia es privada, padre!

—¡No me contestas, Eloise! ¿Quién es Bruce?

Eloise, enojada por la intromisión de su padre, le respondió.

—¡Es el duque de Kent! ¡Debería estar orgulloso de que su hija esté a punto de pescar un duque! —escupió ante el sorprendido rostro de su padre.

# Capítulo 5

El padre de Eloise no salía del asombro por la desfachatez de sus palabras. ¿Cómo podía estar orgulloso si todas las murmuraciones que estaban en torno a su hija eran reales? Él aún tenía esperanzas de que todo aquello fueran solo chismes sin sentido, que su hija era tan inocente como él creía, pero había estado en un error, quién sabía hasta donde había llegado Eloise con sus pedidos.

—¡No puedo creer tu desfachatez, Eloise! —gritó su padre, iracundo—. ¡No puedo estar orgulloso de lo que haces, eso no se te inculcó en esta casa!

—¿Qué hay de malo en que reciba presentes, padre? ¡Dígame! —cuestionó a su progenitor.

—No es malo que te regalen cosas, ¡el problema es por qué te lo regalan!

—Solo fui amable...

—¿Aún quieres verme la cara? ¡No me mientas!

—¡Solo fue un beso!

—¡Un beso! —dijo su padre levantando las manos al cielo—. Las niñas decentes, como tú deberías ser, no andan dando besos por ahí. Se terminó, Eloise, ¡esto definitivamente se terminó!

Su padre le dio la espalda y miró hacia la ventana.

—¿Qué se terminó? —inquirió, desconcertada.

—¡Tu temporada social! No más fiestas, no más bailes, no más tés, no más nada. Estás castigada, por lo que te quedarás en tu habitación el tiempo que dure la temporada.

—¡¿Pero cómo conseguiré un esposo estando encerrada, padre?!

—Hablaré con tu tío y te casaremos en la tercera temporada. Además si este duque está interesado en ti, no creo que necesite ningún incentivo más para venir y dar la cara. ¿O no?

—¡No puede hacerme esto, padre!

—¡Claro que puedo y lo estoy haciendo! Es por tu bien...

—¡Es tan cruel! —exclamó con lágrimas en los ojos.

—¡Estoy cuidándote, Eloise! Respetarás el apellido que llevas. Siempre fuimos intachables y tú no serás la excepción —musitó su padre, enojado mientras la señalaba—, ¡retírate!

Ella agarró la nota más los rubíes.

—¿A dónde vas con eso? ¡Queda incautado, Eloise!

—¡Me lo llevo! ¡Si por esto me van a castigar entonces lo disfrutaré! —le gritó a su padre y

salió a toda prisa del despacho.

Faltaban dos meses para que acabara la temporada y su padre le hacía aquello. Estaba a un paso de conquistar a un duque y en ese momento todo estaba perdido, a no ser que se disculpara con él por desaparecer y que la esperara la siguiente temporada.

—¡Sí! Eso haré. —Se limpió las lágrimas de rabia que tenía. Su padre sabía cuánto amaba las fiestas.

Ella agarró la nota del duque de Kent y la releyó. Su apasionada escritura la llenaba de orgullo por haberlo tenido satisfecho en aquel momento, era un hombre de palabra, denotaba que los aretes de rubíes eran de una calidad excelente, no escatimaba para darle el gusto a una dama como ella.

*Excelencia:*

*Solo dos palabras describen perfectamente su presente: delicados y deliciosos.*

*Con seguridad he confirmado que usted es un hombre de palabra, muy condescendiente con las damas. Espero que nuestros caminos pronto puedan volver a cruzarse, pues mi padre ha decidido que el resto de la temporada pasaré en un cruel encierro.*

*Hasta un próximo encuentro.*

*Eloise*

Después de terminar la misiva, debía buscar a alguien que la llevara, y esa sería Pepper cuando apareciera por ahí.

Pepper había mentido para salir de su casa, dijo que iría al parque, pero en realidad debía ir junto a Eloise para escribir sobre el beso con el duque de Kent.

Cada vez que escribía sobre los encuentros que Eloise tenía con los caballeros, ella se imaginaba esas sensaciones como si fuera que las sentía completamente. De cierta forma envidiaba la suerte de belleza y decisión de Eloise, pero exponer su reputación no era la mejor manera de pescar un esposo.

—Buen día, ¿se encuentra Eloise? —preguntó en la puerta.

—Sí, milady —respondió el mayordomo dejándola pasar—, está en su habitación.

—Gracias —dijo con amabilidad.

—Payton... —la llamó una voz en el pasillo.

—¡Milord! —Se sorprendió al ver al padre de Eloise—. Buen día, he venido para ver a Eloise.

—Buen día, Payton. Eloise está castigada, tu visita deberá ser breve —agregó con seriedad.

—¿Cuánto tiempo estará castigada, milord?

—Lo que queda de la temporada, te recomiendo que no te juntes mucho con ella, no es buena influencia para ti, Pepper, tú eres muy dulce —dijo sonriendo.

—No se preocupe, milord. Han sido muchos años al lado de Eloise y no se me han pegado sus mañas, no creo que empiece a suceder ahora.

—Eso espero, Pepper. Ve, no quiero robarte tu tiempo, estoy seguro de que mentiste para

venir aquí.

Pepper, avergonzada, bajó la mirada y caminó hacia las escaleras para ir a la habitación de Eloise.

Eloise estaba aburrida esperando a Pepper, ya no le quedaban libros por leer, ni nada... ¿Qué se suponía que haría en esos dos meses sin salir? Moriría de la pena en aquel caserón, ella no había sido hecha para estar encerrada, sino para ser libre como un ave.

Payton abrió la puerta y entró con lentitud.

—¡Ay, Pepper! ¡Nunca pensé decirlo, pero qué alegría verte! —dijo efusiva levantándose de un salto de la cama y corriendo para abrazar a su amiga.

—A mí siempre me alegra verte —alegó Pepper correspondiendo a su abrazo y luego buscando el diario de Eloise.

La intimidad entre ambas era única. Pepper conocía todo sobre Eloise, incluso dónde estaban sus cosas, recorría la habitación sin la más mínima vergüenza, como si fuera suya.

—¡Mi padre me castigó, Pepper! ¡Es injusto!

—¿Y por qué te castigó? —preguntó agarrando la pluma y el diario.

—¡Por esto! —dijo pasándole la nota de Bruce.

Ella la agarró y leyó. Los colores de su rostro variaban en tonalidades del rojo al rosa. El duque parecía ser un hombre apasionado, ya deseaba escribir sobre sus besos para poder imaginárselo.

—¡Cuánta pasión!

—Es más que apasionado —aludió Eloise, mostrándole los aretes—. ¡No es tacaño, Pepper!

—¡Si mis padres leyeran algo así ya me habrían dejado en la puerta del duque!

—Es una pena que mi padre no tenga tantas ganas de deshacerse de mí, como los tuyos de ti —masculló ella tranquilamente.

Pepper no se sentía ofendida por las palabras de Eloise, sabía que era cierto que sus padres anhelaban librarse de su hija.

—Bien... Dime qué escribo en el diario.

Eloise cambió completamente su rostro triste y puso una despampanante sonrisa.

—Bruce, duque de Kent, agraciado y aguerrido —comenzó recordando ese momento—. Los besos del duque saben a pasión pura y desbordante, con toques de brandy y perfume varonil. Su suave toque parecía ser como la seda sobre mi piel, la inteligencia de sus movimientos, y su fogosidad contagiaron en mí su calor, dejándome pensando en que si por fin he encontrado un príncipe...

Ella no podía escribir todo aquello, pues estaba atontada mirando a Eloise. Era obvio que nunca podría volver a ver al duque con los mismos ojos, pues recordaría que sus besos sabían a brandy, y olía a hombre, que sus manos eran como la seda acariciando su figura y ese calor extraño del que ella hablaba comenzaba a acalorarla.

—¡Pepper! ¿Lo escribiste? —cuestionó Eloise al ver a Pepper abanicándose con el diario en

lugar de escribir—. No quiero volver a repetirlo, Pepper.

Ella tragó saliva, mientras seguía soplándose.

—¡Eres una escandalosa, Eloise! —acusó apenas—. ¡Cuéntame más sobre ese calor! Ayer no fuiste tan específica.

—¡Sabía que en el fondo no eras tan mojigata! Te lo diré —dijo altiva—. Era como haber hecho algo prohibido... ¡Dime que has hecho algo prohibido alguna vez!

—Mmm... Sí, monté un caballo sin silla de amazona.

Eloise se golpeó la cara. Pobre infeliz de Pepper, no conocía ni un poco lo que era la emoción.

—Bien, pensaré en otra explicación... —gruñó dando vueltas por la habitación; era tan difícil degenerar a su amiga.

***

—¡Cómo pude haber accedido a esto! —lamentó Pepper caminando hacia la mansión del duque de Kent—. ¡Maldita Eloise! Quiere que sienta calor, ¡claro, corriendo para salvar mi reputación después de dejar esta estúpida nota! ¡Si alguien me ve!

Ella no paraba de lamentar acceder a hacerle el favor a Eloise, se lo había rogado, pero el precio era muy alto. Lo único que esperaba era no ser vista y que él no estuviera.

Llegó frente a la mansión, y miró a los alrededores, corrió como alma que llevaba el diablo para tocar la puerta, mientras agachaba la cabeza para no ser reconocida.

—¿En qué puedo ayudarla? —preguntó el mayordomo que salió a atenderla.

—Traigo un recado para su excelencia —dijo avergonzada.

—¿Y su carabina? —cuestionó el hombre.

—No tengo, ¿puedo darle el recado?

—Lo siento, pero sin carabina no puedo dejarla pasar, órdenes de su excelencia. Tampoco recibimos recados extraños.

—¡Oiga! Vaya y dígale que el recado es de la señorita Eloise.

El mayordomo le cerró la puerta en la cara. Después de unos minutos el mismo duque de Kent le abrió la puerta.

—Pensé que era la señorita Eloise, por favor pase, lady Payton, está exponiéndose aquí —aclaró.

Ella rápidamente entró a la mansión y extendió la mano con la nota.

—Es el recado de Eloise, excelencia. Está castigada.

—Espero que no haya sido por mi causa —dijo sonriéndole.

Pepper se sonrojó. Había recordado lo del brandy, la seda y el calor.

—Esperemos. Solo vine a dejar esto, no es bien visto que esté en su casa.

—¿Puede aguardar una respuesta? —indagó el hombre.

—Yo... Por supuesto —respondió queriéndose abofetear por ser tan tonta.

El duque la invitó a sentarse, retirándose luego a su despacho para contestar aquello. Mientras Pepper lo observaba irse, nunca había tan a solas con un caballero, su respiración se le agitaba, pero era más bien por el susto de estar haciendo algo tan indecente e indebido como visitar a un hombre soltero en su residencia.

Luego de unos eternos minutos, el duque salió con la respuesta en la mano.

—Disculpe la demora, lady Payton —se excusó, viéndola levantarse rápidamente.

—No importa. —Sonrió nerviosa.

—Gracias por el favor. —Tomó la mano de Payton, dejando un beso de cortesía en él.

¡Qué grande era la imaginación! Podía sentir lo que Eloise había dicho, debía huir en ese momento.

—Fue un placer —dijo haciendo una reverencia.

Después de ese bochorno, ella regresó a su casa. No iba a abrir la respuesta del duque por más que moría de curiosidad, aquello era un asunto privado, Eloise se lo contaría luego.

*Señorita Eloise:*

*Disculpe por colocarla en tal apuro, me siento apenado de que su padre haya sido testigo de tan lujuriosos pensamientos de este servidor.*

*La esperaré a la próxima temporada, sin usted ya no tengo nada que hacer en Londres. Iré a un viaje de negocios y volveré el año siguiente, pero usted seguirá sabiendo de mí y de mis presentes.*

*Deseoso de volver a verla.*

*Bruce*

El duque había partido a un largo viaje a la India para conocer al marqués de Normanby e invertir en su negocio, quería ver cómo se desenvolvía y con cuánto contaba para volver a Londres.

***

*Meses después*
*India*

Ferdinand esperaba la llegada del duque de Kent a su residencia. Los nervios lo estaban consumiendo, iba a tener a un hombre importante como él de huésped en su humilde morada en aquel país extranjero.

Al ser informado del desembarco del duque, Ferdinand fue a buscarlo en su carruaje, mirando entre todos los caballeros que estaban en el puerto.

—¿Marqués de Normanby? —preguntó el duque acercándose a él.

—¡Excelencia! —Hizo una reverencia.

—Menos mal lo encontré, estaba un poco perdido.

—Yo lo guiaré, no se preocupe.

—Será un placer —dijo sonriente mientras los lacayos llevaban sus baúles al carruaje.

Ambos subieron y se acomodaron dentro.

—Alan me dijo que usted estaba interesado en conocer sobre el negocio —comentó Ferdinand.

—Efectivamente, soy un buscador de inversiones, constantemente estoy buscando formas de crecer, me interesa asociarme con gente seria y decente —dijo con tranquilidad.

—¿Usted sabe la historia de nuestra familia?

—Lo sé, pero usted no es su padre, no utilizó ninguna salida fácil, según me comentó Alan. Pudo haber buscado una buena dote si era un sinvergüenza, pero aquí está en un país ajeno, trabajando, ningún noble lo haría.

El duque de Kent era mayor que él, diez años aproximadamente le llevaba, se notaba la honestidad y experiencia en su persona.

Después de aquel momento, los meses iban avanzando rápidamente hasta estar listos para volver a Inglaterra, su preciosa y adorada tierra, junto con su socio y amigo Bruce, su madre y su pequeña hermana.

# Capítulo 6

*Londres, inicio de la temporada social*

Habían pasado meses de que su padre la castigó, pero eso no había impedido que ella siguiera recibiendo presentes de sus “incondicionales” y también del duque de Kent. Solo había tenido que sacrificar una joya para poder mantener al personal de la casa de su lado.

Mantenía correspondencia con el duque que estaba por volver de la India, le enviaba telas finas, listones y preciosas piedras. Ella estaba extasiada con la posibilidad de que el duque fuera lo que esperaba, alguien que le diera todo y que también la deleitara, era rico, galante, bien parecido, interesante. Lo tenía todo, solo debía esperar que volviera y le propusiera matrimonio.

—Vamos a salir al jardín, Eloise, aquí es asfixiante —dijo Pepper soplándose con el diario de Eloise.

—Pepper, no quiero salir, el mundo afuera es muy cruel para alguien como yo —habló con sarcasmo—. Mi padre quiere que me quede encerrada, pues lo haré, es mejor que disfrute de mí mientras pueda, esta temporada me caso.

Pepper lentamente dejó caer lágrimas por sus mejillas, sus padres le habían advertido que ya no tenía más opciones, si en tres meses no conseguía al menos un pretendiente, ya confirmarían su “vocación religiosa”; ahí perdería todos sus sueños: casa, esposo e hijos, pero ¿qué podía hacer? Eloise era la única que podía ayudarla a por lo menos saber lo que era un beso.

—¿Y ahora por qué chillas, Pepper? —preguntó Eloise.

—Porque... Porque... ¡Ya no me queda tiempo para conseguir un esposo! —alegó con histeria —. ¡Ayúdame, Eloise!

—Calma, Pepper, calma... —dijo, apenas tocándola.

—No quiero ir al convento sin saber lo que es ser besada...

—No beso mujeres, Pepper —bromeó para que se distendiera.

—Eloise, sabes a qué me refiero, quién sea, cualquier caballero estaría bien.

—¿El señor Gordon?

—Eso es un pecado —dijo recordando al hombre rechoncho con nariz de cerdo.

—Entonces no digas cualquier hombre, creo que te iría bien alguien como... Lord Falkes.

—¡Oh sí! Lord Falkes es atractivo, pero está comprometido.

—¡Esos son los mejores! Pero creo que tú deberías buscarte algo de menos alto vuelo —dijo,

mirándola bien.

—Lo que sea, menos que sea gordo, bajo y con nariz de cerdo.

—Pides demasiado y no estás a la altura del desafío, cámbiate ese peinado, ponte más coqueta y estás lista, es sencillo.

—Es que...

—¡Excusas, Pepper, excusas...! Si vas a excusarte mejor no me cuentes más.

—Eloise, nadie quiere un esperpento enfermo detrás, en cualquier momento puedo caer muerta.

—¡No exageres! Un poco de flema no mata... —Le sonrió.

—Por favor, Eloise, si tú no me ayudas estaré perdida en un convento con una vocación que no siento, soy de rezar, pero me aburro haciéndolo —confesó—, además, según he podido notar, a los caballeros les gustan las mujeres robustas, así como tú, yo soy demasiado delgada, se me ven los huesos y no es porque no me alimenten.

—Sí, sí, sí, Pepper, pero como siempre he dicho, "a faltante de virtudes, potenciar lo que se tiene". Debe existir algo salvable bajo estas greñas —dijo Eloise, levantando mechones del cabello de Payton.

—Está bien, te haré caso y dejaré que mi doncella se encargue de arreglarme sin que yo le diga.

—Al parecer tu pobre doncella tiene más criterio que tú.

***

—¡Inglaterra! —dijo Micaela, inhalando emocionada el aire de la ciudad—. ¡No puedo creer que hayamos regresado, Ferdinand!

Él se dejó abrazar por su entusiasta hermana.

—Así es, hemos vuelto... —reconoció Ferdinand, mirando todo con añoranza.

—Ahí está Alan —dijo Bruce señalando hacia donde estaba su amigo esperándolos en un carruaje—. ¿Desea que la acompañe lady Micaela? —preguntó educado Bruce.

—Sí, por favor. —Tomó orgullosa el brazo del duque de Kent.

Desde que estuvo con ellos en la india, no pudo quitárselo de la mente, quizás estando en Inglaterra él se animara a cortejarla, al menos eso creía ella; en tanto Bruce, no había dejado de pensar en Eloise y de enviarle todo lo que él creía que a ella le encantaría. Podía percibir la ambición en ella, pero no era algo a lo que él le temiera, los matrimonios eran por conveniencia, así que su comportamiento era normal, y de hecho pagaría lo que fuera para ver su rostro al recibir uno de sus presentes.

—¡Alan! —exclamó Ferdinand, abrazando a su amigo—. Tanto tiempo...

—Mucho. Te ves más maduro que la última vez que te vi, Ferdinand.

—Es así, amigo mío —dijo mirando a su hermana que venía del brazo de Bruce—, y puedes

también ver cómo está Micaela, mi madre aún está viendo los baúles, está muy nerviosa.

—Lady Micaela, cuánto ha cambiado, está hecha toda una dama. —Besó la mano de ella—. Me encantaría saludar a lady Nat, pero veo que está causando tumultos entre los pobres empleados del puerto.

—Mi madre no puede con su ansiedad, milord —expresó Micaela disculpándose por su madre.

—Bruce, has llegado justo a tiempo, recuerda que tenemos otro viaje de negocios...

—Cómo olvidarlo si me lo recuerdas en cada correspondencia —dijo con humor.

—¡Milord! —apareció lady Nat, acercándose a Alan—. Disculpe la tardanza, pero la gente aquí suele ser incompetente, no quería que nada se extravíe.

—La comprendo, lady Nat —dijo besando su mano.

Todos subieron al carruaje esperando que las carretas se llenaran con las pertenencias para partir rumbo a la renovada residencia del marqués de Normanby.

Durante el viaje, Alan le comentó cómo estaba el proyecto de la fábrica, que por el momento estaba detenido por las últimas lluvias, todo lo que había hecho en su residencia para recibirlos y también le explicó cómo insertó el nombre de ellos en la sociedad para la presentación de Micaela.

Después de unas horas, llegaron hasta su residencia despidiéndose de Alan y Bruce para poder descansar y observarlo todo.

Micaela quedó triste al despedirse del duque, su rostro la delataba.

—Micaela, hija, no estés triste, la temporada va a iniciar y es probable que él quiera cortejarte.

—¿Usted lo cree, madre? Cuando estábamos en la India, vi cómo redactaba varias correspondencias y enviaba presentes dignos de una reina.

—Cariño, conocerás a muchos caballeros, no te encapriches por uno —recomendó su madre, abrazándola—. Ahora vayamos a ver dentro de la casa.

Ferdinand entró y todo aquello estaba renovado, valió la pena cada libra puesta en su hogar, aquel lugar estaba listo para recibir a una familia.

—¡No puedo creer que esta sea nuestra casa otra vez! —Se emocionó la marquesa—. ¡Gracias, Ferdinand, por devolvernos esto!

—No tiene nada que agradecer, madre. Tenemos todo lo que necesitamos para vivir tranquilos, sin muchos lujos, pero bien. La dote de Micaela está a la altura de otras dotes aquí, así que irá bien casada, estoy confiado en eso —dijo él mirando todo.

—¡¿Dónde será mi habitación?! —preguntó ansiosa Micaela.

—La tuya está al costado del jardín, ve a verla.

Su hermana olvidó los buenos modales y subió corriendo las escaleras.

—Madre, la casa está a su disposición al igual que un mayordomo, una cocinera, una doncella y un cochero —señaló Ferdinand.

—¡Es más de lo que esperaba!

—Vinimos a triunfar, madre. Londres sabrá que los Normanby no están acabados.

—Bienvenido, señoría, milady —saludó el mayordomo—. Mi nombre es Tyler y estoy a su servicio.

—Gracias, Tyler —respondió Ferdinand.

—Ha recibido correspondencia, señoría —dijo pasándole unos ocho sobres.

—¿Correspondencia? —preguntó extrañado tomando las cartas—. Madre, disponga como desee, yo iré al despacho.

—Gracias, hijo, veré que hay por la cocina, debemos comer —habló lady Nat, yendo con el mayordomo.

Ferdinand abrió la puerta de su despacho, recordaba aquellos viejos libros que no pudo llevarse a la India, les echaría una mirada cuando tuviera un poco de tiempo.

Abrió los sobres y eran invitaciones para los bailes. Era increíble e impagable el trabajo que había hecho Alan con su reputación como para que antes de llegar ya tuvieran invitaciones. Lo que más le preocupaba era el tiempo para la presentación de Micaela, debía hablar con alguna de las organizadoras y preguntar si podía presentarla, gracias al cielo solo tenía una hermana.

Salió a las apuradas de su despacho para ir a preguntar cómo hacer para presentar a su hermana.

—¡Madre! —gritó.

—¿Qué sucede, Ferdinand?

—Vaya con Micaela a buscar una modista, necesita vestidos para su presentación, y que sean bonitos, madre, si queremos un buen esposo para ella. No queremos que use harapos.

—Claro, Ferdinand, déjalo en mis manos —dijo su madre, marchando para buscar a Micaela.

Desde que llegó a Londres no había podido descansar, con la primera anfitriona que habló había concretado que debutaría su hermana. La señora Gilmore era bastante amable, y muy educada, con gusto aceptó la propuesta de Ferdinand. Luego de pasar por ahí, fue directamente a su casa, debía tomar un descanso y después volver a lo que importaba: los asuntos de su fábrica.

***

Eloise comenzó a impacientarse por no saber de Bruce, estaba tan inquieta que prácticamente era insoportable.

—Con que usted es el duque de Kent —dijo el padre de Eloise, mirando a quien pidió verlo.

—En efecto, milord... —aceptó Bruce—. He venido a pedirle disculpas por mi apasionada nota para su hija.

—Estoy seguro de que usted ha sido una víctima de mi dulce Eloise —agregó con sarcasmo.

—Por el contrario, milord. Fui yo quien intento tomarse libertades no correspondidas con la señorita Clement, pero pienso resarcirlo —explicó Bruce.

—¿Resarcirse? ¿Cómo? —preguntó con curiosidad.

—Pidiendo cortejar a su hija después de volver de un viaje que tengo planeado, no tardaré más de dos meses en volver.

¿El hombre dijo cortejar a Eloise? Luke estaba a punto de arrojarse sobre él y besarle los pies, no podía creer su suerte. Con aquella propuesta, ella ya dejaría de ser un terrible dolor de cabeza. Su lengua venenosa y su carácter caprichoso habían hecho que él y su esposa pelearan, pues ella no estaba de acuerdo con el castigo y de cómo estaba intentando meter a Eloise en el buen camino de manera forzosa.

—Por mí es un asunto olvidado si piensa cortejar a mi hija, déjeme hablar con ella y luego le pido que baje con una doncella a verlo.

—Estaré encantado de ver a la señorita Clement.

—También creo que estará encantada de verlo... —expresó saliendo de su despacho para ir junto a Eloise.

Emocionado, Luke tocó la puerta de su habitación y le habló.

—Eloise...

Ella puso los ojos en blanco al escuchar a su padre.

—¿Qué quiere, padre?

—Abre la puerta y hablemos.

—¿Piensa impedirme que respire, padre? —preguntó sarcástica.

—No pienso pedirte que me hagas favores, Eloise, solo quiero darte una buena noticia —pronunció llevándole la contra a su hija; no le daría el gusto, sus días de mimada se habían terminado.

—¿Usted trayendo una buena noticia? No lo creo.

—Tu apasionado caballero está abajo, vino a verte —dijo su padre para ver si eso surtía efecto.

—¿El duque? ¡Qué patrañas, padre, él está de viaje, sea más perspicaz si quiere hablar conmigo!

—Está bien... ¡Abre la maldita puerta o la tiro! Y sabes que lo haré y no te va a gustar el castigo que te daré después.

¿A esas palabras qué podía hacerle? Eloise abrió la puerta con calma, casi mordiéndose la lengua.

—Diga lo que quiera, padre.

—El duque de Kent está en mi despacho y quiere verte. Es en serio.

Ella aún lo miraba desconfiando, aunque vio que la doncella pasó la puerta y esperó órdenes.

—Ella te va a acompañar para que lo saludes brevemente.

—¡No puedo creerlo! ¡Es en serio! —dijo saliendo a largas zancadas.

—Ve con ella —ordenó Luke a la doncella—. ¡Eloise, comportarte como una dama! —le vociferó su padre.

Corrió por el pasillo, luego repentinamente paró y la doncella la chocó con su espalda.

—¿Cómo me veo? —consultó a la doncella.

—Esplendorosa como siempre, señorita.

—No seas adulona, pero me conformo y ten más cuidado cuando caminas... —dijo con altanería.

—Sí, señorita.

La puerta se abrió, y era ella, la bella Eloise entrando ataviada con un encantador vestido marfil.

—Excelencia... —saludó Eloise, acercándose a él.

—Mi hermosa señorita Clement, la última imagen que tengo de usted no le hace justicia, se ve más bella cada día. —Besó su mano.

—No haga que me sonroje, excelencia —dijo con la mirada baja.

—Verla sonrojarse por mis halagos es un verdadero honor —continuó diciendo sin soltar su mano.

Un carraspeo incómodo de la doncella llamó la atención del duque. Aquella mujer le indicaba que soltara la mano de su señorita.

Eloise, molesta, fue hacia la doncella y se paró frente a ella.

—¿Es suficiente para tu silencio? —preguntó sacando unas monedas de entre su escote.

—Sí, señorita —dijo agarrando las monedas y fue a un rincón a colocarse de espaldas a ellos.

—¿En qué estábamos, excelencia? —curioseó con un desvergonzada sonrisa.

# Capítulo 7

—Usted sí que sabe hacer negocios, señorita Eloise —aduló.

—¿Cómo cree que pude recibir sus regalos, excelencia? —afirmó sonriente—. Tuve que pagar el silencio de todo el personal de mi padre.

—Fue una jugada magistral.

—Creo que si uno va a jugar debe hacerlo de modo a que gane, ¿no lo cree? El hecho de participar no es lo que siempre importa, es una filosofía pobre y mediocre.

—Totalmente de acuerdo con usted, Eloise —la tuteó.

—¿A qué debo el honor de su visita, excelencia?

—Solo vine a decirle que nuevamente parto a un viaje.

—¡Pero si apenas ha vuelto! —Se exaltó con rapidez.

—Pero tengo novedades para usted. He hablado con su padre sobre mi intención de hacerle la corte.

Eloise estaba que volaba de emoción. Un duque galante y rico habló con su padre, ¡qué mejor noticia que esa!

—¿Cortejarme? —preguntó ocultando sus emociones. Él no debía ver lo animada que en realidad estaba con esa noticia.

—Señorita Eloise... —dijo Bruce acercándose a ella y tomando su mano—, en este tiempo lejos, no he dejado de pensar en usted, y puede verlo. Conozco los peligros y los problemas que un cortejo de mí hacia usted podrían acarrear, pero estoy dispuesto a correr el riesgo y anular a la voraz competencia por sus atenciones.

—Me siento halagada, excelencia, creo que merece más de mis atenciones —musitó colocando sus manos en el cuello de Bruce—. Se merece otro beso.

—Róbeme todo lo que desee, señorita Eloise, estoy absolutamente a su disposición.

Eloise se colocó de puntitas hasta alcanzar los labios del duque, y lo besó apasionadamente como sellando un pacto de compromiso cuando volviera de su viaje. Era una mujer casi comprometida, estaba empezando la tercera temporada de la mejor manera que podía cualquier dama de su edad.

¿Por qué no se había comprometido en su primera temporada? Era una respuesta demasiado simple: nadie había alcanzado a llenar sus expectativas. Los caballeros ese año se habían

esmerado para no ser higiénicos, para no besar bien, y para ser más pobres diablos que nunca.

Disfrutó de los besos de algunos nobles quebrados, pero quebrados no servían. Su dote de por sí era atractiva, haciendo que algunos olvidaran las murmuraciones que corrían sobre ella, y más con el aporte económico que hizo su tío a su dote el año pasado.

A Bruce le había rehuido porque era un poco mayor, pero gracias a la visual de la melindrosa de Pepper pudo ver potencial en aquel caballero, y había sido la decisión ideal haber aceptado un baile y luego mostrarle un poco de sus atenciones.

Estaba segura de que un matrimonio al lado de Bruce sería lo que siempre soñó y la palabra que lo englobaba todo era «inusitado».

Bruce también pensó que un matrimonio con Eloise sería lo mejor, ella lo hacía pensar, había despertado sus pasiones, por fin compartiría su riqueza con alguien, y probablemente calentaría su cama de manera que otra dama no lo haría. Aunque sabía que ella tenía un pequeño problema de libertinaje, nada que un poco de dinero y vigilancia no solucionaran en un futuro. Si ella sería su esposa, debía mantenerla contenta como a cualquier jovencita de su edad. Gustaba del buen vestir y de las más finas joyas, no le haría faltar absolutamente nada en su ausencia, estaría presente en cada regalo que le hiciera.

Sin dudas el duque era completo, y en ese momento en que había “comprado” el silencio de la doncella, podía ofrecerle a él un poco más de ella.

Ella rompió el beso y lo miró con picardía.

—Excelencia, creo que mis besos no son capaces de expresar todo lo que usted ha creado en mí —dijo sacándose los guantes—. Sé que para usted es poca cosa, pero por el momento son las libertades que le puedo ofrecer.

El duque observó sus blancas, hermosas y delicadas manos, luego las acarició. Eran realmente tentadoras, ¿quién diría que las manos y los pies de esa dama eran tan hermosos y sensuales?

—Mi querida señorita Eloise, Dios me permita hacerle visitas más frecuentes hasta que pueda observarla mejor... —pronunció Bruce, besando sus manos lentamente, para luego subir hacia su cuello.

—¡Qué cosas dice, excelencia! —exclamó alterada por las sensaciones que la asaltaban. Podía sentir la humedad de sus labios en su piel. Era excitante, pecaminoso y muy agradable. Había recibido besos en las manos con guantes y en la boca, pero nada de esa magnitud, le producía estremecimiento.

Él paró su ascenso cerca del codo, y luego dejó de nuevo un beso en su mano.

—Debo retirarme a descansar, mi adorada señorita Eloise. Estaré ansiando de verla pronto, seguirá sabiendo de mí, tal y como lo hizo cuando estaba en la India.

—¡Pero si acaba de llegar! —reclamó de nuevo, presa de la impotencia de que su caballero se fuera—. Perdone mi comportamiento, excelencia.

—Sufro de la misma frustración que usted. Con profundo pesar debo despedirme, no quisiera que su padre me anotara en una libreta de pretendientes rechazados por abusar de su generosidad.

—Pero que atento es usted, excelencia. Mi padre es un hombre justo, no se preocupe que él no pensará mal de usted, no así de mí —dijo sonriéndole con complicidad.

—Oh, lo olvidaba... —buscó algo en su bolsillo—, esto es para usted. —Le entregó un estuche.

Ella abrió el presente, y ahí estaba una bella pluma para escribir que tenía hermosas piedras incrustadas alrededor.

—Es para que no olvide escribirme, estaré pensando en usted, Eloise... —habló susurrándole al oído antes de besar su mejilla.

Aún no salía de su sorpresa, no conocía nadie que tuviera una pluma tan fina y hermosa como esa.

—Son pocas las cosas que me dejan sin habla, y esta es una de ellas, recibirá las cartas expresamente de esta pluma, mis letras y pensamientos serán suyos, excelencia... —alegó haciendo una reverencia.

—Volveré por usted, Eloise, no lo olvide.

—Y yo lo esperaré, no me olvide...

Bruce se dirigió a la puerta arrojándole una última mirada a Eloise para luego salir del despacho.

Eloise se arrojó al sillón aún sorprendida.

—¡Siento que moriré! —exclamó Eloise, soplándose por el calor que otra vez había sentido con Bruce.

—La ayudo —dijo la doncella agarrando unos papeles para soplar a Eloise—. ¡Qué caballero, señorita Eloise! —Suspiró.

—Ese no es un caballero, es un hombre... —dijo feliz recordando su visita.

Cuando le contara Pepper, ella moriría de la emoción como la última vez que le contó algo del duque. Debía escribir ese encuentro en el diario, pero lo haría después del baile de la señora Gilmore.

***

Lady Nat y Micaela habían ido a la tienda a comprar vestidos y lo hicieron con toda la objetividad posible con tres requerimientos esenciales: que sea bueno, bonito y no muy costoso. Todo sea por ayudar al sacrificado Ferdinand, quien se había sacrificado por ellas para darles un futuro y construir el suyo propio. Ninguno de ellos tres sabía lo que era desperdiciar una sola libra; pudieron suplir sus necesidades en la India con muy poco.

—¿Cómo les fue en las compras? —preguntó viéndolas llegar con desbordante felicidad.

Micaela corrió junto a él para abrazarlo.

—¡Jamás había sido tan feliz, Ferdinand! ¡Mira! —dijo ella alejándose de él para mostrarle uno de los vestidos.

—Es hermoso... —expresó acariciando la tela.

—Es azul, es un precioso azul... —repitió feliz.

—Esto es lo que gastamos, querido —dijo su madre con la cuenta en la mano.

Ferdinand tomó el papel.

—Es menos de lo que había presupuestado para que pudieran vestirse, es grato saber que hay damas conscientes en este mundo —resaltó, riendo.

—Lo que queremos es ayudarte, hermano, vemos cómo trabajas todos los días, no queremos ser un dolor de cabeza más para ti.

El afecto de su madre y su hermana lo animaba a continuar aún más con sus ambiciosos planes para mejorar las condiciones de su familia, por más que la fábrica estaba con pequeños retrasos, eso no era grave.

Había llegado el día del debut para Micaela quien, emocionada con el precioso vestido azul y unas hermosas perlas que le habían quedado a su madre antes de casi venderlo todo para ir a la India, se veía hermosa entrando del brazo de su hermano al salón.

—Espero ver al duque de Kent —dijo Micaela, observándolo todo.

—Eso no podrá ser, Micaela... —La desalentó Ferdinand.

—¿Por qué?

—Fue a América por un viaje de negocios nuevamente. —La decepcionó él disculpándose.

Las expectativas de Micaela cayeron al piso a gran velocidad. Se había arreglado tanto solo para impresionar a ese caballero y él no estaría.

—Anda cariño, no te desanimes —animó su madre tocándole el hombro—. Mira cuántos caballeros hay...

—Creo que el más galante es Ferdinand, madre, y si mi hermano es el único que me agrada es una mala señal.

—Micaela, no te obsesiones con el duque, trata de disfrutar de tu presentación. Una dama solo una vez es presentada. Sé que serás un éxito, recuerda que debes conseguir un buen esposo para no ser una carga para tu hermano como lo soy yo.

Lord Dartmouth y Ferdinand charlaban animados en una esquina observando el salón. Él y su familia habían sido recibidos con los brazos abiertos en Londres después de años. Tuvo propuestas de posibles socios y todo gracias a sus dos buenos amigos; después que la fábrica se terminara y comenzara su producción, vería los frutos de su sacrificio.

—Aquella es mi hermana, lady Micaela —le indicó Ferdinand a Lord Dartmouth hacia donde ella estaba siendo abordada por otros caballeros.

—Es muy hermosa —manifestó el joven conde de unos treinta años, de buena estatura, ojos y cabellos marrones, muy inteligente y rico.

—Sería un gran honor para mí que le invitaras un baile.

—Si aún queda un lugar libre en su carnet, lo haré —dijo en tono burlón, mirando a los caballeros que admiraban la belleza de Micaela.

Eloise ingresó al salón del brazo de su padre, por ningún lugar vio a Pepper.

—Compórtate, Eloise, recuerda que ya casi estás comprometida. Esa noticia puso muy contento a tu tío.

—Claro, no representaré competencia para la pueril de Alanis —gruñó ella rodando los ojos.

—Es tu prima, no hables así de ella.

—Mi tío quería librarse de mí a como diera lugar, es una verdadera fortuna que mi querido duque se haya fijado en mi persona.

—Es tan adorado que hasta yo lo quiero...

—Porque quizá lo libre de mi presencia, excelente padre... —replicó, dejándolo para ir a buscar algo de beber.

De nuevo las matronas alejaban a sus hijas e hijos del camino de Eloise, ella parecía una especie de Moisés abriendo las aguas.

Ella sonreía fresco mientras pasaba entre la gente.

—¿Quién es esa mujer? —preguntó lady Nat a otra dama.

—Es la señorita Eloise Clement, una mujer tan descarada. Cuide a su hijo de ella, es una oportunista, se aprovecha de los caballeros —dijo la mujer.

—Eso es un poco ridículo.

—Esta es su tercera temporada y hemos oído todo tipo de barbaridades, es la ladrona de besos.

—Ya quisiera yo que me robara algo. —Suspiró el esposo de la dama.

—¡Patrick! —Golpeó la dama al viejo.

Pepper entró al salón con sus padres, y vio a un caballero rubio, muy atractivo hacia uno de los rincones, al parecer era nuevo en Londres porque jamás lo había visto.

—Payton, en lo posible, aléjate de Eloise, no te conviene.

—Sí, padre —dijo intentando ser obediente.

Su padre la dejó sola, y ella como siempre no sabía qué hacer más que observar el salón e intentar esconderse de Eloise.

El caballero que al parecer era nuevo en Londres, parecía ser bastante estirado, muy fino, y hasta quizás extranjero. No paraba de observarlo, sus facciones le parecían atractivas. Mirar no hacía daño, jamás podría aspirar a las atenciones de un hombre así, de hecho, ya estaba resignada a que iría al convento, se negaba, pero a la vez lo aceptaba.

—¡Pepper! ¿Qué observas? —preguntó Eloise, sorprendiéndola.

—¡Dios santo, Eloise! —exclamó agarrándose el pecho.

—¿Qué miras, Pepper?

—Mmm... El salón... Es muy bonito... —dijo avergonzada.

—Hemos estado en este salón por tres años.

—Sí, lo sé, pero me sigue gustando.

Eloise no quedó convencida con la explicación que le había dado Pepper por lo que se puso a observar hacia donde ella lo había hecho, y grande fue su sorpresa al ver a un elegante caballero,

atractivo y al parecer de clase muy alta.

—¡¿Qué ven mis ojos, Pepper?! Es sangre nueva —habló con una pícara sonrisa.

—¿Dónde está? —preguntó desentendida.

—Allá —respondió, disimuladamente señalando hacia donde estaba Ferdinand—. ¡Ay, Pepper! El hombre debe ser un dulce.

—¡Eloise! Tú estás comprometida.

—No, no, no... Corrección, después que el duque vuelva probablemente lo esté. Ahora, aún soy libre para darme unos gocitos.

—¿No hablas en serio, supongo?

—Más que en serio, ¿alguna vez viste un caballero joven y atractivo como ese? Estoy segura de que no, Pepper. ¿Qué puede pasar? ¿Perder mi corazón en un beso? No pasará, será igual al resto, solo un beso más...

# Capítulo 8

Todo estaba perdido, Eloise le había echado el ojo al joven, Pepper ya tenía nuevamente los ánimos por el suelo, y no es porque tuviera sus esperanzas puestas en que ese hombre la mirara, con suerte no la habían atropellado en la calle por lo invisible que era, sino por la suerte de que él caería en las garras de Eloise; todos caían, ninguno podía salvarse.

—¡Pepper, solo míralo! —dijo animada Eloise.

—Eso estoy haciendo, pero no sé para qué te hago caso.

—¿Te agrada? Si te gusta no le sucederá nada... ¡Mentira! —exclamó Eloise, riéndose de la cara de susto de Pepper.

—Eres mala, Eloise...

—Déjame averiguar quién es, solo me tomará unos minutos.

—¡Eloise, recuerda al duque!

—¡Deja ya de actuar como mi conciencia, Payton! Cuando el duque me ponga un flamante diamante del tamaño de Inglaterra en el dedo, dejaré de seguir buscando.

—¡Ay, por favor! Puedes echar por la borda tus oportunidades de casarte con un hombre como él, es lo que siempre quisiste.

—¡No seas dramática! —espetó Eloise, dejando a Pepper sola.

Eloise tenía su propia forma de averiguar quién era el caballero. Chocaría con él y luego comenzarían una charla, y una cosa llevaba a la otra, no podría resistirse a sus encantos por mucho tiempo.

—Ferdinand, querido —dijo lady Nat, acercándose a su hijo.

—¿Sucede algo, madre? —preguntó.

—Solo quería comentarte lo que he escuchado en el salón. Siempre es importante captar la mayor cantidad de información para conseguir una buena esposa y alejar a las carroñeras.

—La escucho atentamente.

—Me han comentado sobre cierta señorita poco decente, son realmente chismes, pero no le restes veracidad, querido. Se llama Eloise Clement, es una descarada, coqueta y libertina, por favor, si se te llega a acercar huye como si de una peste se tratara.

—Es solo una mujer, y ya sabe, madre, no he venido a buscar una libertina, sino una esposa, si esa mujer coqueta y descarada aparece prometo despacharla —tranquilizó él con una sonrisa.

—¡Qué alivio! —expresó su madre, agarrándose dramáticamente el pecho.

—Es usted muy adorable, madre —dijo Ferdinand dándole un beso para ir retirándose hacia donde su hermana quedaba libre de bailar con Lord Dartmouth, quien al parecer era un excelente partido para ella.

—Fue un honor haber bailado con usted, lady Micaela —condescendió Claude, conde de Dartmouth.

—El honor ha sido mío, milord. —Reverenció al conde mientras él la entregaba a su hermano.

—Su hermana es una excelente bailarina, señoría.

—Disculpen, mi madre requiere mi presencia —dijo Micaela despidiéndose de Claude y Ferdinand.

—Micaela, te he visto bailando con el conde de Dartmouth —habló su madre con una sonrisa al verla llegar junto a ella.

—Un hombre muy agradable, madre —alegó sin mucho entusiasmo.

—Trata de disfrutar, Micaela. El duque no volverá pronto y tú no puedes desperdiciar muchas oportunidades, lo sabes.

—Claro que lo sé, madre, no puedo ser una carga para mi hermano.

—Cuando Ferdinand encuentre una esposa, nosotras pasaremos a un segundo plano, hay que estar preparadas.

Claude y Ferdinand seguían charlando sobre el baile que había tenido con Micaela. El conde había quedado casi prendado de la dulzura, belleza y recato de su hermana, aquello era gratificante, tener un pretendiente en el debut era algo que anunciaba un buen provenir para Micaela.

—Claude, ¿conoces a alguna dama que cumpla con algunos requerimientos para mí? —preguntó Ferdinand, mirando en el salón.

—Si existiera esa dama yo ya estaría casado, Ferdinand —dijo a modo de broma—, pero aquí tenemos de todo, si quieres familia decente, recato, excelente dote aunque no mucha gracia, lady Payton es para ti.

—¿Podrías mostrarme a lady Payton? —preguntó.

—Aquella dama solitaria, raramente está sola, casi siempre está acompañada de su amiga, la señorita Eloise.

—Mi madre me acaba de comentar sobre la dama. Me dijo que si me acercaba le huyera como a la peste. ¿Cuál es la dama? —indagó con curiosidad.

—Solo busque al pecado hecho carne —recomendó Claude moviendo la cabeza hacia la mesa de bebidas.

Ferdinand echó un vistazo. Vio a la criatura más esplendorosa y llena de gracia que sus ojos jamás habían visto. Sus cabellos negros brillaba a la luz de las lámparas del salón, su blancura solo podía compararse con las más finos tejidos conocidos por el hombre moderno. Estaba completamente perdido en la belleza de una arpía.

—Es la misma cara que hemos puesto todos aquí, la ladrona de besos ha vuelto esta temporada seguro buscando más víctimas —ridiculizó risueño lord Dartmouth.

—¿Ladrona de besos?

—Todos los que hemos sido víctimas de su comportamiento poco recatado lo sabemos. Es muy peculiar, elige a los candidatos que le parecen aptos, galantes y ricos, los prueba y no los vuelve a repetir.

—Creo que su reputación está en la más profunda de las fosas.

—No lo dude, pero aun así hay caballeros que según escuché han pedido su mano...

—Carece de sentido común un caballero que desea a una libertina de esposa, creo que iré para conocer a lady Payton —dijo sonriendo.

Eloise había visto que el caballero recién llegado la había observado, no le pareció indiferente, pero iba hacia Payton, no podía permitirlo.

Caminó rápidamente sin perder la gracia con una copa en la mano. Su idea era tener la atención completa del caballero y, sin mediar palabra, lo chocó intencionalmente derramándose la copa encima.

Ferdinand no sabía de dónde había salido la mujer que lo atropelló con fuerza.

—¡Disculpe, ¿se encuentra bien?! —preguntó Ferdinand ayudando a la muchacha que casi perdió el equilibrio. Los bellos ojos de Eloise se cruzaron con los de Ferdinand, él no se había percatado hasta ese momento que aquel demonio era el ángel más perfecto. Su primera apreciación se había quedado corta, estaba totalmente deslumbrado por Eloise.

—Excuse mi torpeza... —pidió fingiendo tambalearse mientras él la sostenía de la cintura.

Eloise no podía separar los ojos del atractivo Ferdinand, no era una belleza convencional inglesa, sus rasgos eran fuertes y envolventes.

El contacto se había extendido más de lo que se debería por lo que Ferdinand la colocó correctamente.

—¡Mi vestido! —expresó ella con un mohín practicado en la cara.

—Le responderé por el vestido...

—Señorita Eloise Clement, por favor... ¿Y usted?

—Ferdinand, marqués de Normanby. Por favor, vaya a su modista y ordene un vestido para que lo carguen a mi cuenta, no podría hacer menos por usted, lo he estropeado.

—Es muy amable, gracias por la cortesía —dijo intentando caminar, pero a la vez fingiendo mareo por el choque.

—¿Segura de que está bien?

—No muy bien, ¿podría prestarme el brazo y ayudarme a llegar afuera? Necesito aire... —solicitó abanicándose.

Tuvo que destruir un hermoso vestido para tener un momento a solas con ese caballero. Eso fue doloroso.

Ferdinand le extendió el brazo inocente, porque eso era él en manos de Eloise, un inocente.

Ella prácticamente recostada por Ferdinand caminó con una discreta sonrisa, señal de que había conseguido llevarse al caballero. Solo era cuestión de proponérselo y que cayera en su juego para ser besado, probar esos labios era su objetivo esa noche.

—Estoy muy apenado, señorita Clement, es un hermoso vestido el que castigué.

—No se preocupe. Hemos quedado en que pediré uno nuevo a su cuenta, no se culpe. Fue mi torpeza por no mirar el camino. Es un hecho que no le corresponde la galantería de devolverme el vestido —expresó Eloise.

—La culpa me consumiría si no se lo repongo.

Llegaron hasta una parte del jardín donde estaban solos y para Eloise ese era el momento de actuar.

—Señoría, usted es nuevo por aquí, nunca lo había visto. Llevo tres temporadas sociales y esa la primera vez que me cruzo con usted.

—Acabo de volver de la India. Hace seis años que Londres dejó de ser mi hogar, ahora he vuelto para quedarme.

—¿Por qué se fue?

—Mi padre había dejado tantas deudas como granos de arroz y me fue imposible pagarlo todo sin quedar en la ruina, años de trabajo me han devuelto la fortuna y la posibilidad de volver aquí —contó con orgullo.

«Un quebrado», susurró su maquiavélica mente. Un quebrado apuesto, no importaba su condición social, un beso no la convertiría en indigente.

—Eso lo faculta entonces como un buen candidato para las damas que están en el salón, señoría. Un hombre apuesto y trabajador es algo difícil de encontrar —dijo con una sonrisa un tanto insolente.

A Ferdinand aquello le había sonado a burla, lo mejor era que se retirara, no tenía ningún objeto perder el tiempo con aquella mujer.

—He cumplido con usted, señorita Eloise. Volveré adentro, tengo cosas que hacer —dijo agarrando la mano de Eloise, dejando un beso en ella.

—¡Espere! —exclamó, agarrando la mano de Ferdinand—. Quédese aquí a hacerme compañía, adentro es muy aburrido, lleno de protocolo y falsedad.

—¿Disculpe? —Se extrañó Ferdinand sonriendo con humor—. Señorita, he escuchado sobre usted y no son buenas las señas que me dieron, prefiero que no me vean con alguien de su reputación.

«¡Eso no era posible! ¡Nadie la había rechazado antes de proponer nada!», pensó.

—¿Ser sincera es un pecado o pensar diferente al resto? —objetó con desdén—. Usted prefiere un montón de mujeres iguales producidas en masa para complacer a los caballeros, jóvenes que esperan su destino, yo prefiero buscar el mío.

—No necesito sus explicaciones, señorita. No conozco sobre su suscitada originalidad, no quiere ser ordinaria como el resto de las damas, es por eso que el libertinaje la ampara para

forjarse su destino como ladrona de besos, es indecente y decadente —se explayó Ferdinand con total calma.

—¿Cree usted que lo traje aquí con un propósito poco honorable? A usted es a quien acusarían de poco honorable, señoría.

—¿A mí? Señorita Eloise, recuerde que es usted conocida como la ladrona de besos, en cualquier caso yo saldría bien librado siendo una víctima más de sus escrúpulos.

—¡Qué insolente! —alegó, quejosa Eloise.

Estaba enojada, nunca la habían tratado de esa forma y menos sin conocerla. Era un hombre mal educado y ofensivo, pero cada palabra que pasaba por esos labios lo hacía más atractivo a su capricho.

Su porte serio, formal, estricto con aire incorruptible era al parecer un reto a vencer para Eloise, siempre lo había tenido fácil, sin embargo, ese caballero que deseaba era quien estaba dando lucha, pero ella no se daría por vencida, iba a conseguir ese beso como diera lugar.

—Perdonaré sus insolencias solo de una forma, señoría —intentó negociar.

—¿Perdón? Pero creo que esta noche la música afecto mis oídos, ¿dijo perdonar mi insolencia? Estoy seguro de que no hablamos del mismo tema —dijo con seguridad.

—Me ha ofendido, pero pienso perdonarlo solo de una forma...

—A ver... La escucho —habló con tono de burla.

—Deje que lo bese, sabrá lo que es el cielo —aseguró Eloise, con su temible sonrisa mordiéndose los labios con coquetería.

La miró completamente incrédulo. La dama era poco pensante para humillarse de esa forma. No obstante, él le daría una cucharada de su propia medicina para que enderezara su camino.

—Anhelo ser perdonado, señorita Eloise... —musitó él cortando la distancia entre ambos—. Tome lo que desee, yo le prometo que nunca habrá probado nada como lo que obtendrá de mí.

Eloise creía que Ferdinand había hecho un teatro para al final caer en sus apasionadas redes; ella le daría el mejor de los besos que tenía en la estantería.

Ferdinand miró a la hermosa mujer que tenía en frente. Esa mirada tan cercana era absorbente, ella lo tenía encandilado, pero no hasta el punto de la demencia. Desearía probar esos labios, aunque eran una pérdida de tiempo y él no estaba para los juegos de una niña malcriada.

—Una decisión sabia —se conformó Eloise, tocándole la mejilla a Ferdinand. Lentamente se acercó a sus labios mientras él descendía hasta su altura para recibir su beso. Otra vez se declaraba ganadora indiscutida, besaría a ese caballero reticente.

Cuando ella iba a alcanzar los labios de Ferdinand, él simplemente se alejó mirándola burlón.

—No sé con qué clase de caballeros está acostumbrada a tratar, pero yo no soy así. Si desea un beso no faltara quien se lo dé, nadie desperdicia una bocado como usted... Que tenga buena noche, señorita Eloise... —Se retiró raudamente del lugar, dejándola ahogarse en su propia frustración.

# Capítulo 9

Eloise quedó en posición de casi besar mientras el hombre se iba burlón. Nunca había sido tan humillada en su vida. La rabia se apoderó de ella y las lágrimas de frustración salían como lluvia mojando sus rozagantes mejillas.

—¡Nadie se burla de mí, señoría! —habló con rabia.

Debía calmarse y volver adentro como si nada hubiera pasado. No podían verla como si fuera una criatura irracional. El rechazo de ese caballero había sido como una terrible puñalada a su orgullo.

Ferdinand salió airoso de su encuentro con la diabla descarada de Eloise Clement, hábil, bella, inteligente, pero muy libertina para sus gustos personales.

No podía negar que lo había entretenido con su juego, ser la presa a veces era divertido, y ver a toda una cazadora en acción le resultó adorable e inocente. Era notable que la dama lo máximo que había hecho en su vida era coleccionar caballeros, pero ninguno se la había llevado a la cama, pura maldad con aires de inocencia.

Después de dejar atrás su encuentro con la sagaz Eloise, observó a la pequeña lady Payton. Estaba a punto de desertar de la idea de pedirle un baile, ella era desarreglada y al parecer no muy saludable, no entendía cómo la cazadora de Londres podía ser amiga de ella, o viceversa, debía existir un cariño puro y sincero.

Tomó valor, pues él no había ido a buscar belleza e insolencia, que fue algo que consiguió con Eloise, fue a buscar una dama recatada, fina, con buena dote que aporte al crecimiento futuro y también que fuera dulce.

—Buenas noches, milady —saludó acercándose a Pepper.

Ella pareció entrar en pánico al verlo, sus ojos temerosos, su boca entreabierta y su pose perdida la delataban.

—Milord... —dijo ella tratando de mantener un poco de compostura, ni en sus sueños más imposibles se imaginó que un caballero con sus características se acercara a ella, joven, vigoroso, atractivo, probablemente no era un cazador de dotes y era nuevo en la ciudad. ¿Qué le habría llamado la atención de ella?

—¿Me concedería una pieza? —preguntó Ferdinand, sonriéndole amablemente y pasándole la mano para que la tomara.

Payton no sabía qué hacer. Estaba demasiado sorprendida, tenía que aceptar. Contadas eran las oportunidades de bailar con los mejores prospectos de la sociedad, ya que la mayoría eran amigos de sus padres que le hacían el favor de sacarla a bailar para que no pareciera un árbol plantado en un lugar. Se sentía realizada al recibir la invitación de un desconocido.

Ella aceptó la mano que él le dio y caminaron para unirse a la danza.

Esperaba que él no notara su torpeza e inexperiencia al bailar.

—¿Lady Payton, no es así? —cuestionó Ferdinand para romper el silencio.

—Así es... —respondió nerviosa.

—Soy Ferdinand, marqués de Normanby —se presentó sin ser requerido.

«¡Grandísima burra grosera!», se insultó mentalmente. ¿Cómo no se le ocurrió preguntar su nombre?

—Siento tanto no haber preguntado su nombre, señoría. Le ruego que perdone mi grosería... —se disculpó Pepper.

—No se preocupe, también me estoy adecuando a Londres, no debí abordarla de esa manera tan arrogante, le pido me excuse, lady Payton. Mis modales no han entrado en contacto con mucha gente de clase social alta en mucho tiempo.

—Quien debería pedirle disculpas soy yo, no estoy acostumbrada a que me saquen a bailar extraños...

Eloise entró al salón aún con furia, pero contenida, fingiendo que todo estaba bien, aunque en realidad nada estaba bien. Al ver a Pepper bailando con el marqués, su sangre volvió a hervir. ¡Cómo era posible que quisiera estar con la insulsa y poca cosa de Pepper y no con ella!

Ese marqués pobre diablo la había humillado. No saldría victorioso de ahí, se había ganado una enemiga y ya sabía cómo empezaría a cobrarle el desaire de no haberla complacido.

Si decían que era caprichosa, tenían toda la razón. Estaba acostumbrada a salirse con la suya todo el tiempo, gracia, belleza, inteligencia y astucia no le faltaban para meterse al quebrado marqués en el bolsillo.

Eloise se acercó a su prima Alanis ya que Pepper estaba ocupada.

—¿Cómo vas en tu debut, prima? —preguntó burlona Eloise.

—¡¿Qué haces aquí, Eloise?! No quiero que eches a perder mi reputación juntándome contigo —respondió Alanis.

—¡Vayamos a dar una vuelta, prima! —exclamó Eloise.

Su prima Alanis tenía el rostro horrorizado, Eloise hundiría su reputación si la veían con ella.

—Somos familia, Alanis. Todos lo saben...

El llanto se asomaba a los ojos de su recatada y miedosa prima.

—¡Vete de aquí, mi padre sabrá que estás cerca de mí y te dará una lección!

—¿Y qué va a hacer? ¿Darme nalgadas? —dijo Eloise con ironía—. No se te acabarán las opciones de esposo solo porque estás con tu prima. Todo dependerá de si eres bonita e inteligente, cosa que dudo, careces de ambas.

—¡Vete!

—Solo para no llevarte la contraria y no espantar a tus “admiradores” me voy... Disfruta la noche, Alanis...

Alanis se sintió aliviada al ver que Eloise la dejaba tranquila, temía por su reputación, una dama sin ella no era nada, y su prima terminaría siendo nadie.

Después de pisar unas catorce veces a Ferdinand, Pepper por fin se sentía aliviada de que el baile acabara, no quería dejar cojo al marqués de Normanby con su torpeza.

—Fue un verdadero placer haber bailado con usted, lady Payton —mintió Ferdinand.

—Perdone mi torpeza, señoría.

—No se preocupe, ni siquiera sentí las pisadas, si usted no me lo decía, no me hubiera dado cuenta —continuó mintiendo, a la cuarta pisada su pie perdió la sensibilidad.

—Es usted demasiado amable...

—Nos volveremos a encontrar, lady Payton, que tenga buena noche —se despidió Ferdinand con educación, dejándole un beso y una reverencia a Pepper.

Al darse vuelta para retirarse ella sonrió contenta, pero Eloise estaba tras ella mirándola fijamente.

—¿Te divertiste con el marqués, Pepper? —inquirió curiosa y con muy mal carácter.

—Un poco... —respondió con recelo.

—No entiendo por qué quiso bailar contigo, debe tener ceguera o algo debe estar mal en esa rubia cabecita —dijo Eloise para desalentar a una sonriente Pepper.

—Ahora lo único que debe tener es un tremendo dolor de pie, Eloise. Lo pisé tantas veces que ya debe ser un santo por su infinita paciencia.

—No exageres, eres torpe, pero tampoco creo que lo hayas convertido en santo —alegó colocando los ojos en blanco—. ¿Crees que se ve la mancha que tengo en el vestido, Pepper?

Pepper miró el vestido de Eloise, y lastimosamente sí, estaba manchado.

—Está estropeado, creo que lo mejor es que lo tires.

—Es una pena, era muy bonito, pero al menos tendré una restitución de mi vestido, una hermosa restitución —pronunció maliciosa. Se le había ocurrido la mejor forma de empezar a cobrarse la humillación al majadero marqués.

—Eso suena escabroso.

—Lo es, querida Pepper, lo es.

Ferdinand aún se sentía airoso por haber vencido a la afamada descarada ladrona de besos, estaba conforme. No era igual que los demás hombres, demostraba que un objetivo fijo hacía el milagro de no hacerlo caer en las garras de aquella tentadora sirena. Su perfume, su piel delicada, la belleza de sus ojos y la picardía con la que hablaba eran seductoras. No era extraño que los hombres cayeran en su influjo e incluso se volvieran tontos, era la tentación personificada, lo único que podía anexar a su encuentro con ella era que realmente no la conocía para saber hasta dónde podía ser capaz de llegar.

***

Al día siguiente, ella escribiría su encuentro con Ferdinand. No dejaría que Pepper lo escribiera, no quería que supiera que aquel caballero la había tratado con brutalidad.

Anotaciones:

*"A pesar de la apariencia del agraciado marqués de Normanby, su actitud apesta a cadáver"*.

—Creo que cadáver es muy amable, ¡huele a la osamenta más absoluta! —gruñó enojada, escribiendo con la pluma que le había regalado Bruce.

Bruce era un caballero en toda su regla comparado con el marqués, pero aquel tenía algo que a ella le interesaba, y era probar esos labios. Estaba obsesionada con esa idea, no se casaría con él, solo quería coleccionar esa sensación, nunca había trabajado por la idea de conseguir un beso, simplemente hacía que los caballeros se lo dieran.

—Señorita Eloise, ¿ya está lista? —preguntó la doncella.

—Sí, pero antes pasaremos por casa de Pepper, quiero que me acompañe a la modista para elegir el vestido, necesito de su buen ojo —dijo cerrando sus anotaciones, guardando su valiosa y apreciada pluma.

Salieron de la casa de Eloise rumbo a la mansión de Pepper, prefería ir a pie y no en carruaje así podía llamar la atención en las calles por las que iba y armar uno que otro divertido alboroto.

Esperaba a su amiga en la sala frente a la escrutadora mirada de su madre y la desinteresada actitud de su padre que estaba leyendo el periódico.

—Ya estoy lista, Eloise... —anunció Pepper, sonriéndole.

—Excelente, vámonos.

—Regresa lo más pronto posible, Payton, ¿no quieres ir en el carruaje? Así no te fatigas —dijo su madre.

—Caminar me hace bien, madre, no se preocupe —respondió dejándole un beso en la mejilla a su padre.

Al salir de la mansión, ambas caminaban sonriendo y la doncella tras ellas.

—Un día mataré a tu madre de un disgusto —comentó Eloise.

—¿Por qué lo dices?

—¿No lo ves, Pepper? Ofrecerte el carruaje no era exactamente para evitar la fatiga, era para evitar que te vieran conmigo.

—Ya casi estoy resignada, Eloise. No me casaré, al final de la temporada me convertiré en monja, no hay nada que hacer.

—No quiero que seas monja. ¿Qué te parece si pensamos en el propósito para cazar un caballero? Le tenderemos una trampa de las más antiguas como es el de la deshonra y asunto solucionado. ¡Tendrás un esposo servido!

—Aunque no lo creas, suena tentador, pero no. No quisiera hacer eso, quien sabe en qué tipo de infierno ese hombre podría convertir mi mundo. Se buscaría alguna amante y toda la sociedad

hablaría a mis espaldas, no hay nada peor que ser la comidilla de las damas.

—Mírame, Pepper, he sobrevivido a todas esas murmuradoras, no se han salido con la suya, aún deben estar apostando a quién le habré entregado mi virtud —dijo con cinismo.

—Tú ya has perdido el juicio y la vergüenza... —le recordó Pepper, abriendo la puerta de la modista.

—Señorita Eloise, lady Payton —saludó la modista—. ¿En qué puedo ayudarlas?

—Queremos vestidos —respondió Eloise con tranquilidad.

—¿De la misma línea de siempre? —indagó, caminando hacia donde estaban los vestidos para la clase media.

—No. Quiero de los más caros.

—Pero su padre...

—Mi padre no es quien va a pagarlo —dijo riendo a pequeñas carcajadas.

—Con gusto, señorita Eloise.

La mujer acercó unos siete vestidos; todos eran demasiado hermosos, debía tener alguna forma de distinguirlos.

—¿Cuál es el más costoso? —curioseó Eloise.

—Este de seda rosa y marfil, señorita.

—Pues me llevo este, y también traiga pañuelos a juego, listones y unos guantes, todo lo más costoso, no lo olvide.

La mujer, con una sonrisa gigante, fue a buscar lo que Eloise le pidió.

—Eloise... Es demasiado... —musitó Pepper, asustada—. Pobre prójimo que cargará con esto.

—Pepper, ese caballero arruinó mi vestido y me dijo que eligiera un vestido a su cuenta. Quiso que me pusiera lo mejor que tenían aquí, solo hago lo que el caballero quiere, le gusté tanto.

—¿Lo besaste?

—Aún no, pero después de verme con todo esto, sin dudas lo tendré completamente a mis pies.

—¿Y quién es tu inmolado?

—El marqués de Normanby... —Sonrió tocando las telas finas de aquel vestido.

El corazón de Pepper había sufrido un terrible golpe, incluso aquel hombre cayó en las manos de Eloise. No existía nadie incorruptible. Pensó que al menos tendría la esperanza de atraer a un caballero, estaba seriamente pensando en la idea de cambiar de apariencia para atraer al marqués, pero no lo haría.

Eloise ya tenía pensado todo, incluso se imaginó la cara de ese hombre cuando le llegara su cuenta. A ese pobre noble le golpearía donde más le dolía: en su quebrado bolsillo.

# Capítulo 10

—Eloise, por favor, creo que es muy desmedido.

—¡Pepper, siempre pareces mi consciencia murmurándome cosas! —exclamó, mirando unos guantes muy finos—. Y ya sabes que no escucho a mi consciencia con mucha frecuencia.

Eloise rio musicalmente mientras imaginaba la cara que pondría el marqués. Esperaba que se ahogara en la espuma que le saldría por la boca de la rabia que sería ver la cuenta; fue muy mala idea haberla despreciado de esa forma. ¿Qué le costaba un solo beso? ¡No iba a morirse! Qué hombre tan estirado.

—Me dará tanta pena.

—Payton, los hombres están para que gastemos su dinero. Trabajan de sol a sombra para que nosotras podamos lucir como reinas y poder presumir que nos dan la gran vida.

—Ese sería en el caso de que fueras la prometida o la esposa del marqués, cosa que no eres —dijo Pepper sin darse cuenta.

Estaba teniendo atorado eso en la garganta al ver que Eloise prácticamente gastaría una pequeña fortuna en un solo vestido.

—Quién dice, quizás al final, termino siendo la marquesa. —Sonrió, molestando a Pepper.

—Está listo su pedido, señorita Eloise —anunció la modista, colocando todo en varias cajas.

—¿Puede enviarle la cuenta al marqués de Normanby esta misma tarde? Me ha pedido que se haga con la mayor rapidez posible.

—Por supuesto, señorita.

Eloise agarró las cajas y se las dio a la doncella, mientras Pepper parecía que caminaba rumbo a una condena por la culpa y vergüenza que sentía al ser cómplice de Eloise y sus maldades.

Después que Pepper regresó a su residencia, subió hasta su habitación, se sentó frente al espejo y se soltó sus rubios cabellos. Lentamente comenzó a peinar su cabello mientras la mirada que el espejo le devolvía era una de total acusación ante su poca belleza; ella misma no se ayudaba con su forma de ser, temerosa y sobreprotegida. Su mortífera palidez era debido a su mala salud y su desgraciada estética por culpa de no darse los cuidados necesarios. ¿Pero qué podía hacer? ¿Imitar a Eloise?

Colocó su cabello como Eloise siempre lo hacía, eso le daba un porte de seguridad. Agarró un pintalabios y se lo colocó como su amiga lo usaba. Se pintó al mismo tiempo que se seguía

observando hasta terminar de pintarse, se veía bonita.

—Esta no soy yo... —murmuró con lágrimas, mientras se quitó el peinado y con un trapo se sacó el pintalabios. Estaba segura de que debía conformarse con la vida religiosa.

Eloise y la cansada doncella llegaron a la casa, cuando ni bien habían pasado la puerta su padre la vio.

—No autoricé que compres nada, Eloise.

—No se preocupe, padre. Usted no es capaz de pagar algo tan fino como esto por más que su hija lo merezca.

—¡Exijo saber en qué cuestiones estás metida!

—En nada. Aunque usted no lo crea, un caballero manchó mi vestido anoche y me pagó uno nuevo —comentó con arrogancia.

—¡Tú no tienes un poco de humildad! Cualquiera diría que en tu casa no te proporcionamos lo que necesitas.

—¡Es eso mismo!

—¡No te doy más porque eres una niña mimada y descarriada!

—Es un poco tarde para corregir sus errores, padre —sugirió con cinismo, subiendo las escaleras.

—¡Quiero al incauto del duque ya aquí y que te lleve tan lejos como sea posible! —gruñó su padre, mientras se encerraba en su despacho.

—¡Eloise! —gritó su madre, siguiéndola—. ¡No quiero que vuelvas a hablarle así a tu padre!

—Pero él lo promovió, madre...

—Escúchame una cosa, Eloise. Mi matrimonio con tu padre se está desbaratando por tu causa, si sigues así le harás compañía a Payton en un convento.

—¡Usted no puede hacer eso!

—Tu padre te ama tanto, que quiso ocuparse de convencerte por las buenas de que te comportes, pero yo no soy igual, una sola de tus majaderías más, Eloise, y no voy a dudar en meterte a un carruaje para convertirte en una cierva del señor, quedas advertida —acotó su madre.

Dos días frustrados. Primero el famoso marqués pobre y luego su madre que no mataba ni una mosca la estaba amenazando, qué temporada más horrenda le esperaba.

Pero pese a todos los reproches que había recibido por parte de sus padres, ella seguía pensando en el rostro del marqués, mataría por ser la mosca que estuviera en su pared para observar su infeliz rostro con mucha satisfacción al cobrarse la más grande de las ofensas jamás hechas. En su habitación, ella sacó el precioso vestido y se lo colocó sobre el cuerpo para mirarlo en su espejo y observarse de pies a cabeza.

—¡Digno de una señora! —afirmó al ver lo precioso que era el vestido aun sin estar en ella—. ¡Gracias, señoría, ha sido tan amable! Comprenderá que fue un error horrible el que cometió rechazándome, pero creo que errar es humano...

La necedad de Eloise era incluso mayor que su inteligencia, no paraba hasta conseguir su objetivo, si tan solo Ferdinand hubiera cedido, quizás se hubiera salvado de la ladrona de besos.

***

Ferdinand disfrutaba del paisaje a las afueras de Londres, observando su fábrica. Los trabajos estaban por concluir y pronto estarían llegando las nuevas herramientas para proceder a la producción de finos tejidos para surtir Inglaterra y más adelante los países vecinos. Su inversión era la de un visionario, toda su fortuna estaba ahí en esos muros al igual que todas sus esperanzas y el futuro de su madre y hermana.

—Es maravilloso, Alan —dijo Ferdinand tocando el hombro de su amigo.

—Tan maravilloso que ya puedo palpar tu sueño —comentó, sonriéndole—. Sé que no te llevo demasiados años, Ferdinand, pero te veo como a un hijo.

—No eres tan viejo, ¿qué te parece un hermano menor?

—También es bueno, ¿y cómo va la búsqueda de una esposa? —preguntó su amigo mientras caminaban al carruaje para regresar a Londres.

—Apenas empieza la temporada, he bailado con una dama llamada lady Payton Rothesay.

—La he visto, no se ve muy saludable, siempre han comentado sobre su salud, algunos creen que no durará mucho.

—Creo que es una joven fuerte, al menos pisa muy enérgica —dijo, sonriendo Ferdinand—. También conocí a la señorita Eloise.

—La señorita Clement es hermosa, pero a la vez peligrosa, no conozco a nadie que no haya caído en sus encantos.

—Estás frente a uno, ahora creo que si muchos llegaran a saberlo, me aclamarían —bromeó golpeando el techo del carruaje para que este se pusiera en marcha.

—Es una niña caprichosa, Ferdinand, no creo que vuelva a intentarlo.

—También estoy seguro de que no lo hará. Si tiene un poco de dignidad ni se volverá a acercar, no importa su belleza, no conseguirá nada por aquí, no soy alguien que se deja seducir por una oportunista como ella.

—Espero mantengas esa postura, con las damas nunca se sabe, puedo sugerirte algunas damas para que las conozcas.

—Estaré encantado de conocer a damas de familia y muy recatadas.

—No es nada extraordinario, de hecho, mi esposa tiene una hermosa prima...

Ambos continuaron charlando hasta llegar a Londres.

En casa, Ferdinand llegó animado con la idea de conocer una buena mujer, como su madre o hermana. Imaginaba a las tres tomándose un té en la sala de la marquesa, aunque en algunas ocasiones la imagen de la vanidosa de Eloise Clement se pasaba por su mente; aquella escena donde ella se disponía a besarlo era épica.

Esos labios eran carnosos y sensuales, su belleza no era como la de cualquier dama, era bella en verdad, pero debía sacársela de la mente para continuar enfocado en sus objetivos. Estaba asentando sus gastos en su libro contable, era algo que le producía placer. Administrar y llevar su contabilidad lo llenaba de orgullo, pues no necesitaba de un administrador.

—Señoría —interrumpió el mayordomo.

—Dígame...

—Un lacayo ha traído esta cuenta, es de la modista.

—¿La modista? —preguntó extrañado, agarrando el comprobante aún sin verlo—. Puede retirarse.

Agarró su taza de té, y se la llevó a la boca mirando la cuenta. ¡Gran error! Se atragantó con el té al ver la fortuna que se había gastado ahí.

No paró de toser, estaba rojo de tanto hacerlo, aparte del coraje que sentía.

—¡Ferdinand! —exclamó su madre entrando al despacho después de escucharlo toser sin descanso.

Lady Nat comenzó a golpearlo en la espalda. Luego de un rato, logró calmarse y respirar lo más tranquilo que esos números podían dejarlo.

—¿Qué te sucedió, hijo?

—Nada, madre, solo el té... Me lo bebí muy rápido.

Su madre agarró el comprobante que tenía en el escritorio.

—¿La modista? —increpó su madre antes de ver el monto. Mientras sintió que el papel había desaparecido de sus manos—. ¿Modista para quién, Ferdinand?

No había mucho que hacer, debía confesar que ese vestido era para la indecente Eloise Clement.

—Anoche en la fiesta accidentalmente manché el vestido de la señorita Eloise.

—¡Oh, Ferdinand, no me digas que caíste en las garras de esa mujerzuela! —lamentó su madre, cayendo al sillón y soplándose con las manos.

—¡No madre, cómo cree! —replicó Ferdinand.

—¡Mi pobre hijo en manos de esa ligera!

—Madre...

—¡Ay, señor! —siguió lamentándose—. Ahora te convertirás en un alma penitente por esa mujer.

—¡No abuse, madre! No tengo nada con ella, no le gusto, puede calmarse.

Su madre no parecía entenderlo, se levantó y salió del despacho con el rostro hundido en decepción.

—¡Madre, escúcheme! —gruñó quedando solo.

Miró nuevamente la cuenta, y estaba seguro de que esa víbora se estaba vengando de él. Debía tomar esta situación desfavorable para estar preparado para la próxima, al parecer esa mujer no aceptaba un no como respuesta. Debía madurar con esto y no subestimar a una mujer bella como

esa, lo que tenía de hermosura era proporcional a su nivel de maldad.

Salió de su despacho para hablar con su madre, pero nuevamente el mayordomo se le acercó con una nota.

—Señoría, una doncella acaba de dejar esto.

—Gracias —dijo agarrando de mala gana el papel.

Abrió la nota, una letra prolija, con tal pulcritud que no veía con frecuencia y un delicioso perfume.

*Señoría:*

*Primero que nada deseo agradecerle su generosidad con un vestido tan digno de mi gracia y elegancia, es una pena que usted haya sido un poco mal educado y se haya negado a mi pedido. Fue muy grosero, pero aún le ofrezco una oportunidad de redimirse y darme lo que le pido y usted con tal maldad me niega.*

*No soy de las personas que se rinden, lo espero en el baile de los Hoffman, podrá verme con lo que usted ha pagado y verá que vale la pena.*

*Suya por un beso,*

*Eloise Clement*

Sentía que la rabia viajaba a gran velocidad, estaba por estallar.

—¡Desvergonzada, víbora, culebra libertina, descarada! —exclamó mientras arrugó con fuerza la nota.

Iría, pero para dejarle claro que él no sería parte de ese juego, le mostraría que había escogido al equivocado.

***

Su pequeña venganza no conocía los límites; esa nota sería la gota que colmara el vaso del marqués. Lo que quería era atraerlo lentamente a sus redes, besar esos labios, anotar lo que sintió y simplemente despacharlo como al resto.

Quizás el marqués se estaba haciendo el interesante al negarle tal proposición de besar a una experta, había sido escogido, ¿por qué se resistía tanto?

El espejo solo le decía que era hermosa. Su negra y larga cabellera era reluciente, brillante, suave y muy agradable al olfato.

—Espejo… —bromeó—. ¿Quién es la más malvada y descarada criatura en Londres? ¡El marqués de Normanby! —se respondió—. Por rechazarte a ti...

Rio divertida por su propia invención, aquel caballero estaba en su mente. Vivía obsesionada con la idea de tenerlo y lo lograría.

Dejó el juego y se colocó el vestido que el marqués pagó sin querer, la velada de los Hoffman

sería muy especial para ella.

Ferdinand junto con su madre y su hermana estaban en la fiesta, él no paraba de mirar a la entrada, esperaba la aparición de la descarada.

—¿Ferdinand, a quién buscas con tanta obstinación? —preguntó Micaela.

—A esa mujer —respondió su madre, refiriéndose a Eloise que llegó en ese momento.

Él se quedó sin palabras, era la más perfecta de las criaturas, adornada por aquel vestido.

Eloise, con su desfachatez característica, miró a Ferdinand haciéndole un guiño y caminó hacia otra parte del salón. Él no entendió por qué razón comprendió el mensaje y la siguió, se dirigía probablemente a una trampa.

# Capítulo 11

Eloise caminaba con una sonrisa pícara buscando un lugar privado para poder tentar al marqués que la estaba siguiendo en la distancia.

La víbora iba caminando con elegancia frente a él. Sabía que las caminatas favorecían la observación de la figura femenina, y la de Eloise en particular era una figura esplendorosa. Llegó a un lugar donde la afluencia de invitados era menor, por lo que podrían hablar con un poco de privacidad.

Eloise se dio vuelta para encarar al marqués con altanería, mientras lo veía llegar junto a ella.

—Buenas noches, señoría. —Sonrió pícara.

Ferdinand no dijo nada, se veía bastante enojado.

—Este vestido que usted fue tan amable en regalar es digno de una reina, ¿no lo cree? —Tentó acariciando la piel de sus brazos con el caro guante.

—¿Qué quiere de mí, señorita Clement? —inquirió, ignorando la pregunta de Eloise.

—No sabía que los marqueses eran tan poco educados.

—Y yo no me imaginaba que existieran mujeres como usted, ¿qué quiere?

Ella se acercó hasta él y se sacó un guante.

—Solo un beso.

—¿Un beso? ¿Solo un beso? —preguntó burlón.

—Lo desea tanto como yo —murmuró acercando su mano al rostro de Ferdinand, pero él retrocedió.

—Está demente, ¿lo sabía? Yo no volví a este país a cumplir los caprichos de una libertina, he venido a buscar una esposa decente y usted es evidente que de decente no tiene más que la letra E en su nombre —contestó.

—Nadie se había negado antes a probar mis besos, señoría, esto se ha convertido en algo más que solo un beso, es un reto —insinuó, sonriendo.

—¿Un reto? Esto es ridículo, señorita Clement, sea decente y corrija su torcido camino —sugirió Ferdinand con seriedad.

—Conseguiré vencer sus barreras, señoría, y caerá, puedo ver que le agrado, que desea besar mis labios como yo deseo besar los suyos, es solo cuestión de cooperación, pero su falsa moral en esta sociedad de apariencias no lo deja conseguir lo que realmente desea.

—Es usted tan sabia —ironizó—, no me seducirá con sus artimañas, señorita, por favor le ruego que no insista.

—Terminará cayendo, se lo aseguro. Se ha convertido en un reto, nadie... escuche bien, señoría, nadie me ha rechazado nunca, y creo que aunque me duela no conseguirlo fácilmente, sé que la recompensa será mayor si lo seduzco. Lo que se consigue con esfuerzo es más gratificante, ¿no es así? —preguntó colocando sus dos manos en el pecho de Ferdinand.

Aquella mujer era una sirena seductora, hasta su perfume era delicioso, y se había tomado muy en serio robarle un beso, lo hacía ver como excitante y único.

—¿Cuánta indecencia puede esconderse tras su belleza, señorita Clement? Es una pena que esa creencia tan inteligente como esforzarse por algo sea para conseguir esta clase de bajezas como es seducir a alguien que no siente ningún tipo de interés por usted, seguirá luchando sin posibilidades de progresar y terminará frustrada porque no logrará tenerme a sus pies.

—Está muy equivocado, si yo quisiera tenerlo a mis pies hace tiempo lo hubiera hecho, solo quiero un pasatiempo, no se haga el importante, es solo una diversión que me está costando más trabajo del que pensaba —se burló Eloise, mordiéndose el labio inferior mientras miraba a Ferdinand directamente a los ojos.

Los rojos y tentadores labios de Eloise lo estaban hipnotizando, no podía evitar sentir cómo esa diabólica mujer lo atraía.

Ella subió las manos hacia el rostro de Ferdinand, lo tomo de los lados y simplemente frotó su nariz con la de él, lentamente.

Conocía su poder y lo estaba usando muy bien, podía notar la ansiedad del caballero por besarla, pero esta vez se haría de rogar, le parecía atractivo que pusiera resistencia a sus encantos, tarde o temprano terminaría venciendo sus defensas.

—Lo ve, Ferdinand, lo quiere tanto como yo... —susurró bajando hacia su cuello, moviendo su cabeza a un costado—. Solo tiene que decir que sí...

Diciendo eso le dejó un beso suave y apasionado en el cuello.

Ferdinand tragó secamente, estaba siendo lentamente seducido por ella, pero no debía caer, si lo hacía perdería cada año de esfuerzo y sacrificio en el nombre de un futuro mejor.

Aquella culebra había enviado al diablo una pequeña fortuna en la modista, a su lado no le esperaba nada bueno, su madre y su hermana se gastaban ese dinero en más de un año, se compraban muchos vestidos mientras Eloise solo se había comprado uno muy caro afectando su presupuesto.

Recordando eso la sujetó de ambos brazos apretándola con fuerza y alejándola de él.

—Siento mucho decepcionarla, señorita Eloise, pero después de lo que hizo con ese vestido que lleva puesto, no creo que lleguemos a ningún tipo de acuerdo, su abuso a mi bolsillo fue una catástrofe —comunicó disconforme.

—Lo merece por altanero, pero debe consolarse con saber que disfrute gastar su dinero. ¿Cómo piensa tener una esposa decente si no le da dinero para comprar cosas que la

embellezcan?

—Una mujer con criterio e inteligencia es más bella que los vestidos y las joyas más valiosas, señorita Clement, usted definitivamente es una mujer con inteligencia, pero sin criterio —respondió.

—No me ofende, soy una mujer que sabe apreciar las cosas buenas. Las joyas, los vestidos y por sobre todo las atenciones, señoría, es una pena que su bolsillo no sea capaz de pagar una mujer como yo. Mi futuro esposo debe ser un hombre rico y poderoso que pueda pagar mis caprichos —afirmó sin un ápice de vergüenza—. Usted tendrá lo que merece, una mujer miserable para un hombre miserable. Que tenga una velada encantadora.

Eloise se retiró contorneando las caderas, dejándolo en aquel lugar solo, ¿acaso lo había llamado miserable? Que alejara a las arribistas de él no lo convertía en eso y si encontraba una mujer con criterio de austeridad eso tampoco la convertiría en miserable.

Seducido y peleado con la irreflexiva sirena, caminó hacia el salón sin poder evitar buscarla con la mirada. El vestido que pagó era definitivamente un hermoso tormento que hacía que todas las miradas se posaran en la belleza de Eloise, que fue junto a lady Payton, quien carecía completamente de la gracia y la belleza de la que era dotada su amiga.

—¡Ferdinand! ¿Dónde te habías metido? —preguntó su madre.

—Me sentí un poco asfixiado —respondió con tranquilidad—. ¿Desea algo, madre?

—Quiero presentarte a una hermosa dama, se llama lady Alanis, es hija del conde Gosford. Es joven, inteligente, con excelente dote y reputación, todo lo que podría ser una esposa ideal —sugirió su madre.

—¿Dónde está? —preguntó, mirando por todo el salón.

—Es aquella señorita de pelo negro. —Señaló su madre con discreción.

Lady Alanis era muy bonita, al parecer recatada y muy fina, tenía el perfil ideal para una esposa.

—Pues iré a solicitarle un baile para conocerla. ¿Qué le parece, madre?

—¡Estoy tan encantada con esa niña!

—¿Y Micaela? —inquirió Ferdinand al no ver por ningún lugar a su hermana.

—El conde de Dartmouth la invitó a bailar, ese caballero está interesado en tu hermana, espero que Micaela recapacite y saque de su mente al duque de Kent.

—Creo que Bruce ve a Micaela como si fuera una hermana o una hija, no como una futura esposa, su cortesía es mera educación de su título, debe entender que él no la ve con los ojos con que ella lo ve.

—Apenas respira esa niña por pensar en el duque, a veces me preocupa bastante, esperemos que el conde de Dartmouth logre conquistarla.

—Claude es un buen hombre, estoy seguro de que lo logrará.

Ferdinand, con su madre, caminó hacia donde lady Alanis se encontraba con sus padres, iba a solicitar un baile para conocerla.

—El vestido se te ve tan hermoso, Eloise —dijo Pepper maravillada al observar atentamente a su amiga.

—Mira, Pepper, un vestido es capaz de atraer tantas miradas hacia una, me consideran una paria, pero me admiran, es gratificante —expresó con cinismo.

—No eres eso, solo que no te comportas como una dama de familia, eres de cuna y te comportas como una mujer de burdel, al menos eso dice mi madre, yo no conozco cómo son las mujeres de burdel.

—Como quisiera que un día fueras como yo y tu madre te viera, le daría un infarto, pobre... —Se carcajeó musicalmente Eloise tras el abanico, mirando el salón.

En el recorrido no le gustó lo que vio. Pepper también observó lo que le había quitado la sonrisa a Eloise, y con más tranquilidad miró cómo el marqués de Normanby llevaba a una sonriente Alanis al centro del salón para un baile.

—Alanis... —murmuró Eloise.

No soportaba a su estirada prima, pero en ese momento la soportaba menos que antes. Ferdinand era su elegido para cumplir sus caprichos y no los de ella.

—Creo que tu prima ha conseguido captar la atención del marqués, tiene mucho sentido, ella es tan bonita como tú.

—Me insultas, Pepper, al compararme con esa insípida de Alanis. Lo malo en este mundo es que uno no puede elegir a los parientes —musitó escupiendo las palabras.

—Pero debes admitir que tus tíos han hecho lo posible por hacer de buena fama a tu prima para que consiguiera a un buen partido.

—Un marqués quebrado no es un buen partido, no importa lo bien que luzca.

—No está quebrado. Según mi padre el hombre es rico y está montando una fábrica moderna a las afueras de Londres.

—Pues tu padre ha estado averiguando bastante. —Desconfió Eloise.

—Es que... es que mi padre cree que tengo posibilidades de... —comentó sonrojada.

Una carcajada histérica se le escapó a Eloise que no paraba de reír, estaba llamando la atención de varios invitados con su no muy admirable sonrisa.

—¿Tú... conquistar al marqués...? Pepper, tu padre debe ser excelente divirtiendo a la sociedad con semejante comentario, debes mirarte en el espejo y darte cuenta que como eres solo espantas.

Pepper bajó la cabeza avergonzada por la burla de Eloise. Estaba acostumbrada a que la tratara así. Era un hecho que ella también pensaba como Eloise, no tenía futuro. Su pobre padre muy en el fondo conservaba las esperanzas de que ella no rompiera la tradición de casarse, no existían solteronas en su familia ni en la de su madre, pero con lo poco dotaba que había sido por la naturaleza, no podía aspirar a mucho.

—Lo sé, es descabellado, pero déjalo soñar, yo no lo conquistaría nunca...

—Ni ninguna otra puede, Pepper, él está interesado en mí —alegó con seguridad.

Pepper a cada pasó estaba más desanimada, el único caballero que la había invitado a bailar

sin sentir lástima por ella estaba también idiotizado por la belleza y el descaro de Eloise o quizás interesado en Alanis, que al igual que su prima era muy hermosa.

—Iré a caminar un rato —dijo Pepper, levantándose rápidamente. Estaba tan frustrada, sus deseos de casarse eran grandes, pero su poca confianza en sí misma la enviarían al convento de las hermanas de la caridad en Irlanda, donde olvidaran que la hija de un duque era una solterona.

Ferdinand sonrió bailando con Lady Alanis quien era una dama muy agradable y al parecer con mucha inteligencia.

—Los hombres y los caballos van de la mano, señoría, mientras que las mujeres y el hogar vamos muy juntos —expuso Alanis, sabiendo que a los caballeros no les gustaban las mujeres que se metían en los asuntos de hombres.

—Es un excelente punto para agradar, lady Alanis, aunque no estoy del todo de acuerdo, la mujer debe estar informada de las finanzas del hogar para poder llevar los gastos con mano de hierro.

—Es el primer caballero que no se cree absoluto para excluir a una dama de las decisiones económicas.

—Confío plenamente en una mujer austera —expresó Ferdinand.

—Es una suerte, practicamos la austeridad lo más que se puede en nuestra familia, no somos malgastadores, señoría.

—Eso es música para mis oídos, lady Alanis, me parece usted muy agradable —reveló.

—Y usted a mí —reconoció Alanis encantada con el marqués.

Eloise había escuchado la conversación de ambos al final, pero vería cómo echar a perder ese hermoso principio de relación. Fastidiar a su querida prima era un placer que no se iba a negar.

# Capítulo 12

La compañía de lady Alanis le pareció agradable, era bella, inteligente, austera, de buena familia. Era la candidata perfecta, cumplía con todos los requisitos para ser su esposa.

Micaela estaba con su madre y el conde de Dartmouth, ella urgía por quitarse a tan agradable caballero de encima. Podía sentir el interés que tenía por ella. Su madre estaba extasiada y su hermano muy conforme, un hombre con título, riquezas y galante, pero lo malo era que tenía esperanzas de que el duque de Kent se fijara en ella, no le interesaban las buenas intenciones de Claude, era amable solo por educación, no importaba cuánto se esforzara por ser agradable, no conseguía llegarle al corazón como lo había hecho Bruce con tan solo una sonrisa.

—¿No es así, Micaela? —preguntó su madre, haciéndola reaccionar.

—¿Qué? Disculpe, madre, no la escuché... —respondió.

—Le estaba contando al conde que iremos mañana a la fiesta de jardín de lady Portman, y a tu hermano que también irá lady Alanis. ¡Qué preciosa es esa dama! —expresó feliz lady Nat que ya tenía en su mente quién sería su nuera.

—Es una dama muy amable gracias a Dios, Ferdinand, sería una bendición tenerla en casa —confirmó su hermana.

—Es claro que lady Alanis las ha enamorado rápidamente, pero recuerden que hay una diferencia entre lo que ustedes desean, y lo que ella puede desear —aseguró Ferdinand—. ¿No lo crees, Claude?

—Coincido plenamente contigo, Ferdinand. En ocasiones las damas no se dan cuenta que pueden estar perdiendo la oportunidad de sus vidas por querer alcanzar una estrella —comentó mirando a lady Micaela, quien incómoda no sabía dónde esconder su rostro.

—Con permiso, creo que lady Alanis quiere charlar conmigo... Disculpen —excusó Micaela, huyendo de la indirecta de Claude, quien se dio cuenta de su falta de empatía hacia sus pretensiones de hacerla su esposa.

—No se preocupe, lord Dartmouth, ella aún es muy joven e inexperta, hay cosas que solo se aprenden a base de golpes —consoló la marquesa.

—Eso espero, milady. Agradezco haber sido dotado de casi una infinita paciencia y más con su hija que tiene mi atención completa.

—Eres muy generoso, Claude —agradeció Ferdinand—. Micaela pronto entrara en razón,

tienes nuestro apoyo y yo tengo la obligación de velar por ella y conseguirle un excelente matrimonio.

Eloise, presa del interés por conocer de la opinión que Ferdinand tenía acerca de su prima, escuchó dónde estarían al día siguiente. Odiaba las fiestas de jardín, pero ir una vez no le hacía daño a nadie, salvo a la sociedad.

No conforme con eso trataría de ganarse la amistad de la hermana de Ferdinand, nada mejor que tenerlo cerca con una amistad entre ambas. Caminó hacia donde Micaela quedaba sola y fuera del salón, había inventado la excusa de que Alanis la buscaba.

—¿Quiere librarse de un mal pretendiente? —preguntó Eloise tomando por sorpresa a Micaela.

—Disculpe, pero no me interesa lo que tenga que decirme una dama como usted... —respondió con veneno.

Con su insolencia característica, Eloise hizo como que aquello no lo escuchó.

—Como siempre digo, buscar mis propias oportunidades no es un pecado, no sea como todas, elija si no quiere que la elijan —contraatacó Eloise.

Micaela la miró con interés.

—El conde de Dartmouth es algo aburrido, ¿no lo cree? Amable, pero muy aburrido, yo jamás lo escogería...

—Yo estoy enamorada de otro... —contestó cegada por las valientes palabras de la más descarada de Londres.

—Entonces simplemente luche por él, es inconmensurable que el interés es la medida de la acción.

—No es lo que dicta la sociedad, mi hermano y mi madre están felices con el conde, pero yo no.

—Ay, querida, le daré todo lo que necesite para espantar a ese caballero tan adorable de usted y que pueda perseguir a quien realmente ama —condescendió Eloise.

—¿Con qué objeto me ayudaría usted? —preguntó desconfiada Micaela.

—No me gusta ver a una dama encarcelada bajo los preceptos de una vana sociedad donde nos dan valor solo si somos esposas, yo he decidido abrirme camino sola y buscar a mi príncipe. —Sonrió con un aire soñador que había olvidado que tenía.

—No lo pensé de usted, solo he escuchado cosas malas desde que llegué.

—Es solo la envidia, mire a su alrededor y busque una dama tan o más hermosa que yo —resaltó—, con mi personalidad extrovertida y desbordante consigo lo que quiero. ¿Qué es un beso? Un delicioso pecado, claro, si es un hombre que tiene una higiene excelente.

Micaela sonrió ante esa afirmación, Eloise podía ser todo lo sinvergüenza que la sociedad le atribuía, pero podía verse que perseguía sus ideales.

—¡Quiero que me enseñe a conquistar a mi amado duque! —expresó eufórica—. No importa que esté enamorado de otra, quiero conquistarlo.

—Pues le puedo enseñar todo lo que sé, soy autodidacta —respondió sonriendo.

—¿Usted va mañana al jardín de lady Portman?

—Por supuesto, y le presentaré a mi amiga Pepper, es un poco pusilánime, pero la adorará...

—Micaela... —respondió.

—Micaela... Puede llamarme Eloise o bien, simplemente sinvergüenza.

—Estaré ansiosa por que sea mañana y conocer lo que tiene para mí.

—También lo deseo, no sabe cuánto me encantan las fiestas de jardín, Micaela —mintió Eloise.

Echarse en el bolso a la hermanita inocente de Ferdinand había sido fácil, no le sería difícil conquistar a su amado duque que no sabía quién era. La joven era una hermosa dama, con dulce voz, aunque haría una pareja ideal con el conde de Dartmouth, no era un mal partido.

Quedaron un rato más riendo animadamente. A Micaela, Eloise le había hecho gracia, cosa que a su madre no le gustaría y que quizás su hermano definitivamente no aprobaría.

—Debo irme, señorita Eloise —dijo Micaela—, hay que guardar fuerzas para mañana.

—Oh sí, por supuesto. Que tenga una buena noche, Micaela...

—Hasta mañana, Eloise.

Micaela se perdió entre el gentío del salón. Eloise estaba muy conforme por su nueva amiga.

—¿Qué estuvo diciéndole a esa jovencita, señorita Clement? —indagó el conde de Dartmouth.

—Milord —reverenció y luego caminó hasta él—, solo la aconsejaba.

—No se haga la inocente que usted no lo es.

—Mi adorado conde —hizo un mohín dulce con sus labios, con la clara intención de calmar a la fiera—, la ayudaré a librarse de un mal pretendiente, uno demasiado bueno para una muchacha tan tonta.

Eloise le respiró en los labios a Claude que tenía bastante control sobre sí mismo.

—Es demasiado bueno para ella, milord, ya ve que no lo quiere cerca.

Él la miraba con rabia, sintiendo los rojos labios de Eloise sobre los suyos, sentía la excitación del roce de aquel hermoso pecado.

—Puedo bien también arrojarla a sus brazos si lo desea. Solo hay una pequeña condición —indicó colocando sus manos tras la nuca de un estático hombre—. Un beso más. Recuerdo que usted besa bien, no acostumbro a repetir, pero por usted lo que sea... —expresó condescendiente besando al conde, esperando una respuesta que él no quería dar por más tentado que estuviera. Sus intenciones con lady Micaela eran las mejores como para complicarlas con esa pequeña libertina.

—Qué frío —expresó con humor—. Pese a todo lo disfruté, sus labios son bastante suaves y muy delicados, será muy afortunada nuestra dulce lady Micaela, milord, con permiso.

Eloise dejó al conde solo, y este rápidamente quitó un pañuelo y se limpió el pintalabios que ella le había dejado con tal descaro.

Mordiéndose los labios con malicia fue y se sentó con Pepper.

—Te falta un retoque... —comentó Pepper, señalando sus labios.

—Lo sé.

—¿A quién besaste?

—Al conde de Dartmouth. ¡Pero cuánta apatía en un solo cuerpo! —expresó con los ojos entornados.

—¡No puedo creerlo, repetiste!

—¡Tenía ganas! Y ya sabes... Si me gusta lo tomo —contestó altanera.

—Es muy atractivo, daría mi dote por un baile.

—¡Ay, Pepper, serás arrastrada! —criticó Eloise—. Definitivamente necesitas alguien a quien besar, la desesperación te hace decir estupideces.

—¡Prometes siempre ayudarme y hasta el momento no he conseguido que me escupas en la cara! ¡Necesito que derrames tus conocimientos en mí!

—¡Yo no hago milagros, Pepper! Ponte algo más atrevido y deja que tu doncella te peine, ahí podré ayudarte a conseguir un prospecto, o...

Ella tuvo la idea más salvaje jamás vista.

—Iremos a una fiesta de esas de máscaras... —opinó Eloise—. ¡Es el plan perfecto! Tú vas disfrazada y nadie te reconocerá, yo iré contigo y te ayudaré a escoger.

—¡Pero si usarán máscaras! ¿Cómo sabremos que son atractivos?

—¡Qué exigente! Ojos que no ven, corazón que no siente —afirmó—. Solo no agarres al enano pervertido.

—No lo sé.

—Vamos, Pepper, es tu oportunidad de hacerlo, es tu oportunidad de tener tu primer beso o tus primeros besos —la indujo.

El corazón de Pepper latía con fuerza, un beso antes de dar por perdido todo su futuro en un convento era demasiado tentador.

—¡Lo haré! ¡Lo haré! —exclamó feliz llamando la atención de todos.

—No grites... —Sonrió nerviosa mirando a todos—. Mañana en la fiesta del jardín hablaremos, tengo algo muy importante que hacer ahora, y es soportar a mi padre.

—Nos vemos mañana...

—¡Adiós!

Eloise caminó hasta su padre que se la llevó del brazo rápidamente.

Pepper quedó solitaria, no había bailado en toda la noche. Cada día su destino era más negro, ya sentía el hábito cubriendo su cuerpo y la cofia en la cabeza.

—Lady Payton... —susurró una voz.

—¡Señoría! —respondió ella viendo a Ferdinand y sonrojándose en el acto.

—¿Sería tan amable de concederme esta pieza? —preguntó Ferdinand que se había acercado a ella al verla tan solitariamente triste, le había dado mucha lástima.

—Será un placer —contestó concediéndole su mano, pasando al centro del salón junto a los

demás danzantes.

Estaba feliz que hasta un poco de su torpeza se había ido, no había pisado al marqués que se veía mucho más cómodo que la última vez que compartieron un baile.

—Ha mejorado... —comentó Ferdinand.

—Por el bien de su pie —bromeó feliz.

—Me está haciendo reír, lady Payton.

—No soy muy conocida por mi simpatía.

—No le han dado la oportunidad de demostrar que tiene potencial, usted me recuerda a cuando trabajé en una mina en la India.

—¿Trabajó?

—Como un obrero, estoy orgulloso de contarlo.

—Que duro para un hombre de su posición.

—Sin dinero uno no tiene posición, simplemente un título con las arcas vacías... —comentó y luego se pausó—. Como le decía, me recuerda a las piedras que extraíamos de las minas, por fuera aparentaban ser piedras comunes, pero una vez que los golpeábamos, y se partían, podíamos ver dentro que eran valiosas y al pulirlas de su belleza bruta quedaran aún más hermosas.

Esas palabras la habían verdaderamente conmovido.

—Es muy hermoso.

—Nunca pierda la esperanza, lady Payton, las joyas como usted muy pocos podrán valorar —culminó Ferdinand, ganándose con aquellas palabras el desinteresado corazón de Pepper.

***

Llegando a su casa después de haber sido regañada por su padre por estar en una situación comprometedora con lord Dartmouth, se sentó enojada en la cama. ¿Cómo pudo saberlo su padre?

—Señorita Eloise... —interrumpió la doncella.

—¿Que no ves que estoy enojada? —preguntó con mala cara.

—Lo que le traigo la pondrá de buen humor —contestó la doncella mostrándole un papel.

—¿Qué es?

—¡Una carta del duque!

Una sonrisa se hizo rápidamente en labios de Eloise que tomó el papel y caminó hasta la lámpara.

*Señorita Eloise:*

*No hacen ni tantos días que me fui, pero en cada parada deseo recordarle que siempre vive presente en mis pensamientos.*

*Me es imposible olvidar sus pícaros modales y tan exquisita compañía, deseo de corazón que*

*este viaje acabe rápido para volver y convertirla en mi esposa.*

*La ansiedad de volver a probar sus labios y tener sus gratificaciones no hacen más que torturar mis pensamientos de tenerla lejos.*

*Suyo sin condiciones,*

*Bruce*

Eloise sonrió abrazando la carta, las palabras del duque tenían un encanto sobre ella, recordaba sus apasionados besos y placenteras palabras, el tono seductor de su voz, incluso sentía que lo extrañaba.

Al día siguiente enviaría una correspondencia a la dirección que decía en la breve y aduladora carta de aquel hombre.

En lugar de pensar en sus diabólicos planes para alejar a Ferdinand de Alanis, ella se enfocó en pensar en la más dulce de las respuestas para Bruce.

# Capítulo 13

Ella sacó la hermosa pluma que el duque le había regalado y escribió con ella su respuesta.

*Mi querido duque:*

*La sorpresa de haberme encontrado con tales palabras a tan poco tiempo de su partida, me ha emocionado, significa que no me ha olvidado al igual que esta dama no puede olvidarlo a usted.*

*La temporada se avizora tétrica y sin vida cuando está lejos, el baile es un mero cumplimento y la cortesía simplemente es un disfraz.*

*Me permito decir que lo extraño, con usted puedo ser yo misma, me acepta sin condiciones. Aguardo su regreso con prontitud, los salones nos esperan, excelencia.*

*Suya,*

*Señorita Eloise C.*

Ella agarró su perfume y le dio un pequeño toque a la hoja. Con eso el duque no perdería su esencia. Dobló la hoja metiéndola en el sobre para entregarla.

Pese a estar tras el marqués de Normanby, no podía olvidar a Bruce quien la había aceptado con todo lo que incluía ser la ladrona de besos.

El duque le había dado su voto para dejarla sola y hacer lo que quisiera mientras él estuviera lejos. Sin embargo, el marqués de Normanby le llamaba poderosamente la atención, era casi indoblegable e incorruptible, pero ella le enseñaría que hasta los más perfectos tenían un defecto, encontraría cuál era.

Entregó la carta a la doncella para que la llevara cuando pudiera.

Por la mañana, Eloise miró su guardarropa, necesitaba algo que definitivamente llamara la atención, y lo encontró.

—Plancha este vestido —ordenó.

Abrió la caja donde estaban sus joyas, sacando de él lo que el duque le había regalado.

—Esto será suficiente —susurró probándose las joyas.

***

En casa de Ferdinand, Micaela se estaba poniendo rebelde, debía soportar la presencia del conde de Dartmouth.

—Siéntate, Micaela —ordenó Ferdinand.

Haciendo muecas con el rostro, Micaela obedeció por las malas, no sin antes golpear su propio vestido con las manos.

—Escucha, Micaela, Claude es un excelente partido para ti, intenta darle una oportunidad —sugirió su hermano.

—Estar con él es un suplicio, no es desagradable, ni malo, lo sé, pero no me veo casada con él, definitivamente no.

—Entonces es probable que quedes soltera. Bruce tiene más de cuarenta años y no se ha casado, y quizás tampoco lo haga, es muy ocupado y no está para lidiar con niñas caprichosas como tú, Micaela. Cuando salimos de la India pensé que ibas a buscar un buen candidato y no encapricharte con uno al que obviamente no le interesas —advirtió Ferdinand.

—Estás siendo muy duro con tu hermana, Ferdinand —reprochó su madre.

—No es dureza, no está pensando en su futuro. ¿Qué será de ustedes si muero mañana? ¡Vendrá algún primo y las dejará en la calle! —contrarrestó él.

—Estás exagerando... —agregó su madre.

—Pues si eso sucede puedo trabajar —expulsó Micaela.

—¿Tú, trabajar? ¡Para que tú y mi madre no trabajaran es que yo me metí a esas minas a tragar polvo! Por darte un mejor futuro es que no dormía, ni comía como se debía... ¿Te faltó comida? No, Micaela, porque yo comía menos para que tú pudieras comer, no sabes cómo salimos de aquí, decir solo una mano adelante y la otra atrás era muy amable...

—Ferdinand...

—No me interrumpa, madre, ella debe entender que no puede decir que trabajará solo de boca para afuera. Es difícil y más para una dama. Espero que te pongas a pensar bien las cosas, Micaela.

Micaela no dijo nada, solo se quedó con lágrimas de impotencia sentada en la mesa, mientras su hermano terminaba su desayuno.

—Disculpen, iré a buscar un vestido... Debo impresionar a un conde —avisó Micaela levantándose de la mesa con la mirada acusatoria hacia Ferdinand.

—¡Maldición! —Golpeó la mesa, sobresaltando a su madre.

—No está bien que la obligues, Ferdinand.

—Madre, déjeme hacerlo a mi modo, es joven e inexperta, debe pensar con la cabeza, probablemente el romance no la lleve a ninguna parte. —Se levantó Ferdinand, besando la frente de su madre—. Estaré en mi despacho, pónganse hermosa, madre.

La marquesa viuda también había decidido hacer algo por su propia vida. A su edad aún podía conseguir algún caballero viudo o soltero. Después de que sus hijos se casaran, ella se convertiría en una carga, lo mejor era que buscara un pretendiente.

Sentado en su despacho asentó el tremendo hoyo que Eloise Clement había dejado a sus arcas.

—¡Tanto para un vestido! ¿Dónde tenía la cabeza cuando le dije que le repondría el vestido manchado? Mandárselo a lavar sería más barato —expresó frustrado, mientras escribía la aberrante suma.

Podía quejarse mil años del costo del vestido, pero Eloise era hermosa, el vestido estaba hecho para ella, gritaba por todas partes que era la mujer más bella que existía en ese salón y eso era cierto.

Contra sus convicciones y su buen juicio, ella vivía en sus pensamientos, su perfume estaba impregnado en su mente, su toque en su piel y su descaro le parecía tan atractivo como aberrante.

Sacudió su cabeza y continuó haciendo cuentas. Debía tener la cabeza en su lugar y ajustar ese mes el presupuesto lo más que podía, aún tenía que terminar la fábrica, hacerle mantenimiento a sus casas de campo, poner a trabajar las tierras y el ganado ocioso, había demasiado trabajo que hacer para andar desperdiciando el tiempo pensando en una sinvergüenza.

***

La preciosa fiesta de jardín estaba llena de la aristocracia. Eloise caminó del brazo de su padre quien había peleado con ella obligándola a colocarse una chaquetilla para taparse un poco más.

—Me falta el hábito y seré una monja —se quejó.

—Compórtate, Eloise —ordenó su madre.

—Está bien, madre.

Para Eloise las fiestas de jardín eran aburridas; hacía calor, había demasiada luz y ella no podía hacer sus mismas fechorías que en la oscuridad.

—Eloise... —saludó Pepper tras ella.

—¡Pepper, ten compasión de mis ojos con ese vestido rosa! —exclamó Eloise, tapándose los ojos.

—Es bonito, decente para un jardín.

—¡Decente! Esa palabra es para mí lo mismo que la cruz es para los espectros.

—¡Basta! —gruñó Pepper—. Dijiste que hablaríamos sobre la mascarada, quiero saber sobre eso.

—Estoy segura de que no dormiste pensando en eso.

—Pues sí...

Ferdinand y su familia llegaron al jardín mirando a todos. Micaela vio a la señorita Clement, y pensó que esa mujer era su última esperanza para no aceptar al conde de Dartmouth. Caminó hacia ella sin despedirse de su hermano ni su madre.

Ferdinand observó que su hermana caminó hacia el más hermoso diablo, cada vez que la veía era más bella.

Eloise también miró a quienes llegaban, Ferdinand posó sus ojos en ella, que con coquetería

respondió con guiño.

—Mira, Pepper, lo traigo muerto —expresó Eloise al ver que Ferdinand parecía indignado por el guiño haciendo gestos negativos con la cabeza.

—Señorita Clement, menos mal que la encuentro —aseguró Micaela—, necesito que me ayude a librarme de lord Dartmouth.

Pepper miró a Eloise con enojo, ella había sido su amiga toda vida y nunca la ayudó, y venía una extraña asegurando que ella la ayudaría, obviamente era por el interés que existía hacia el marqués de Normanby.

—Disculpen, debo ir con mis padres —explicó Pepper dejándolas solas.

Eloise se dio cuenta que Pepper estaba enojada, pero debía entender que los intereses particulares predominaban sobre el resto.

—Pues con él creo que será sencillo, debe rechazarlo con fría y fina cortesía, es un caballero bastante... sentimental, una ofensa o un rechazo lo alejaría de usted para siempre.

—¡Es cierto, cómo no se me ocurrió antes, señorita Clement! —dijo contenta Micaela.

—No pierda el tiempo para liberarse de él, querida, puede engatusarlo más con su dulzura, no hay nada que un hombre odie más que una mujer decidida.

—¡Gracias, eso haré! —asintió Micaela con gran felicidad.

Ferdinand caminó hacia lady Alanis, estaba impoluta con esas prendas, algunos podían tallarla de aburrida, pero le quedaban muy bien. En comparación con la señorita Clement, lady Alanis parecía un ángel con alas mientras ella, un demonio con gran cola.

—Buen día, lady Alanis... —saludó Ferdinand.

Ella le pasó la mano para que la besara.

—Buen día, señoría, es un día precioso, ¿no lo cree? —comentó Alanis.

—Es un día perfecto, ideal para un paseo que nos permita admirar el paisaje —sugirió Ferdinand.

—¡Ha estado leyendo mi mente! —congenió.

Él le ofreció el brazo que ella aceptó encantada.

La gente los observaba con aprobación, una hermosa dama, de buena familia al lado de un caballero que supo levantar la reputación de su familia.

Ambos eran pura sonrisa mientras caminaban a las orillas del pequeño estanque con animales que tenía el jardín.

—¿Son patos? —curioseó lady Alanis.

—Son gansos, milady.

—Son hermosos, ¿no son peligrosos? Estamos muy cerca.

—Solo son peligrosos cuando tienen crías, estos no los tienen —tranquilizó Ferdinand.

Un silencio se estableció entre ellos, Ferdinand creía que aquel era el momento.

—Me parece agradable su compañía, milady.

—También me agrada la suya.

—¿No le incomodaría si la cortejara formalmente? Por supuesto, si no tiene un pretendiente más agraciado que este servidor —agregó Ferdinand.

—Estaría encantada... —contestó Alanis con una sonrisa. Había conseguido un pretendiente a poco de su debut, su padre estaría orgulloso de que su hija cazara un marqués.

—Pues solo me quedaría hablar con su padre para que podamos comenzar, mientras tanto seguiremos disfrutando de la cálida compañía un rato más antes que otros caballeros quieran acapararla.

Claude observaba a la bella Micaela, estaba completamente atontado por su belleza y dulzura.

—Lady Micaela —saludó Claude con una reverencia.

—Milord... —respondió filosa.

—¿Le gustaría un paseo?

—Ya que no me queda de otra —respondió de manera incivilizada.

Al conde le llamó la atención tan rudo cambio en lady Micaela.

Mientras caminaban del brazo alrededor de la mansión, Claude había decidido confesarle sus intenciones a Micaela.

—Milady, su compañía se me hace eternamente gratificante. Sé que a usted puede parecerle apresurado, pero he de confesarle que tiene mi corazón en sus manos.

—Es una pena, lord Dartmouth, que no tengamos el mismo sentimiento —contestó con frialdad.

—Pensé que quizás...

—¡Usted es aburrido, me mata de aburrimiento! —exclamó Micaela, exagerando las cosas—. Pasear con uno de aquellos gansos o bailar con un cojo sería más divertido que usted.

Claude intentaba encontrar una explicación a tan cambiante y grosero comportamiento. ¿Dónde estaba la dulce lady Micaela que él había conocido?

—Fue muy prematuro de mi parte confesarle mis sentimientos, milady, no se ofenda, espero que me deje tratarla como siempre olvidando este ofensivo incidente para usted.

El hombre debía gritarle que estaba indignado o algo así, al menos eso se esperaba Micaela, pero el carácter pusilánime del conde al parecer no captaba la indirecta de un no directo.

Micaela, resignada, asintió, no podía en un día espantar a un pretendiente, debía mantener una rutina como lo venía haciendo hasta que él se cansara.

Alanis y Ferdinand ya habían terminado su largo paseo, más tarde lo retomarían, no podían estar tanto tiempo juntos, sin que existiera un compromiso.

Eloise caminó hacia su prima como si fuera por una limonada en la mesa de bebidas.

—Buen día, prima —saludó Eloise.

—¡No me hables! —gruñó Alanis, sintiéndose contaminada por la presencia de Eloise.

—Qué bonitos se ven el marqués y tú... Lo bueno es que si te casas con él, te llevarás un excelente besador —importunó Eloise con ese comentario.

—¡¿Qué?! —preguntó anonadada Alanis.

—¡Lo siento! Creo que él quería que esto se mantuviera en secreto —contestó tapando su boca.

—¿Besaste al marqués? —preguntó horrorizada.

—Solo un poco, tranquila... No te comerás mis sobras... —aseguró con burla.

Nerviosa, Alanis la dejó hablando sola mientras ella sonreía por su maldad.

Una pequeña mentira mataría dos pájaros de un tiro, continuar arruinando al marqués por resistirse y a su prima por mema.

Ferdinand estaba contento, había sido aceptado por la dama que había escogido, la cuestión era continuar conquistándola. Se acercó a lady Alanis que estaba con sus padres.

—¿Me permite un paseo con su hija, milord? —preguntó Ferdinand al conde.

—Si ella lo desea.

Él extendió el brazo y ella lo tomó, su actitud era diferente a la de unos momentos atrás.

—Caminemos lejos de la casa, señoría —sugirió Alanis.

Caminaron hasta un lugar apartado donde nadie los escucharía.

—Usted también —afirmó Alanis.

—¿Disculpe?

—¡Usted también cayó en manos de la descarada de Eloise! ¡Olvide pedir cortejarme, jamás besaría algo sobre lo que ella ha escupido! —reclamó Alanis.

—¿Quién dijo semejante mentira? —se defendió Ferdinand—. Tiene mi palabra de que eso no es así.

—Sus palabras no me sirven, si ella lo besó, fue como si lo hubiera degustado el diablo. Le ruego que no vuelva a buscarme, no me obligue a hundir su reputación confesando que ha besado a esa descarada, pues estaría dejándolo sin oportunidades de casarse en este país. Que tenga buena tarde —se despidió Alanis, dejándolo sin palabras.

# Capítulo 14

—Sea racional, Lady Alanis —insistió Ferdinand tras ella.

—Soy racional, señoría, y prefiero una reputación limpia y alejada de ella, no quiero que piensen que soy como Eloise. Que tenga un excelente resto de jornada —repitió Alanis con una reverencia rápida.

Ferdinand era como un volcán a punto de hacer erupción, tan destructivo como el de Pompeya, agarraría a esa arpía y la mataría. Lady Alanis no era la única mujer que existía, pero era una que cumplía todos los requisitos y le agradaba a su madre y hermana.

Volvió hacia el jardín donde estaban todos los invitados, Eloise estaba tan radiante siempre que la veía, pero no la salvaría de una muerte lenta y dolorosa en sus manos. No quería que lo vieran con ella, de por sí atraía los problemas sin que se los viera juntos, aunque se podría agravar todo si los veían.

Caminó hasta la casa pidiendo a uno de los lacayos de la mansión que le proporcionara papel y pluma para una corta misiva. Terminó de escribirla y le pasó indicaciones al lacayo para que pudiera entregarle la misiva a Eloise con mucha discreción.

Salió de la casa, se internó pasando el estanque de los gansos cerca de un palacete tapado por una enramada bastante tupida.

Eloise se bebía una copa mientras disfrutaba viendo a Alanis echar fuego por los ojos, se sentía completamente realizada por molestarla. Alanis era su prima y la discriminaba por no ser igual de decente que el resto, pero ¿quiénes eran todas esas personas que juzgaban el término decencia? Ser honesta con lo que se deseaba era ser decente, no era una mosquita muerta como Pepper, iba a lo que quería con suma agresividad, y no podía quejarse, a los caballeros le agradaba, solo por eso había recibido propuestas de matrimonio, incluso la mejor aunque fuera extraoficial era la oferta del duque de Kent.

Una sonrisa diferente se formó en su rostro al recordarlo. ¿Quién como aquel que directamente expresaba sus sentimientos con tal soltura como ella y sabía la valía de sus atenciones con hermosos presentes? La hacían sentir digna de aspirar a lo más alto que una simple señorita sin título de cortesía como ella.

—Señorita —murmuró un lacayo sacándola de sus recuerdos—, un caballero le envía esto.

El lacayo miró a ambos lados para entregarle la nota a Eloise.

Ella la tomó con tranquilidad alejándose de la multitud para leerla.

*Señorita Clement:*
*Solicito su presencia cerca del palacete detrás del estanque.*
*N.*

Una letra particularmente pulcra, no conocía esa letra ni la inicial.

Caminó hacia donde la citaba esa nota. Era la primera vez que recibía una citación de aquellas. Generalmente era ella quien invitaba a sus elegidos a un lugar alejado para probarlos.

Observó el paisaje mientras caminaba sobre la hierba recién cortada, la naturaleza era uno de los pocos placeres sin costo y que ella sabía disfrutar. Aquellos pocos días soleados que Londres otorgaba con su generosidad, los aprovechaba siempre con una salida al jardín.

Se acercó al palacete, subió las escaleras y caminó hacia donde estaba una figura masculina recostada sobre una baranda.

—N de Normanby... —afirmó Eloise sonriendo victoriosa. Aquel día probablemente obtendría el beso del poco agraciado marqués.

Ferdinand, con un rostro muy serio, se acercó a ella. Sus ojos denotaban un enojo muy severo.

—¿Qué quiere? —preguntó enojado—. ¿Usted me ha desprestigiado frente a lady Alanis con esa asquerosa mentira?

—No sé a qué se refiere —se desentendió con una sonrisa pícara en el rostro, caminando hacia la baranda.

Él la tomó del brazo y la arrojó contra la pared con fuerza tomando por sorpresa a Eloise.

—Verá usted, señorita Clement, mi paciencia no ha sido bien alimentada, y usted no hace más que robarse mi brío con esa actitud, ¿qué pretende? ¡Hable! —gruñó zarandeándola.

Eloise, con su innata sonrisa desvergonzada, logró colocar una de sus manos en el rostro del marqués.

—Solo deseo un beso suyo, lo está alargando demasiado.

—¿Un beso? ¡Es una demente!

—¿Por qué? ¡He visto cómo me mira, lo desea tanto como yo! —espetó Eloise.

—¡Usted no sabe nada!

—Sé más de lo que usted cree, solo debe ceder ante sus deseos y todo esto acabará.

—No creo que usted solo quiera un beso, ¿desea acaso dinero? ¿Lujos? ¿Joyas?

—Serían un aliciente mayor en todos los casos...

—¡Es una desvergonzada, aléjese de mí! —exclamó, alejándose de ella.

—¡Usted no lo comprende!

—Lo comprendo muy bien, conozco a las mujeres de su clase.

—¿Qué está insinuando? —inquirió con su sonrisa desaparecida.

—Responderé su pregunta con otra, ¿qué mujeres cobran por sus servicios, señorita Eloise?

—¡No soy una mujer de la mala vida!

—No lo parece... —La enfrentó acercándose a su rostro.

Eloise respiró agitadamente por la rabia.

—¡Nadie pidió sus servicios! ¡No deseo los servicios de una ramera con clase! ¡Quién sabe cuántos estuvieron...!

Una sonora y dolorosa cachetada calló a Ferdinand.

—¡Petulante, arrogante...! ¡Quise ser amable con usted, quise brindarle mi atención porque me atrajo! ¡Cualquier caballero estaría complacido de que yo le diera un beso!

—¡Pues búsquese ese cualquier caballero, yo simplemente no lo deseo!

—No lo deseo de cualquiera, lo quiero de usted, solo por eso, de lo contrario, no estaría aquí.

—¡Me siento tan halagado! —declaró sarcástico.

—Esta humillación le va a costar muy caro, señoría. Aún no ha aprendido que conmigo no tiene más que ceder. No me obligue a continuar hundiéndolo.

—¿Es una amenaza? —inquirió.

—¡Es una amenaza! —Lo enfrentó Eloise, tomándolo de su casaca, atrayéndolo hacia ella—. Aprenderá a no desafiar a una dama decidida.

—Pruébeme. —La retó con los ojos ardiéndole de rabia, la miraba con mucha profundidad a esos hermosos ojos que denotaban su asfixiante personalidad e intento de dominarlo. No sabía qué sería de él si llegara a caer en los influjos de esa mujer indecorosa—. No va a dominarme, señorita Clement.

—Eso lo veremos —murmuró mirando sus labios, dirigiéndose hacia ellos como para besarlos, pero Ferdinand rápidamente se desvió—. No crea que voy a besarlo obligado, usted me suplicará un beso y yo no se lo negaré. Hasta ese momento, señoría, mientras tanto prepárese, le ha declarado la guerra a la persona equivocada.

Eloise giró sobre sus talones y salió furiosa del palacete. ¿Qué se había creído ese caballero para tratarla de ramera? Esa insinuación sería bastante onerosa, podía ansiar probar sus labios, obsesionarse con ellos, pero también su orgullo había sido herido y humillado ya dos veces por la misma persona, es más de lo que cualquier persona que se amara tanto como ella podía soportar.

¿Cuál sería su próximo paso? La amistad que formaría con la ingenua de la hermana del marqués lo fastidiaría con su sola presencia.

Ferdinand quedó observando cómo la sinvergüenza se retiraba y lo malo era que no iba con el rabo entre las piernas sino con aún más decisión que antes. No sabía qué había hecho para atraer la atención de la señorita Clement hasta ese punto del acoso que estaba sufriendo. Era inaudito que un caballero de su clase tuviera que estar casi huyendo y rogándole a una dama que lo dejara en paz. Como ella misma había dicho, otros hombres matarían por tenerla, mientras que él la mataría si no dejaba de intervenir en su tranquila y ordenada vida.

Pepper estaba enfadada con Eloise, definitivamente le retiraría su amistad. ¿Cómo pudo ayudar a otra mujer que nada tenía que ver con su vida y no a ella que había sido su fiel amiga

todo el tiempo? Enojada y alejada del resto, se puso a patear una piedra que había encontrado en su camino con mucha fuerza hacia unos matorrales y escuchó un doloroso grito que vino de ese lugar.

—¡Lo siento tanto! —se disculpó—. ¡Qué torpe soy!

—¿Lady Payton? —preguntó Ferdinand.

Volvía del palacete pensando en cómo espantar a la señorita Clement de él, pero en eso había recibido una pedrada en la pierna derecha, jamás se hubiera imaginado que lady Calamidad fuera la culpable.

—¡Señoría, perdóneme por favor! —se disculpó Pepper completamente avergonzada. Todo lo que tenía que ver con él lo hacía mal, lo había pisado y, en ese instante, le había arrojado una piedra sin querer. ¿Qué vendría después?

—Fue sin intención, lady Payton —la tranquilizó con una agradable sonrisa.

Aquella sonrisa era capaz de derretirla completamente, algo sucedía con ella cuando veía al marqués de Normanby.

—Creo que la próxima vez estaría bien que usara una armadura si yo estaré cerca —bromeó.

—No diga eso. —Se carcajeó Ferdinand por el sentido del humor de lady Payton—. Acompáñeme al jardín, las damas como usted no deberían estar alejadas de la multitud, existen pocos caballeros, milady.

—No se preocupe, no corro peligro alguno, no muchos voltean a verme, o mejor dicho, ni saben que existo —comentó con una sonrisa triste.

¿Cómo consolar a una dama con baja estima? Si bien no era la más bonita, era muy simpática, pero mejor no decía nada, podía herir su sensibilidad.

—Eso es lo que usted cree, milady, pero quizás tenga un admirador secreto —la animó el marqués.

Pepper bajó la cabeza para no verse tan roja y que el marqués lo notara. Se sentía diferente a su lado, le encantaba su educación, no importaba que estuviera mintiendo, era agradable parecer apreciada por alguien.

Caminó del brazo con Ferdinand mientras con su mano libre alzaba su vestido para que no se llevara las malezas por el dobladillo. Era la primera vez que caminaba con alguien por un jardín y era especial, no importaba si era por pura cortesía, nadie era capaz de arruinar ese momento.

Eloise buscó a su amiga Pepper, para solucionar el pequeño mal entendido que había surgido por la presencia de lady Micaela. Pudo ver a Pepper aparecer en el horizonte del brazo del marqués de Normanby, se veía elegante, confiada y sonriente encaramada como un perezoso de su marqués.

—Otro pequeño error, Pepper. —Sonrió Eloise, esperando que Ferdinand la dejara en un lugar.

—Lady Payton, su compañía fue muy agradable, espero volver a verla pronto.

—Muy amable, señoría, agradezco que haya sacrificado un poco de su tiempo a mi lado.

—No fue ningún sacrificio, al contrario, es usted divertida —dijo tomando su mano para dejarle un beso—. Hasta pronto.

—Hasta pronto —susurró emocionada casi ininteligiblemente.

Lo observaba mientras se iba, era atractivo, de considerable altura, un rostro serio con facciones duras de por sí, no era el espécimen más apuesto que existía, pero su atractivo no estaba en una exuberante belleza sino en la de su ser galante y gallardo.

—¡Pepper! —masculló Eloise tras ella.

—Ah, eres tú —señaló con molestia.

—Te estaba buscando.

—¿Por qué no buscas a lady Micaela y hablas con ella? —preguntó celosa.

—¿Estás celosa, Pepper? ¡No puedo creerlo, estás celosa! —se burló

—No es eso. ¿Por qué a ella sí la ayudas y a mí no? —cuestionó Pepper con sus manos en la cintura.

—Porque ella estaba muy urgida por quitarse a un caballero de encima y yo la ayudé, déjame ser un alma caritativa. —Fingió inocencia.

—¿Quiere librarse de un caballero? ¿Te refieres al conde? —indagó incrédula.

Eloise asintió varias veces.

—Y yo intentando conseguir un pretendiente —se lamentó Pepper—. El conde sería el deseo de cualquier dama.

—Menos de esa, quiere perder a tan adorable conde. ¿Qué tonta, verdad? Debe estar detrás de algún pez más gordo. Es una verdadera pena, tan dulce y apuesto —recordó Eloise, mordiéndose los labios.

—¿Y lo de la mascarada? ¿Crees que un hombre como el conde acudiría? Yo encantada lo acogería en mis brazos con tal de no ir a un convento.

—No, esa clase de caballeros tan reservados no van a esos bailes, están en caza de esposa; quienes van a esos sitios son un poco más atrevidos, tú y yo seremos atrevidas. Tengo un vestido que te ayudará a seducir —contó Eloise, mirando los pechos de Pepper alcanzando una ceja.

Pepper rápidamente colocó sus manos sobre ellos para cubrirlos, una idea muy mala pasaba por la mente de Eloise y ella sería la víctima.

# Capítulo 15

—¿Qué clase de fiesta es? —preguntó Pepper con curiosidad.

—Solo ven conmigo sin preguntar y es suficiente, mañana por la noche iremos. ¿Podrás escapar?

—No lo sé...

—Pepper, no me hagas perder el tiempo, llevaré compañía con nosotras. —Sonrió pícara—. Convenceré a lady Micaela para que vaya.

—No me interesa, lo que me importa es que cumplas con lo que siempre me dijiste. ¡Que me ayudarías! —le reclamó Pepper.

—¡Sí, sí, sí! —dijo Eloise moviendo las manos y los ojos.

Ambas damas habían quedado de acuerdo en encontrarse por la noche dentro de un carruaje de alquiler en el que irían Eloise y lady Micaela, si es que Eloise lograba convencer a Micaela de ir.

Ferdinand y su familia fueron acompañados por Claude hasta su hogar luego de la fiesta de jardín.

—Lady Micaela —susurró Claude agarrando su mano para que bajara del carruaje.

Ella lo miró con superioridad y desprecio.

—Falta muy poco para que se coloque como mi tapete, milord —expresó Micaela.

Su hermano escuchó aquellas venenosas palabras hacia su noble amigo. Micaela estaba decidida a espantarlo para intentar conquistar al duque de Kent.

Claude no parecía ofendido por sus palabras, las había tomado con una tibia sonrisa y una reverencia con la cabeza.

Micaela se metió a la casa sin esperar a nadie, su madre alzó sus faldas y fue tras su maleducada hija.

—Disculpa, Claude —habló, avergonzado Ferdinand.

—No hay por qué, tu hermana es muy difícil de conquistar —resaltó Claude, sacándose el guante.

—No comprendo su comportamiento.

—Déjame dilucidar tu incomprensión, apreciado marqués. Tu hermana tiene malas compañías, Eloise Clement no es buena compañía ni para el mismo Satán; hermosa, pero muy decidida.

No debía recordárselo, él también había caído junto a su mala compañía.

—A eso, sumarle el hecho de que el corazón de tu hermana al parecer le pertenece a otro.

—Está impresionada por Bruce, el duque de Kent, pero ella no sabe que él está en planes de contraer matrimonio con una señorita de la sociedad.

—Es una verdadera lástima, lo siento por ella, pero favorece mis intenciones, la paciencia es algo que agradezco tener —comentó Claude.

—Espero que mantengas ese espíritu, no hay nadie mejor que tú para Micaela.

Lady Nat subió las escaleras tras su hija a medio trote.

—¡Te detienes ahí mismo, Micaela! —ordenó su madre.

Micaela se giró para mirarla.

—¿En qué puedo ayudarla, madre? —preguntó con sorna, sabiendo que reclamaría su comportamiento.

—¿Por qué te comportas así con ese caballero? No ha sido más que amable y atento contigo y tú no haces más que desairarlo.

—¡Lo odio! Parece un... pusilánime, madre, hoy en la fiesta se me ha declarado —manifestó Micaela con enojo.

—Es un excelente partido, Micaela, no encontrarás nada mejor que él, lo tienes comiendo de tu mano.

—Pues a quien yo quiero comiendo de mi mano no lo hace, no me interesa el conde. Debe entenderlo, madre.

—Te estás convirtiendo en una pesada carga para tu hermano, Micaela, recuerda que tú no serás la señora de esta casa. Pronto encontrará una esposa y roguemos a Dios que no sea déspota.

—No tengo miedo de eso, más temo perder mi libertad al lado de alguien tan aburrido como Dartmouth —contestó cruzando los brazos.

—Vete a tu habitación, Micaela, antes que tu hermano venga y...

—Muy tarde, madre, ya estoy aquí y esta dama no va a salvarse de escuchar lo que tengo que decirle.

Después de escuchar los despotriques de su hermano por más de una hora, Micaela fue a su habitación, pero no para meditar su actitud, sino para seguir con lo que le había dicho Eloise para librarse del apasionado conde de Dartmouth.

***

La mañana del día después de la fiesta de jardín se veía especial para Eloise, una vez más llevaría su descaro a un nivel más alto. Molestar al marqués de Normanby la llenaría de satisfacción. Haberle insinuado que era una ramera fue un error colosal.

—¿Qué hay de malo en un beso para que no quiera dármelo? —se preguntó en voz alta mientras se colocaba las medias—. Quizás necesite más motivación.

Aquella idea le resultó bastante elocuente, mostrar un poco de piel, quizás fuera la solución.

Buscó un sencillo pero atrevido vestido, pese a los tristes colores de una dama soltera, pudo hacerle hermosas modificaciones a los vestidos que su padre le compraba. No fueron tan inútiles las horas que su madre intentó enseñarle a hacer costura, algo bueno sacó de aquel triste oficio. Para que la dejaran salir de la casa se colocó un abrigo muy fino. De esa manera su enemigo, es decir su padre, no haría problemas.

Con una doncella iba a salir de la casa, pero su padre estaba sentado en la sala leyendo el periódico.

—Buen día, Eloise. ¿Qué no piensas saludar a tus padres? —preguntó con ironía su padre.

Ella volteó los ojos, pasó junto a su madre para dejarle un beso y luego junto a su padre.

—Este color pastel te queda bien, hace que parezcas tan inocente —se burló su padre—. ¿A dónde vas?

—A la iglesia, querido padre, iré a rezar por usted —ridiculizó Eloise, dándole un beso a su padre en la frente.

—¿Es verdad? —preguntó incrédulo.

—No, pero estoy segura de que por unos segundos se lo creyó. —Sonrió con insolencia—. Iré a dar un paseo, el día está muy bello para quedar castigada en mi habitación.

—Intenta no hacer maldades, Eloise —advirtió su madre.

—De eso ni se preocupe, madre, jamás lo haría. Adiós... —se despidió con un elegante saludo hasta salir afuera y abrir su sombrilla.

—¿Cuándo volverá el duque? Espero no haya cambiado de opinión —comentó Luke.

—Y si lo hizo buscarás una forma de que se la lleve aunque sea a rastras —mandó su esposa.

Sentía calor con aquel abrigo, era un día bastante caluroso pese a la resolana producida por la sombrilla, no se mitigaba el efecto de sudar y eso las damas no debían hacer.

Después de ese trajín llegó a la mansión del marqués, era hermosa y estaba recién remodelada, a lo mejor el marqués no era tan tacaño después de todo.

La doncella golpeó la puerta y un mayordomo abrió.

—¿En qué puedo ayudarla? —preguntó educadamente.

—¿Se encuentra lady Micaela? Puede decirle que la señorita Eloise ha venido a hacerle una visita —expresó.

—Adelante, por favor.

El hombre las hizo pasar. Eloise estaba admirando la elegancia de aquella mansión, sencilla, pero refinado.

—Por favor tomen asiento, le avisaré a milady.

Eloise se quitó el abrigo y se lo entregó a la doncella, recorrió la sala y pasó los dedos por los hermosos adornos.

—¿Está listo mi carruaje? —preguntó Ferdinand, colocándose los gemelos de la camisa mientras se cruzaba con el mayordomo que iba a la habitación de su hermana.

—Sí, señoría.

—Micaela está castigada —avisó al mayordomo.

—Milady tiene una dama que la espera en la sala.

—¿Te dijo su nombre?

—Eloise, señoría —contestó el mayordomo.

Ferdinand, con el ceño fruncido por el enojo, solo pensó en qué había ido a hacer esa mujer ahí.

—Despáchala —ordenó el marqués.

—Sí, señoría.

—Espera... Mejor yo la despacharé —declaró después de pensarlo unos segundos. Aquella descarada ya olvidó lo que era la vergüenza, pero él se lo recordaría.

Era evidente que el comportamiento inapropiado de su hermana era consecuencia de las malas compañías. Esa mujer sin escrúpulos lo quería acorralar para quién sabe qué bajeza obligarlo a cometer, debía frenar ese juego de manera contundente.

Con decisión bajó las escaleras, no había nada en el mundo que le impidiera colocarla en su sitio. No pasó mucho tiempo para que la divisara recorriendo su salón, acariciaba las cosas con delicadeza.

Luego se fijó en la impúdica prenda que llevaba puesta. Mostraba partes de sus hombros blancos como porcelana, con pequeños bucles de su cabello cayendo sobre sus casi desnudos hombros, una visión incitante para un caballero.

Eloise, de espaldas a Ferdinand, sonrió. Sabía que la estaba apreciando, escuchó sus pasos bajando las escaleras, pero no terminó de hacerlo quedando algunos peldaños antes de bajar completamente.

Se dio la vuelta lentamente para que el caballero pudiera apreciar con lentitud su torso. Una bella cintura delineada con el corsé y el suave avistamiento de sus senos mostrados por el extravagante vestido primaveral de una debutante.

La figura etérea de Eloise moviéndose por su sala era idílica, encajaba perfectamente con la belleza de su hogar. Sus ojos no dejaban de recorrerla, y observarla con detenimiento. Podía ver cada detalle de su piel, aquellas pecas y lunares que la hacían ver como un cielo estrellado, simplemente era perfección.

Anonadado con la belleza y sensualidad que desprendía Eloise, no se animó a continuar bajando, no sabía de qué sería capaz si continuaba siendo tentado por el mismo demonio. Lo mejor era huir de la tentación, y retrocedió en los escalones para volver arriba.

—¡Señoría! —exclamó haciendo que Ferdinand se detuviera en su silenciosa huida.

Él se giró para verla y la vista era mejor de frente. Probablemente su estado de fogosidad actual se debía a años de no estar con una dama, y aquella fulana amenazaba con efervescencia su voluntad de continuar sin una mujer.

—¿Qué hace en mi casa, señorita sinvergüenza? —preguntó intentando no mirarla.

—Mi nombre es Eloise, ¿o lo olvidó? —contestó tocando la baranda de las escaleras.

Incluso el toque de la madera de la baranda lo estaba haciendo sudar, y tragar saliva con demasiada frecuencia debido a su extremo nerviosismo.

—Sé que no puede olvidarse tan fácilmente de mi nombre, pero si le gusta llamarme sinvergüenza, lo seré, pero solo para usted —declaró mientras subía las escaleras hacia él.

—Deténgase, señorita, o me obligará a sacarla por la fuerza.

—Para sacarme por la fuerza necesita tocarme y creo que usted no se anima a acercarse a mí, me tiene tanto miedo —cizañó Eloise con una incitante mirada—. Puedo oler su miedo, y huele muy bien —dijo esta vez llegando al mismo escalón que él, acercándose a su oído.

Ferdinand estaba por perder los estribos, seducido en su propia casa por la mujer más bella, coqueta y detestable de Inglaterra.

—Cobarde —lo tentó hablándole directamente en el oído, rozando sus labios con su oreja.

Tragar saliva y respirar agitadamente no era una buena señal.

—¿Le gusta lo que ve? —continuó susurrando en el oído de Ferdinand mientras él seguía perdido en el mar de sensaciones que estaba experimentando.

Ella dejó su oído y se dirigió al rostro del marqués, donde con su índice acarició su mejilla.

Ferdinand quedó inmóvil por la situación por la que atravesaba con ella, por lo que para evitar la tentación, desvió la mirada. Una risa cantarina escapó de Eloise al verlo evadir su rostro.

—Míreme, señoría, que no lo voy a convertir en estatua de sal —se burló.

—Insisto en que se retire de mi...

Eloise le colocó el dedo en la boca para callarlo y acercó sus labios a la boca de Ferdinand. Él no pudo evitar mirar esos labios rosados, carnosos y sensuales que se acercaban a los suyos con alevosa intención. El acercamiento era cada vez más contundente, chocarían ambos labios produciendo la fórmula infalible para el desastre.

Ferdinand abrió los labios acercándose a los de ella para besarla, pero ella solo tocó su lengua con la de él y luego se alejó con esa sonrisa cínica que la caracterizaba, mientras levantaba una ceja.

El marqués había quedado colgado y con la boca abierta como para adentrarse en la boca de Eloise, pero luego cerró los ojos sabiendo que cayó en la trampa de esa descarada.

—¿Pensaba que sería tan fácil besarme, señoría? Pues le doy mi palabra que usted me rogará para que lo deje besarme. Está ansioso al igual que yo por pecar con esos labios. Los suyos se ven tan irresistibles, cúlpeme por no tener decencia cerca de usted.

—Señorita Clement, que su visita a mi hogar sea breve —ordenó Ferdinand, pasando a su lado.

—¿Cuánta amargura puede generar que a uno lo dejen con apetito, señoría? —preguntó jocosa —. Ahora sabe lo que se siente.

La dejó sola en su casa y salió enfadado.

—¡¿Dónde infiernos está mi carruaje!? —gruñó con enojo a los lacayos que corrieron para

buscar el carruaje.

Ir a la fábrica lo ayudaría a olvidar que estuvo a punto de perder su dignidad con esa mujer, pero probablemente la habría perdido con gran gusto.

—¿A la fábrica, señoría? —preguntó el cochero.

—Primero a la residencia de Dartmouth y luego a la fábrica —ordenó el marqués.

Se pusieron en marcha hasta la casa del conde, quizás él pudiera ayudarlo con su problema. Por fortuna encontró a Claude saliendo de su residencia.

—Buen día, Claude. ¿A dónde vas? —preguntó Ferdinand.

—Iba a comprar algunas cosas para regalar. ¿Y tú? —respondió Claude.

—A la fábrica, sube, te llevaré.

Claude subió y se sentó frente a él.

—Si no me equivoco el camino a tu fábrica no es por aquí —comentó el conde—. Suena sospechoso. ¿En qué puedo ser de utilidad?

—Necesito una mujer.

—¿Esposa?

—No. Solo mujer de una noche —aclaró—. Necesito aliviarme.

—Pues creo que somos dos y tengo el lugar adecuado para ese objetivo.

***

—¡Señorita Eloise! ¡Qué agradable sorpresa! —exclamó Micaela abrazando a Eloise.

—Las amigas se visitan, lady Micaela —dijo condescendiente.

—Me pone muy contenta que me venga a verme.

—A verla y proponerle una pequeña aventura nada digna de una dama y que si su pretendiente se llegara a enterar que anduvo por sitios inadecuados, la repudiaría —indicó Eloise bajando la voz, acercándose a su oído.

—¿Si se lo digo a lord Dartmouth entonces él desparecerá?

—¡Se lo puedo asegurar!

—Entonces cuénteme qué tengo que hacer.

Eloise sonrió y comenzó a contarle en qué consistía la aventura. Micaela aceptó con soltura la propuesta de ir a esa mascarada y luego comentarle a Dartmouth la indecencia que cometió para librarse de él.

# Capítulo 16

Pepper escapó de su casa por la ventana con sus zapatos en la mano, un vestido negro de mangas largas, una máscara rosa con plumas y el pelo hecho un nido de pájaros.

Corrió hacia el carruaje de alquiler que la esperaba al cruzar a la otra acera. Eloise le abrió la portezuela y ella se metió.

—¡Vámonos pronto antes de que me arrepienta! —avisó mientras subía.

—¿A dónde crees que vamos, Pepper? —preguntó Eloise mirándola con reserva.

—Es evidente que vamos a una mascarada.

—Mira a lady Micaela, y mírame a mí.

Ella las observó. Dejaban ver bastante piel por los vestidos, tenían bellos bucles cubriendo parte de las máscaras, se veían exóticas y de mala vida.

—Son muy bonitos sus vestidos —opinó—, y no se diga más de sus máscaras.

El fuerte golpe que se dio Eloise en la frente por lo estúpida que era su amiga, asustó a Pepper.

—A veces me pregunto si fuiste a la escuela de señoritas o a la escuela de tontas —se burló Eloise mientras que Micaela intentaba no reír, pero los sonidos que hacía para evitar la risa la delataban—. Es una mascarada menos decente, Pepper. El rosa no va, parecerás una triste y pusilánime debutante en un rincón y ese vestido negro...

Eloise negó con la cabeza.

—¿Cada cuánto muere un pariente tuyo, Pepper? —curioseó Eloise.

—Hace mucho que no muere ninguno.

—¡Qué excelente noticia! —expresó rompiendo las mangas del vestido de Pepper con gran rapidez y luego le quitó la tela de encaje que cubría los pechos.

—¡Eloise! —gritó asustada.

—Ahora ven aquí, voy a hacerte algo decente con ese cabello, está horrible y no se hable más, aquí tengo una máscara blanqueada, te quedará hermosa —opinó Eloise, tomándola del pelo y colocándole las horquillas para armar un peinado.

Pepper había quedado irreconocible, todo lo que había hecho Eloise la había favorecido.

—Parecemos tres mujeres de la mala vida —comentó Micaela mirándolas a ambas.

—Es la imagen que queremos dar, no queremos que esos caballeros y esas damas sepan quiénes somos, ¿o sí?

—No quiero parecer una ramera —se quejó Pepper.

—Pepper, es mejor parecer ramera antes que un espectro de velorio —aseguró Eloise—. Además, piénsalo, no haremos nada que afecte nuestras virtudes, solo vamos a mirar, y bailar.

Pepper intentó quedar convencida de eso, pero no estaba muy segura. Aunque era lo que le pidió a Eloise, poder conocer a un hombre antes de ir al convento.

El carruaje se paró frente a una enorme mansión casi entrando hacia los barrios bajos de Londres. Las tres bajaron con delicadeza, Pepper y Micaela estaban bastante cohibidas, pero Eloise tenía la gracia de una meretriz con sus dos pupilas.

—Entremos, vamos a ver qué nos espera —murmuró Eloise agarrando a las otras damas del brazo, colocándose en el medio de ambas mientras las arrastraba hacia un mundo desconocido.

***

—¿No estás arrepentido, no? —preguntó Claude a Ferdinand que estaba callado y enmascarado como su amigo.

—Me imaginé algo más discreto —repuso Ferdinand, mirando reprobatorio a Dartmouth.

—No iba a llevarte a un burdel, aquí puedes conseguir mujeres de más categoría que simples prostitutas que se acuestan con obreros malolientes por un penique.

—¿A dónde fue la fineza del conde de Dartmouth? —se burló Ferdinand.

—Nadie sabe que soy el conde de Dartmouth, salvo tú, por supuesto, eso es lo que debería aterrorizarme, pues pretendo a tu hermana.

—Yo no diré nada, si tú no dices nada. Además con cada grosería que te hace Micaela, te mereces un aligeramiento de tu carga, creo que ella costará mucho trabajo.

—He pensado en que si me vuelve a hacer una grosería simplemente daré un paso al costado y pretenderé a otra dama debutante, quizás así pueda olvidarla.

—¿Qué te parece lady Alanis? Después de que la descarada de Eloise Clement truncara mis sueños de conseguirla como mi esposa, quizás tú tengas mejor suerte.

—Es hermosa, aunque se parece a la arpía, es de su misma familia.

—Pobre, a los parientes uno no los elige.

Eloise, Micaela y Pepper se dispusieron a entrar.

—No pueden pasar sin invitación. —Las atajó un lacayo elegante.

—Oh disculpe, creo que la traigo aquí. —Sonrió Eloise, sacando la invitación de su generoso escote.

El lacayo tragó saliva al ver a la provocativa mujer, mientras hurgaba en su escote, alguno de los caballeros sería el afortunado de llevársela a la cama.

—A-adelante, pasen —se trabó el lacayo.

—*Merci cheri* —agradeció pasando con sus amigas hacia un lujoso salón donde la música no se parecía en nada a lo que sonaba en los salones que frecuentaban, y el baile mucho menos. Las

personas parecían divertidas, podían observarse mujeres en los regazos de los caballeros mientras estas los besaban y ellos le susurraban cosas al oído. Las mujeres reían sin recato alguno, las prendas que utilizaban eran de calidad, las telas más finas y elegantes, lo que significaba que no eran cortesanas, pero sí mujeres con hambre de aventuras.

—¡Dios bendito, Eloise! —exclamó Pepper mirando aquello.

—¡Esto es de lo que nos perdemos todo el tiempo! —reaccionó Eloise con los ojos maravillados, solo quería bailar y ver qué más podía entregarle aquel lugar.

Un hombre se acercó a ella y le pasó la mano, que Eloise tomó descaradamente encantada.

—Disculpen, iré a bailar, ustedes hagan lo que gusten —les mandó a Pepper y Micaela.

—Eloise, por favor no nos dejes —pidió Micaela con cierto miedo de estar allí.

Ella estaba extasiada y divertida, el caballero sí que la hacía bailar, saltaban y charlaban cada vez que podían.

—¡Es usted una sorpresa! —dijo Eloise, acercándose al caballero.

—Usted es una excelente compañía —contestó el hombre llevándola hacia un lugar más alejado.

Eloise, sospechando sus intenciones, lo detuvo con coquetería.

—Me temo que suelo ser yo quien escoge, caballero —aseguró mirándolo.

—También me temo que no suele repetir sus víctimas, señorita Clement —habló el hombre sonriendo y quitándose la máscara donde nadie lo viera.

—¡Lord Falkes! —expresó sorprendida.

—Me sorprende encontrarla aquí, pero esos labios son difíciles de olvidar —habló queriendo besarla, pero ella le colocó dos dedos en los labios.

—Lord Falkes, siempre será un placer que su prometida pruebe mis sobras —se burló besándolo, tranquilamente.

Al menos había encontrado diversión con alguien que ya conocía y pese a no querer repetir a una víctima, lord Falkes era un pequeño manjar del que no se podía privar.

Pepper y Micaela se sentaron en un rincón, ambas se sentían fracasadas.

—Dartmouth, mira a esas damas —indicó Ferdinand, mirando hacia donde estaban Pepper y Micaela.

—¿Dos cortesanas sentadas? Deben pasar hambre con frecuencia, la de negro es muy delgada.

—Pero parece bonita.

—¿Crees que ir y proponerles tomar sus servicios sea una buena idea?

—Tú me trajiste aquí, debe ser una buena idea, aunque ya sabes, sin compromiso y con discreción.

—Por supuesto, marqués, tu reputación ni la mía pueden verse afectadas por esto.

Ambos asintieron y caminaron hacia las damas. Claude se dirigió a Micaela y Ferdinand a Pepper.

—¡Lady Payton! —se alarmó Micaela al ver a dos hombres elegantes acercarse.

—Dígame, lady Micaela —respondió Pepper aburrida tomándose una copa de jerez.

—¡Vienen dos caballeros hacia aquí! ¿Qué hacemos?

—Pues vinimos a conocerlos. ¿O no? ¡Pues que vengan!

Micaela se tapó la boca, al parecer lady Payton se había emborrachado con solo oler la bebida.

—Mis amables damas, ¿serían tan amables de brindarnos su compañía? —preguntó Dartmouth, dirigiéndose a Micaela que estaba perpleja y no sabía qué contestar.

—Por supuesto —respondió Pepper desinteresadamente, pues pensaba que ambos iban a ver con quién se quedaba Micaela.

Dartmouth tomó de la mano a Micaela que no decía una sola palabra y se la llevó hacia otro sitio.

—¿Y usted? —preguntó Pepper al hombre que quedó.

—Pues yo pagaré por su compañía, señorita, no se preocupe —contó Ferdinand mostrándole una bolsa de dinero antes de sentarse a su lado.

—Suena... interesante. ¿Qué tengo que hacer? —indagó con verdadera inocencia y confusión.

—Nada, solo dejar que yo lo haga todo —respondió apoderándose de los torpes labios de Pepper, recordando así su antiguo jovencito picaflor que aún tenía dentro.

Sentía el calor de los labios del caballero besando los suyos, y lo disfrutaba, era ardiente y apasionado. Era su primer beso y no era como lo había soñado ni como Eloise se lo había descripto en ocasiones. No sabía a naranja rancia, ni tenía mal aliento, tenía un ligero sabor a alguna bebida alcohólica que ella desconocía.

La señorita con la que estaba no parecía ser experimentada en el arte de los besos, solo se dejaba llevar por la voraz hambre que había despertado la señorita Clement en él.

Al sentirse más en confianza, Ferdinand bajó las manos hasta sus pequeños senos y Pepper abrió los ojos con gran sorpresa.

—¡Caballero! —se exaltó Pepper al sentir su contacto.

Ferdinand sonrió ante el intento de decencia por parte de la joven.

—Si se siente incómoda en público puedo llevarla a otro sitio —propuso él para que ella dejara de cohibirse.

Ella lo pensó, y miró a su alrededor sin dar una respuesta.

—Tomaré eso como un sí —habló por ella tomándola del brazo y jalándola hacia las escaleras.

Al caminar por los pasillos encontraron lacayos en cada puerta en la planta alta.

—¿Está libre? —preguntó Ferdinand a uno de ellos.

—Sí, mi señor —contestó abriendo la puerta.

Ferdinand le dio una moneda como propina y metió a Pepper en la habitación. Ella sentía que su pecho iba a explotar al ver en medio de la habitación una cama con dosel, un pequeño tocador para mujer y un sillón.

Escuchó que se cerró la puerta tras ella por lo que se giró y miró al hombre que se quitaba el corbatín, aventó su saco a un costado mientras caminaba hacia ella para acorralarla contra la

cama.

—¿Qu... Qué hace? —indagó asustada y temblorosa.

—Tomar sus servicios, señorita. Sé que no hemos acordado el precio de su compañía, pero le aseguro que seré generoso.

Llegó hasta donde ya no podía ir, tropezando con la cama y casi cayendo sobre ella, aunque sosteniéndose para su suerte del dosel, quedando con los brazos abiertos.

Ferdinand sonrió por su torpeza, le acarició con lentitud la cintura, y luego comenzó a besar su cuello de manera a devorarla, mientras Pepper se dejó llevar completamente por las sensaciones que invadían su cuerpo.

Él comenzó a desatar el corsé que la dejaba aún más delgada, rompió lo último que quedaba de las mangas del vestido dejándola en interiores.

«Si no iba a casarse, ¿por qué conservarse intacta hasta un matrimonio que nunca llegaría?», pensó en ese momento. Estaba segura de que esos pensamientos terribles eran por el poco alcohol que se bebió y que debió volverla necia.

Mientras el hombre seguía succionando su yugular, intentaba quitarse la camisa lográndolo con éxito.

Ferdinand se negaba a soltarla, no quiera parar hasta descargar toda frustración hacia Eloise con aquella prostituta. Esa máscara le impedía moverse a voluntad para disfrutar de la mujer, por lo que decidió quitársela.

—Guárdeme el secreto —murmuró Ferdinand mirando a la mujer con el rostro descubierto.

Pepper quedó anonadada al ver quién estaba detrás la máscara. Era el preciado marqués de Eloise, e iba a acostarse con ella. Por un segundo el pensamiento más macabro de su vida se le pasó por la mente: ella le daría mucho más de lo que Eloise le ofrecería.

—No se lo diré a nadie —contestó, dejándose caer a la cama.

***

Claude estaba muy ansioso por también desahogar un poco sus penas. La mujer que había elegido no hablaba y estaba demasiado asustada al parecer. ¿Qué clase de mujer de la mala vida no sabía ejercer su profesión?

—Disculpe, señorita, pero creo que cuando le dije que quería compañía, me refería a compañía amatoria y no a un alma penitente que caminara a mi lado —manifestó Claude.

La rudeza y prepotencia con la que el hombre se dirigió a ella la habían tomado por sorpresa. Micaela no hablaba porque no quería que alguien la reconociera, así que debía mentir y salir ilesa de allí.

—Soy... nueva en este menester, milord, le ruego que me excuse —se disculpó lo más dulce que pudo.

—Si va a iniciar en esto podría ayudarla sin ser brusco con usted, pese a que buscaba algo un

poco más bárbaro, sin problemas puedo encaminarla.

—¡No, por favor no se moleste! He decidido que no deseo formar parte de la mala vida —se disculpó.

—Pues ¿por qué no me deja demostrarle que podría llegar a ser placentero? —inquirió Claude a Micaela.

—No creo que sea una buena idea... Recuerde que no me debe nada ya que no le presté ningún servicio.

No sabía si sentirse decepcionado o frustrado, lo rechazaba la dama que le gustaba y en ese momento una prostituta. No era poco agraciado, se consideraba un excelente partido y en este caso un excelente cliente preocupado por el gozo de su amante de turno.

Enojado por sus propios pensamientos, empujó a Micaela contra la pared y la acorraló.

—Dispénseme, señorita, pero insisto en que puedo ofrecerle algo muy bueno —aseguró asaltando por sorpresa los labios de Micaela que se negaba a cooperar hasta que por fin comenzaba a ceder.

Estaba asustada al no poder ver la identidad del caballero, solo sabía que era un hombre de clase por sus modales y su forma educada de hablar.

Micaela tiró la cabeza a un costado dándole acceso a su cuello y clavícula, mientras sentía la lengua del hombre recorriendo su piel. Estaba mal, muy mal, pero le resultaba placentero.

Claude se pegó completamente a la mujer haciéndole sentir su hombría de manera descarada. Micaela sintió cómo el hombre levantó su falda y se metió en medio. Carecía de sentido escandalizarse, ambos no se conocían ni se volverían a ver.

Dartmouth no obligaría a una dama a tener relaciones con él, ni a una de cuna, ni a una prostituta, pero había decidido hacerle conocer el placer a la señorita, de otra forma.

***

Lord Falkes era un caballero apasionado, esta vez no solo quería unos tibios besos de Eloise, sino también tomarse algunas libertades impropias.

Las manos del hombre descendieron hacia el generoso escote de Eloise.

—¡No, no, no! —fastidió Eloise al hombre—. Lord Falkes, no me mal interprete, pero me reservo para mi futuro esposo —explicó recostada en el regazo del hombre en uno de los bancos del jardín.

Lord Falkes rompió silencio con una burlona carcajada.

—¡Por favor, señorita Clement, no me haga chiste de esa magnitud!

—¿Chiste? No le he dicho ningún chiste.

—Si usted es virgen, yo soy el mismísimo obispo de Canterbury —se burló el caballero.

Ella se levantó rápidamente de aquel banco.

—Piense lo que quiera, lord Falkes —gruñó enojada, caminando hacia dentro de la mansión.

Lord Falkes corrió tras ella y la empujó dejando la cara de Eloise contra la pared.

—Usted se dedica a calentar a los hombres, señorita Clement, y luego no quiere pagar las consecuencias —susurró el hombre el oído de Eloise, mientras ella intentaba zafarse.

—¡Suélteme, lord Falkes!

—No, mi querida señorita, ahora obtendré lo que siempre deseé de usted —declaró el hombre sin consideración, dándole vuelta a Eloise para levantarle las faldas y tomarla allí mismo.

Por más que intentaba soltarse y apretar sus piernas, el hombre era más fuerte. Las lágrimas salían de sus ojos casi ahogándola, y en lo único que pensaba era en Bruce, y que ella no sería la misma cuando volviera.

# Capítulo 17

Desesperada y casi resignada a un destino que ella misma se había buscado, no se rendía, no quería hacerlo. Después de forcejear sentía cómo el cuerpo de lord Falkes era separado del suyo con violencia.

—¡Deje en paz a la señorita! —gruñó un hombre golpeando a lord Falkes, momento en que Eloise corrió hacia otro lugar con lágrimas en los ojos, agradeciendo su suerte de no haber sido abusada.

Al llegar a un rincón alejado, recordó que no había agradecido a su salvador estar intacta, pero estaba asustada, demasiado asustada. Temblaba por haber luchado contra alguien mucho más fuerte que ella, y por el susto de que su querido duque volviera y la encontrara sin virtud.

Mientras tanto en el otro lado del jardín, el hombre continuaba golpeando a lord Falkes.

—Esto servirá para que no se meta con la mujer del duque de Kent —escupió el matón sobre el magullado cuerpo de lord Falkes.

Aquel hombre había sido contratado para cuidar y vigilar lo que hacía su futura inversión. Bruce no era un hombre tonto, conocía la reputación de Eloise, pero convencido de que ella había equivocado su camino se propuso conquistarla. Tenía todo lo que los caballeros que ella había besado le dijeron, dinero y juventud, aunque la juventud era algo relativo casi cuarenta años no era exactamente un indicio de eso.

Después de sentirse satisfecho por los golpes, el hombre lo dejó y continuó su camino cerca de Eloise. Ella nunca sabría que era vigilada por expreso pedido del duque quien se preocupaba por las andanzas de la joven.

Eloise entró donde la música estaba en la cúspide del descontrol, no veía por ningún lugar a Pepper ni tampoco a Micaela. ¿Dónde se habían metido?

Pepper bajó corriendo las escaleras, había cometido una tremenda locura solo por restregárselo a Eloise en la cara algún día, cosa que no serviría para nada porque moriría con lo que sucedió esa noche sin decírselo a nadie.

No había tomado el dinero que el marqués había pagado por sus “servicios”, era una vergüenza, una prostituta de costo cero.

—¡Pepper! —le gritó Eloise, abrazándola con fuerza—. ¡Ni te imaginas lo contenta que estoy de verte!

Estaba asustada, quizás Eloise la vio con el marqués.

—¿Po... Por qué estás fe... Feliz de verme? —tartamudeó mientras preguntaba.

—¡No sabes lo que pasé! Es la noche más horrible de mi vida, Pepper, quiero ir a casa —confesó con sinceridad.

Pepper soltó el aire en sus pulmones, no la había descubierto.

—Cuéntame... —pidió Pepper, tomando a Eloise del brazo mientras caminaban por el salón.

Ferdinand se estaba colocando la ropa, ya no sufría de aquella tensión con la que había llegado, la prostituta había sido de mucha ayuda. De experiencia era notable su inexperiencia, solo cooperaba y gemía, no era lo que imaginaba. Le faltó distenderse más.

Tomó lo último que estaba en la cama y observó que la sábana estaba manchada con sangre. Ferdinand se acercó un poco más a observar si su percepción era correcta y lo corroboró, era sangre. Tenía dos simples opciones, y una de ellas era muy temible. La primera opción, que fuera una prostituta de las nuevas, y la otra que haya sido una dama de la aristocracia buscando aventuras y lo peor era que él se había quitado la máscara que resguardaba su identidad. Aquella mujer si era noble lo acusaría directamente obligándolo a un matrimonio.

Lo bueno del caso sería que él estaba buscando esposa, y la mujer con la que se acostó, pese a parecer débil físicamente, era esbelta pero muy delgada.

—Estás metido en un lío, Ferdinand —se reprochó tomándose la frente y pensando en la rudeza con que había tomado a la mujer creyendo que era una prostituta con experiencia.

***

El placer la recorría completamente y el descaro se apoderó de ella mientras que Dartmouth la acariciaba sin piedad haciéndola sentir la mujer más lujuriosa y afortunada del mundo.

En ese momento, muy poco le importaba su virtud y el duque, estaba segada por aquellas extrañas sensaciones que tenía mientras veía al caballero enmascarado o al menos su cuello.

—¿Qué me hace sentir? —masculló casi con tono lastimero por no soportar la pasión con la que la tomaba.

—Solo le doy placer, señorita —contestó alejándose un poco de entre sus piernas.

—¡Es inadecuado y completamente inmoral, caballero, un pecado mortal!

—Podríamos arder en este infierno juntos, mi dama —agregó Claude en tono apasionado, incitándola a que lo dejara pasar.

Micaela, hermana del marqués Normanby, iba a entregarse a un completo desconocido por unos minutos más de placer exponiendo su reputación para siempre, probablemente nadie lo impediría.

—¡Imagina lo que pasé, Pepper! ¿Qué sería de mí sin mi virtud? —se lamentó al recordar aquellas terribles escenas con lord Falkes—. Una mujer sin virtud está arruinada, Pepper, y más yo que no tengo buena reputación por besar a los caballeros.

Payton moría del cargo de consciencia por lo que decía Eloise. Era ella quien ya no valía nada, iría al convento al terminar su tercera temporada para no avergonzar a su familia, al menos iría sabiendo lo que era tener a un hombre en su cama.

—Es tu culpa, Eloise, siempre te dije que era una mala idea exponerte de esa forma.

—¿Dónde estabas tú para salvarme, Pepper?

—Yo... Yo... —No sabía cómo justificar donde estaba.

—Anda, Pepper, espero una explicación y una muy buena, aparte de que perdiste a lady Micaela.

—¡Oh por Dios, lady Micaela! —Se preocupó al recordar que ella se había ido con otro caballero que era amigo de su hermano.

El miedo la invadió al pensar que Micaela, que era más joven que Eloise y ella misma, había caído en los brazos de un hombre sin escrúpulos.

Mientras caminaban buscando a Micaela para irse, escucharon los tenues gemidos que venían de algún lugar cercano. Sin querer ambas quedaron sorprendidas al ver que el hombre oprimía a lady Micaela contra la pared mientas ella parecía necesitar aire.

—¡Su virtud! —masculló Eloise, corriendo hacia ellos y arrojándose a la espalda del conde de Dartmouth—. ¡Suéltela, pervertido! —gritó sobre él mientras Micaela bajaba avergonzada su falda.

—¡Corre! —mandó Pepper, tomando a Micaela de la mano—. ¡Eloise, corre!

—¡¿Qué demonios?! —gruñó confundido Claude con una mujer trepada en su espalda intentando ahorcarlo—. ¡Suélteme, iba a pagar por el servicio!

—¡Qué servicio! ¡Es una niña de cuna! —vociferó Eloise después de soltar su agarre—. ¡Aprovechado! —rumió corriendo para alcanzar a Pepper y a Micaela.

No debió llevar a esa joven a un lugar así, ella creyéndose experta casi termina violada al igual que Micaela. Y si su hermano se enteraba que le había sucedido algo por su causa, nunca podría tenerlo a sus pies.

—¡Nos vamos! ¡Ya nos vamos! —advirtió Eloise, alcanzando a las muchachas.

—¡Pare, lady Payton! —pidió Micaela, cansada.

—¡No sé cómo piensa parar después de que ese caballero la atacara, lady Micaela!

—¡El caballero no me atacó! —confesó—. Me estaba mostrando el fruto desconocido del pecado.

—¡Por favor! —refunfuñó Eloise—. El fruto de nada... ¡Estaba abusando de usted, no podía respirar!

—Estaba sucumbiendo ante la desenfrenada pasión del hombre.

—Recuerde sus objetivos, lady Micaela. Recuerde que usted quiere conquistar a alguien —recordó Pepper.

—Una mujer sin virtud no vale nada, puede que la repudien —aseguró Eloise.

—¡Lo había olvidado completamente! —exclamó, asustada Micaela. Ambas tenían razón, casi

acabó con su futuro.

—Ahora vámonos de aquí si no queremos terminar peor —alegó Eloise, caminando a la salida con gran rapidez sin mirar atrás.

No volvería jamás a arriesgarse de esa forma, no valía la pena ese tipo de mundo. Seguir buscando a su príncipe con un inocente beso era mucho más reconfortante, aunque lord Falkes que parecía ser un príncipe, resultó que era un gran sapo.

Las tres subieron al carruaje mientras cada una contaba su experiencia.

—¿Lady Payton, qué sucedió con el caballero que estaba con mi acompañante? —preguntó Micaela.

El corazón de Pepper se aceleró por la pregunta. Estaba asustada, no quería contar nada.

—¡Un hombre, Pepper! ¡Estuviste con un hombre y no me lo has contado! —reclamó Eloise.

—Yo... No... No le parecí... seductora al caballero —alegó Pepper, sudando frío, esperaba que le creyeran.

—Era de esperarse, con esa actitud tan temerosa —comentó Eloise.

—Esa actitud temerosa me resguardó de una violación —añadió con sensatez.

—Has ganado una batalla, pero no la guerra —dijo Eloise, dándole la razón a Pepper.

El carruaje de alquiler fue dejando a cada una donde las recogió para que pudieran volver a sus hogares. Eloise había aprendido su lección, Pepper tenía un secreto que se llevaría a la tumba y Micaela no podría olvidar esa extraña noche que experimentó solo para que el aburrido de lord Dartmouth la dejara en paz.

Eloise no podía conciliar el sueño, aún sentía las asquerosas manos de lord Falkes recorriendo sus piernas y sus partes. Se sentía asqueada, pero no podía pedir un baño a la servidumbre a esas horas. Encendió una lámpara y fue hacia su escritorio para escribir con la pluma que Bruce le había dado.

*Mi querido duque:*

*No hace mucho que se ha ido y deseo fervorosamente que regrese. Siento que aunque le sea difícil creerme, lo extraño y no solo por los bellos presentes, sino por su fuerte presencia ante mí.*

*Mis labios anhelan sus dulces y limpios besos, sus tiernas caricias y sus apasionadas palabras. No hace mucho me había negado la oportunidad de conocerlo pese a sus intentos por llamar mi atención, hoy me doy cuenta de que fue lo mejor que pude hacer.*

*Sé que no soy la mujer más recatada que existe, pero me había puesto un objetivo: encontrar a un príncipe entre todos los sapos y creo que usted es ese príncipe.*

*Lo espero con ansias.*

*Su querida Eloise*

Eloise esperó a que se secara la tinta mientras tomaba un hilo y unas tijeras para cortarse un mechón de cabello y enviárselo para que la tuviera presente.

***

Claude, después de ser atacado por la enfurecida mujer, se sentó en el jardín a pensar en lo sucedido.

Recordó las palabras “es una dama de cuna”, aquella no era una prostituta, sino una apasionada aristócrata. Desearía saber quién era por simple y sencilla curiosidad.

—¿Noche difícil? —indagó Ferdinand, sonriéndole a Claude.

—Un poco, no he logrado nada. Tú al parecer te has dado un gustillo.

—Probablemente uno que me quitará el deseo por otra mujer mucho tiempo o al menos eso espero.

—Bien... ¿quieres volver adentro?

—No. ¿Y tú?

—Pues no, mejor regresemos a donde pertenecemos.

—No, no, no... ¿Contigo insatisfecho? No, nos quedamos y yo pago.

—Ferdinand...

—Andando, la noche es joven —insistió Ferdinand, levantando a Claude.

Se lo llevó dentro del salón y buscó algunas damas.

—Disculpen, bellas damas, ¿alguna de ustedes quisiera acompañar a mi infeliz amigo? —preguntó Ferdinand a un grupo de damas que bebían y se acariciaban entre ellas.

Aquellas mujeres miraron a Claude y al momento ya estaban debatiéndose quién iría con él.

—No decidimos quién irá, caballero, es mejor que su amigo elija a una —indicó una de ellas para evitar la pelea de las damas.

—Vamos, Claude, escoge una —insistió Ferdinand, apretándole los hombros.

Claude miraba a las mujeres, casi lo mostraban todo, era difícil escoger a cuál se llevaría a un rincón.

—Ella, la rubia. —Señaló a la mujer que sonriente se levantó con su antifaz puesto y se acercó a directamente acariciarlo.

—Adiós, amigas mías, iré a disfrutar de un caballero.

Ferdinand miró a las demás que estaban ahí invitándolo a unirse.

—¿Un trago, caballero? —ofreció una de ellas.

—Uno estaría bien mientras espero —respondió sentándose en el lugar de la rubia que acompañó a Claude.

Al momento, tenía a dos mujeres en el regazo, tomándolo por asalto.

Ferdinand estaba seguro de que aquellas no eran prostitutas sino mujeres de la aristocracia o burguesía que estaban muy necesitadas de afecto carnal, tal y como la mujer con la que se había acostado.

***

Un mes había pasado de su aventura junto con las otras dos damas. Eloise parecía haberse calmado en ese tiempo, pero debía seguir viendo al despreciable de lord Falkes en todas las reuniones sociales y el marqués se le estaba escapando, no sabía cómo conseguir su atención. Sabía que siempre la miraba en los bailes, pero le huía como a la peste.

—¿Y lady Payton? —preguntó Micaela, pegada a Eloise.

—Se ha sentido indispuesta —contó—, es mejor que no salga a la calle, la pobre está imitando a un cadáver.

—¡Oh, pobre!

—¿Ya ha podido sacarse a lord Dartmouth de encima?

—Aún no, pero no tengo las agallas para decirle que soy una mujerzuela.

—Mi inestimable Micaela, solo demuéstrele que puede ser un poco más ligera de lo que piensa. Acepte bailes en lugar de estar aquí parada a mi lado, conmigo no bailan aunque todos mueren por hacerlo —sonrió—, hay demasiados ojos reprobatorios.

Micaela asintió y esperó que alguien le pidiera un baile, debía actuar con coquetería para alejar a Dartmouth.

Después que Micaela fue invitada, Eloise estaba muy aburrida, por lo que empezó a buscar nuevos prospectos para comprobar si eran príncipes, o simples y asquerosos sapos.

Había un grupo de americanos de mucha gracia cerca de donde Ferdinand, lord Dartmouth y su otro amigo se encontraban bebiendo.

Su diabólica mente no dejaba de crear planes siniestros para que Ferdinand cayera a sus pies, lo quería pagando sus humillaciones y cuando lo tuviera se daría los gustos que quisiera a sus costillas.

Ferdinand observó cada movimiento de Eloise, era imposible perderla de vista en la multitud y no era el único que lo notaba. Con aquella mirada llena de picardía logró rápidamente alzarse con uno de los jóvenes no mayor de veinticinco años que se encontraba en el grupo criollo.

Mientras Eloise salía y el joven caballero la seguía, Ferdinand no los perdió de vista. Quería saber qué sucedía.

—Disculpen, amigos míos, iré por un poco de aire —explicó Ferdinand caminado, tras ellos dos para observar qué tramaba aquella impía.

Ella se recostó en el balcón con los codos y movió el cabello con absoluta coquetería.

—Disculpe si mis ojos me han engañado, mi dama —pronunció el joven—, pero en América y creo que aquí también su postura la he interpretado de manera correcta.

Eloise sonrió.

—¿Cuál postura, honorable caballero? —preguntó, dándose vuelta.

—Estaba coqueteando.

—Es muy inteligente...

—Joseph Clayton. —La ayudó proporcionándole su nombre.

—Eloise Clement —se presentó—. Bastante perspicaz, señor Clayton.

—Entonces usted es de quién nuestra madre ha pedido que nos cuidemos. —Sonrió el joven.

—Cuando las madres lo dicen así parece que hablan de un demonio. ¿Usted qué opina?

—Creo que el infierno es más ameno que el cielo —alegó el joven acercándose a ella que le entregaba su mejor sonrisa.

Ferdinand los observó detenidamente a punto de estallar de la rabia, la ira y los celos por aquel joven que le había bajado el guante a Eloise para besar su mano. Aquella apología a la indecencia deseaba hacerla él.

Eloise se mordió los labios al sentir el suave y húmedo beso del joven Clayton en su mano. Era un joven atractivo de ojos y cabellos marrones, no demasiado alto, pero muy elegante.

—¿Quisiera usted conocer el infierno del que su madre lo quería salvar? —indagó mirando a los alrededores, viendo de reojo a un merodeador, su querido marqués.

—Encantado —respondió descendiendo hasta sus labios, pero ella le colocó el dedo encima de los labios y negó con la cabeza.

—Soy yo quien pone las reglas. —Sonrió, apoderándose de los labios del incauto joven, mientras Ferdinand no resistía ver cómo ella besaba a otro.

Las manos de Eloise recorrían la cabellera del joven acariciándolo. Mientras ella tomaba aire por el beso, hizo contacto con los ojos de Ferdinand. Podía ver aquellos ojos verdes cargados de celos, por lo que ensancharía su locura con un simple gesto.

Ella se mordió de vuelta los labios y le guiñó el ojo para luego continuar con el joven Clayton.

# Capítulo 18

El coraje lo consumía al percibir el hilarante gesto de Eloise. Podía negarse por más tiempo la atracción que sentía por aquella descarada. Eloise Clement representaba la perdición y todo lo que él debía evitar si quería conservar su decencia y, por sobre todo, su bolsillo intacto.

Era una lucha feroz entre el deseo y la razón. La razón era poderosa, pero el deseo lo superaba con creces.

Caminó hacia el lugar donde se encontraba y carraspeó la garganta para llamar la atención de ambos.

El joven Clayton se alejó con rapidez de Eloise, mientras ella mantenía una sonrisa cínica en el rostro.

—Joven, ¿cree que lo descubrí en una situación comprometedora con esta dama? Inglaterra no es como estar en América —musitó con extrema sobriedad.

—Me temo que esto no es comprometedor en América, sin embargo, aquí podía decirse que es un crimen —replicó el muchacho.

—Le guardaré el secreto. Solo evite volver a hacerlo si no desea terminar casado con una mujer que en realidad no desearía como esposa... —dijo aquello, mirando a Eloise que entornaba los ojos a medida que lo escuchaba.

El muchacho se giró hacia Eloise e inclinó la cabeza en señal de despedida. No valía la pena perder su libertad por un pequeño gusto.

Ella le devolvió la inclinación para aceptar su despedida con agrado. Lo vio irse y le dirigió una mirada a Ferdinand.

—¿Qué le sucede para interrumpir? —indagó rodeándolo.

—¿Qué no tiene decencia? Es mucho pedirle un comportamiento adecuado.

—¿Qué le sucede, señoría? ¿Herí su susceptible orgullo?

—No, señorita Clement.

—Entonces no comprendo por qué está aquí. Debería estar buscando a la esposa decente, y no cuidando de una dama, cuya decencia deja mucho que desear. Confiese la verdad, no sufra, solo debe pedir lo que desea.

Ferdinand miró hacia un costado y una sonrisa burlona escapó de su boca.

—¿Y qué cree usted que deseo?

—Lo mismo que yo, solo un beso. Con eso dejara de sufrir. ¿Qué le parece?

—No es así, está equivocada —intentó disuadirla.

—Está bien, luego no diga que no le avisé. Ahora, si me disculpa iré a buscar lo que por aquí se me niega —alegó sonriente.

Ella se disponía a volver al salón, pero Ferdinand la tomó del codo y luego la apretó contra su cuerpo.

—No puede hacerlo. —Respiró con dificultad—. ¿Usted desea enloquecerme?

—No lo haría, solo debe ceder —contestó Eloise subiendo sus manos a los labios de Ferdinand para acariciarlos—. Es solo uno, deje los prejuicios. ¿Qué tanto puede hacerle daño un beso?

—Puede ser devastador si caigo en su influjo. La tentación es muy grande y casi imposible de sostener por más tiempo. Por más que me resista, ha dominado mi voluntad. —Ferdinand tomó el rostro de Eloise y la besó sin que ella lo autorizara.

Podía sentir cómo se liberaba aquella ansiedad de tenerla, de apropiarse de esos labios de picaflor que iban de flor en flor.

Se apoderó con impaciencia de sus labios, pensando en no dejarla ir. Era excéntrica, excitante e insinuante al sentir aquella danza de ansiedades en esos labios pegados.

Eloise podía describir en su mente lo que él le produjo. Una gran satisfacción, pero no era como ella estaba acostumbrada, Eloise era quien besaba, no su víctima. No obstante, por esa vez se lo dejaría pasar sin ser muy exigente, disfrutaba de verlo caer a sus pies, reclamando lo que él creía justicia.

Ferdinand dejó que Eloise respirara, también llenándose los pulmones de aire y plenitud. Esa mujer era la más sinvergüenza de todas, pero era innegable, le hacía sentir que el cielo era alcanzable.

—¿Usted sabe que no vuelvo a repetir un beso, salvo que me haya gustado? —indagó Eloise, mirándolo a los ojos.

—Espero haberle gustado...

Ella solo le dio una mirada pícara, que él interpretó que era una invitación para continuar. Pero al descender hacia los labios de Eloise, ella le colocó un dedo encima.

—Suficiente para su primera vez —expresó satisfecha. Tenía en mente jugar aún más con la voluntad del marqués, lo deseaba de rodillas, adulándola por las cosas que le dijo en su momento.

—Eso me hace pensar en una promesa de un nuevo encuentro.

—Podría ser, solo que como sabe esto es un castigo para usted, porque soy yo quien debe besar. Que tenga buena noche...

Eloise se alejó dejando solo a Ferdinand. Él cerró los ojos y dirigió la cabeza al cielo, negando varias veces lo que hizo. Era un error estar detrás de aquella mujer, no le traería más que problemas. Maldijo la hora en la que cayó seducido por ella, y más aún ese momento en que se

arrojó a sus redes como un pez.

Era consciente de que no existía futuro con ella, era una descarada, no era un ejemplo de esposa que él buscaba, pero eso, ¿cómo se lo explicaba a sus deseos?

Festejaba por dentro aquella gran victoria. Durante el resto de la noche se dedicó a corresponder las miradas del marqués. Él estaba casi donde quería, disfrutaría de ese hombre todo lo que podía. Su cabeza le reprocharía si no se entregaba a disfrutar de sus apasionados besos. Por la mañana, ella tomó su anotador para salir de la casa. Iría a visitar a Pepper que estaba aún enferma. El cambio de clima en Londres no le venía en gracia a su salud débil.

Ignoró a su padre, y a su madre. Salió con tranquilidad y la frente muy alta a la calle. No le preocupaban las miradas de desperdicio que recibía, estaba muy contenta pensando en su gran victoria y en cómo se lo haría escribir a Pepper.

—Buen día, he venido a ver a lady Payton —mencionó al mayordomo que le abrió la puerta a Eloise.

El hombre tenía instrucciones de no dejarla pasar. Aquella amistad molestaba de sobremanera a la duquesa y a su esposo.

—Lady Payton se encuentra muy delicada esta mañana...

—Con más razón necesita de su amiga, hágase a un lado. —Lo empujó con delicadeza y se dirigió por las escaleras para ver a Pepper.

Pepper desayunó en su habitación. Tenía la nariz roja por los constantes estornudos y la mucosidad y la tos era casi como morir.

—¡Pepper! —Entró Eloise y se sentó en la cama—. Te ves horrible, pero vengo a alegrarte el día.

Suspiró cansina al ver a Eloise tan saludable y con una enérgica sonrisa.

—Buen día, Eloise. Disculpa por no poder salir, mis condiciones no son buenas el día de hoy.

—Lo sé, y por eso he venido a distraerte. —Le pasó el anotador—. Escribirás, sé que te agrada. Enriquecerse con las experiencias de los demás es una forma de adquirir conocimientos.

Eloise era de una contagiante energía. Hizo que Pepper sonriera. Ella estaba muy aburrida en esa cama, al menos las indecencias de Eloise eran una distracción.

—Pásame el tintero —pidió, señalando a una mesita.

—Haz esa caligrafía que tanto me gusta. —Le pasó el tintero y la pluma.

—Bien, estoy lista. ¿Qué escribiré hoy?

—Escribirás sobre el beso del marqués de Normanby...

Al momento de escuchar aquello, su pecho se llenó de gran angustia. Eloise logró su cometido de besar al marqués.

—Di... dime... —tartamudeó nerviosa.

—Apasionado y deseable. El beso del marqués de Normanby fue hasta dejarme sin aliento, hasta hacer que mi cuerpo perdiera su voluntad y se entregara sin remedio a al deseo que él me insinuaba —inició—. ¡Escribe, Pepper, no es fácil describir esto!

Pepper estaba consternada al escuchar todo lo que ella no sintió cuando estuvo con el marqués, apenas había rozado sus labios unas veces. Él estaba más interesado en estrujar su figura que besarla con ternura.

—Sí, lo estoy haciendo...

—Prosigo. Quedó intrínseca la promesa de repetir aquel acto de valentía de su parte. La confesión de sus deseos abrió la esperanza de una aventura agradable con aquel hombre que se refirió a mí como devastadora.

Temblorosa, fue escribiendo cada palabra. No sabía qué más hacer. Eloise siempre llenaba su corazón de sensaciones y anhelos, no podría decirle jamás que ella obtuvo más físicamente del marqués, pese a que Eloise se llevó lo más importante: el deseo y la pasión de aquel hombre en la inocencia de aquel beso.

***

*América*

Bruce recibió una carta de Eloise. Estaba extasiado con sus palabras y no podía hacer más que responder con tal correspondencia que no le quedarán dudas de su interés por ella.

*Mi adorada señorita Eloise:*

*A mis pasiones me remito al haber leído su carta. No hay momento en que abandone la suavidad de aquellos mechones de cabello. El aroma que desprenden es como tenerla aquí, junto a mí.*

*América tiene un paisaje bello, sin embargo, su belleza no me llena. La única belleza que es capaz de conquistar mis ojos y alegrarlos, es la suya. Tan llena de gracia y picardía.*

*Me permito asegurar que la extraño más de lo que puede llegar a imaginar. Espero volver muy pronto junto a usted. Quiero llevar conmigo un obsequio que cambiará nuestras vidas para siempre.*

*Su fiel amante,*

*Bruce*

Al terminar su carta, dejó para que la enviaran y se dirigió a una de las minas donde había joyas preciosas.

—¡Excelencia, qué alegría verlo! —lo saludó uno de los capataces de la mina.

—Es gusto estar aquí, ¿puedo pasar a mirar qué han encontrado?

—Se sorprenderá al ver lo que tiene este lugar. Adelante, pase.

El lugar estaba lleno de polvo. No obstante, gracias a las lámparas que alumbraban el lugar, podía ver las piedras brillantes.

—Una verdadera belleza, señor Rich —halagó al ver también las piedras preciosas recogidas

—. ¿Tiene algo interesante para mi futura prometida? Es una dama exigente y me gustaría ver lo que tiene para ella...

—Diamante en su estado bruto, excelencia. —Tomó una de las piedras y se la mostró.

—Quiero ver aún más...

—¡Derrumbe! —gritó uno de los hombres cubierto de polvo, corriendo hacia la salida.

—¡Salgamos, excelencia! —Lo tomó del brazo el capataz.

La mina fue oscureciéndose por los escombros y el polvo hasta que la salida fue no visible para el duque de Kent.

# Capítulo 19

La respuesta del duque de Kent no se hizo esperar para Eloise; llegó unas semanas después. Bruce era galante hasta en la escritura. Al leer cada línea de su carta, podía imaginar su rostro y su postura al escribirle.

Pensó en ese obsequio del que habló como algo supremo que los mantendría juntos. Sus pensamientos volaban hacia un compromiso, nada más que eso los mantendría unidos.

De cierta forma deseaba la vuelta del duque, pero el marqués de Normanby estaba en sus manos. Desde la primera vez en que se besaron, él quedó prendado, aunque sin poder repetir su hazaña de besarla.

Las miradas de él se hacían evidentes, no podía verla cerca de otros caballeros. No solo la seguía con la mirada sino con sus pies. Buscaba incansable unos momentos juntos, pero no se le daba, ella nunca se había portado tan bien. Quería que el marqués sufriera un poco por su rechazo.

Eloise guardó la carta de Bruce en su repleto alhajero. Estaba lleno de regalos de varios ilusos que tenían esperanza de tomarla de esposa.

Esa noche tenían un baile, y esperaba que Ferdinand comiera de su mano, como lo venía haciendo. Lo difícil sería alejar a lady Micaela, que se había pegado a ella y también a Pepper.

Micaela vivía con la mente fija en un hombre al cual no mencionaba en su nombre de pila o título. Eloise podía adivinar que el hombre no estaba en Londres, que quizás lo conoció cuando estuvo en la India. A veces pensaba que Micaela cometía un error al rechazar al conde de Dartmouth. Aquel era un pretendiente apetecible y de buena fama, solo una tonta como ella lo rechazaría, haciendo su futuro incierto, tal como el suyo. Solo Pepper sabía sobre la promesa de compromiso del duque de Kent. Al no estar asegurado su compromiso, ella simplemente vivía a sus anchas como antes, y Bruce lo sabía. Sabía lo que le gustaba hacer en aquel momento, un simple ocio, pues ya encontró a su príncipe.

—¿Le va a contestar, señorita Eloise? —preguntó la doncella.

—En este momento, no. Mi padre debe estar esperándome para ir al baile. Ahora que supo sobre el duque de Kent, está más tranquilo. Por más que hayan pasado semanas de su carta, enviaré una repuesta mañana.

—Por supuesto, señorita. ¿Desea algo más?

—No por el momento. Terminaré de arreglarme y bajaré. Calma el espíritu nervioso de mi padre diciéndole que estoy en camino —indicó, colocándose un arete.

La doncella asintió y salió de su habitación.

***

Ferdinand sentía que enloquecería a causa de la descarada de Eloise. Se paseaba frente a él sin pudor alguno, sin indicarle algún remedio para acabar con su tormento. Sabía que esa mujer le traería problemas, lo supo desde que la vio y se negó a caer en su juego. En ese instante, él era el más interesado en ser el títere de Eloise.

Separó un poco de dinero de su presupuesto mensual para comprarle a Eloise un elegante prendedor. No era ostentoso, pero era un presente que quizá lo ayudara a conseguir la gracia de la belleza pelinegra.

Día y noche vivía en sus pensamientos, soñaba con que un día calentara su cama; no se cansaría de tomarla, se convertiría en un terrible vicio.

—Ferdinand... —lo interrumpió su hermana en su despacho.

—¿Qué sucede, Micaela?

—Hoy en la modista, me dijeron que aún no has pagado la cuenta de la última compra, apenas pude retirar este vestido que tengo puesto.

—No los he pagado porque usé el dinero para otra cosa. Aparte de que no mereces buenos vestidos por rechazar a Claude. Es un hombre que te conviene, Micaela. ¿Acaso no lo has visto bien? Es galante, adinerado y está gustoso de conocerte...

—No me hables sobre él, Ferdinand. Mi corazón es para el duque de Kent. Sueño con ser su duquesa. Es un hombre sensible y amable, cariñoso y muy educado. ¿Cómo no entregarle mi corazón a un verdadero caballero como él?

—Él se comprometerá al volver de América con una dama de aquí. No te ha dado esperanzas, ni te ha escrito cartas para que avives esos sentimientos hacia él. Te sugiero que vayas preparándote para una decepción —aconsejó, tomando la pluma para meterlo en el tintero y hacer su contabilidad antes de salir.

—¿Al igual que tú? ¿Acaso piensas que soy tonta? Estás detrás de la señorita Clement como un perro faldero, puede usarte de alfombra si lo desea. Pareces sin voluntad al cruzarte con ella... —lo acusó molesta por su falta de apoyo.

Una gota de tinta manchó su libro, y fue a causa de que las palabras de Micaela lo colocaron en una mala situación. Alguien notó que andaba tras ella.

—No digas mentiras, Micaela. Si bien me atrae su belleza, es solo eso, una mujer demasiado bella para su propio bien.

—No lo creo. Ella es peligrosa, no siente compasión por nadie, pese a que la considero mi amiga, sé que no se conforma con nada.

—Basta de malas conclusiones, Micaela. Pagaré la cuenta en unos días cuando la liquidez recuerde que debe volver a mí. Vete, debo solucionar esta mancha. —Se levantó del asiento y metió en su bolsillo una pequeña caja que no pasó desapercibida por los escrutadores ojos de Micaela.

Salió del despacho de Ferdinand pensando en que era un regalo para alguna dama, y sabía que probablemente fuera para Eloise y eso lo comprobaría al verla con algo nuevo.

Ferdinand se apretó los ojos con fuerza, olvidó pagar la modista por querer tener la atención de Eloise. Tenía unos cuantos problemas entre manos, pero lo solucionaría en la brevedad. La mancha de tinta, en tanto, era insalvable, cubrió los números por completo, debía anular la página y volver a hacer otra.

Nervioso por tener que hacer un pequeño ajuste antes de salir, fue hacia el carruaje donde su madre y su hermana lo esperaban con el rostro molesto.

—Vamos tarde, Ferdinand —reprochó su madre.

—Solo son unos minutos, llegaremos pronto...

—Con la impuntualidad empiezan los errores, querido. Estas no son horas de asentar nada.

—Cuando se trata de asentar gastos nuevos, Ferdinand lo hace rápido, ¿no es así, hermano? —reveló Micaela haciendo que Ferdinand la sancionara con la mirada.

—¿Qué sucede entre ustedes? —indagó lady Nat por la tensión entre su hijos.

—Ferdinand no ha pagado mis vestidos, madre.

—Debe tener un motivo para no hacerlo, claramente tu hermano es un hombre inteligente.

—Es un castigo para Micaela por no aceptar a mi buen Claude —justificó Ferdinand.

—No hay chantaje que valga para casarme con él —aclaró testaruda.

—No quiero que peleen entre ustedes, hijos míos. Solo nos tenemos a los tres. Evitemos cosas que nos separen. Desde que volvimos a Londres fue como si la cizaña su hubiera sembrado entre nosotros.

—Intente hacer recapacitar a Micaela, madre. Porque se quedará solterona, lo puedo asegurar —sentenció Ferdinand sin volver a mirar a las mujeres que lo acompañaban.

Eloise y Pepper estaban juntas como en todos los eventos. Pepper se resignó a no casarse, así que daba igual que la vieran con Eloise.

—Hoy recibí una carta del duque de Kent, Pepper. Es un hombre galante hasta las letras, espero que pronto vuelva —comentó Eloise, bebiendo una copa.

—¿Para qué deseas que vuelva, si te decantas a lo ancho de tu aventura con el marqués de Normanby? —increpó con más molestia de la necesaria.

—El marqués es un juego, Pepper. Me agrada, es atractivo, sin embargo, no logra tener la atracción que me genera el duque.

—¿Si el marqués te pidiera matrimonio, lo aceptarías?

—¿A qué vienen esas preguntas? No me hagas dudar, Pepper. Mi capricho es muy grande y mis opciones pocas. Llegado el caso en que el duque desistiera de casarse conmigo, me casaría

con el marqués —respondió Eloise con la cabeza fría—. Es un marqués pobre, pero un marqués en fin.

Pepper quedó desganada con la respuesta de Eloise, deseaba que no le agradara el marqués y, por algún milagro del cielo, ella pudiera casarse con él.

Eloise miró hacia la entrada y vio llegar a Ferdinand junto a su familia. La misma visión tuvo Pepper, que no pudo evitar avergonzarse al ver al marqués.

—Recuerda, Micaela, la señorita Clement ni lady Payton son buena influencia. Evítalas en la medida de tus posibilidades —recomendó su madre, pasando junto la anfitriona del evento.

—Te acompañaré para saludarlas —mencionó Ferdinand, siguiendo a su hermana.

—Eres una vergüenza, Ferdinand —se quejó colocando una sonrisa fingida en su rostro mientras llegaban junto a las jóvenes.

—Y tú una falsa amiga.

—Buenas noches —saludó Micaela a Eloise y Payton.

Ferdinand no dejaba de observar a Eloise que con aquella mirada juguetona lo incitaba a perseguirla.

—Buenas noches, señorita Clement. —Tomó la mano de Eloise y sin dilación la besó como un premio a sus ansias. Se detuvo más tiempo del necesario en la mano de ella.

Micaela carraspeó su garganta para que se alejara de Eloise y saludara a lady Payton.

Pepper se sintió herida, pues podía ver en los ojos del marqués el deseo y la pasión hacia Eloise que utilizaba sus artimañas. Para Eloise, Ferdinand era solo uno más, en cambio para Pepper significaba todo. Sin saberlo entregó su bien más preciado a él, y si decidía abrir la boca podría casarse con el marqués y traicionar a Eloise.

—Lady Payton, ¿cómo se encuentra? —Besó su mano y la soltó rápidamente para seguir mirando a Eloise.

—Muy bien, si me disculpan iré junto a mi madre. —Huyó Pepper antes de que se delatara.

—Payton se ha vuelto maleducada al parecer —opinó Eloise, sorbiendo de su copa.

—¿Cree que aún siga enferma? Se veía pálida —dudó Micaela.

—Creo que no hay mucha diferencia con lady Payton, siempre está pálida —dijo Ferdinand recordando que no había visto muy saludable a esa joven con mucha frecuencia.

—Pues iré a ver qué le ocurre. —Siguió Micaela a Pepper, preocupada por su apresurada huida.

Eloise y Ferdinand se quedaron solos en el salón, cruzando miradas.

—Quisiera conocer la razón por la cual no huye despavorido o me da un improperio —habló altanera.

—Porque estoy esperando a que decida acabar con la agonía de este caballero, llevándolo hacia un rincón del salón para convertirlo en una víctima de sus encantos... —Se acercó a ella y tocó su brazo—. Tengo algo que le agradará en mi bolsillo...

—Es la víctima más extraña que he tenido. Lo espero en el jardín en unos minutos, vaya y

salude... —se despidió Eloise, dejándose mirar la espalda por Ferdinand.

—Caíste en los encantos de ella, Ferdinand. —Lo sorprendió Claude.

—Cómo no hacerlo, es encantadora. No he podido sacarla de mi mente.

—Ella es como un parásito que te consumirá por dentro si no te resistes. Acabará contigo. Según su padre anda diciendo, tiene un compromiso casi arreglado con un hombre adinerado.

—Si es así, ¿por qué sigue ella a sus anchas? No hay nada de eso, no hay nadie que quiera casarse con alguien como ella, es una libertina...

—Es un error creer que no se casará en algún momento. Eloise Clement es de un vuelo muy alto, y con justicia le hace honor a su belleza.

—Lo sé, ahora iré tras ella. Si alguien te pregunta por mí, dile que no me has visto. —Sonrió para salir hacia el jardín.

Caminó buscando a la arpía seductora. La encontró sentada en la fuente de agua. Él se sentó a su lado e intentó acercarse a los labios de Eloise, pero ella lo impidió.

—Las reglas, recuerde, soy yo quien debe besar. Al parecer se le tienden a olvidar algunas cosas —tentó Eloise con la mano en los labios de él.

—Usted decide entonces, respeto su decisión...

—¿Qué tiene para mí? —Señaló a los bolsillos de Ferdinand.

—Un obsequio para usted.

—¡Adoro los obsequios! —expresó emocionada por ver lo que le daría. Ella no pidió absolutamente nada, sin embargo, él intentaba agradarle como a ella le agradaba que lo hicieran, con caros presentes.

Al ver la mirada encendida de Eloise por recibir el obsequio, no dudó en abrir la caja para que viera el contenido.

—Es un prendedor, sencillo pero hermoso —alegó él.

Eloise lo tomó y observó con detenimiento. No era el mejor regalo que recibió en su vida, a juzgar al hombre por su condición, estaba en la quiebra. Ese obsequio era mucho para él.

—Póngalo en mi vestido —pidió—. Mientras más rápido lo haga, su recompensa se apresurará.

Sus manos temblorosas colocaron el prendedor en el pecho de Eloise. Aquella era capaz de despertar pasiones indecentes en los caballeros, por eso era tan temida. Era la razón por la que él mismo se alejó al conocerla. Sin embargo, protegerse no sirvió de mucho, lo provocó hasta terminar cediendo, entregado a sus más bajos deseos por ella.

—Su recompensa está aquí... —Eloise lo tomó de la nuca y se entretuvo en los labios de él, jugando y sonriendo.

Ferdinand se sentía embobado por ella. Deseaba estar en sus brazos y que Eloise hiciera lo que deseaba con él.

—Deseaba tenerla para mí, solo para mí, señorita Clement. ¿Es mucho pedir que se comporte y me adopte como su más fiel amante? —preguntó rompiendo el beso.

Ella nunca recibió ese tiempo de propuesta. No le habían pedido que dejara de exponerse de esa forma y se sentía sorprendida y a la vez confundida.

Los ojos verdes del marqués eran sinceros y agradables. Eloise lo recostó sobre sus piernas para que mirara la noche.

—Nadie me había pedido eso. No sé si podría hacerlo. Su compañía es grata, y quizás algún día lo perdone por todas las humillaciones que me hizo. Lo intentaré, intentaré tener a un caballero fiel a mi lado. —Se agachó para besarlo otra vez.

Micaela alcanzó a Payton en el jardín. Ambas miraban cómo ellos se besaban sin decoro. Las sospechas de Micaela se hicieron reales, tenían un terrible problema en las manos ella y su madre.

Payton sollozó con fuerza sorprendiendo a Micaela.

—¿Qué le sucede, lady Payton? Yo debería llorar por el futuro que nos aguarda a mi madre y a mí, y no usted.

—¡No puedo más, debo contárselo a alguien!

—Cálmese, puedo ser su confidente. Hable conmigo...

# Capítulo 20

Pepper se calmó después de unos instantes con las palabras de Micaela. Tenía que contarle a alguien su locura, y esa persona no podía ser Eloise.

—Lady Micaela, estoy sumida en la vergüenza —emitió, sorbiéndose la nariz con su elegante pañuelo.

—No logró imaginar qué puede ser eso que la conmociona. —Micaela la llevó a un rincón donde pudieran sentarse a hablar.

—La noche en que salimos con Eloise...

—No me lo recuerde, que fui yo quien se hundió en la vergüenza —dijo abanicándose con una mano mientras la otra mano la tenía sobre la mano de Pepper.

—Usted está intacta, yo no. ¿Recuerda a los hombres que se acercaron a nosotras?

—Los recuerdo. ¿Ese caballero que quedó con usted la violentó?

Pepper se quedó callada esperando que el valor llegara para contar su vergüenza.

—¡No lo puedo creer! ¿Quién ha sido el animal? ¿Lo sabe? Debemos exigir que se case con usted —profirió aturdida.

—¡No! —intentó calmar Pepper a una aterrada Micaela—. No me hizo nada que yo no le dejara hacer. Consentí de manera consciente cada paso que dio conmigo. Lo que tengo que decirle ahora es lo más delicado, y le ruego que me guarde el secreto. —Vio que Micaela asintió vehemente y continuó—. El hombre a quien me entregué esa noche fue su hermano, lady Micaela...

Micaela se llevó ambas manos al pecho y luego a la boca para evitar gritar por lo que contó Pepper.

—No me juzgue, por favor, pero mis sentimientos hacia su hermano son sinceros, aunque lo que hice fue con la clara intención de algún día hacérselo saber a Eloise, quien se jacta de tenerlo a sus pies.

—Debo... hablar con Ferdinand y exigirle que cumpla con usted, lady Payton. Estoy tan aliviada que podamos salvar a mi hermano de las garras de Eloise. Me he dado cuenta de que no es quien yo creí. No me ha salvado de lord Dartmouth, ni tampoco le ha conseguido un pretendiente a usted.

—Lady Micaela, yo se lo conté no con la intención de que se lo dijera a su hermano, sino para

aliviar el peso de mi consciencia al saber que el marqués está enamorado de Eloise y no de mí. Es tanta mi pena por saber que ella solo lo está usando. Por más que no tenga respuestas del hombre que la corteja, eso no le da derecho a enamorar a nadie y hacerlo sufrir.

—Odio a Ferdinand por ser ese hombre en el que se convirtió después de volver aquí y ver a Eloise. Su belleza lo ha embobado y siento su misma pena.

—Espero solo discreción de su parte. Tampoco me animo a decirle a Eloise que yo obtuve mucho más que ella.

—Obtuvo más que una simple fanfarrona como ella. Se ha ganado mi odio. Tenga en mí a una aliada, lady Payton. Salvaremos a mi hermano de la ruina con esa mujer.

Entre tanto Ferdinand no concebía lugar más agradable que ese, escuchando a Eloise hablar sobre sus temporadas y aventuras.

—He llegado a pensar que Londres es un estanque lleno de sapos —concluyó mientras caminaban por el jardín.

Él iba con las manos en la espalda, viéndola con el solo resplandor de la noche. Podrían hablar de demencia por su parte, no obstante, nadie le quitaría la imagen celestial de verla caminando a su lado con las manos al frente, gesticulando cada palabra que decía.

Podía encontrarle muchos defectos a Eloise, en realidad, eran incontables. Era interesada, indiscreta, altiva, cínica, frívola y era probable que la lista siguiera. Pero a la vez era auténtica.

El ser humano se esfuerza por encubrir sus verdaderos sentimientos y pensamientos. En cambio ella, no tenía la necesidad de hacerlo, era inusualmente sincera.

—¿Y qué piensa de mí? —preguntó intentando tomar la mano de Eloise.

No esperó su reacción. Ella lo golpeó con su ridículo.

—Es un sapo con título —bromeó para ver su rostro.

—Difiero de eso. Le aseguro que soy un excelente partido.

—No es así. Un marqués al que un vestido hace tambalear en su bolsillo, no es un excelente partido para mí. Me agrada, pero debe saber que mis aspiraciones son otras diferentes a las suyas. —Sonrió escurridiza para observar de nuevo su reacción.

Ferdinand levantó la cabeza hacia el cielo, y pensó en cómo defenderse.

—Podría enseñarle el concepto de austeridad. Una vez que mi fábrica esté en marcha, mi crisis será solo un recuerdo.

—Me alegra saberlo, podrá entregar más regalos, supongo. Aunque... —se detuvo en su caminata— no siempre me mueve el dinero. También busco algo más.

—¿Algo más? —indagó con claras intenciones de sacar información, o de que lo mencionara en aquella excepción.

—Busco sentir cosas. Busco el beso que me haga perder el juicio y me arroje al vacío de la desesperación por ser besada. De sentir su cercanía y sus palabras en mi nuca. Escuchar las frases que acarician mi alma y deleitarme enteramente en su compañía.

Impresionado por la apasionada prosa de Eloise, estaba aún más hambriento de conocer a la

mujer detrás del disfraz de desvergonzada.

—Es usted soñadora —opinó—. ¿Ha sentido eso alguna vez?

Al escuchar la pregunta, sus pensamientos fueron hacia las ardientes y cariñosas palabras del duque de Kent. Recordó sus galanteos haciéndola sonrojarse. Evitó mirar a Ferdinand para responder.

—Sí. Si no es algo igual, es bastante parecido. Y es alguien que no voy a mencionar —agregó antes que preguntara.

—¿Entonces es cierto que está comprometida?

—No, no es cierto. Hay palabras, pero no hechos. ¿Acaso ve un anillo en mi mano? Soy libre.

—¿Qué tan libre? —curioseó.

—Bueno, la libertad es algo discutible cuando se trata de mi padre. Debería decir la verdad, soy de alma libre, y es el límite. —Se carcajeó de su poca libertad física.

—¿Cree que podrá escapar mañana para salir conmigo y mostrarle lo que será la fábrica?

Eloise levantó la ceja, dudosa de las intenciones de Ferdinand.

—¿Cuál sería el objeto de llevarme a un lugar maloliente y lleno de polvo?

—Hay bellos paisajes para su deleite un poco después. Son como páramos de encantadora y delicada belleza... —la tentó con aquellas palabras que le salían aterciopeladas para poder conquistarla.

—Creo que mañana le haré una visita a mi querida Payton. —Rio cómplice de Ferdinand.

Quedaron en que irían por la mañana. Se encontrarían en el mercado, donde el movimiento era bastante y nadie notaría lo que hacía ella.

Después de despedirse de un ansioso marqués, no encontró a Pepper ni a Micaela. Tiró los hombros hacia atrás y fue a quedarse junto a su padre como una niña buena.

Su prima la miraba molesta por haber frustrado el agradable galanteo del marqués de Normanby. No veía la hora en que Eloise desapareciera de la sociedad y se volviera una mujer casada con un marido horrible que la metiera en cintura.

Ya en su habitación, con su cabello trenzado sobre su hombro, tomó su pluma que estaba cargada de magia. Podía estar sugestionada, pero sentía la presencia del duque en ese elemento.

*Mi querido duque:*

*Su carta ha llegado con ligero retraso, pero comprendo. Es un hombre ocupado en sus negocios. Espero que el viento esté soplando a su favor en América, aunque para mí esté soplando en contra por su larga ausencia.*

*Mi mente comenzó a traicionarme, pensando que usted me olvidó. Sin embargo, su carta ha revivido mis esperanzas de esperarlo incansable.*

*Usted tiene mi corazón por un beso.*

*Eloise*

Pudo escapar con tranquilidad de su escrutadora madre. Usó la excusa de ver a Pepper que

casi agonizaba; según su relato, para que la dejaran salir. Al volver de su encuentro con Ferdinand iría junto a ella para contarle todo lo que acontecía. Pepper era su confidente, la persona en la que tenía la confianza puesta. Ponía las manos al fuego por la inocente que le había demostrado fidelidad. Una vez que el duque regresara, se dedicaría plenamente a ser una casamentera para que también ella fuera bien casada.

Podía imaginar una elegante reunión del té con ella, y quizás con lady Micaela.

Al llegar al mercado, pudo ver el carruaje del marqués parado en un lugar un poco alejado del ajetreo.

Con discreción se acercó. Esperaba no tener que tocar la portezuela para poder subir. Quería tener la misma discreción que ella estaba teniendo para salir con un hombre soltero. De ninguna manera era bien vista una salida no acordada con sus padres, pero la buena compañía y su orgullo no le permitían pensar en lo correcto. Tenía a Ferdinand donde quería, casi como si de una predicción se tratara.

La atracción, el amor o el deseo no eran algo que pudieran motivarla, sino que era ver cómo él la necesitaba con ansiedad, y la deseaba con locura. En algún momento terminaría aquella aventura y ella se llevaría consigo la candidez de su beso y su devoción.

El marqués escogió el lugar para poder reconocerla a distancia, pese a creer que ella podía ser reconocida por su porte e indiscutible belleza al caminar. La gracia y la elegancia centellaban alrededor de ella al verla acercarse. Pasó varias veces su mano por el rostro para hacer que despertara de aquel sueño de verla. Quería comportarse con seriedad y esconder su infinita admiración por ella, pero se resistió por más tiempo del que debería. Quizá si antes la hubiera besado, en ese instante Eloise no lo dominaría como lo estaba haciendo.

Eloise no le había dado ninguna señal de un interés genuino y, al cabo, era lo que a él menos le importaba. Aceptaba sus invitaciones y concedía sus pedidos de manera pacífica. Tal vez lo creyera un demente y solo cedía por seguridad, pero él por el momento estaba conforme.

Abrió la puerta antes que ella tocara.

—Es exactamente lo que esperaba de usted —halagó sagaz.

—No sería un caballero si dejo que usted toque a mi puerta —dijo viendo a Eloise sentarse frente a él en el carruaje.

Ferdinand se sentó a su lado y se abalanzó sobre ella para besarla. Sin embargo, Eloise colocó con habilidad su abanico entre sus labios.

—Creo que no entendemos las condiciones de este relacionamiento —habló ella para recordarle cómo era el trato.

—Creí que era diferente, que usted me dejaría besarla a mi antojo —justificó sincero.

—Fue un error suyo pensarlo, tengo mis reglas y las mismas son muy claras, si no es capaz de respetarlas, carece de sentido que vayamos juntos a algún lugar. Pongo mi confianza en usted para salir intacta de este encuentro, no me decepcione.

Casi con el rabo entre las piernas, se cuestionó las mañas de Eloise. Libertina con reglas, era

algo sin precedentes. Sabía que los hombres tenían sus reglas para hacer sus fechorías contra sus esposas, tal como lo hacía su padre a su madre.

—Comprendo —soltó quedándose sentado a su lado para iniciar el trayecto a la inconclusa fábrica textil.

Por el camino, el cielo fue mostrándose azul para un paseo sin espesas y amenazantes lluvias. Eloise llevó aparte de un sombrero ancho de paja con listones, y una sombrilla. No podía llegar soleada a su casa, estarían sospechando que mintió para salir y aquel de manera literal sería su fin si su padre se enteraba de que estaba en un paseo junto al marqués. No dudaría en hacerla casar con él, oponiéndose a sus deseos de desposar a Bruce.

—Hemos llegado —anunció Ferdinand, abriendo la portezuela para bajar y ayudar al descenso de Eloise.

Ella sacó la cabeza del carruaje y sintió el calor abrasador. Aceptó la mano de Ferdinand para bajar y abrió su sombrilla.

—¿Este es el lugar? —refirió ella mirando un montón de ladrillos encastrados con aberturas en los costados y un alto techo.

—Estamos muy cerca de terminarla. Creemos que esto se inaugurará en un mes.

—Es muy grande, un proyecto enorme.

—Aquí está mi fortuna y mi trabajo en otro país ajeno a Inglaterra. Los días encerrado en las minas y las noches sin poder hacer otra cosa más que dormir. Mi padre nos dejó en la miseria y yo no era una persona muy hábil con los números, era joven e inexperto...

Eloise lo escuchaba hablar y sin desearlo le nació admiración por un hombre tan esforzado.

—Espero que el futuro le sonría siempre —acotó volviendo a mirar el lugar.

Él la tomó de la cintura para acercarla hasta él y pegarla a su cuerpo. Ella quedó de espaldas, sintiendo como Ferdinand se abrazaba a ella.

—Señorita Eloise, quisiera conocer sus pensamientos, qué opina sobre mí. Quiero saber si seré un hombre fructífero para una mujer como usted —pidió cerca del cuello de Eloise, olfateando el aroma de su perfume para tenerla presente cuando estuviera lejos.

No rechazó el acercamiento del marqués. Él sabía mimar a una dama aunque sin mucha delicadeza. Le faltaba sutileza en sus andanzas, pero era entendible por su ansiedad. Podía contestar con la verdad o solo omitir ciertos detalles. A la larga esa aventura terminaría y ambos irían por caminos distintos. Bruce no se había comprometido con ella, por lo que aún era libre de seguir en sus inocentes andanzas.

—Usted tiene un futuro muy prometedor. Es ambicioso y arriesgado, podría tener a quien usted desee —dijo condescendiente.

—¿A usted? —preguntó sin dilación.

—Tal vez. Si la persona que espero es indiferente a mí, es cuestión de conversar —contestó con la verdad.

No se esperaba esa contestación por su parte. Desconocía su interés directo por alguna

persona. Los chismes eran solo eso hasta que se demostrara lo contrario y ella acababa de hacerlo.

—Le pediré que acabe con mi curiosidad... —mencionó sonriendo—. ¿Se puede saber quién es el caballero que la rechaza?

Eloise se carcajeó musical al escucharlo. El único que la había rechazado fue el mismo Ferdinand. Se tomó el tiempo para que cayera, y cayó más que ningún otro en su influjo.

—Es un secreto. —Calló con picardía en sus ojos—. No podría decírselo a un pretendiente.

Suspiró al no poder conseguir la información por sus labios. Tenía otras opciones dentro de las damas chismosas de la sociedad aunque no podía pedirle a su hermana que le hiciera esa averiguación porque estaba en contra de su naciente relación con Eloise.

—Me apena saber que no soy el único interesado...

Esas palabras hicieron entender a Eloise que el marqués estaba tomándose el juego muy en serio. Si estaba interesado en ella, lo sabría con el tiempo y luego de colocarle las cartas sobre la mesa.

—Quiero dejar claro algo entre nosotros, señoría. Esto acabará, sea porque usted se case o porque yo lo haga. Tengo muy definido mi objetivo y no quisiera que esto se convirtiera en un extravío de nuestra parte. Noto una gran pasión de su parte, pero le pido que se contenga en la medida de sus posibilidades. Puedo besar a quienes deseo y colocar mis condiciones, eso no me exime de tener aún conciencia moral y a eso me refiero con mi virtud, está intacta y así estará hasta mi matrimonio. Si usted tiene otras intenciones es mejor que me devuelva a mi casa —sentenció alejándose de él unos pasos para mirar hacia el paisaje.

—Yo no pido nada de eso, solo pido que sus atenciones sean mías. De desagradarme, pasó a ser mi mayor objeto de deseo. Usted puede enloquecerme, Eloise. —La tomó de su mano para llevarla hasta él y tomar sus labios sin permiso.

Eloise fue aprisionada por la decadencia del marqués. Era muy ansioso para que ella lo tolerara. No permitiría que la tomara de esa manera. Levantó una mano y lo abofeteó.

—Devuélvame a mi casa. No se tomara concesiones que no le he dado. Creo que debería aprender de mis errores —bufó recordando a lord Falkes.

—Lo siento. Cuando estoy cerca de usted mi juicio se desvanece...

—¡Pues encuentre su desvanecido juicio! —exclamó molesta.

Caminó hacia el carruaje para volver a la ciudad. Él tenía que comprender que ella no era una mujer fácil como se lo había imaginado el marqués en su cabeza. Si todo lo que pretendía con ella era real, soportaría la presión que colocaría en sus hombros.

Esa salida fue la última que tuvieron. Ambos solo se habían visto en varias ocasiones en los salones. Eloise no dio su brazo a torcer para encontrarse con él, sus propuestas eran rechazadas de manera tajante, haciendo que la molestia y desesperación se apoderaran de Ferdinand.

—Señorita Eloise, tiene un presente —anunció la doncella de su casa entrando a su habitación para interrumpir su reunión con Pepper.

Eloise brincó emocionada al ver el paquete que se acercaba a ella.

—Espero que esto sí sea de él —habló ilusionada pensando en que podía ser de Bruce.

Abrió la caja y dentro reposaba un elegante vestido color pálido, era de satén y gasa. Tomó la nota que acompañaba el presente para leerla.

Era otro presente del marqués de Normanby. Estaba decepcionada. Llevaba un mes sin tener noticias sobre el duque de Kent.

—¿No es del duque, Eloise? —curioseó mirando el vestido.

—No. Es del marqués de Normanby... —respondió cabizbaja—. Es el cuarto presente que me envía, pronto quedará en la ruina.

A Pepper se le retorcía el pecho de celos. Eloise solo recibía los presentes del desesperado marqués, pero no correspondía a sus cartas o notas. Ella estaba esperando algo del duque de Kent, sin embargo, él desapareció.

—Pobre hombre. ¿No te da pena, Eloise?

—Sí, en ocasiones. No lo obligo ni lo hostigo, pero él insiste en acercarse. Es agradable, pero no es a quien realmente espero, Pepper —confesó desilusionada—. No quisiera hacerle caso a la última charla con mi padre —recordó, mirando al suelo.

Su padre daba vueltas por el despacho, viéndola, sin saber si era para crucificarla o para felicitarla por su intachable comportamiento de las últimas semanas.

—Recibes muchos presentes del marqués de Normanby, Eloise —empezó el hombre.

—Al parecer no comprende la negativa de una dama, padre —se justificó sin titubear.

—Ha pedido varios bailes contigo, y se los has negado...

—Por supuesto... —respondió, mirándolo fijamente.

—Es un buen partido, Eloise. El duque de Kent al parecer quería la facilidad que tú les ofrecías a los demás caballeros...

Las palabras de su padre hicieron estragos en su mente y en su corazón. Esperaba con ansias la vuelta del duque, pero no dio señales de volver.

—Lleva mucho tiempo sin manifestar un genuino interés por ti. Te aconsejo que vayas abriendo la posibilidad de otros candidatos antes de que termine la temporada. No queremos que tu tío piense que somos miserables y deseamos otro exquisito aumento de tu dote por esperar a un hombre que no aparecerá. Yo lo he dado por perdido, y tú deberías hacer lo mismo —recomendó, tomando asiento.

Eloise ni siquiera contempló que el duque no estuviera interesado. Las cartas no eran solo palabras, eran promesas que solo un hombre como él cumpliría.

—Confío en las palabras del duque. Él regresara por mí, padre...

—Al parecer la pequeña libertina entregó su corazón al hombre equivocado —se mofó su padre, mirándola divertido, sabiendo que molestaba a Eloise—. Soy tu padre y lo mejor para ti es que, ahora que eres una mujer un poco decente, accedas a las atenciones del marqués de Normanby. Quiero verte casada pronto para dejar de ser una carga para tu madre y para mí.

—No me molestan sus atenciones, pero...

—No hay peros, acepta sus regalos y sus invitaciones, es mi última palabra.

Si antes su corazón estaba acongojado, se encontraba aún peor. El mismo padre de Eloise le exigió que se mostrara atenta con las atenciones de Ferdinand. Podía desfallecer de la pena al pensar en Eloise y Ferdinand juntos. Pepper deseaba salir corriendo de ese lugar para poder llorar sin que la vieran.

—Deseo tu consejo, Pepper. Mi corazón me dice que espere al duque, pero la oportunidad está en el marqués. ¿Qué debo hacer?

# Capítulo 21

—Tu padre tiene razón —dijo al fin luego de quedarse sin habla después de escuchar la pregunta que la hirió profundamente. Eloise estaba ajena por completo a su sufrimiento. Ignoraba lo que solo Micaela sabía.

—No lo sé —dudó con la última carta del duque en la mano. No volvió a saber de él—. Llevo bastante tiempo esperando una carta del duque, ansío leer lo que tiene que decirme. Comprendo que no puedo extender mi soltería por más tiempo porque mi padre me matará, sin embargo, el marqués no termina de convencerme.

—¿Por qué no lo haría? Lo besaste hasta el cansancio, le diste más atención que al mismo duque. ¿Qué te hace pensar que no estás enamorada?

—No siento pasión por él, Pepper —confesó—. Es muy amable, atento y sacrificado, pero no es lo que espero.

Pepper se levantó a recorrer la habitación. Quería ahorcar a Eloise y para evitarlo debía alejarse.

—Quien como tú para tener a un caballero a sus pies y despreciarlo. Yo no lo haría. ¿Qué son esas cartas, en comparación con un hombre que suspira por ti? Comienzo a creer que las palabras del duque eran solo para mantenerte entretenida —declaró sin pena.

—Qué dolor me han causado tus palabras, Payton —expresó Eloise aún con la carta en la mano—. Un hombre no escribiría estas palabras solo por no tener nada qué hacer. Es un hombre ocupado que dedicó su tiempo a enviarme cartas.

—¡Se las envió a una mujer ligera! —exclamó exaltada.

—Se ofreció a aceptarme tal y como era. No cree que sea una ligera. Mi mente puede mentirme, pero mis sentimientos no. Y con dolor tengo que admitir que mi corazón es del duque. Me hubiera negado a darle aquel baile, me hubiera negado a disfrutar de su compañía, pero solo hice lo que tú apoyaste, y eres la culpable de mi sufrimiento.

—¿Culpable de tu sufrimiento, Eloise? ¡Tú eres la culpable del mío! —acusó severa—. No me ayudas a conseguir un esposo, y no lo vas a hacer porque estás solo pendiente de tu sufrimiento y no del mío. No quiero ser una religiosa, no quiero que me envíen al campo. ¡Piensa en mí una sola vez en tu vida!

Eloise quedó sin habla al escuchar de aquella manera a la maleable lady Payton. Debía darle la

razón, eran amigas y ella no la había ayudado en nada. Era justificado su reclamo.

—¡Tienes razón, la tienes! —confesó levantando ambas manos, rindiéndose ante la acusación —. ¿Te agrada lord Dartmouth? Él es un hombre simpático, guapo, besa muy bien y es rechazado por la tonta de Micaela.

—Dudo que se interese en mí. Lady Micaela es muy hermosa.

—No ayudas con esa actitud. Lo único que no quisiera es conseguirte un hombre como lord Falkes. Les haré caso a ti y a mi padre.

Eloise tomó las cartas del duque y las guardó en un secreter. Sus ojos brillaban como si lagrimeara.

—No más duque. Creo que perdonaré al marqués, está gastando demasiado y no deseo que termine arruinado. Y a ti, mi buena Pepper, voy a conseguirte un buen candidato. —Sonrió tocando uno de los bucles de Pepper.

Pepper no se animaba a contar sobre su experiencia junto al marqués. Sentía que de cierta forma traicionaba a su amiga de siempre, pero el mercado matrimonial era difícil para ambas. A Eloise no le iba bien por parecer ligera y a ella por oler a cadáver.

***

Ferdinand no tenía descanso en sus pensamientos. Eloise no dio su brazo a torcer para verlo. Se sentía enojado por su rechazo. No sabía qué más enviar a su casa para que ella lo recibiera como su fiel amante.

Estaba en su mente, dominaba sus acciones y sus ansias de poseerla le estaban costando un dinero que no tenía. Ajustó aún más su presupuesto para poder consentir sus caprichos para cuando Eloise se dignara a tomarlo como él deseaba.

—¡Ferdinand! —gruñó su molesta hermana—. De nuevo otra deuda más, pero no es ningún vestido para mi madre o para mí. Eloise te está viendo la cara, no puedo reconocerte, hermano.

—Mientras tengas algo que llevarte a la boca no temas, Micaela. Y en caso de que estés muy preocupada cásate y déjame.

Todo eso lo dijo sin levantar la mirada de sus papeles. Ferdinand perdió el sentido por culpa de Eloise.

—¿Hasta dónde te ha consumido esa mujer?

—Hasta el punto que estoy por pedirle matrimonio —aclaró.

—Eso no lo vamos a permitir, te arruinará y nos arruinará. Esa mujer es una catástrofe.

—¿Me has visto hablar mal de mis amigos, Micaela? Deberías hacer lo mismo y cerrar la boca —emitió grosero.

—Perdiste el buen juicio...

—Es algo que tú nunca tuviste. De lo contrario, no rechazarías a Dartmouth.

Micaela, enfurruñada, zapateó frente a él y salió de su despacho. No existía día en que su

hermano no le reclamara rechazar a Dartmouth.

Al ver que su hermana se fue, solo pudo acariciarse los lados de la cabeza. Sentía que estallaría por la presión que su familia colocaba sobre sus hombros. Solo deseaba que Eloise fuera a aquella velada para una vez más intentar declarar sus vagos sentimientos hacia ella. Cualquiera creería que era un tonto por querer a esa mujer a su lado, pero él sabía que Eloise era más de lo que demostraba.

Durante la velada, los hábiles ojos de Ferdinand hacían un vuelo rasante hacia la puerta de entrada, esperando ver entrar a su presa.

—Recuerda que no te quedan oportunidades, Eloise —avisó su madre colocándose en su nuca haciéndole sentir su respiración por tanta cercanía.

Ella intentó mantener su actitud calmada para concretar lo que debía: ceder ante la petición del marqués; era la recomendación más solidaria que sus padres hicieron para que dejara de esperar al duque. Y también debía sumar a ello, la no objeción de Payton para que se dejara galantear por un caballero.

Buscó a Ferdinand con la mirada, y lo encontró con los ojos clavados en ella. Al parecer la esperaba con mucha ansiedad. Caminó hacia la salida del jardín para que él la siguiera, y Ferdinand no falló, la alcanzó con una corta carrera.

—Señorita Eloise... —Sonrió al verla—. ¿Qué no son suficientes los presentes que le envío?

—Lamento que haya gastado tanto. Me apena que exponga su solvencia económica por mi causa. Me disculpo por causarle alguna pena... —refirió con su abanico golpeando una mano.

Él sin más dilación la tomó de la nuca y la acercó a su cuerpo.

—¿Cuándo me dirá solo Ferdinand? No somos desconocidos —aclaró pegado a su nariz.

—Desde hoy quizás pueda llamarlo así, Ferdinand.

—Y yo quiero decirte Eloise. Es usted un veneno que me bebería con gusto. —Se arrojó apasionado a los labios de Eloise casi asfixiándola.

Temía por su vida cuando él la tomaba con tanta desfachatez y ligereza. Maltrataba sus labios por su fogosidad, podía incluso compararla con la violencia con que lord Falkes quiso tomarla en aquella mascarada donde cometió el error de ir.

Ella lo separó un poco y sonrió nerviosa.

—Necesito respirar un poco —dijo con sus manos acariciando su boca—. Solo quería decirle que acepto sus regalos y...

—¿Y también mis deseos de cortejarla?

—Eso también. Solo que pediría discreción. No hace más que delatarse y avergonzarse. No tengo buena reputación y no sería agradable de que lo tildaran de tonto.

—Hay tontos felices que en su ignorancia viven un mundo perfecto.

—¡De ninguna manera es nuestro caso! —alegó efusiva.

—Me conformo con saber que podría visitarla y conocerla como a una joven decente. De esa manera, no tendríamos que ocultarnos de la vergüenza.

Eloise se sentía agobiada por lo que Ferdinand era capaz de inventar en su mente. Aún no le dijo un «sí» y ya sentía asfixiada con sus deprimentes planes.

—Debo volver al salón. Le debo un favor a Pepper. Lo veré en el baile. —Se alejó a pasos agigantados.

Sus ganas de huir eran tales que no conocía de riendas para frenarse. Encontró un pilar vacío y se recostó sobre él para recobrar el aliento que le fue arrebatado.

En ese momento, vio a lord Dartmouth caminando sin rumbo entre el gentío.

Con el salón abarrotado le costaba avanzar hasta él por lo que le hizo señas que él intentó no interpretar para conservar su decencia y que de ninguna forma lo relacionaran con ella. Eloise comprendió las intenciones de Dartmouth y se acercó decidida para conseguirlo de pretendiente para Payton.

—¡Mi adorable lord Dartmouth! —lo interceptó colocando su mano en el pecho del hombre que intentaba huir.

—Cuide sus palabras, señorita —advirtió mirando a los alrededores.

—He pensado con mucha insistencia en usted, milord.

—¿Qué desea? ¿No es suficiente con haber atontado a un hombre como Ferdinand?

—Ahora le pediré que cuide lo que dice, no lo llame con el pensamiento. Quería hablarle sobre una amiga...

—¿A quién se refiere?

—No es a lady Micaela, ella no vale la pena. Es de...

—Déjeme adivinar —la interrumpió burlón—. Quiere hablarme de una de sus amigas ligeras con la que estuvo en la indecente mascarada, supongo...

Adquirió un color ceniciento en su rostro al verse descubierta por el conde.

—Estoy seguro de que usted fue quien se arrojó a mi espalda para golpearme...

—¡Era usted quien intentaba abusar de ella!

—Hay un error, fue mutuo consentimiento. Ahora que la he descubierto, dígame quién es ella, quien es esa niña de cuna...

Eloise fijó su vista en Pepper y luego en Micaela que estaban conversando mientras bebían. Claude miró hacia donde ella lo hacía y pudo comprender dos cosas al ver juntas a esas dos damas. La escena de la mascarada revivía en su mente, haciéndolo llegar a una conclusión terrible.

—¿Es lady Micaela? ¿Acaso fue ella?

No sabía qué responder ante la indagatoria del conde. Si abría la boca hundiría a Micaela en un compromiso arreglado si el conde llegaba a hablar con el marqués.

# Capítulo 22

Eloise debía encontrar una salida. Si quería juntar a lord Dartmouth con Pepper, lo mejor era mentir y hacerlo bien. Esperaba que no fuera tan perspicaz para sospechar de lo que diría.

—No fue lady Micaela, aquella era mi querida y buena amiga lady Payton —mintió.

Claude miró a lady Payton, y no podía ser posible que fuera ella. Era más delgada que la misma Micaela.

—¿Qué clase de incauto cree que soy, señorita Clement?

—Le estoy diciendo la verdad. Mi preciado conde, usted no debería ir tras una mujer que lo desprecia como lo hace la alzada de lady Micaela. Pepper es una dulce jovencita, muy adinerada por cierto. Su salud no será la mejor, pero eso no le quita ser un excelente partido. No hay nada que un poco de comida y un buen peinado no solucione... —opinó para disuadir a Claude para que cortejara a Pepper, si no era por gusto, al menos que fuera por la culpa.

—En verdad me cree un tonto. Aclararé esta situación —musitó dirigiéndose a donde estaban Pepper y Micaela.

Micaela al ver a Claude acercarse, se preparó para enfrentarlo y rechazarlo una vez más. Eloise iba caminando divertida tras el conde que no estaba muy extasiado con la idea de cortejar a Pepper.

—Buenas noches, lady Micaela, lady Payton. —Hizo una reverencia a ambas—. He venido para invitar un baile y quería...

—Por todos los cielos, milord. ¿Que no comprende que no deseo saber de usted? —dijo Micaela tan grosera como pudo.

—Disculpe, milady, pero no he venido a solicitar su compañía, sino la de lady Payton. —Sonrió mostrándole la mano a Pepper para que la tomara y fueran a danzar.

Roja de vergüenza, Micaela dirigió su furibunda mirada hacia otro sitio.

—¿Yo? —preguntó Pepper muy sorprendida.

—Por supuesto que usted. Si nos disculpa, lady Micaela, le robaré a su amiga por un baile.

Claude le enseñó la dentadura a Micaela para luego tomar a Pepper para llevarla a bailar.

Ella los vio irse con mucha molestia.

—¿Qué le parece que nos deshagamos de Lord Dartmouth haciendo que se interese en Pepper? —indagó Eloise, sentándose donde recientemente se encontraba Pepper—. Voy a

librarla de un excelente candidato a marido.

La rubia Micaela no emitió un solo sonido. Observó a Pepper charlando animada con el conde. Se sentía molesta, pero a la vez aseguraba que él no se casaría con ella porque aquella sería su cuñada. La maldad se hacía presente en la hermana del marqués al querer decirle todo lo que sabía a Eloise para alejarla de Ferdinand.

—¿Cómo le ha ido con mi hermano? —increpó fingiendo distracción—. ¿Le ha quitado todo lo que quiso o aún no es suficiente?

Eloise cambió su sonrisa cínica por un rostro más precavido. Micaela estaba molesta por el suscitado interés de su hermano en ella y la estaba atacando sin recelo alguno.

Se irguió en su asiento para contestar su pregunta.

—He decidido darle una oportunidad de cortejarme, lady Micaela. Su hermano es un hombre encantador y apasionado, también me ha demostrado que recursos le sobran.

—Me agradaría conservarla como amiga, pero si usted pretende utilizar a mi hermano para sus funestas fechorías o para convertirlo en el hazme reír de Londres, prefiero exigirle que se aleje de mí y de los míos. Ferdinand es capaz de encontrar una mujer a su altura —advirtió viperina.

Eloise, recordando lo que accidentalmente pudo recabar de Lord Dartmouth, pensó en utilizar aquella salida y encuentro con el conde en contra de la propia Micaela para que no la amedrentara. Perder a su partido por más que le pareciera en exceso meloso no era algo aceptable para su padre y su madre, y menos para ella misma con todas las amenazas familiares encima. La promesa del duque de volver y cortejarla era lo único que le hizo continuar con sus desvergonzadas andanzas. Sin embargo, su ausencia creaba zozobra y pena en su corazón atribulado por pensar que la olvidó.

—Mi querida amiga, yo estoy tan agradecida por el aprecio y el lugar que me otorgó entre sus afectos, pero me temo que no puedo rechazar el cortejo de su hermano. El cual sabe sobre mis actos y a sabiendas de aquello me adora, y yo no soy quien para negarme a su apego y a sus caros presentes. Oh, olvidaba decirle, Micaela, que si usted pretende arruinar los planes de su hermano, yo arruinaré los suyos contándole al marqués sobre esa ardiente noche que tuvo en la mascarada. De mí no le sorprenderá que anduviera picando flores. No obstante, usted pues está involucrada hasta el cuello con cierto caballero. Puedo delatar el nombre del hombre y que su hermano la obligue a casarse con él.

El rostro de Micaela palideció. La sangre abandonó su cara para dejarla tan cenicienta de miedo. Si Eloise decía algo, estaría en peligro de no conquistar al duque de Kent.

—¡Es mentira, no conocemos al hombre!

—Yo lo conozco y lo único que puedo dejarle como entremés es que sus pesadillas pueden hacerse realidad. —Rio cargada de malicia al ver a Micaela sin palabras—. No podrá conquistar al hombre de sus sueños, téngalo en cuenta. Si yo me quedo callada, es una razón suficiente para que me adore como su amiga.

Ella miraba a su lívida amiga. Micaela no podía cargar con el peso de la culpa por aquella

noche que comenzaba a considerar como nefasta.

Pensó en replicar, pero prefirió guardar silencio, no tenía defensa alguna.

—Quite esa cara, amiga, que allí viene su hermano para de seguro pedirme un baile.

Eloise continuó hundiendo su poderoso aguijón en su víctima.

—Señorita Eloise, ¿no le han hablado de las malas compañías? —refirió Ferdinand, mirando a su hermana.

—Tiene un exquisito sentido del humor, pero su hermana es tan adorable que no podía dejarla sola después que Pepper la dejara por ir a danzar feliz junto a su amigo, el conde de Dartmouth —señaló, Eloise disimuladamente.

Ferdinand se burló con una pequeña carcajada de su amigo. No le había contado que lady Payton era tan certera con sus pasos como un martillo golpeando a un clavo.

—Compadezco a mi pobre amigo. Esos pies le dolerán mucho por la mañana. Vine a solicitarle un baile a usted, señorita Eloise, ¿cabría alguna posibilidad para mí?

—No podría dejar a mi querida amiga, ¿o usted que cree, Micaela? —Miró a la enfurruñada dama a su lado—. ¿Le concedo un baile o no?

Presionada por sus propios malos actos y ante el temor de que la delatara, colocó una sonrisa falsa en el rostro para contestar.

—Estaré esperando a lady Payton. Mi hermano merece una buena danza con una dama como usted...

Estaba complacida por la actitud temerosa de Micaela. La pobre le temía a su lengua, y tenía razones para hacerlo.

—Gracias. Volveré junto a ustedes después.

Eloise se levantó y tomó el brazo de Ferdinand para ir a danzar el minué.

Mientras tanto, Claude se arrepintió de haber invitado para danzar a lady Payton. Sus pies eran pesados como yunques sobre los suyos. La muchacha era simpática, aunque simplona. No era para nada la mujer de la mascarada.

—Mire a su amigo, señoría —ordenó pícara—. Le hará falta un bastón.

—No haga que pierda los buenos modales con su bromas —intentó mantener la disciplina, pero no pudo, se le escapó un sonora y corta carcajada.

Aquella señorita lo divertía con sus ocurrencias. Gesticulaba cada ocasión que describía, tanto, que uno podría terminar metido en su relato o hacer lo mismo que ella con mucha menos gracia, por supuesto.

Los padres de Eloise confirmaban con un gesto de asentimiento lo que estaba haciendo su descolocada hija.

—Cazar a un marqués fue magistral por parte de nuestra hija, querido —opinó—. Aún sigo molesta por la desaparición de aquel mentiroso del duque —la señora gruñó al recordar eso—. Creo que aquel malagradecido fue el único a quien Eloise realmente ha tenido en cuenta. Nuestra hija carece de viveza desde que no tiene noticias suyas...

—Lo que importa es que se casará. Con quién, ya no importa. El duque quizás entró en razón. Tal vez, en lo largo de su viaje, pensó que no le convenía tener a Eloise como esposa porque no podría salir de Londres con tranquilidad por el temor de que corrieran habladurías sobre él.

—Exageras, querido. No creo capaz a Eloise de serle infiel a su esposo. Una cosa es tener un compromiso, y la otra ser soltera.

Luke miró a su esposa detenidamente. Caras veía pensamientos no sabía.

—Antes no comprendía las locuras de Eloise, pero con una madre tan liberal como tú, pues no me quedan dudas de su herencia —insinuó mordaz.

—Juzga por ti mismo, tuviste más suerte que el resto —culminó su esposa para zanjar el asunto con aquella tajante frase.

Con el pasar de los días, Eloise era invitada para las veladas, dando rienda suelta al marqués para convertirse en su pareja preferencial. Aprovechaba los telares, los balcones, jardines y bancas para alzarse con alguna atención de ella. Ferdinand respiraba ansioso por cada momento que podía tener a su lado pese a la extrema negación de su madre y el trémulo apoyo de Micaela.

Esa noche en el balcón, la propia Eloise y lo perfecto del momento, le parecieron tan ideales para llevar a cabo su propuesta, puesto que sus sentimientos hacia ella afloraban sin parar.

La tomó de su cintura, ambos escondidos de los demás. Aunque las andanzas de Eloise con el marqués eran muy silenciosas, la sociedad comenzaba a murmurar sobre su preferencia para los bailes.

—Señoría, le he dado demasiada libertad contra mí... —Intentó zafarse un poco incómoda.

—Lo siento, pero he dicho que cuando estoy a su lado pierdo el juicio...

—Y yo le he dicho que lo recupere.

—¿No le parece esta noche especial?

Eloise miró el cielo, el jardín, el salón y al mismo caballero que le hablaba, no notó nada diferente.

—No —contestó sin ánimo de ofender.

—Debo decir lo que me aqueja, Eloise —comenzó diciéndole en confianza, una que ella aún no le había otorgado.

Tomó la mano de Eloise, y ella se estaba temiendo lo peor del romántico caballero. Comenzó a aletear las pestañas con más rapidez por la angustia de confirmar sus miedos.

—Deseo que usted sea mi esposa, Eloise. Quiero pedirle que acepte mi mano. Pese a ser muy diferentes en pensamientos y acciones, siento que usted es lo que necesito para una esposa. El asunto económico de sus caprichos podremos resolverlo una vez que la fábrica esté en funcionamiento, pese a que he quitado algunos recursos de ahí para ofrecerle respetables regalos que usted merece.

Tragó saliva al escuchar lo que decía. Al parecer el marqués estaba verdaderamente enamorado. Quería huir despavorida para no tener que darle una respuesta. Tampoco deseaba contarles a sus padres lo que aconteció porque no quería casarse aún, confiaba en que el duque

volviera.

—¿Qué dice, Eloise? —consultó con los ojos brillantes por escuchar su respuesta.

Ella le entregó una sonrisa nerviosa, y perdió su perfecta compostura, rascándose el cuello, indecisa.

—Yo...yo... Quisiera esperar un poco para darle una respuesta a su halagadora propuesta. Comprenda que apenas me conoce y mi reputación es...

—Su reputación es lo menos que me interesa en este momento. Usted cambiará y lo sé. Confío en que se volverá una mujer austera e intachable, capaz de cumplir con sus promesas —la interrumpió casi con vehemencia.

—Agradezco tan bello concepto, pero me seguirán gustando las cosas bellas al casarme. Hay mucho que no quisiera perder, son pequeños caprichos que me gustaría conservar y...

—¿Puedo tomar eso como un sí?

—No. Usted no deja de interrumpirme, dije que lo pensaría y me mantengo en esa postura. Le daré mi respuesta en unos días. Le pido discreción por el momento, no se lo cuente a su hermana, ni a su madre... —pidió casi enfadada.

—Haré lo que usted me pida... —Tomó la mano de Eloise y plantó un beso en él.

Durante la madrugada en su habitación, Eloise se sujetaba de ambas piernas en su cama mientras miraba la noche y renegaba de suerte. Tenía una propuesta de un hombre prometedor. Sería rico en unos años y su bolsillo soportaría sus caprichos, pero no era lo que deseaba.

Siempre quiso el dinero para gastarlo. Con Bruce también deseaba dinero, pero él dibujó otro paisaje sobre su lienzo. La enamoró con sus cartas y por sobre todo estaba dispuesto a complacerla de todas las maneras posibles, pero estaba ausente, desapareció sin dejar huellas.

Suspiró impotente porque debía aceptar la penitencia de la dulzura y romanticismo exagerados por parte del marqués hasta que la muerte los separara.

***

Días después del derrumbe de la mina, el duque de Kent despertó dolorido por los golpes que tuvo. Una piedra cayó en su cabeza y lo había dejado inconsciente. También se torció el pie y se fracturó el brazo, por lo que responder a la última carta de su bella Eloise era imposible.

—Recojan mis cosas —ordenó a sus sirvientes de la casa que tenía arrendada en América—. Después que el artesano me traiga la joya para mi futura esposa, nos iremos a Inglaterra sin dilación.

Bruce decidió no escribirle más cartas a Eloise, sino que se presentaría frente a ella para sacarla de su error de que él la había olvidado. Estaba más presente que nunca en sus pensamientos.

# Capítulo 23

Ferdinand esperaba la respuesta a su propuesta con mucha ilusión. Él era el primero en conseguir más cosas con ella que cualquier otro caballero.

Podía apropiarse de aquellos labios dulces y tentadores como fruta prohibida, pero él quería más, quería poseerla. Deseaba pasar sus manos por aquella piel que destellaba sensualidad.

Resistirse a ella fue inútil, tanto lo tentó que terminó teniéndolo a sus pies, haciéndolo enloquecer de deseos fervientes hacia ella. Eloise Clement lo había hecho perder el norte de su vida.

—Ferdinand... —lo llamó una voz conocida que entró a su despacho.

—¡Alan! —exclamó sonriente al verlo—. Estaba pensativo. ¿Qué te trae por aquí?

—Estoy preocupado por los avances de la fábrica. Ayer fui a ver y no está terminada. Los obreros no se encontraban trabajando. ¿Qué sucede? Ya debería estar en funcionamiento.

Él recordó que sacó recursos destinados a la fábrica para hacerle costosos presentes al objeto de su deseo.

—Repondré el dinero —dijo sin dar explicaciones.

—¿Usaste dinero de la fábrica?

—Solo fue un poco.

—¿Con qué fines? No tienes dinero para reponer lo que sacaste.

—Lo siento, Alan. Tienes razón, no tengo ese dinero, pero lo conseguiré recortando algunos gastos que...

—No respondes, Ferdinand.

—Hice regalos a Eloise. Le he propuesto matrimonio y la joya que compré no era barata. Ella no aceptaría algo que encajara en sus exigencias...

Alan se sentó en el sillón sin ser invitado. Los rumores de que habría alguien que podía sustentar las locuras de una mujer como Eloise Clement eran ciertos.

—Esa mujer es una arribista, no puedes casarte con ella. Te hundirá a ti, a la fábrica y a tu recuperado buen nombre, Ferdinand. ¿En qué demonios estabas pensando?

—Estoy enamorado de ella. La deseo con locura, vale cada libra...

—¡No lo vale! —sentenció al escuchar sus barbaridades—. El dinero que Bruce y yo invertimos también está ahí. Nosotros no sustentaremos los vicios de esa mujer.

—¡Lo quité de la parte que me corresponde, no de la tuya o la de Bruce!

—Haz caído bajo, Ferdinand. —Lo miró descarnado—. Perdiste el juicio. ¿Dónde está el hombre joven y emprendedor, dueño de sus actos y austero que conocí?

—Estoy aquí, Alan. —Se tapó el rostro—. Eloise me ha dominado. Dominó mi voluntad sin ningún recato.

—Nadie dice que no la ames, Ferdinand, pero no estás en condiciones de dejar que te arruine. Piensa en tu hermana, en tu madre y en todo el esfuerzo que tuviste que hacer para tener de nuevo una fortuna.

Parecía pensarlo parándose para recorrer sin rumbo su despacho. Quería confiar en que cuando Eloise se convirtiera en su esposa, sería diferente, una mujer que valoraría su esfuerzo. Ella le dijo que lo admiraba por su entereza, no lo haría quebrar de ninguna manera, pero debía hablarle sobre sus limitaciones económicas con premura.

—Tienes razón, deberé dejarle clara mi situación.

—Por supuesto, aunque no puedo asegurar de que esa mujer tenga conciencia sobre sus actos. Solo un demente excéntrico se casaría con ella.

—Soy un demente excéntrico por querer casarme con ella. Tiene sentimientos como cualquier ser humano, y también intereses y ambiciones.

—Por sobre todo lo último...

Alan había ido para quebrantarlo con sus suposiciones sobre Eloise. Maldad no existía dentro de ella, sino que solo había extraviado su camino o sus objetivos estaban mal trazados.

—Sé que encontrarás una salida, Ferdinand —acotó Alan—, mientras tanto, te daré el dinero. No quiero que Bruce vuelva y se encuentre con esto.

Sonrió por la buena predisposición de Alan, lo salvaría de tener que buscar ese repuesto de dinero a corto plazo.

***

Eloise bajó de su habitación para desayunar con sus padres. Cada día era menos incordio para hacerlo.

—Buen día —saludó sentándose cerca de su padre.

—Tu semblante no parece muy bueno —indicó su padre, señalándole con su cuchillo.

Tomó lo que le apetecía de la mesa y lo colocó en su plato para degustar la pitanza.

—¿Por qué no debería ser bueno? Anoche recibí la propuesta de matrimonio del marqués de Normanby —anunció sarcástica. Observó que su madre dejaba todo lo que tenía en la mano, estaba muy sorprendida.

—¡No comprendo por qué tienes cara de entierro! —declaró su madre, parándose—. ¡Es la noticia más gratificante que he recibido en la vida, espera a que el conde lo sepa!

—Sería bueno que lo supiera cuando le dé mi respuesta. ¿No le parece, madre? Aún no pude

responderle al marqués.

—Intuyo que es a causa del duque de Kent. Admito que su bolsillo era más ventajoso para ti y creo que, en este compromiso que aún no pactamos, el más beneficiado económicamente sería el marqués —se burló su padre—. Tu dote es significativa y nada despreciable, lo único malo son tus antecedentes. Debemos aprovechar la ingenuidad de este otro caballero, puesto que el duque se ha desentendido de ti...

Cada vez que lo escuchaba mencionar aquello de que el duque de Kent no estaba interesado en ella, se removía en el asiento porque deseaba decir que no era así, pero ¿con qué lo probaría? Él no estaba, ni le hizo una carta de despedida como ella le haría antes de aceptar la mano de Ferdinand.

—¿Cuándo le responderás? —cuestionó su madre, molesta.

—Cuando vea que deja de ser tan meloso —contestó, mirándola fijo.

—Convence a tu hija de que acepte ahora, y de que no se eche para atrás ese hombre. Cada día nace un incauto y hay que aprovecharlo —expuso su madre para molestarla—. No todos los días tendrás suerte, Eloise, es tu última oportunidad de hacerte una mujer respetable al lado de un hombre respetable.

—También podría derretirme por el exceso de afecto de ese hombre. Sé que no es un mal partido y...

—¿Quién te comprende, Eloise? —increpó su padre—. El único que ha calzado contigo fue uno igual que tú, mentiroso.

Tragó sus alimentos en silencio después que su padre le dijera eso. No continuaría respondiendo, estaba siendo derrotada por cada palabra que decía su familia.

Se levantó y reverenció a su padre y madre antes de abandonar la estancia para buscar un papel y pluma.

Entró al despacho de su padre, y sin dilación se sentó en su silla, escribiría aquella carta que enviaría a su última dirección.

*Excelencia:*

*Esta misiva no es con la finalidad de comunicarle que lo extraño y deseo saber de usted. Es para un reclamo que me creo en el derecho de hacer.*

*Mis actos son cuestionables, mi actitud es bochornosa y mis movimientos calculados, pero algo de lo que no puedo jactarme es de mentir. He sido sincera en cada carta, cada línea y cada palabra que envié, soy responsable de adorarlo hasta el aliento y de esperarlo impaciente.*

*Me ha mentido con una promesa que jamás podrá cumplir. Tal como dice mi padre: «Debió entrar en razón». Le reclamo que haya prometido cosas que no cumpliría, llenando mis oídos con el almíbar de sus palabras y mis ojos con la seducción de sus letras. La desilusión me saca hasta el cinismo, me arrebata lo aventurera y sofoca lo arriesgado.*

*No soy aquella Eloise que usted enamoró. Usted se la llevó bajo engaños. Aquí solo queda una mujer sin voluntad, y sin ánimo para volver a sentirse viva porque entró en cuenta de que era una dama fiel a sus sentimientos por usted y que por dolor y traición entregará su soltería a otro hombre. Sepa que esta mujer aceptará la propuesta del marqués de Normanby, sepa que usted ya no tendrá sus atenciones, pero también sepa que en su corazón usted mandara siempre.*

*Eloise Clement*

Bajó aquella ardiente y enojada pluma para dejarla en el tintero. Era una mujer orgullosa que por un par de mentiras de cartas en lo lejano entregó su corazón a una ilusión. Quizás él no sufriera, ni supiera del dolor y sufrimiento que le causaba con su desaparición.

Esperó que la carta se secara para doblarla y tenerla consigo con la idea de darle un destino.

Después de una hora le cedió el lugar a quien correspondía esa silla: su padre, y salió con la carta doblada en la mano.

Exorcizó sus demonios en esas letras para poder deshacerse del malestar que sentía. Si de esa forma se sentía encontrar a un príncipe, prefería seguir besando sapos sin comprometer más que sus labios.

Por lo noche, tenía una velada musical. Estaba sentada junto a Payton y lady Micaela. El marqués no se había acercado aún. Estaba sentado detrás de ella, y la había saludado, pero no se había arrojado a su cuello para atacarla con su afecto.

Ferdinand debía hacer lo que le dijo a Alan que haría: dejar en claro sus posibilidades económicas frente a Eloise. Pero al verla tan exquisita, ¿cómo podría negarse a adularla observándola tan fina y hermosa?

—Señorita Eloise... —mencionó para llamar su atención.

Al escuchar su voz, Eloise estuvo a poco de rezongar. No estaba disfrutando de los desbarajustes de algunas debutantes, pero era mejor escuchar aquello, antes que ser sometida a las tortuosas y románticas charlas del marqués. Inclinó su cabeza hacia atrás para escuchar lo que debía decirle.

—¿Diga?

—Es hermosa —musitó muy cerca de su cuello.

Rodó los ojos antes de colocar una sonrisa un poco forzada en su rostro. Notó que estaban siendo observados por Pepper y Micaela.

—Gracias...

—Quisiera verla a solas cuando acabe esta tortura, perdón, tertulia.

Pepper intentaba no escuchar. Sin embargo, la discreción del marqués era ridícula. Eloise era la que intentaba guardar la compostura sin darle mucha cuerda al hombre.

—Por supuesto, solo que tardará un poco. Estoy disfrutando de esta interesante pieza —concedió Eloise para disfrutar de unos instantes más de paz.

Después de acabar su buena fortuna, el marqués la alcanzó detrás de uno de los pilares de color marfil de la gran mansión donde se encontraban.

—Soy todo oídos. —Sonrió coqueta, viendo que Ferdinand miraba a cada lado por si alguien los veía.

—Quería saber si ha pensado en mi propuesta...

Nerviosa, juntó sus manos y las estrujó.

—Estoy aún pensándolo. Soy meditabunda, requiero de tiempo.

Sonrió al verla sonrojada al responderle. Podía asegurar que solo estaba subiendo la expectación para que su felicidad al conocer su respuestas fuera mayor.

—Quería hablarle sobre mi dinero. No crea que deseo restringir sus deseos, pero debo admitir que tengo un límite para gastos frívolos. Es más, no los he concebido en mi presupuesto —habló mirando el rostro que ponía Eloise.

Ella levantó una ceja, confundida. No le había pedido información de su dinero, y tampoco le pidió regalos costosos, él se había tomado el tiempo y el esfuerzo de pensar por ella sin preguntarle sus preferencias.

—No comprendo la razón de que me lo cuente. No le he pedido nada, usted me lo ha dado por cuenta propia. Conozco sus límites, no le pediría peras al olmo. Me contó su conmovedora historia, y como tengo corazón, aunque no lo parezca, jamás se lo pediría sin antes asegurarme que sus bolsillos pudieran pagar un capricho.

—¿Es usted una dulce arpía interesada? —consultó guasón.

—Por supuesto. Ninguna dama que se respete, querría baratijas, señoría —contestó inclinando la cabeza.

Después de ese pequeño momento privado, Ferdinand no pudo deleitarse en Eloise. Los balcones estaban cerrados y las salidas al jardín clausuradas por la lluvia que había caído repentinamente.

—Bienvenidas sean las privaciones —se burló Eloise, arrojando su cuerpo a la cama después de esa tertulia.

—¿Por qué lo dice? —preguntó la doncella, Mary, quitándole los zapatos.

—Porque el marqués es un noble empobrecido, aunque con futuro.

—Es una pena, señorita. Si el duque estuviera aquí, la llenaría de cosas.

La doncella pareció meter el dedo en la llaga para Eloise. Quería tenerlo a él y detrás todo lo que fuera suyo.

No pudo evitar pensar en la pasión que despertaron sus besos en su cuerpo. El brandy llenó su aliento y excitó sus sentidos como nada lo había hecho. Extrañaba aquellos besos apasionados que él le había dado. Fue una tonta, todo el tiempo lo fue.

Recordó al duque desde temporadas atrás. Huía de él. Le parecía muy mayor para una niña como ella, pero con el tiempo se dio cuenta de que su experiencia la deleitó y su madurez la sedujo.

Suspiró con fuerza después de pensar en él y recordar cuál era su verdadera realidad: un marqués, bueno pero meloso, pobre pero humilde, enamorado, pero ella no sentía lo mismo.

Estar cerca de Ferdinand no hacía más que hacerla añorar otras caricias y otros besos. Los besos ya no tenían el mismo sabor, ni los juegos la misma diversión. No quería besar más, estaba cansada.

Se dejó desnudar por la doncella para vestirse con las ropas de cama y dormir.

Un pie acompañado por una cojera y un bastón pisó un charco que dejó la lluvia de anoche frente a la resistencia de Eloise.

Con el brazo sano, golpeó la puerta esperando a que le abrieran.

Eloise bajó con la carta y la iba a dejar en la bandeja para la correspondencia, cuando vio que el mayordomo fue a abrir la puerta.

—Por supuesto, pase. —Escuchó decir al mayordomo, mientras se dispuso a colocar la carta en la bandeja.

—¿Milord se encuentra?

—Aún no ha bajado para el desayuno, pero lo hará en breve. Oh, aquí está la señorita Clement, excelencia...

—Señorita Eloise... —mencionó Bruce al verla de espaldas en el recibidor cerca de un mueble con una bandeja.

Ella sintió que su mente le estaba jugando una pasada muy mala. Su corazón palpitó súbitamente, podía asegurar que sintió que se le saldría del pecho.

No podía girarse, estaba tiesa a causa de su alucinación.

Bruce vio que ella se había quedado muy quieta con lo que era una carta en su mano. Al parecer su enojo por creerlo indiferente era muy grande.

—Vine a sacarla de su error. No me he olvidado de usted...

# Capítulo 24

Escuchó aquella frase y su pecho se comprimió con más fuerza. Recordó que escribió lo que dijo en una de sus cartas.

Sentía entumecida su lengua. Su cabeza no concebía que el duque de Kent fuera a su casa, él estaba desaparecido. Estaba molesta, si su voz era real, le contestaría.

—Usted no me ha escrito... —reclamó sin voltearse.

Bruce sonrió bajando la cabeza sin acercarse.

—¿Por qué me juzga con dureza y no se voltea a verme para conocer la razón?

No dudó en hacerlo, y lo vio con su brazo derecho doblado en una tela colgando de su hombro, y su pierna acompañada con un bastón. Se sentía afligida, y aquello no era normal en ella.

Se acercó para observarlo mejor. Sus ojos no podían evitar estar impresionados por lo que le sucedió y una inevitable tristeza y lástima la invadió.

—¿Qué le ocurrió? —preguntó con los ojos brillantes a causa de sus lacrimales llenándose de aquel líquido salado que era capaz de mostrar tanto angustia, como felicidad.

—Estaba en la mina cuando se derrumbó y fui casi aplastado por las pesadas rocas y pedazos de madera que sostenían la mina. Mi brazo fue el que peor quedó. Espero me perdone, soy diestro y no pude escribirle. Recibí su última carta donde la sentí dudar de mis intenciones y no me permití esperar para venir y decirle que está equivocada. Mis intenciones no han cambiado, señorita Eloise... —La miró sonriendo, mientras ella dudaba si tocar o no su brazo herido.

—¿No ha entrado en razón como dice mi padre?

Él negó con tranquilidad varias veces y continuó manteniendo aquella tranquila personalidad que lo caracterizaba.

—Pensé que moriría ese día. —Tocó el rostro de Eloise con su mano sana, mientras la miraba enternecido y reflejado en los vidriosos ojos de ella.

Bruce no conoció a Eloise como una joven sensible, sino como una dulce arpía interesada.

—Y yo aquí juzgándolo. Me siento tan culpable. —Tomó la mano de Bruce que estaba en su rostro y la acarició.

—Aquel día en la mina, fui a buscar un presente para usted, uno que la llenaría por completo. Después del derrumbe, creo que sobreviví tan solo imaginándola como un ángel que fue a

salvarme. Imaginarla fue lo que hizo que me arrastrara para salir después de quedar inconsciente. Usted me salvó y le estaré eternamente agradecido.

Eloise bajó la mirada vidriosa que tenía. Jamás alguien la había visto como algo bueno, tenía tantos defectos, que se sentía conmovida por sus palabras. Sin pensarlo dos veces y sin importar lo comprometedora de la situación, ella lo abrazó soltando un par de lágrimas.

—No imaginé que estuviera a punto de morir y menos por mi culpa. Ningún presente tiene tanto valor como usted, excelencia. Saberlo aquí, a mi lado, es lo más hermoso que me ha acontecido en este tiempo.

Bruce besó los negros cabellos de su preciosa Eloise. Su arpía consentida sentía algo especial por él, podía olerlo en su piel, y verlo a través de las lágrimas que mojaban su levita.

Metió su mano en el bolsillo de su levita, y sacó el suntuoso anillo de diamantes y piedras preciosas.

—Señorita Eloise, sin mentir y sin exagerar, puedo decirle que este presente tiene no solo la sangre y el sudor de una mina en América, sino también la ilusión de que acepte ser mi esposa para siempre... —Levantó el anillo para que ella pudiera verlo.

Estaba demasiado sorprendida para reaccionar. El duque de Kent le estaba ofreciendo lo que siempre deseó, matrimonio.

No podía tomar el anillo, sus manos temblaban aún amarradas al torso de ese caballero al que idealizaba.

Él vio que ella estaba demasiado sorprendida para hacer algún movimiento. La alejó un poco de su pecho, y estiró uno de sus dedos para deslizar el anillo.

—Ha quedado perfecto, tal y como recordaba sus preciosas manos...

Bruce ya no quiso hablar. Levantó el mentón de Eloise con una gran sonrisa y se acercó a sus labios para besarla.

Ella no podía describir todo lo que sentía. Sus promesas se hacían carne frente a ella, se casaría con el hombre perfecto, cuya persistencia la encantó terminando por conquistarla con el arte de sus letras.

—Es un sueño... —fue todo lo que dijo.

—No, es una realidad. Sé que no se ha estado portando de maravilla, pero lo comprendo, aunque ahora, con este anillo ya no debe dudar de mis intenciones. Son las más sinceras hacia usted.

Ella rio cantarina. Él no tenía reparos en comprenderla.

—Fui una picaflor, y lo admito, pero no existió ningún solo príncipe. El príncipe de mis sueños estaba sufriendo en América. Espero me perdone, mis labios pudieron ser infieles, pero mi corazón le pertenece solo a usted...

—¿Excelencia? —preguntó el padre de Eloise al verlo pegado a la figura de su hija.

Eloise solo levantó la mano que tenía el presente y le enseñó a su padre el anillo.

—¿Lo ve, padre? Era solo cuestión de fe —agregó de nuevo tomando la mano de Bruce para

entregarle una sonrisa a su amado duque.

—Disculpe la demora, milord. Tuve un pequeño inconveniente en una de mis minas. Lamento que creyeran que me había olvidado de la señorita Clement. Le aseguro que eso es imposible...

Luke miró al duque y se notaba que aún estaba convaleciente.

—Por favor, pase a mi despacho y charlaremos con usted sentado. Eloise, ve a tu habitación, te haré llamar cuando termine de hablar con el duque —ordenó su padre.

Ella asintió feliz de la vida. No había nadie más feliz que ella en ese instante. Todos sus miedos se habían ido.

—Pida por mí —mandó Eloise para que pudiera volver a verlo.

—No me iré sin verla de nuevo... —acotó muy sonriente—. Después me dice si me enviaba una correspondencia.

—No tiene importancia, ninguna...

Eloise tomó la carta que dejó en la bandeja y la llevó consigo a su habitación, donde entró y dio saltos hasta casi alcanzar el techo con su cabeza.

Se arrojó a su cama e hizo varios berrinches de felicidad.

—¡Nadie tuvo una lámpara al final del camino, tal como la tuve yo! —celebró mirando su dedo con demasiado entusiasmo.

De estar desesperada por no desear casarse con el marqués de Normanby, su vida se resolvió en un pequeño pestañeo. El duque, pese a estar golpeado, volvió aún más soberbio y romántico que antes, seguro de sí mismo y de lo que había prometido para ella.

Bruce se sentó frente al padre de Eloise que lo escrutaba sin disimulo.

—Pensamos que olvidó a Eloise —murmuró Luke tirando su cuerpo para atrás en el sillón, y colocando sus manos juntas a la altura de su estómago.

—Como le dije a la señorita Clement, tengo malherido el brazo con el que escribo, por eso no he podido contestar y mi convalecencia afectó la duración de mi viaje.

—Aunque usted no lo crea, ella estuvo muy triste todo este tiempo. No parecía la misma dama extrovertida y pizpireta de siempre.

—Eso debió ser más atractivo para la competencia, milord.

—En efecto. Eloise tenía una pedida de mano que no estaba respondiendo, estuvimos a punto de obligarla a hacerlo, pero ella tenía fe en usted por más que nosotros la intentáramos persuadir de lo contrario.

No podía evitar inflar el pecho al escuchar al padre de Eloise. No estaba contento de que intentaran cortejarla, pero sí estaba orgulloso de que ella lo esperara sin perder en ese tiempo la esperanza.

—Le di mi palabra a la señorita Eloise, eso me mantuvo con vida para volver a ella, solo la ilusión de desposarla fue capaz de arrebatarme de las garras de la muerte.

—Ninguna persona ha expresado buenos pensamientos hacia mi hija, y es un hecho de que no se los ha ganado. Me sorprende que usted la tenga en tan alta estima.

—Con mi edad y experiencia en la vida y los negocios, puedo decirle que conozco un nicho que puede volverme rico, al igual que hacerme miserable. Ella me hará rico, milord.

—No puedo hacer más que otorgarle con tranquilidad la mano de Eloise, esperando, por supuesto, que no reconsidere esta decisión...

—No hay nada grave que me pueda hacer cambiar de opinión. Ha sido sincera en todo, la conocí sinvergüenza y así la quiero.

Eloise no cabía en sí de felicidad, quería contárselo a Pepper. Después de que el duque se fuera, eso iba a hacer, ir a verla.

Bajó varias veces buscando al duque, pero aún seguía encerrado junto a su padre. Debían estar discutiendo sobre su dote u otro asunto de hombres.

No podía esperar más tiempo por verlo para tener una amena charla a su lado.

Sentada desde la escalera, escuchó que la puerta de su padre se abría, y el sonido del bastón del duque golpeaba el suelo con fuerza.

Se levantó presta para acondicionar su falda y las mangas de su vestido, pues estaba con los codos en las rodillas y las manos en el mentón esperando por aquel caballero.

—Por supuesto que tendremos una cena para anunciar el compromiso, pero será cuando esté recuperado. No quisiera presentarme de esta forma frente a muchas personas, me siento vulnerable... —expresó el duque, mirando hacia la escalera donde estaba Eloise con partes rojas de su rostro muy cerca de mejilla—. Solo vine porque necesitaba hablar con la señorita Eloise... —Sonrió al verla.

Luke ascendió su mirada reprobatoria hacia la ansiedad de su hija. Podía verlo por sus movimientos. Sus manos a los costados, y luego vueltos a poner frente a su falda, era un síntoma de nerviosismo y ansiedad.

—Eloise, le concederás a su excelencia media hora... —dijo. Luego vio que su hija colocó una mueca de enojo y antes de que lo interrumpiera, continuó—. Él está convaleciente, debe volver a su casa, tendrán tiempo de hablar más adelante. La doncella los acompañará.

Su padre, al parecer, adivinó sus intenciones de refunfuñar sobre la orden que se le dio, ese tiempo no era suficiente para que ellos hablaran de sus sentimientos.

Lo vio irse para buscar a la doncella, y bufó molesta.

—No muera de rabia, que yo quiero que esté viva, señorita Eloise —habló Bruce con tono juguetón y distendido—. No hay nada que unas libras en mi levita no solucionen para que charlemos.

—Malcriará a la doncella —dijo ladeando la cabeza, enternecida por la manera sinvergüenza del duque para conseguir un poco de privacidad.

Mary, sonriente, se colocó frente al duque haciendo una reverencia para saludarlo.

—Pasaremos a la sala del té, Mary... —anunció Eloise, colgándose del brazo sano de Bruce.

Estaba orgullosa caminando con él hacia la sala, pese a que él se veía un poco cansado por trajinar en lugar de descansar.

Al pasar la puerta, ambos entraron y la doncella fue a colocarse junto a Eloise como su carabina. La mano sana de Bruce viajó hasta uno de sus bolsillos, de donde quitó un pequeño saco con monedas y se lo ofreció a Mary.

—Deseamos privacidad. Le pago para que sea sorda, ciega y muda —musitó haciendo sonar las monedas que chocaban unas contra otras.

Mary miró a Eloise y ella asintió para que la tomara.

—Está bien, excelencia —aceptó tomando el saquito para alejarse hacia la esquina más lejana de ellos y colocarse de espaldas a ellos.

Eloise levantó sus manos hacia el rostro de Bruce que tenía un poco de barba, entre ellos, podía ver los destellos de vellos blancos entre los demás que eran oscuros.

—Mi querido duque, moría de ansiedad porque estuviera aquí. Muero por contárselo a Pepper y que comparta esta alegría conmigo. —Se acercó a los labios de él para besarlos.

—Le dije a su padre que tendremos una cena íntima entre amigos y familiares para anunciar el compromiso. Solo que no será en este momento, quizás cuando me sienta con más fuerzas de ser un buen anfitrión —correspondió con lentitud a su beso, alejándose para observar los labios de la preciosa mujer que lo acompañaba.

—Puedo fungir de anfitriona esa noche para sus amistades, mientras usted se sienta, yo los atenderé —ofreció hablando sobre los labios de Bruce que ella enrojeció con su insaciable necesidad de besarlo.

—Eso sería acertado. Deberá acostumbrarse a organizar cosas en el futuro. He decidió viajar menos y quedarme junto a usted. Creo haber recorrido suficiente, llegó la hora de formar una familia, y eso es lo que me mantuvo pendiente de respirar. Se lo dije, imaginármela me salvó. Deseo estar a su lado hasta que la muerte me sorprenda, pero que sea junto a usted, mi coqueta mujer...

—No quiero que vuelva a mencionar la muerte —ordenó acomodando las prendas de su prometido—. Por eso casi acepto otra propuesta de matrimonio. La desesperación es mala consejera y que lo haga obligada es aún peor.

—De seguro habrá embrujado al caballero hasta tal punto que no debe pensar con claridad, así como yo que estoy hipnotizado por sus ojos y sus labios desde que la vi. Ha sido una lástima haberse dado cuenta tan tarde de que yo le convenía.

—Es que usted era un poco mayor para mis antojos —admitió—, pero al parecer lo añejado es más delicioso. —Rio pícara—. En fin, ¿A quiénes invitará a la cena?

—Mmm... —emitió indeciso— solo tengo a muchos socios. La mayoría de mis familiares serán invitados para el evento mayor que estaré coordinando con su padre muy pronto, pues ellos se encuentran en Francia.

—Espero estar a la altura de sus socios...

—Seré ampliamente criticado por la elección de esposa, pero a mi edad la crítica es como una cana más —admitió, acercándola con su brazo izquierdo hasta su cuerpo, para disfrutar más de

ella y demostrarle que sus sentimientos no solo eran de palabras, sino también de actos. Londres aprendería a tratar a aquella mujer como lo que merecía, ser una duquesa.

# Capítulo 25

Después de despedirse del duque de Kent, Eloise aún no podía pisar el suelo. Estaba perdida en su reciente visita, en su recuerdo y, por supuesto, en el anillo.

Sería una duquesa. Bruce rompía los propios prejuicios de Eloise. No era lo que ella buscaba, era muy mayor para sus deseos, por eso se había casi escondido de él. Cometió un error al haberse negado a conocerlo. La edad no era un impedimento para que se casara. ¿Qué eran solo veinte años? Había jovencitas que se casaban con hombres mucho mayores por obligación y, ella lo haría por gusto.

Se reprochaba en la mente todo el tiempo perdido, aunque si lo hubiera tenido desde antes, probablemente el interés sería lo que fuera más atractivo.

Tanto habían cambiado sus sentimientos ante el dinero de Bruce. En ese momento solo lo veía como algo que venía por añadidura con el hombre perfecto. No había más perfección que sus letras, que sus ojos, que su boca y que sus canas. Encontró al caballero que necesitaba, tal vez no el que la mereciera. Era un hombre respetable y ella no había sido una dama de buen ver, ese era su error.

Bruce era conocido por ser un poco distante con la sociedad, vivía entre viajes y negocios, muy alejado de la ajetreada vida social. Probablemente en estas instancias de su vida, se vio en la necesidad de dejar su nombre y su legado para su futuro heredero.

En el tiempo que él comenzó a ingresar a los salones, ella estaba ciega por encontrar a un esposo que la complaciera, uno joven y vigoroso. Para Eloise, haber visto a una de sus antiguas compañeras de la escuela de señoritas, casándose con un anciano, le había dejado traumas. Elizabeth era bella, pero su familia estaba en la ruina, su única oportunidad de casarse era con un hombre que le triplicara la edad. No había forma de tapar sus moretones y ocultar su profunda tristeza por un matrimonio tan poco conveniente para alguien de su belleza y juventud. Al poco tiempo de casarse, Elizabeth murió en la bañera de su lujosa habitación.

Desde aquel momento ella se había cerrado a la idea de un hombre mayor, solo deseaba a alguien joven y adinerado, que fuera plenamente de su aprecio, pero nadie lo había conseguido.

Lord Falkes estaba comprometido y era un sapo. El conde de Dartmouth era muy serio para su gusto. El marqués de Normanby era demasiado dulce para su paladar. De aquel último, solo había deseado un beso. Y aquel beso fue bastante difícil de conseguir. No imaginó hasta qué

punto el marqués estaba cediendo ante sus propios deseos de poseerla.

No podía ocultar su susto al verse en una pedida de matrimonio y a su duque desaparecido. Era aceptarlo o vivir solterona con la esperanza de volver a ver a Bruce. La providencia se apiadó de ella e hizo aparecer a su ángel guardián para alejarla de las melosas garras del marqués de Normanby.

Todo aquello lo meditó hasta llegar a la casa de Payton.

La dejaron entrar y ella fue directamente a la habitación de su amiga.

Pepper estaba sentada frente a su escritorio, escribiendo con delicadeza algunas líneas en un cuadernillo.

—¡Pepper! ¡Pepper! —exclamó insistente, haciendo que el tintero se volcara por algunas hojas.

—¡Eloise! —gruñó molesta—. Debes anunciarte, no estás en tu casa —agregó enojada, intentando recoger el desastre.

—Lo siento, querida Pepper. Es que no puedo contener la emoción. —Se acercó a Pepper y la estiró a su cama. La tomó de ambas manos y la miró con los ojos vivos—. El duque de Kent volvió y me pidió que sea su esposa...

El rostro de Pepper era de incredulidad, hasta que notó la protuberancia en el dedo de su amiga.

—¿Es...?

—¡Es mi anillo! —exclamó, aparentando las manos de Pepper hasta dejarlas blancas—. ¡Voy a casarme con el duque de Kent. ¿No crees que es maravilloso?!

En un acto reflejo, Pepper abrazó a Eloise, deseando que en realidad fuera feliz. Aquel acto también reflejó su alivio, el marqués de Normanby era libre.

—¡Es maravilloso! ¿Dónde estuvo, por qué se demoró? —indagó sonriendo.

—Lo peor es que casi lo pierdo. Una mina se desmoronó sobre él. Me dijo que la ilusión de verme lo mantuvo con vida. ¿Puedes creerlo? Puedo asegurar que tengo su corazón en mis manos... —Rio como una tontuela.

Pepper se alejó un poco de Eloise para mirarla. Ella tenía un brillo especial que la hacía más hermosa de lo que era.

—Más parece que tú corazón está en sus manos —bromeó su amiga.

—Ese será nuestro secreto. El amor no es bien visto... —susurró con una sonrisa cómplice.

—Quiero que me lo cuentes todo... —pidió Pepper muy animada por saber.

Eloise no dudó en contar ningún solo detalle, estaba tan contenta que era un gran libro abierto.

***

En su habitación, Ferdinand se colocaba la levita para bajar a cenar. Esperaba que pronto pudiera tener a su pelinegra ayudándole a colocarse la prenda.

Eloise debía darle pronto una respuesta a su propuesta. Su mente aseguraba que ella le daría una respuesta afirmativa. Con aquel supuesto, bajó a comer.

Estuvo callado y cavilando cosas mientras el tenedor se deslizaba entre sus dientes con lentitud.

Su madre y su hermana la miraban curiosas por saber lo que albergaba su mente. Micaela sospechaba por el rostro jocoso de su hermano que se trataba de Eloise.

Después de cenar, lo siguió a su despacho donde él se dispuso a mirar un libro con una copa de oporto a su lado.

—¿Tan mal te tiene Eloise, hermano? —soltó rodeando las sillas para visitas, acariciándolas con delicadeza.

—¿Cómo no estar en zozobra, si espero una respuesta? —contestó sin mirarla.

—¿Una respuesta?

—No es asunto tuyo, Micaela...

—Todo lo que se trate de mi hermano es mi asunto.

—¿En realidad deseas saberlo?

—Por supuesto.

—Entonces, puedo decirte que vayas buscando un esposo, porque en esta casa pronto tendremos una nueva señora... —Levantó su mirada del libro, para dirigirla a su hermana.

Micaela estaba cenicienta. Debía ser una tontería de su hermano.

—¿Piensas que engañándome con esa mentira conseguirás que acepte al conde para cortejarme?

—¿De qué mentira estás hablando?

—Según comprendo, sueñas con que le pediste matrimonio a Eloise, eso es tan descabellado...

—Le pedí matrimonio, Micaela. Estoy aguardando su respuesta. Espero que sepas guardar silencio. Ella no deseaba que se supiera aún sobre la propuesta...

—¡¿Qué estás diciendo?! ¡Tú no puedes pedir en matrimonio a esa ligera! —Se exaltó, golpeando la mesa de su hermano.

Ferdinand tiró la cabeza para atrás y cerró los ojos.

—¿Por qué no podría hacerlo? Lo hice y sé que me responderá que acepta. Espero sepas llevarte bien con ella...

—¡Jamás, es malvada! Además, no puedes casarte con ella, ¡no puedes hacerlo!

—¡Por Dios, Micaela! ¡Por qué no puedo, maldición!

—¡Porque mancillaste a una jovencita de cuna, Ferdinand, y es a ella a quien debes cumplirle! —contó su hermana, dándose cuenta que había cometido una terrible indiscreción frente a su hermano, comprometiendo el secreto de Payton.

Él estaba pálido y boquiabierto. ¿Cómo su hermana sabía aquello? Estaba en serios problemas si era verdad que ella lo sabía.

Seguía callado mirando a su hermana. ¿Cómo pudo saberlo? Él no había sometido a esa joven

contra su voluntad. Sin embargo, para quitar provecho de la situación, ella podría habérselo dicho. Fue un tonto al dejarse llevar por sus instintos aquella noche. Solo una mujer que no tenía otra opción hablaría con su hermana para conseguir un matrimonio a través de ella.

—Dices sandeces, Micaela —acusó a su hermana, dándole la espalda.

—¡Es la verdad, eres un sinvergüenza, Ferdinand! ¿Quieres saber quién es?

—No, no quiero saberlo. Lo que sí deseo saber es cómo tú lo sabes y cómo puedes asegurar que fui yo, salvo que me hayas visto haciéndolo.

Micaela estaba pálida. Si seguía contando más, ella caería por su boca y estaría en un dilema, pero no podía dejar que la arribista de Eloise se casara con su hermano.

—Me lo dijo la joven. Me pidió que guardara silencio, pero no puedo callarlo al ver que le pediste matrimonio a Eloise. Ella va a arruinarnos, Ferdinand. Nos está separando como familia.

—¡Vaya que eres una excelente amiga, Micaela! —se burló—. Cuentas los delirios de una y hablas mal de la otra, no tienes fidelidad.

—¡No es cuestión de fidelidad, es cuestión de razonamiento! ¿No ves que Eloise no siente nada por ti? Sabes los rumores que corren que es una coqueta y que está esperando al demente que prometió desposarla. No quiero que digan que el marqués de Normanby es un demente cegado por la pasión hacia una mujerzuela, porque eso es Eloise, una mujerzuela.

—¡No voy a permitir que sigas diciendo tonterías de ella! —Se acercó a su hermana, la tomó del brazo y abrió la puerta de su despacho—. ¡Largo de aquí! ¡Sé quién es Eloise Clement y no es el demonio que pintan! —Cerró la puerta en la cara de su hermana.

Caminó por su despacho, molesto y asediado por la culpa de haber mancillado a una desconocida; pero por supuesto, no lo reconoció frente a su hermana. Él cometió la tontería de dejarse ver el rostro. Craso error.

Micaela podría echar por la borda sus planes de desposar a Eloise. Debía deshacerse de su hermana de alguna forma. Bruce era su capricho, pero no habían tenido noticias sobre él para ofrecerle a su hermana, aunque él estuviera interesado en otra dama. Estaba seguro de que su amigo no podría poner resistencia a un ofrecimiento por su hermana, era hermosa y además cizañera.

Una semana después de que Bruce volvió a Londres, Eloise recibía sus visitas constantes pese a su convalecencia. Vendió sus joyas menos valiosas para pagarle a su enriquecida doncella para que los dejara hablar a solas.

Ese día por la mañana, recibió una invitación a la residencia de su prometido para una cena en tres días. Guardaría su mejor vestido para esa noche, porque estaba segura de que era su noche de presentación frente a sus socios.

Por la noche, tenía una velada aburrida a la que sus padres la tenían obligada a asistir por ser amigos de la familia y además porque sería recibida solo por ser la prometida del duque de Kent, ya que sus antecedentes ante la sociedad no eran los mejores. Sus padres estaban haciendo lo posible por limpiar su deshonrosa reputación aunque a ella no le importaba. Bruce la quería

como era: como su ladrona de besos. Modestia aparte, él estaba encantado con su coquetería y conforme con su tranquilidad mostrada en los últimos tiempos y más desde su llegada.

Eloise solo quería encantar a Bruce, ser enteramente suya. Mucho deseaba más que un beso, pero él solo la tentaba con aquellos besos con sabor a brandy que tanto adoraba. Su aliento era hipnótico y ardiente. Cuando sentía sus manos en su cintura, una terrible e insoportable reacción se generaba dentro de ella, buscando más que solo sus besos. Ella ya no representaba tentación para el duque, sino él era quien la tentaba.

Sabía que Bruce no iría a ese baile al que ella asistiría, por eso se colocó un recatado vestido para nada típico en su vestir, pero por amor a Bruce guardaría sus encantos solo para él.

Un vestido rosa pálido de seda y muselina era lo que vestía. Eso no pasó desapercibido por los asistentes al baile. Lo único que lucía por ella era su belleza y su suntuoso anillo de compromiso en la mano.

Ferdinand la miró extrañado por su conservadora prenda y se sintió complacido. Pensó que tal vez iba adecuándose a ser la futura esposa de un hombre austero.

Eloise, mientras no se despegaba de sus padres, se sintió observada por aquella mirada verde y penetrante del marqués de Normanby. Estaba angustiada de que le pidiera un baile. Tenía prohibido separarse de sus padres y eso era en aquel momento lo mejor que le sucedió en toda la noche. Estaba refugiada entre las alas de sus padres.

Pasó la mayor parte de la noche intentando cruzar su mirada con la esquiva Eloise que no soltaba del brazo a su padre y vivía cuchicheando con su madre. Estaba impaciente por besarla, era todo lo que deseaba.

—Eloise, ve por una bebida. No has tomado nada ni probado bocado desde que llegamos. Es de mal gusto que la anfitriona piense que no te ha gustado nada —reclamó su madre.

Estaba hambrienta y sedienta, pero no quería ir para que el marqués la interceptara.

—Acompáñeme, madre. Payton no ha venido y no quiero estar sola.

—Antes escapabas como una cucaracha, Eloise. ¿Temes a que tu pasado te persiga? —se burló su padre.

—Y si es así, ¿cuál es el inconveniente? No procedí correctamente y he acumulado un poco de desprecio en mi contra por toda esta gente, pero no me han quitado el ánimo de continuar mostrando mi rostro. —Levantó la nariz.

—Toma tu orgullo y ve por algo, no discutas —ordenó su madre.

Molesta y sin pensarlo, fue a la mesa de entremeses.

—¿Ha estado huyendo de mí, Eloise? —preguntó Ferdinand, casi pegado a la nuca de Eloise.

Tragó saliva y para no llamar la atención, se alejó un poco, dándole una mordida a una pequeña torta salada.

—No es así, señoría —dijo mirando disimuladamente a su alrededor. No quería que la vieran cerca y empezaran a murmurar.

—Entonces acompáñeme, quiero estar con usted... —La tomó cariñoso del codo, pero Eloise

rechazó su cercanía.

—Lo siento, pero debo rechazarlo. Tengo que comentarle que nuestro relacionamiento deberá llegar a su fin, señoría —habló con determinación, alejándose más y dándole la espalda.

Ferdinand sintió como un frío lo recorrió. Ella estaba helada cuando le hablaba.

Rio nervioso, con el corazón latiendo sin parar por algo parecido a la ansiedad.

—Eloise, ¿y la propuesta que prometió pensar?

Eloise tapó su anillo con la otra mano y se giró para hablarle de frente. No quería herir los sentimientos del marqués, aunque fueran en vano sus esfuerzos. Nunca había sentido compasión, pero por él lograba sentirlo. Ninguno de los hombres que besó se había quedado prendado como él, al igual que, por supuesto, su amado Bruce, por eso le debía esa fineza.

—Debo rechazar su propuesta de matrimonio. No me pregunte el porqué, porque no pienso contestar. Sabe que esto debía terminar algún día...

Molesto con la poca tenacidad de Eloise, la tomó de vuelta de su brazo y casi le metió las uñas.

—¡Está usted jugando conmigo para acrecentar mis deseos, es eso! —masculló irracional.

—No monte un escándalo. No es así. No deseo acrecentar nada en usted, yo tengo otras aspiraciones, de usted solo quise un beso. Lo siento... —se disculpó pasando a su lado antes que iniciaran las murmuraciones sobre lo que ocurría entre ellos.

Ferdinand maldijo entre dientes a Eloise. No comprendía a qué jugaba ella para despacharlo con frialdad.

# Capítulo 26

Ella fue a meterse entre los demás invitados para huir, no deseaba seguir hablando con el marqués, era un capítulo cerrado desde ese momento. Era el caballero más intenso que había conocido en su vida. Su cordialidad y atención eran dignos de admiración, pero aseguraba que no era una mujer para un hombre como él y no por la parte económica que tampoco debía obviar, sino más bien porque no despertaba en ella la pasión que Bruce le hacía sentir. No eran solo sus besos, también sus palabras las que la llevaban a soñar despierta con el amor. En cambio, el marqués de Normanby le producía somnolencia. Se sentía presionada al estar con él, sus besos eran deseables, pero sus planes no iban acordes a los suyos.

—¡Eloise, qué te hemos dicho! —Su madre le metió las uñas al tomarla del codo—. Estuviste con el marqués de Normanby.

—No es mi culpa, quería saber si pensé en su propuesta y le dije que no lo aceptaba, era solo eso —justificó, sintiendo aquellas uñas penetrar su piel—. Suélteme, madre. He tenido suficiente con que él haya querido levantarme la voz como para que también me avergüence en público.

—Déjala, querida. El duque no se le escapará por un desliz.

—Que no es un desliz, padre —refunfuñó apretando sus puños con fuerza.

Se sentía ofendida porque no le creyeran, pero eso se consiguió por todo el tiempo que fue una mentirosa, engreída y codiciosa. Debía seguir adelante con la reputación que ella misma se forjó a pulso.

Nadie creería en que sus sentimientos por Bruce fueran verdaderos, sino que la juzgarían porque él era inmensamente rico para solventar sus ocurrencias. No sabía cómo actuar en el futuro con esa carga. Tal vez seguir siendo descarada fuera la mejor opción para defenderse.

***

Una bolsa con muchas libras volaba en las manos del espía de Bruce. Aquel era su pago por cuidar a Eloise mientras él no estuvo.

—Esa señorita es de cuidado, excelencia —advirtió el hombre.

—Ella no es de cuidado, sino yo soy de cuidado. —Sonrió buscando otra bolsa con un contenido menor, pero igual de apetecible, y se lo arrojó al hombre—. Quiero que lord Falkes

tenga una buena lección por haber tocado a mi mujer. Nunca perdonaré que haya intentado propasarse con ella.

—¿Y el marqués de Normanby? Me parece que él es más peligroso que lord Falkes...

—Eloise me confesó que no fue una blanca paloma. No puedo reclamar nada porque no había un compromiso. Además, no creo que ahí exista nada más, al menos por parte de ella, y si hay algo por parte de mi socio, me aseguraré de que comprenda que ella será mi esposa. Lo considero un amigo, no podía dañarlo de ninguna manera, tiene un corazón noble y considerado —admitió Bruce—. Eloise me ha aceptado y es más que suficiente para desalentar a cualquiera. Ferdinand es racional, lo comprenderá en el acto.

—Con esto que me da, puedo continuar vigilando a su prometida si lo desea.

—No hace falta, confío en ella...

Bruce confiaba más en la sinceridad de aquella descarada que en cualquier otra verdad. Eloise no tenía necesidad de mentirle ni ocultar nada. Por su parte, solo tenía que obviar su aventura con Ferdinand, no quería alimentar un sentimiento innecesario como el odio o la desconfianza. Ella era como se mostraba. Luchaba por lo que creía, no de la forma correcta, pero encaró todo como ninguna otra lo haría.

Ella era señalada por su comportamiento inapropiado y él sería señalado por ser el hombre más tonto que desposaría a una libertina.

La sociedad no comprendía las implicancias de sus sentimientos. Él creía que detrás de aquella descarada, se escondía la inocencia de un sueño de amor que se estaba convirtiendo en realidad.

Eloise pudo haber dado besos a mansalva, pero nunca comprometió su corazón en ningún beso. Él fue ganando terreno con su persistencia. Si bien fue atraído en primera instancia por las malas lenguas que hablaban sobre la belleza de una libertina, se llevó una sorpresa al verla querer seducirlo. Era un hombre experimentado. Muchos años por varios países y muchas mujeres a las que tampoco les entregó su corazón lo avalaban, para decir con certeza, que aquella tenía unas ansias de encontrar el amor, escondidas detrás del descaro de la avaricia y el disfraz de la experiencia. Era una niña jugando a ser mala, era tan perversa, y a la vez tan inocente, que no veía la indecencia e inapropiado de su comportamiento en una sociedad que la estaba asfixiando; ella solo buscaba todo lo que las demás buscaban con el agregado de que deseaba más que el dinero, anhelaba el amor.

La comprensión de su comportamiento se basaba en su experiencia, más que en la filantropía. Él tenía el deber de moldear a Eloise y convertirla en una dama equilibrada. Lo conseguía lento, pero lo hizo. Amaba su lengua perspicaz, su sinceridad era refrescante, aunque sabía que en algún momento aquella lengua podía ser su más cruel verdugo.

Después que el espía se fuera, continuó viendo las invitaciones para la cena. Serían invitados sus socios y sus familias, al igual que lady Payton por ser la mejor amiga de su prometida.

***

En casa de Ferdinand, Micaela no podía ocultar su emoción por la invitación del duque de Kent. Había vuelto y aquella era su oportunidad para conquistarlo.

—¡Ferdinand! ¡Ferdinand! —exclamó corriendo por el comedor con la carta y las faldas en la mano.

Ferdinand parecía un alma penitente desayunando en la mesa. Por la noche, después del momento más infortunado de su vida, se encerró en su habitación con una botella de brandy y la engulló completa. Se sentía dolido por el rechazo de Eloise. Aquel grito de su hermana retumbaba en su mente para devolverlo a la realidad.

—¿Qué quieres, Micaela?

—¡El duque de Kent nos invita a una cena en su residencia mañana! ¡Ha vuelto, Ferdinand, es la oportunidad que he esperado por tanto tiempo!

Él se dignó a mirar a su hermana que estaba extasiada. Quería casarla para que no se entrometiera entre Eloise y él, pero ya no existía ninguna posibilidad de matrimonio, solo tenía un costoso anillo que debía vender para recuperar el dinero. Bruce era un buen hombre, poner a Micaela a disposición de él sería la mayor muestra de confianza hacia su amigo. Sabía cuánto se sacrificó por Micaela y su madre, no podría rechazarla.

—Ponte tu mejor vestido, Micaela, y yo me encargaré del resto —dijo con una media sonrisa.

—¡Gracias! —Lo abrazó acelerada—. Hueles a alcohol. Sería bueno que te dieras un baño —recomendó y se fue corriendo para buscar a su madre.

Se giró un poco para percibir su aroma y su hermana tenía la soberana razón, tenía los olores de un hombre ahogado en la bebida, no el aroma de un caballero ahogado en la decepción.

Para la noche del día siguiente, fueron hasta la casa del duque de Kent, quien los recibió después de que el mayordomo les abriera la puerta.

Micaela estaba vestida de manera impecable. Su vestido de mangas abullonadas la hacía resaltar con gracia y elegancia.

—Bienvenidos a mi casa —expresó Bruce, con una reverencia de cabeza que Ferdinand y su familia respondieron—. Es un placer verte, Ferdinand...

—También el mío, ¿qué le ocurrió a tu brazo y a tu pierna? —preguntó al verlo.

—Una mina se desmoronó estando yo adentro. Fui afortunado al salir con vida.

—¡Qué horrible, excelencia! —exclamó Micaela con las manos en el corazón.

—Estimada lady Micaela, está usted más hermosa desde la última vez que la vi. —Tomó una de sus manos para besarla—. Afortunado será su prometido, pues debo suponer que con tal belleza usted está comprometida...

—Aún no lo estoy, estuve esperando al caballero adecuado. —Se sonrojó al decírselo.

—No se crea muchos cuentos del amor, milady —recomendó Bruce, desviando su atención para mirar a lady Nat y saludarla.

Eloise iba retrasada a causa de su padre que se quedó demasiado tiempo charlando con su tío. Escuchó parte de la conversación que sostuvieron. Fue a felicitarlo por su compromiso con el

duque; el conde ya podía estar tranquilo de que su hija pudiera contraer matrimonio sin la sombra de Eloise espantando a sus pretendientes.

Su familia no tenía el mejor concepto de ella, sino el peor. No era halagador escuchar que su tío dijera: «La descarriada encontró un descarriado que la contenga».

El duque no era ningún tonto. Era el más inteligente de los hombres, porque la aceptó con todos sus defectos a cuestas, y por eso más se merecía su amor.

Su cabello negro estaba recogido en un sobrio peinado. Su vestido era elegante y un poco ostentoso. Ella no lo escogió, lo hizo el mismo Bruce. Pensaba que de cierta forma él quería presumirla frente a sus invitados, esa idea no la agravió, sino le hizo sentir orgullo de que él quisiera que la admiraran, la atención era algo que a ella le encantaba. El color marfil era muy neutral a su gusto, pero aquel vestido era especial para lucir a la dama que lo llevaba puesto, no para que lo modelara.

En la suntuosa mansión de su prometido, fue recibida como lo que sería: la futura duquesa de Kent.

El mayordomo la conocía hasta por las pisadas que daba, no hizo falta tocar la puerta para que le abriera.

—Bienvenidos, señorita Eloise, milord, milady... —mencionó el mayordomo—. El duque los recibirá, con permiso.

—Tiene una casa muy grande para un hombre tan solitario —opinó su padre mirando los cuadros, los muebles y las largas y lujosas escaleras de aquella casa.

—Esto es mucho trabajo para una esposa, Eloise... —cizañó su madre para infundirle temor y un poco de conciencia por ser la futura duquesa.

—No le temo a este desafío si él está de mi lado —murmuró para callar a su familia.

El mayordomo se acercó a Bruce que estaba bebiendo un poco con sus socios mientras hablaban.

—Ha llegado, excelencia...

—Gracias —dijo y lo despachó—. Disculpen, iré para recibir a alguien que quiero presentarles...

Se alejó de ellos para ir junto a Eloise.

Al verla tomada de las manos, mirando hacia las pinturas que tenía, solo pudo ver a su prometida como una mujer que desbordaba inocencia por su actuar, pero que deslumbraba por su vestir. No evitó que una sonrisa delatara su fascinación por ella, estaba enamorado de Eloise Clement.

—Señorita Eloise... —habló acercándose hacia ella, que centró su atención en él.

Eloise alzó la mano para que él se detuviera antes de continuar acercándose.

—Excelencia, no debería caminar tanto —lo regañó caminando hacia él—, deje que yo lo acompañe. Espero disculpe mi tardanza, yo debí fungir de anfitriona, pero los inconvenientes caseros me detuvieron. —Miró a su padre, acusándolo con la mirada.

—No se preocupe. Milord, milady, deben acompañarnos —mandó Bruce del brazo de Eloise.

Ellos siguieron a la pareja hasta la sala donde estaban todos reunidos en varias tertulias.

Pepper fue la que le sonrió, el resto de los asistentes solo pudo quedar mudo.

—Disculpen, pero requiero de la atención de todos ustedes... —musitó Bruce en voz alta—. Esta reunión es para presentarles oficialmente a la señorita Eloise Clement, mi prometida...

Eloise miró a todos, y también se encontró con la mirada del marqués de Normanby. No se esperaba verlo, aquel debía ser el pago a sus malas acciones.

Micaela estaba horrorizada. Eloise era una pesadilla, no podía digerir lo que escuchó, al igual que Ferdinand que se llevaba una copa a la boca en el instante en que Bruce hizo el comunicado, aquel trago tenía sabor a veneno.

—No temas por lo que ellos opinen de ti —le murmuró Bruce a Eloise en el oído—, solo debe importar lo que yo piense de ti.

Ella dejó de mirar a Ferdinand con pena y vergüenza, para observar los ojos de Bruce, que eran comprensivos y cariñosos.

—No temo, ellos me temen. —Le sonrió a su querido duque para llenarse de confianza y enfrentar a su pasado con decencia.

En la mente de Ferdinand pululaban los acusatorios pensamientos hacia Eloise. Para él era evidente que embaucó a Bruce con su falsa decencia, para obtener todo el dinero que se escondía detrás de él. Eloise era la serpiente más venenosa de todas, pero aún la quería para él por más que lo envenenara por dentro.

# Capítulo 27

—Sé que la gran mayoría de ustedes la conoce —comentó Bruce, observando el rostro indescifrable de cada uno de sus invitados.

El mayordomo se acercó a su oído para susurrarle unas palabras.

—Podemos pasar al comedor y que nos sirvan la cena. Señorita Eloise... —pidió el brazo de ella con su lado sano.

—No debe hacerse el caballeroso, excelencia. Yo lo llevaré —indicó con gracia, haciendo caso omiso del rostro de Ferdinand y para qué no decirlo: del resto también. Nadie podía interponerse en la felicidad que ella sentía.

Ferdinand no iba con el grupo que iban comentando con indiscreción sobre Eloise y Bruce. Se quedó en aquel salón, tomando con fuerza uno de los sillones.

—No me imaginaba que Eloise fuera la mujer de la que Bruce hablaba —dijo Claude acercándose a él.

—Es el demente —mencionó chirriando los dientes.

—Vengan, no llamemos la atención de Bruce —los interrumpió Alan—, esto supera lo sorprendente. Te lo dije Ferdinand, Eloise podía hundirte y lo está haciendo.

—Me dará una explicación, lo juro...

Eloise fue ubicada casi frente al que era el lugar destinado para Ferdinand en la mesa. Pepper estaba un poco más alejada junto a Micaela.

—No puedo creerlo, lady Payton —expresó helada por la noticia.

—¿Qué sucede? Entienda, es lo mejor que pudo pasar. Su hermano no se casará con ella.

—Lady Payton, el caballero al que yo quería conquistar era el duque de Kent. No puedo soportar esto.

Pepper estaba tan cenicienta que ya no tenía ese color saludable que pocos días al año la acompañaba. Enterarse de que Eloise se casaría le había devuelto el alma al cuerpo, pero saber que lady Micaela estaba profundamente enamorada del hombre a quien también Eloise adoraba, la colocaba en un dilema. Era su conveniencia o la de una de sus amigas.

Eloise por mucho aventajaba a Micaela en la preferencia de Pepper, por más que nunca haya sido amable con ella. Apreciaba a Eloise y se regocijaba en su felicidad, confiaba en que pronto, superado el asunto del marqués, ella lo ayudara a conquistarlo.

—Lo siento. Supongo que no hay nada que festejar de su lado, lady Micaela —lamentó Pepper, agarrando la servilleta para colocarla sobre sus muslos.

La mirada afligida y llorosa de Micaela en la mesa no pasó desapercibida por su madre y a la vez por Ferdinand.

—Es una excelente cena —opinó Alan para romper el silencio que se cernía sobre ellos. Nadie decía nada. A Eloise y Bruce parecía no importarles, se miraban y sonreían con complicidad.

—¿Cómo conociste a la señorita Clement, Bruce? —indagó la voz de Ferdinand que tomó por sorpresa a sus amigos y su familia. No querían que aquello terminara en un desastre.

La mano izquierda de Bruce viajó hasta la mano de Eloise y la colocó encima. Ella se sonrojó y sonrió pese a estar terriblemente nerviosa por la participación del marqués que no quería perderse ningún detalle de su rostro.

—La conocí en uno de los bailes, varias temporadas atrás. Pero no fue hasta esta temporada que decidió hacerle caso a mi humilde pedido para danzar... —contó relajado, fijando sus ojos en su socio—. Me rechazó porque soy un poco mayor.

—Exagera, excelencia. Deja mal vista mi imagen —musitó, siguiendo la cháchara de su prometido.

—Por supuesto que usted será mayor para ella que gusta de los jóvenes —intervino Micaela, cortando su pitanza. No miró a nadie cuando lo dijo—. Los hombres mayores no deben ser algo de su apetito.

Eloise subió una ceja por el comentario de Micaela. Quería dejarla mal parada frente a Bruce y sus socios. Pensó en qué decir, sin embargo, antes de abrir la boca, Bruce interrumpió.

—Lady Micaela, los gustos de mi prometida solo ella los sabe, usted los supone. Bien conozco sobre ella y me hace sentir orgulloso que haya sido el escogido.

—Es motivo de mucho orgullo que la señorita Clement otorgue sus atenciones —aseguró Ferdinand, acusándola con la mirada.

Ella estaba en medio de un conflicto familiar con la familia del marqués de Normanby. Micaela debería estar contenta porque su hermano y ella no se casarían, pero en cambio estaba intentando hundirla frente a su prometido.

—¿Y cómo va la fábrica textil, Ferdinand? Estuve un poco alejado de todo esto, necesito informarme.

—Tuvimos algunos retrasos, no todo estará en marcha en estos próximos días. Las lluvias no han ayudado a la construcción.

—La fábrica debería estar en funcionamiento. ¿Cuál fue el motivo del retraso?

Todos sabían que aquel retraso se llamaba mala utilización de los recursos en favor de Eloise por parte de Ferdinand.

—Aumentaron algunos gastos —intervino Alan con presteza, no quería que Ferdinand se delatara o que Micaela lo delatara en todo caso.

—¿Tanto para retrasar la inauguración? —cuestionó—. Es tu responsabilidad administrar con

inteligencia el patrimonio que te dimos, Ferdinand. No dudo que estés haciendo lo mejor que puedes, pero no seas permisivo, que no sea una de tus debilidades...

Ella colocó su mano sobre la mano de Bruce para que recordara lo que dijo sobre sus negocios.

—Lo siento. Le he prometido a Eloise que contrataré a un administrador para que lleve mucho de mis negocios, porque yo me dedicaré de pleno a ella. Fue lo que me mantuvo con vida cuando perdí la esperanza de vivir.

A Bruce le encantaba presumirla frente a quien fuera porque ella era incapaz desairarlo, era correspondido por sus gestos y su mirada.

—No deja de ser exigente con sus negocios, excelencia. Deberé recordarle que se lo tome con más ligereza —dijo ella con picardía en la mirada.

Todo lo que él dijo sobre abandonar sus negocios y dedicarse a atenderla a pleno, tenía escondida detrás una gran promesa. Para él sus negocios eran su vida, pero cuando la muerte fue a querer tomarlo, vio que todo el dinero carecía de significado. Eloise fue a su mente, la mujer que lo tomó preso sin saberlo.

Al acabar hasta el último platillo, todos abandonaron la mesa para volver a las tertulias.

—Ustedes me han hecho pasar una gran vergüenza. Esa muchacha vive más pendiente en ustedes que en el propio duque. Ferdinand está perdido por culpa de ella, y tú, Micaela, pareces una arrastrada por el duque. ¿No lo ves? Debes mirar adelante... —exigió su madre.

—¿Por qué ella y no yo?

—Pregúntale a tu hermano, está perdido por ella...

Micaela no podía ver la felicidad en el rostro de Eloise y Bruce. Ellos conversaban con Pepper y los padres de Eloise.

—Creo que es hora de irnos —anunció su madre—, nos excusaremos con que me siento mal.

Lady Nat se acercó a Ferdinand y le dijo que deseaba retirarse. Él no quería hacerlo. Prefería envenenarse viendo al resto.

Micaela, acompañada de su madre, se acercó a Bruce para despedirse.

—Excelencia, nosotros nos retiraremos. Mi madre desea descansar —dijo sonriéndole a él. No podía evitarlo.

—No se irán sin llevarse los presentes que traje para ustedes de América —habló animado—. Señorita Eloise, iré con las damas para buscar sus presentes.

—Que tengan buena noche —las despidió Eloise, mirando recelosa a Bruce por la forma en que Micaela lo observaba.

Ferdinand vio a Bruce, su madre y su hermana ir hacia el recibidor. Era su oportunidad para tomar de Eloise sus palabras.

—Pepper, no me dejes sola. Ustedes tampoco, madre, padre. El marqués no comprendió mi negativa como lo esperaba —confesó tomada del brazo de Pepper.

—Buenas noches —saludó a todos, incluyendo a Eloise—. Se la ve excelente, lady Payton y

no puedo decir más sobre usted, señorita Clement.

—Gracias... Di algo, Pepper —la presionó la pelinegra.

—Gracias —dijo casi temblando.

—Quería felicitarla, señorita Clement. Cazar a un duque no lo hace cualquiera, y menos a uno tan rico —insinuó con molestia.

—Le agradezco sus felicitaciones, señoría —respondió con frialdad, alzando la nariz.

—Qué grosería —expresó el padre de Eloise—. La envidia es una pésima consejera, señoría.

—Usted conoce mejor que nadie la reputación de su hija. Es una interesada y, por sobre todo, una desvergonzada.

Pepper chilló tapándose la boca con la mano.

Ferdinand hizo una reverencia de manera cortés y se retiró hacia donde su hermana y su madre fueron.

—No importa lo que él piense, es un resentido —masculló sin dudas ofendida en el fondo. No era tan inmune a todo. Pero no era la culpable de que ese hombre se ilusionara con ella.

Lady Nat y Micaela apreciaron los bellos obsequios de Bruce. Mientras Ferdinand las alcanzaba.

—¿Están listas? —preguntó sin observar a Bruce.

—Sí, acompáñame al carruaje —pidió su madre a Ferdinand.

—Ferdinand, te esperaré mañana, quiero conversar contigo...

—Aquí estaré, Bruce. Vamos, Micaela.

—Los alcanzo, agradeceré a su excelencia por sus regalos —alegó para quedarse a solas con él.

Eloise creyó que ya era un tiempo prudencial para buscar a Bruce. Ferdinand y su familia tuvieron que haberse ido, y el duque debía estar cansado por su convalecencia.

Dejó a su familia y a Pepper para ir a buscarlo. Caminó por el salón que lo llevaba al recibidor. Él estaba aún conversando con lady Micaela.

—Esas horquillas están hechas con piedras preciosas, lady Micaela. Vi que usted suele utilizar en sus peinetas imitaciones de brillantes.

—Sí, estas son las primeras joyas reales que recibo... —Calló unos minutos—. Debo decirle algo que no puedo callar más, excelencia.

—Puede decirme lo que guste. ¿Es en referencia a su hermano?

Ella negó con la cabeza.

—Se trata de usted. Disculpe por lo que le diré, pero no puedo callar más este amor por usted. Mi corazón le pertenece y está profundamente herido porque usted vaya a casarse con una libertina como Eloise Clement. Solo está con usted por su dinero, es una víbora...

—¿Qué está diciendo, lady Micaela?

Eloise, con las manos convertidas en puños, se escondió detrás de uno de los pilares para seguir escuchando a Micaela, que carecía de mucha vergüenza para confesarle su amor a un

hombre comprometido.

Micaela levantó sus manos hacia el rostro de Bruce que estaba demasiado sorprendido por lo que ella le confesó.

—Yo puedo hacerlo feliz. Soy una joven educada, decente y de buena familia. Mi corazón le pertenece y es sincero. Eloise es mala, por favor rompa el compromiso con ella. Quiero demostrarle que es cierto lo que le digo... —musitó para luego besar a Bruce sin su consentimiento.

Desde las sombras, temblaba por los celos que la consumían. Bruce era suyo, era su prometido y ella no se lo quitaría.

—Nunca tomarás lo que me pertenece, lady Micaela. Creo que llegó el momento de revelar tu secreto, pequeña libertina... —susurró Eloise para ella misma. Era su jurada enemiga desde ese momento y no pararía hasta deshacerse de ella.

# Capítulo 28

Eloise iba a salir de su escondite para alejar a Micaela de su prometido, pero vio que él la separaba con delicadeza de su boca.

—Lady Micaela, me sorprende, y me honra que usted tenga esos sentimientos, pero debo confesar que usted es como una hermana para mí... —confesó al tiempo que vio los ojos de Micaela empaparse en lágrimas.

—¿Una hermana? —cuestionó molesta—. ¿Es porque no soy coqueta como esa arpía? —Señaló hacia el salón donde debería estar Eloise.

—Ella no es una arpía, Eloise es mi prometida, la mujer que elegí. Le ruego, por su tranquilidad, que deje de vivir pendiente de ella. Es usted muy joven y hermosa para preocuparse por otras damas. Buenas noches, lady Micaela.

Echa un mar de lágrimas, corrió para salir de la mansión de Bruce.

Él quedó descolocado por su confesión. Su amabilidad había sido mal interpretada por una pequeña debutante. En realidad podía más verla como una hija, no era una mujer para él, era a Eloise a quien veía como una.

Eloise, al verla correr e irse, tomó camino para estar con Bruce. Sacó un pañuelo de su ridículo antes de llegar hasta él.

—¿Llamarme arpía le parece justo, excelencia? Es una pésima amiga. —Sonrió maliciosa.

—Sí, lo creo. Solo está confundida, no es amor, solo cree que lo es.

—No importa si lo es o no —dijo pasando el pañuelo por los labios de Bruce—. No me gustan los besos amargos.

A él le brillaron los ojos de diversión. Su dulce libertina estaba celosa.

—Dios no permita que te los dé jamás, Eloise. —La tomó del mentón para poseer sus experimentados labios.

Aquella era la boca que él deseaba sentir. El calor de sus labios lo sofocaba haciendo que cada día sus deseos de poseerla como su mujer se hicieran más fuertes, pero se había jurado saber lo que escondía después de su boda. Era muy ambicioso ese tiempo, sin embargo, sería una prueba más a su amor y lealtad.

—Volvamos con los invitados, no quiero que empiecen a hacer cotilleos sobre mi comportamiento. —Hizo un mohín que gustó a Bruce y le sonrió.

Él le ofreció el brazo para volver juntos. Antes de caminar, Eloise dejó una suave caricia en la mano de Bruce para que la sintiera.

Era implícito que Eloise no consintió el encuentro de Bruce con Micaela y, aunque lo tomó con sarcasmo, él no sintió miedo alguno al ser descubierto, pues obró de manera correcta al rechazar educadamente a la confundida hermana de su socio.

Micaela subió llena de lágrimas al carruaje junto a su madre y su hermano. El duque le había dejado claro sus sentimientos hacia ella y eso la destrozó.

—Se va a casar con ella. Él se pierde de saber lo que vales, Micaela —musitó su madre al escuchar sus hipidos—. Se casará con una mujer hueca porque la belleza no siempre es acompañada de inteligencia y benevolencia.

Ferdinand volteó sus ojos demasiadas veces al escuchar a su madre referirse a Eloise de esa forma. Recibió una cruda estocada esa noche, fue la peor de todas. Ni siquiera saberse en la ruina años atrás fue tan fuerte como lo que ella le hizo. ¿Tanto podía más el dinero que un corazón sincero?

Pensó que ella le correspondía en sus sentimientos y aún seguía creyendo eso. Eloise, a su parecer, estaba cegada por el dinero de Bruce. ¿Qué haría esa mujer tan hermosa con un hombre que le doblaba la edad? Solo era por interés. Micaela era quien en verdad sentía algo por Bruce, pero él también estaba ciego por Eloise.

También pensaba que Bruce estaba simplemente comprando lo que todos deseaban. Estaba acostumbrado a hacer grandes inversiones donde sabía que ganaría, era un hombre inteligente. Probablemente, Bruce terminaría ganando la cama de esa mujer a cambio de un derroche de fortuna. Ambos obtendrían lo que deseaban: Eloise el dinero, y Bruce a la mujer en su cama.

Tenía sentido, aunque también carecía de él. ¿Por qué el duque expondría su reputación junto a ella? Tal vez todo dejó de importarle el día en que casi murió y por eso tomó la precipitada decisión de desposarla por estar impresionado.

—¡Es culpa de Ferdinand que fue incapaz de seducir a Eloise! —masculló Micaela, presa de la rabia y la impotencia.

Ferdinand pareció abandonar sus especulaciones para mirar a su hermana con el rostro inverosímil.

—¿Qué estás diciendo? ¡Tú no quisiste que me involucrara con ella, Micaela! Te mereces esto, te lo mereces.

—¡Y tú también te lo mereces! —Lloró colocando su falda en su cara para no ver más a su hermano.

Lady Nat estaba decepcionada de sus hijos. Desde que regresaron a Londres solo habían acarreado problemas. Ferdinand era una fuente constante de chismes por su desafortunado amor por Eloise, y Micaela era caprichosa y se negaba a aceptar el cariño sincero del amigo de Ferdinand.

***

Ferdinand se arregló para ir junto a Bruce. Anoche le pidió que se reuniera con él. Tal vez fuera para hablar de que pretendió a su prometida.

Al recordar que Eloise estaba comprometida con un hombre tan honorable como Bruce, solo podía creer que una piedra le cayó en la cabeza. Sin embargo, no estaba en condiciones de juzgar a nadie porque él deseaba la suerte de Bruce por tenerla.

La veía sonreír cada vez que él mencionaba algo, no rechazaba el contacto del duque como lo hacía con el suyo, se veía orgullosa caminando del brazo de aquel. Aquella era la arpía más interesada, podía fingir que adoraba a Bruce como lo hacía, pero no podía evitar que la envidia viajara por sus venas.

Cuando bajó a desayunar, su dramática hermana no hizo su aparición, quizás estaba llenando su habitación con lágrimas. Su madre tampoco desayunó con él, por lo que su salida se aceleró.

El mayordomo de Bruce anunció la llegada de Ferdinand, estaba listo para comentarle lo que deseaba.

—Buen día —saludó Ferdinand al pasar la puerta.

—Buenos días, Ferdinand. Adelante, siéntate —pidió educado, mostrándole el sillón frente a él.

—Estoy aquí como pediste. Dime, ¿en qué puedo ser de utilidad?

—¿Recuerdas que anoche dije que buscaría un administrador? He pensado en ti como ese hombre —pronunció—. Antes de que digas algo, debo decirte que eres digno de mi confianza, y he decidido ayudarte aún más. Eres un joven emprendedor. Puedo verme en ti cuando tenía esa edad.

Estaba impresionado por el concepto que Bruce tenía sobre él. Deseaba de corazón ser su hombre de confianza. No obstante, debía declinar la oferta, pues deseaba a la que sería su esposa. Por respeto y los lazos de negocios y amistad que existía debía decir que no.

—Bruce, me siento halagado por tu ofrecimiento, pero debo rechazarlo.

—¿Por qué? Los percances con la fábrica pueden ocurrir, nadie está exento a una lluvia. ¿O sí? —preguntó de buen humor.

—No es eso, es...

—¿Eloise? —indagó viendo que Ferdinand desviaba su mirada—. Sé que le pediste matrimonio, no es un secreto para mí. Conozco los movimientos que estuvo haciendo. Somos caballeros, Ferdinand, y siempre hay algo que entendemos: ella es quien decide con quién desea estar. Ambos hemos propuesto, y uno de nosotros ha sido aceptado. Sea por mi fortuna, mi posición o sentimientos verdaderos, ella será mi esposa y acepto todo lo que se derive de mi decisión de desposarla. Caíste como caí yo, aunque tuve que asumir varias veces mi derrota para poder ser aceptado. No me acerqué a ella con las mejores intenciones, sino con las de encontrar a una mujer muy ligera de cascos y terminé sorprendido. —Rio al recordar sus primer encuentro a

solas con Eloise—. Intentó seducirme mostrándome su tobillo, es lo más inocente que alguien haya hecho nunca...

—Difiero contigo, Bruce. Para mí es una arpía perversa, que juega con los hombres... —dijo recordando su mala fortuna y envidiando la de Bruce.

—Es perversa, pero a la vez inocente, puedo asegurarlo. No hay rencores entre nosotros, Ferdinand. Si presiento que Eloise ya no me quiere, yo mismo la dejaré en libertad de escoger. Ella es un ave libre, y así quiero que siga. Si me pide ir contigo, la dejaré porque yo así la amé. Llámame tonto, desprendido o confiado, sin embargo, yo siempre lo llamaré amor y respeto por su ser. Soy un adulto para ponerme a hacer niñerías y reclamos, eso se lo dejo a los jovencitos como tú.

—Es una mala decisión darle tanta libertad que ella no sabrá usar, gusta de los hombres como de los chocolates. —Sonrió burlón.

—Tal vez. Piensa de esta forma, mi buen amigo, ella obtiene lo que desea de mí, y yo lo que deseo de ella, es un excelente negocio donde nadie pierde. Si ve que su inversión no tiene peso, es libre de buscar otros nichos... —aseguró confiado—. Deja de preocuparte por Eloise y piensa en tu futuro, en lo exitoso que podrás ser...

Sabía que terminaría convencido por Bruce. No era alguien que se diera por vencido fácilmente, intentaría todas las tácticas posibles para seducirlo con la idea de ser su administrador, pese a que una sola idea estaba fija en su mente: poder ver siempre a Eloise si se convertía en su administrador.

***

Eloise esperó a que llegara la siesta para mentir y salir a resolver la cuestión que la perturbó durante la noche: lady Micaela.

Delatarla era su única forma de deshacerse de ella y que no se acercara a Bruce. Recordó celosamente que aquella niña se atrevió a colocar sus ojos en su duque. Micaela cometió el error de declararle su amor a un hombre comprometido. No quería correr riesgos de tener que lidiar con la muchacha como había tenido que lidiar la prometida de lord Falkes con ella.

Ella, al recordar a ese hombre, sintió que se le erizaban los pelos por el miedo que sintió esa noche en que intentó aprovecharse de ella. Algún alma caritativa la había salvado del desprestigio para que llegara pura a su matrimonio con Bruce. Lo agradecía cada día con el corazón.

Al llegar frente a la casa del marqués de Normanby, sabía que tendría que enfrentar la rabia de ese hombre. Pero para ella valía la pena para poder librarse de la amenaza de lady Micaela.

La hicieron pasar hasta el recibidor para que esperara al marqués de Normanby. Ella rememoró el día en que fue a tentarlo hasta ahí, sin saber que la pequeña culebra ponzoñosa de Micaela pretendía a Bruce. Qué tonta había sido al intentar ayudarla para librarse del cortejo de

lord Dartmouth.

—Señoría... —habló el mayordomo llamando su atención. Él estaba muy concentrado mirando a la nada.

—¿Qué ocurre?

—La señorita Clement ha venido a verlo.

—¿Eloise? —preguntó con una gran sonrisa estampada en su rostro—. Por favor, que pase a la biblioteca...

El hombre obedeció y Ferdinand estaba entre nervioso y feliz de tenerla ahí. Desconocía qué fue lo que pudo llevarla hasta su residencia y quería averiguarlo.

# Capítulo 29

Aquello que hizo fue como meterse en la cueva del lobo. Debería soportar todo lo que el marqués tuviera para decirle. Esperaba al menos que no mal interpretara su visita sorpresa.

—Bienvenida a mi residencia —la recibió Ferdinand con el rostro impasible.

—Buenas tardes, señoría. Espero no importunarlo con mi presencia, lo que vengo a decirle es algo muy breve.

—Entonces la invito a mi despacho, donde podremos hablar tranquilos —dijo anticipándose a ella para abrirle la puerta. Al sentir la brisa que dejó Eloise al pasar la puerta, pudo inhalar el aroma de primaveral que de ella se desprendía.

Eloise miró el coqueto despacho del marqués. Era amplio y con gran cantidad de papeles y también mobiliario muy fino. Recorrió una escultura con los dedos para luego girarse y ver que él casi estaba sofocándola con su cuerpo.

—¿Es tanto su interés por el dinero que no le interesaron mis intenciones, Eloise? —la cuestionó, acorralándola—. Mi propuesta estuvo antes que la de Bruce, pero su maldita ambición no la dejó ver nada.

—Le hablé de un hombre cuando comenzamos nuestra aventura, señoría, y ese hombre era el duque. No es solo su dinero, es él, me arrebató el corazón.

—¿Corazón? ¡Usted no tiene corazón! —masculló molesto, moviéndola con brusquedad—. Le ofrecí mis sentimientos sinceros y fue tras el dinero y la posición de Bruce. ¿Por qué no esperó a que la fábrica prosperara? Podré darle lo mismo que él.

—¡No siento nada por usted! —confesó, despojándose de su agarre—. No quiero que malinterprete mi venida —dijo un poco más sosegada.

—¿Cómo fue capaz de fingir, Eloise? Aceptar mis besos y mis caricias no parecieron ser desagradables. ¿O me equivoco?

—¡Por Dios, no se equivoca! —expresó con ironía—. Si no me gustara, no lo habría dejado besarme una sola vez. Pero no confunda mis deseos con mis sentimientos porque no querrá escuchar lo que viene —advirtió más alejada.

—Dígame el objetivo de la visita entonces, si no es nada de lo que presumí...

—Lady Micaela es el motivo principal de mi visita. Tengo que contarle lo que hizo hace muy poco tiempo y que ocultó ante todos. No es la impoluta dama que dice ser.

Ferdinand se carcajeó, sarcástico al escuchar eso. Por supuesto que no iba a creer una sola palabra que saliera de alguien como ella que lo había utilizado para su placer.

—A ver si entiendo, señorita Clement. ¿Mi hermana no es una dama recatada, o es lo que quiere usted darme a entender?

—Esa sonrisa se le borrará del rostro cuando se lo diga —musitó Eloise por el deje de burla que le hizo Ferdinand.

Él rodeó el escritorio y procedió a mirarla con fingido interés. Estaba bastante enfadado como para prestarle interés a sus palabras.

—La escucho atentamente...

—No voy a extender innecesariamente esto, pero como amiga de su hermana, estoy en el deber de decirle que ella ha tenido una aventura con un noble, y antes de que esa cínica cara que usted está colocándome comience a burlarse, le diré aún más, fue con su amigo, el conde de Dartmouth.

—No es bueno inventar cosas, señorita. Mi hermana no puede ver a mi amigo Claude. ¿Qué quiere lograr inventando esto? ¡Por supuesto! —concluyó cargado de sarcasmo—. Su prometido. Tiene miedo a que Bruce tome la correcta decisión de tomar a mi hermana como esposa y abandonarla a usted. Sacar del camino a Micaela con mentiras no habla bien de usted.

Eloise hizo chirriar sus dientes, no se daría por vencida ante las insinuaciones de Ferdinand para echarle a la cara todos sus defectos.

—Piense usted lo que a su cabeza le plazca. No es ningún invento, fui testigo. Una noche fue a una de las veladas extravagantes que tiene la bella Londres casi llegando a los barrios bajos. Lord Dartmouth estaba enmascarado hurgando entre las piernas de su hermana...

Preso de la furia, pasó el cuerpo sobre el escritorio y tomó a Eloise del brazo con demasiada fuerza.

—¡Basta de inventos! ¡Hasta dónde es capaz de llegar por su ambición, no voy a creer una sola palabra de esto, solo quiere hacer quedar mal a Micaela porque está interesada en Bruce!

—¡Yo llevé a su hermana, si no me cree es su problema, si alguien decide devolver a su hermana porque su pureza se la llevó su amigo, no es algo de mi incumbencia! —dijo intentando forcejear—. Le estoy advirtiendo para que no pase una vergüenza, de usted depende recuperar la honorabilidad de su hermana, dándola en matrimonio a lord Dartmouth.

Ferdinand soltó a Eloise con un brusco empujón y luego salió de detrás del escritorio para sofocar sus brazos con más fuerza.

—¡Mentirosa, mentirosa! —la acusó, nervioso—. ¡Claude me lo hubiera dicho!

—¡Suélteme! —exigió lastimada—. Él no podrá decirle nada porque la ligereza de su hermana fue tal que no sabía quién estaba entre sus piernas.

Ella estaba agitada al ver que tenía altas probabilidades de que el marqués la asesinara por la rabia. Tenía que hacer algo para conseguir lo que deseaba: perjudicar a Micaela y salir ilesa de aquel encuentro.

Ferdinand rememoró la noche en que él había salido con Claude para buscar a una mujer. Dos mujeres estaban sentadas solas. Su amigo tomó a una de ellas y lo dejó con la cortesana más delgada.

—Los hombres estaban con máscaras al igual que las mujeres, y nosotras nos vestimos de cortesanas... Pregúntele a su amigo si hay coincidencias en lo que digo... —continuó haciendo arder la llama de la rabia.

Él apretó aún más su agarre haciendo que Eloise soltara un quejido por el dolor.

—No puede ser, mientes... —masculló, mirándola con su encendida mirada verde.

A pesar del fuerte agarre, Eloise debía salir sana y salva de ahí, y no le quedaba más que acudir a sus artilugios femeninos.

—Señoría —se esforzó por subir su mano derecha para acariciar el rostro de Ferdinand—, no dude de lo que le digo... —añadió con un tono acaramelado.

Al sentir su contacto, él cayó rendido. Sus ojos azules no daban tregua para aprisionarlo en sus sentimientos hacia ella. Sabía que le encantaba y Eloise se aprovechaba. Ferdinand cambió sus violentos apretones por unas dulces fricciones a los brazos de ella.

—No puedo creerle, Eloise. Es muy perversa... —musitó subiendo su mano izquierda para acariciar los vivaces bucles negros de ella—. Te aliento a que desees estar a mi lado, soy apasionado, aprisionado de ti... —Quiso acercarse a sus labios, pero ella lo impidió.

—No me tiente, que puedo caer —alegó pícara—. Tal vez si lady Micaela se casa con lord Dartmouth, estaría complacida con usted.

Aquel movimiento era peligroso, si antes no lo manipuló para su placer, lo haría para que sacara a Micaela del camino de Bruce. No la quería pululando cerca de él.

—Debo comprobar esto con ella, no debe salir de aquí... —Volvió a acariciar su brazos de manera cariñosa.

Ella sonrió nerviosa para seguir con su pícaro juego, pero estaba un poco temerosa de la habilidad del marqués para pasar de la furia a un estado de encantamiento por ella. Su carácter cambiante le hacía dudar sobre su cordura, quizás estaba sometido a demasiada presión como para mantenerse como un individuo racional.

Después de eso, y continuando con su estrategia de convencerlo por manipulación, podía asegurar que salió victoriosa al dejar calmado a Ferdinand. Micaela era quien debía atajarse a una silla.

Al ver que Eloise se retiró, miró las escaleras con enojo. Micaela de ninguna manera escaparía a un castigo.

—¡Micaela! —exclamó para que apareciera—. ¡Micaela!

Molesta y con los ojos rojos de tanto llorar, bajó a ver qué necesitaba su hermano.

—Ahí estás, vagabunda... —señaló a Micaela que abrió los ojos con gran sorpresa al escuchar ese término de la boca de su hermano.

—¡No me ofendas!

—¿Ofenderte? Ofendido estoy como tu hermano y tutor al enterarme sobre tu ligereza. Quiero escucharlo de tu boca, quiero que lo digas, Micaela. ¿Es cierto que fuiste a una mascarada con el rostro cubierto?

Pálida por haber sido descubierta, no tenía otra alternativa que no fuera la mentira o la negación. Primero la mataban antes de admitir aquello.

—¡No es cierto, Ferdinand, es mentira!

—Me lo ha dicho la persona que te llevó hasta ahí. ¡¿Cómo es posible que te arriesgaras con un extraño?!

—¡Que no es cierto! —insistió temblorosa—. No te lo pudo haber dicho nadie porque no salí.

—Eloise Clement me lo contó, no mientas más...

—¡¿Ella?! ¿Le crees a la prometida del duque, a la mujer que jugó contigo, Ferdinand? Ella no tiene palabra y menos decencia, es decadente y frívola.

—Te casarás con ese hombre que estuvo contigo.

Micaela respiró con dificultad, presa del pánico. Estaba indefensa ante todas las acusaciones y la declaración de Eloise.

—¡No lo conoces, no sabes quién es! —gritó, delatándose sin remedio por la desesperación que sentía.

Ferdinand se quedó tieso. Acusar y creer que su hermana pudiera voltear la situación a su favor era su esperanza, sin embargo, ella tenía la soga en el cuello puesta por su propia culpa.

—¡Me negaba a creerlo! —exclamó al ver llorando amargamente a Micaela por la tontería que hizo delatándose—. Claude responderá por ti, Micaela. Agradece a la providencia que él haya estado ahí, bien que lo rechazabas.

—¡No, Ferdinand, por favor, perdóname! —Corrió, abrazándose a su hermano—. ¡No lo hagas, milord es muy fastidioso!

—¡¿Fastidioso?! ¡Bien que se divirtieron esa noche! —La empujó haciendo que ella cayera entre sus propias faldas para continuar su desespero en el suelo.

—¡Te lo imploro!

—Te casarás porque lo harás, y no admito discusiones... —dijo dándole la espalda para volver a su despacho.

Tirada y lamentándolo desde el fondo del corazón, no pensó más que en su venganza hacia su hermano. Si Claude era quien estuvo con ella, él estuvo con Lady Payton.

Con aquella arma en su mano, se levantó para ir a su despacho y enfrentarlo.

—¡Me escucharás, Ferdinand! —vociferó al entrar—. ¡Si tú me obligas a casarme, tú también lo harás porque te diré el nombre de la mujer que me acompañaba y a la que tomaste tú! —Lo señaló histérica.

—¡No haces más que hundirte diciéndome eso!

—Admitir que fui es un error, pero no voy a sufrir sola casada con alguien a quien no quiero. Feliz enlace con lady Payton, Ferdinand —congratuló sarcástica—. Al parecer la señorita

Clement olvidó que éramos tres... ¡Y que lady Payton fue con quien te acostaste!

# Capítulo 30

Ferdinand no podía pronunciar palabra. Veía a lady Payton como una mujer incapaz de ir a un lugar de esos. Era muy distinta a Eloise, de la que no desconfiaba que hubiera ido hasta aquel lugar y arrastrado a su hermana a los confines de la indecencia. No debería sorprenderle que fuera de esa forma, era la amiga íntima de Eloise.

Haciendo memoria, podía ser real que ella fuera la mujer con la que estuvo. La misma no hablaba, no aceptó el pago y a la vez no dijo nada sobre aquello. Si lady Payton hubiera querido atraparlo en un matrimonio, solo debía acusarlo y eso era todo.

—Fuimos las tres. Si vas a obligarme a un matrimonio con lord Dartmouth por esto, yo abriré la boca y tú también deberás cubrir tu acto deleznable. ¿Por qué no dices nada? Lady Payton no quería que dijera una sola palabra sobre lo ocurrido, pero ante lo que me dices, no puedo continuar callada.

Él se pasó la mano por el rostro, indeciso y, sin saber cómo actuar, se sentó para pensar en qué hacer, tenía que meditarlo mucho. Su decisión no solo afectaba a Micaela, sino a él también.

—Voy a pensarlo. Retírate —ordenó, recostándose.

—¿Lo pensarás? Qué cobarde. Lady Payton no tiene futuro y es por tu culpa, Ferdinand... —lo acusó maliciosa.

—¡Tú tampoco lo tienes! ¡Quién las mandó a aquel lugar! No eres una inocente. Vete antes que decida algo peor para ti, luego rogarás haberte casado con Claude.

Arrugando su falda por la ira que la consumía, salió del despacho, obedeciendo a su hermano. Estaba nervioso y era capaz de imponerle un castigo desconocido que fuera peor al actual.

Estaba en una encrucijada. Eloise se casaría con Bruce, su socio, y él se quedaría solo en la mazmorra de los afligidos, pagando por haberse aprovechado —sin saberlo— de una muchacha noble.

Lady Payton, en sí, no era un pésimo partido, aunque no era el mejor. Ferdinand suponía que debía tener una alta y atractiva dote por ser la hija de un duque, pero ¿podría ser tan frívolo para casarse con ella por obligación y dinero, sabiendo que en el fondo estaba muriendo por Eloise? Lady Payton conocía sobre sus andanzas con Eloise, estaba seguro de eso porque eran amigas y ella solapaba a Eloise en sus maldades todo el tiempo.

Habían pasado meses desde lo ocurrido y ella cumplió con no decir nada y, aunque tenía en la

consciencia lo que pasó, su insensatez le decía que no lo hiciera y que continuara esperanzado con Eloise. El problema en ese momento era Micaela, tenía en sus manos la oportunidad de comprometerla irremediablemente con un hombre extraordinario como era Claude, y eso suponía que él debía casarse con lady Payton por un ojo por ojo de su hermana.

Tenía tiempo para meditarlo y lo haría.

Eloise sintió al salir de la casa de Ferdinand que su maldad después de todo no era una maldad propiamente dicha. Le hizo un enorme favor a lord Darmouth, aunque Micaela no se lo merecía, era mejor decir cualquier otro nombre antes que el de alguien con los atributos y valores de ese conde.

No lo había hecho por sentirse amenazada por Micaela. Confiaba en lo que Bruce le dijo de que la veía como a una hermana. Lo hizo porque le molestaba su actitud. Primero quiso alejarla de Ferdinand cuando él la pretendía, y una noche atrás se le había ofrecido abiertamente a un hombre comprometido. Cualquiera en su lugar hubiera hecho lo mismo ante sus intentos de boicotear su futuro matrimonio con Bruce. Además de esa forma, Micaela vería que ella era de ocuparse de sus asuntos de interés, y el duque era de su interés.

Para Eloise pasaron los días en tranquilidad. Durante uno de los almuerzos donde fue invitado Bruce, que lentamente estaba recuperándose de su accidente, se trataría de un tema de sumo interés para ella.

La mesa estaba integrada por su familia, ella y Bruce. No habían dicho nada aún, solo se escuchaban los golpes de los cubiertos sobre la vajilla de porcelana.

El carraspeo de su padre luego de sorber su bebida era lo más próximo a unas palabras.

—Eloise, estuve conversando con el duque hace unas horas sobre el matrimonio. Hemos creído prudente que se hiciera dentro de unos tres meses, no queremos más murmuraciones con respecto a ti, querida —se refirió su padre, mirándola.

—Tres meses es un tiempo excelente. He pensado para nosotros un viaje largo, y no será de negocios. Quiero que conozca muchos lugares maravillosos que he conocido en estos años. Usted es joven, y estimo que no ha salido de Inglaterra, señorita Clement —insinuó Bruce con una brillante sonrisa.

Ella suspiró y le devolvió el gesto.

—No se equivoca, no he salido de Inglaterra. Mi habitación es el lugar que mejor conozco, y el jardín es mi paisaje más bello, gracias a mi padre...

—Eloise... —replicó su madre, avergonzada, para que no dijera tonterías.

—Búrlate, muchacha. Puedo cambiar de opinión en estos tres meses y mostrarte otros paisajes menos agradables que el de tu habitación. —Le sonrió su padre, irónico.

—Me estoy portando bien. Venga, excelencia, iremos a pasear por el jardín —invitó a Bruce, levantándose de la mesa—. Con permiso, padre, madre. Pueden enviar a la doncella con nosotros.

Bruce se levantó e hizo una inclinación hacia los padres de Eloise para seguirla.

Con un poco de retraso, viendo la figura de Eloise frente a él, observó que iba caminando con coquetería. Ella no escatimaba sus recursos para mantenerlo interesado. No hacía falta que lo hiciera, pero a él no le molestaba aprovechar.

—Le agradecería que me dejara alcanzarla, recuerde que mi bastón es algo que me acompañará por bastante tiempo.

—¡Lo siento! —se disculpó, dejando la carrera para esperarlo—. Soy una mala persona por dejarlo olvidado.

—No has olvidado, Eloise. Solo quieres jugar conmigo —dijo cerca del oído de ella para que no lo escuchara la doncella que los seguía.

—No me descubra —asumió con picardía.

En el jardín había un banco bajo un árbol muy grande que esparcía su sombra dejando un lugar fresco cuando el calor azotaba a la ciudad.

Ella lo guio hasta ahí para que él se sentara. Eloise tomó una canastilla y unas tijeras para cortar las rosas que estaban a un lado.

—¿Qué pensaría de mí si le digo que hice una maldad? —preguntó Eloise, dirigiéndose a las rosas de su madre.

Él se acomodó y dejó el bastón a un lado, colgado por el banco.

—Nada. Que está usted en su estado natural. La maldad depende de cuál sea la obra en cuestión. ¿Qué ha hecho, Eloise?

—Hablé con el marqués de Normanby sobre su hermana para que la castigara y comprometiera con el conde de Dartmouth —confesó esta vez mirando a Bruce que recorrió el jardín con sus ojos.

—Le dejé claro a lady Micaela mis pensamientos. ¿Era necesario contar sus pecados a su hermano?

—Sí, era necesario. Yo la ayudaba para que ella alejara a milord de su vida, sin saber que usted, mi buen caballero, era el objeto de deseo de Micaela. Fue mi ignorancia la que me llevo a hacerlo, de haberlo sabido antes, no hubiera movido un solo dedo en su favor.

—Quiero saber realmente, Eloise, si lo que hizo fue por venganza o para ver al marqués de Normanby...

Eloise miró a Bruce con sorpresa. No podría creer que articulara algo así.

—¿Desconfía de mí? —indagó, abandonando la jardinería.

—No me son ajenos los sentimientos de Ferdinand por ti, pero sí lo suyos por él. Soy egoísta y he puesto mis sentimientos por encima de los demás para tenerla conmigo, Eloise. Soy consciente de la propuesta de matrimonio que él hizo y que no rechazó, sino que no respondió. Soy una persona que no entrará en líos innecesarios. Si usted me ama como dice, prefiero que no aliente a nadie y menos a mi socio —recomendó pasivo—. Así también si no está segura de que yo sea un hombre para usted, espero que también me lo haga saber, aunque soy buen entendedor y no necesito de demasiadas palabras, sino que mis ojos comprueben lo que mis pensamientos

ignoran.

Ella le pasó una rosa de las que cortó a Bruce.

—Soy sincera con usted, y no puedo más que... —miró a su criada con un gesto tajante para que se alejara— decirle que lo que siento por usted es algo que sacude mi pecho, me deja sin aliento y me hace vivir llena de felicidad, si eso no es amor, entonces, ¿qué es el amor?

—Usted es el amor hecha carne, al menos para mí —la llamó con su mirada.

Se acercó hasta él y Bruce la tomó de una mano para colocarla en el banco y entregarle la rosa de vuelta.

—Es para usted, Bruce... —se negó a aceptarla.

—Es uno de los regalos más valiosos que tengo... —La acarició en la mejilla para luego ladear su rostro y besarla.

Sentía que los tres meses se le harían eternos para estar con ella. Esperaba que el viaje al que la quería llevar ayudara a la paz mental de su amigo y su hermana.

***

A Micaela no le había servido de nada llorar. El conde de Dartmouth era su prometido porque así lo decidió su hermano.

Esa noche iría con Claude y su hermano al teatro.

—Buenas noches, lady Micaela... —saludó Claude, que veía lo infeliz que era Micaela.

—Buenas noches —saludó con apatía, sin mirarlo y sin darle su mano para que la besara.

—Mis disculpas por lo ocurrido, desconocía que fuera usted esa mujer. Espero me dé una oportunidad de demostrarle que yo podría...

—Silencio, milord. Mi corazón tiene dueño, sepa que jamás entrará ahí... —aclaró lastimando a Claude con su actitud.

—¿Piensa que esto me hace feliz, lady Micaela? Nunca quise que fuera obligada. Quise enamorarla, pero usted no me ha dejado. Estoy cansado de su desprecio, si usted desea un matrimonio infernal, yo se lo daré, no espere de mí lo que usted no me da —amenazó Claude, mostrándose impasible.

—Haga lo que desee, yo continuaré con mi vida como si usted no existiera. —Se sentó junto a Claude para esperar a su hermano, que fue hasta la residencia de lady Payton unas horas atrás.

Ferdinand tomó la decisión de hacerse cargo de sus culpas y proponerle a lady Payton que se casara con él en un tiempo.

—Tienes una visita, Payton —avisó su madre.

Pepper dejó la pluma en el tintero. Eloise era la única persona que la visitaba, era por eso que no había preguntado quien la buscaba, porque solo ella lo hacía para contarle todas sus cosas.

Estaba contenta de que se casaría, pero no estaba feliz de que ella misma no hiciera nada por conquistar al marqués de Normanby. Acostarse con él no había servido de nada y no podía

culpar a Eloise de eso. Ella había dejado el camino libre.

Bajó como se caracterizaba, sin muchas ganas.

Al ingresar a la sala, no vio a Eloise sino al marqués de Normanby sentado con su padre.

—¡Payton, ven y saluda al marqués! —ordenó su padre.

Tragó saliva y se puso cenicienta. No dio un solo paso, estaba en pánico.

—Anda, Payton, camina —mandó su padre.

Ferdinand se levantó para recibirla. Podía ver el miedo en sus ojos. Ella sabía la razón por la que él estaba ahí y temía a su suerte.

# Capítulo 31

Pepper se acercó con lentitud hacia él y su padre. Los remordimientos por lo que había hecho no salían de su mente, hicieron que hasta su habla se fuera.

—Excelencia, quisiera pedirle si pudiera concederme una entrevista con su hija. Le aseguro que será breve —alegó Ferdinand.

—¡Por supuesto, por supuesto! Querida, vámonos...

La duquesa se acercó a Pepper y le estiró la falda del vestido y las mangas para intentar que estuviera más presentable. No todos los días iba un soltero ideal a pedir una entrevista con su hija.

Agachó la mirada, avergonzada por tenerlo frente a ella. Ferdinand vio que estaban solos y esperó a que ella dijera algo, pero no lo hizo.

—¿Gusta sentarse en su casa, lady Payton? —pronunció para llamar la atención.

Enseguida levantó la mirada. Estaba muy sonrojada por la vergüenza de no invitarlo a sentarse.

—Disculpe mi grosería, señoría. Por favor, siéntese —pidió señalando con una mano el sillón largo para que tomara asiento.

Él se sentó al igual que ella. De nuevo ese silencio ensordecedor hizo que Ferdinand tomara otra vez la iniciativa de una conversación. Lady Payton no hacía las cosas fáciles para él.

—Imagino que no sabe lo que me trae por aquí, milady, o tal vez, lo sospeche...

Tragó saliva y con la mirada asustada casi asumió que sabía las razones.

—Sé lo que ocurrió la noche de la mascarada. Ha sido leal al guardar nuestro secreto, milady, más por su bien, que por el mío.

Pepper sucumbió ante el llanto. La culpa que sentía era inacabable. Estaba segura de que le iba a reclamar todo.

—No llore, no he venido a acusarla, ni mucho menos a juzgarla, lady Payton. ¿Por qué no ha dicho nada? —indagó sin acercarse a consolarla. No tenía la confianza suficiente para hacerlo.

Levantó su mirada brillante por las lágrimas, y continuó llorando como una naciente de agua cristalina.

—Yo... yo... Lo siento —susurró casi inaudible, para luego continuar su sollozo.

Él miró al cielo esperando que su paciencia rindiera frutos para que ella contara todo y

despejara cualquier duda que hubiera.

—Lady Payton, si usted no se calma, no podremos hablar. Intente respirar y no llorar, terminará ahogándose de esa forma...

—Quiero que me perdone, no fue mi intención. Solo quería saber lo que era besar a un hombre antes de que mi familia me enviara a un convento. No nací para religiosa, pero soy una solterona... —soltó con rapidez. Quería explicarlo, aunque no sabía si lo hacía de la manera correcta. Sus miedos y nervios no eran las mejores consejeras en ese momento—. No sabía que era usted, hasta que lo vi sin la máscara, y decidí callar porque Eloise estaba entusiasmada con usted.

Parecía haberse calmado, sin embargo, continuó llorando, solo que más sosegada.

Escuchar que en algún momento Eloise estuvo entusiasmada con él, hizo que en su rostro se dibujara una sonrisa delatora, pero nada de aquello podía ser. Eloise estaba comprometida, y él tenía la obligación moral de restituir la integridad de aquella joven, que según entendía, impulsada por la desesperación, tomó la decisión de entregarse a un desconocido antes de enterrar sus ilusiones para siempre.

—Milady, no importan las razones... He venido porque Micaela la descubrió al verse ella descubierta por la señorita Clement. No me interrumpa, por favor —pidió al ver que iba a emitir algún tipo de explicación con respecto a lo que decía—. Estoy en el deber moral de hacerme cargo de mi actitud con usted, vine dispuesto a salir de aquí con una respuesta por parte suya, sea positiva o negativa, no tiene muchas opciones, lady Payton. ¿Dejará que la despose para conversar su honorabilidad y su buen nombre?

Pepper respiró acelerada con la mano en el pecho, y se alejó de él negando con la cabeza en demasiadas oportunidades como para que él entendiera su no rotundo.

—¡No, no es lo que deseo! —confesó queriendo golpearse en la cara por tonta. Era su oportunidad de tener un esposo, pero no quería que fuera de ese modo, por algo no había contado lo que sucedió entre ellos—. No quiero. Usted está enamorado de Eloise, no podría vivir con eso.

—Sabe que Eloise está comprometida. ¿Acaso le han importado mis sentimientos? Creo que no. Tuve tiempo para pensar en lo que siento por ella, y no es fácil olvidar, pero es apenas curable mi mal. Volví a Londres para establecerme y buscar una buena esposa. Pese a nuestras circunstancias, confío en que usted es esa buena esposa que busco. Deje de pensar en Eloise, ella no se detiene a pensar en nosotros —la intentó confortar con esas palabras, que a Payton le parecían insuficientes.

—No soy hermosa como ella. Le prometo no decir nada, pero deseo que usted encuentre alguien tan digno de su buena predisposición y de sus valores, señoría. No soy la buena persona que pinto —confesó cabizbaja.

Él sonrió y se acercó a ella.

—Tampoco soy la buena que parezco. He estado cegado por la pasión, he perdido dinero y casi a mi amigo, por dejarme llevar por una hermosa tentación. No la conozco y no me conoce,

lady Payton, pero no es el fin, es el principio.

Payton se quedó parada frente a él, sin estar convencida de sus palabras. Estaba segura de que Eloise vivía en sus pensamientos tal como lo hacía en sus palabras para consolarla.

***

Eloise despertó al sentir otro peso en su cama. Para ella aún no amanecía y al parecer su madre quería convertirla en una dama inmaculada.

Tenía horas de clase con ella para ser una duquesa intachable. Solo que al parecer ella olvidaba que la sociedad tenía memoria de elefante para sus atrocidades.

—¿Qué hora es, madre? De seguro el sol no ha salido y usted insiste en sus sesión de tortura matutina —se quejó Eloise con el brazo tapándose los ojos.

—Soy Pepper, Eloise —dijo con su cansina voz.

—¿Pepper? —preguntó, quitándose el brazo de la cara.

—Despierta, holgazana, he venido a contarte algo...

Eloise se incorporó para sentarse en la orilla de la cama mientras Pepper la admiraba. Ella era hermosa incluso cuando recién despertaba.

—¿Qué tienes que decirme que no pueda esperar a que desayunemos?

Miró hacia la ventana brillante por los rayos del sol que estaban ingresando a la habitación de Eloise para calentarla.

—Es algo muy importante. Es probable que abandone la soltería... —dijo roja de la vergüenza.

—¡Quiero oírlo! —exclamó Eloise con los ojos abiertos. Aquello era digno de escuchar. Pensó que viniendo de Payton lo más probable es que fuera un disparate.

Pepper fue con el ánimo puesto para contárselo a Eloise. Cogió el valor suficiente, aunque aun así, temía por la que sería su reacción.

—El marqués de Normanby ha pedido mi mano...

Eloise estalló en una carcajada llena de incredulidad, echó su espalda en la cama y se tomó el estómago sin poder soportar la risa.

—¡No juegues con esas cosas, Pepper! —Continuó riendo.

—¿Es que solo tú tienes derecho a comprometerte y casarte, Eloise? ¡También yo lo tengo!

—No te alteres, Pepper. Si estás jugando, esto es muy divertido. ¿Cuál sería la razón por la que él pediría tu mano? Tal vez ni obligado lo haría... —agregó poniendo fin a su estallido.

—Hay cosas que no sabes de mí, Eloise. Por mucho tiempo he sido tu sombra, pero me cansé de serlo. Te adoro, pero dije basta de Eloise...

—¿Por qué me dices esas cosas, Pepper? Que haga cosas más interesantes que tú, y las comparta contigo no es algo malo —replicó con el ceño fruncido por la extraña exaltación de Pepper.

—No te importé, ni te importo. Quise ser como tú, todo el tiempo quise serlo, porque eres

hermosa y divertida.

—¡Tú también eres divertida!

—Pero no como tú. Tanta fue la amargura que sentí por no poseer tus dotes, que vi la ocasión perfecta para hacer una maldad y ser igual a ti —contó sollozando.

Eloise se levantó de su cama y se alejó de Pepper al escucharla decir todo eso. Era más de lo que podía soportar que le dijera ella.

—¿Qué hiciste, Pepper?

—En ese tiempo, el marqués de Normanby estaba en tus deseos, lo querías para ti. —Calló para sosegarse y continuar—. Pero yo también lo quería para mí. Vi la oportunidad de... vengarme de ti en la mascarada a la que nos llevaste a lady Micaela y a mí...

—No estoy comprendiendo nada —pronunció Eloise al ver que Pepper pensaba que ella al parecer era un monstruo desalmado y cruel.

—¡Ay, Eloise, no me hagas decirlo! —chilló avergonzada.

—Si viniste hasta aquí a decirme lo mala persona que soy y no terminas de decirme las razones, me resulta inquietante, quiero saber qué te hice.

—Por tu causa me acosté con el marqués, fue por eso que desaparecí esa noche, y he callado porque no tenía sentido decirlo. Sabes que me iban a enviar a un convento. ¡Estaba desesperada porque tú no me hacías caso, y pensé que te lastimaría saber que obtuve mucho más que tú con él!

Eloise emitió un chillido de horror al saber lo que hizo. Las lágrimas casi brotaban de sus ojos por las hirientes palabras de Pepper para ella. No imaginó que ella albergara tantos sentimientos y pensamientos sobre ella.

—¡Por qué no lo dijiste, me hubiera apartado al conseguir su beso! —reclamó Eloise—. No siento nada por él, ni nunca lo sentí. Sabes que amo al duque, no hay otro para mí. Mis labios pudieron ser infieles, pero mi corazón y mis pensamientos nunca pecaron.

—¡Mientes! No te hubieras alejado, te aferraste a él cuando el duque desapareció. ¿Y si moría, Eloise? ¡Él era tu única esperanza de un matrimonio!

—¡No ocurrió, Pepper! ¡Por qué lo hiciste! Te dije que sin virtud una mujer no es nada.

—¿Y qué tenía yo para perder? ¡Nada! —aclaró llorando frente a Eloise—. Siempre te envidié, Eloise, perdóname... —dijo echándose a correr para salir de la habitación, dejándola tiesa por todas sus confesiones.

# Capítulo 32

Su amiga se había ido, dejándola sola. «¿Acaso Pepper tenía razón? ¿Era tan poco amiga como la describió?», pensó Eloise.

Si se ponía a hurgar dentro de sus vivencias a su lado, en verdad no era de las mejores. Pepper no sabía sobre lo amable y querida que era para Eloise. Eloise nunca le demostró lo realmente importante que era para ella que Pepper fuera parte de su vida. Era su consciencia, era la exaltación del bien en su vida, pero siempre la ignoraba. Vivía ignorando sus necesidades, sus dolencias y sus pensamientos. Iba a su casa para sentarse y contarle cosas, se divertía, pero Pepper nunca hablaba mucho, solo la escuchaba y sonreía. Pocas veces no le reprochaba sus andanzas y sus locuras. Siempre fue egoísta, no hizo nada por ayudarla, pero tampoco era de su competencia hacerlo.

Podía comparar a Pepper con ella, y podría encontrar las deficiencias en su amiga. Ella era emprendedora y nadie se lo había mostrado, estaba en su ser buscar la felicidad o lo que la hiciera feliz, en cambio, Pepper no tenía el mismo coraje, necesitaba un empujón, uno que ella como su amiga nunca le dio. Podía sentarse todo el tiempo a pensar en todo y comparar, pero al final, ella era la culpable de que Pepper cometiera la locura de entregar su virtud en pos de la desesperación, y como le había dicho: siempre terminaría buscando su beneficio antes que el de los demás.

¿Por qué lo veía tan claro ese día y antes no? Quería culpar a los sentimientos que el duque despertó en ella. Él era un hombre correcto y honesto. Empático con los demás, de lo contrario, no habría invertido para que el marqués tuviera la fábrica. Bruce, sin conocer perfectamente al marqués, lo ayudó, y ella conociendo a Pepper por años, no fue capaz de levantar un dedo por ella y en ese momento lo estaba sintiendo. Sentía la necesidad de ayudar a Pepper, aunque fuera demasiado tarde.

Se levantó de la cama para correr y alcanzarla.

—¡Pepper, espera! —exclamó apresurada para ir por la escalera, pero la vio tirada en el suelo a los pies del primer escalón.

Vio que su padre estaba intentando auxiliar a su amiga. Su pecho se comprimió y su miedo de que ella estuviera muerta se apoderó de su mente.

—¡Pepper, Pepper! —Se arrojó al suelo temiendo tocarla. Tenía un poco de sangre en su

frente. Aquello parecía una pesadilla, tenía miedos y culpas si a Pepper le ocurría algo.

No pudo evitar que las lágrimas salieran a borbotones de sus ojos. Era la primera vez que lloraba con tanto susto y amargura. No quería que ella muriera y menos después de discutir.

—Cálmate, Eloise. Pepper está respirando. Mary fue por unas sales para despertarla, al parecer se golpeó muy fuerte la cabeza. ¿Qué ocurrió?

—Discutió conmigo y luego salió, soy culpable si algo le sucede, padre —mencionó llorosa acariciando los cabellos de Pepper.

Su madre se acercó y se arrodilló junto a la muchacha tendida. No querían moverla por si su estado fuera muy delicado, por eso solo le harían oler sales. Su madre pasó un tarro frente a ella varias veces, hasta que Pepper comenzó a mover los ojos y emitir pequeños gemidos. Levantó el cuerpo lento, hasta sentir que estaba completamente consciente.

—Pepper, lo siento —dijo Eloise, tomando la mano de ella. Pepper no rechazó su contacto, y la miró.

—Perdón... —murmuró apenas—. Me tropecé y caí, fui muy torpe.

—¿Puede levantarse, Payton? —preguntó el padre de Eloise.

Pudo levantarse completamente, pero su pie le dolía.

—Me duele el pie y también la cabeza —anunció con una mueca de dolor, tocando su frente.

Eloise y su padre colocaron ambos brazos de Pepper en sus hombros, para llevarla hasta un sillón.

—Recuéstate, Pepper, mi padre enviará por un médico para ti —dijo Eloise, sorbiendo con poca fineza su nariz—. Me diste un susto... —reclamó desviando su mirada.

—¿Estabas llorando por mí, Eloise? —curioseó Pepper, sintiendo que estaba llegando al corazón de su amiga.

—Por supuesto que no. Nadie quiere ver un cadáver en su sala. —Rio al decirlo, aunque sus ojos rojos la delataban.

Los padres de Eloise fueron para buscar a un lacayo, dejándolas solas en el salón. El pie de Pepper comenzaba a hincharse y la sangre de su frente a secarse.

—Tienes razón, Pepper... —admitió levantándose del lado de Payton.

—¿En qué? Eloise, dije muchas cosas que...

—Soy egoísta. Lo asumo con culpa, no soy una buena persona, nunca lo he sido. No siento empatía por la mayoría, y a veces ni por ti porque, Pepper, seamos sinceras, ambas necesitábamos casarnos. Solteras, de la misma edad, ¿cómo no ser competencia? Me aproveché varias veces de tus enfermedades. Te dije cosas hirientes, como: «¿Quién querría a una muchacha enfermiza?» —confesó—. Mi padre te quiere más a ti que a mí. Eres dulce, amable, amorosa, débil y humilde. ¿Y yo qué he sido? Mala, cruel, egoísta, frívola, hasta que el amor de mi duque tocó mi puerta. Mi vida es maravillosa hoy, pero no puedo borrar las cosas que hice y pude ver, hoy, con lo que me dijiste, la clase de persona que soy. El marqués es un joven maravilloso, te lo aseguro y tú lo puedes conquistar con tu dulzura.

—¿Todo eso lo supiste ahora? Todo el tiempo me sentí dañada por ti, pero te he sido leal, guardando tus secretos y escribiendo tus desvergüenzas, pero yo no pude confiarte mis sentimientos ocultos por el marqués. Al saber que estabas comprometida con el duque, me alegré más por mí, que por ti. El egoísmo está en nosotras dos, somos imperfectas. No obstante, conquistar a un hombre que está enamorado de ti, es imposible.

—¡Es posible! —la animó Eloise, sentándose de vuelta junto a ella.

—¿Cómo? ¿Cómo hacerlo?

—Yo sé cómo lo harás, sigue atentamente mis órdenes, y lo tendrás a tus pies... —Sonrió maliciosa entre sus vestigios de lágrimas de felicidad por Pepper.

Para Pepper el matrimonio por amor no fue una prioridad, pero al parecer en ese momento empezó a serlo.

***

*Tres meses después*

Eloise miró a Bruce que tenía un arma en su brazo, estaban de cacería y ella lo acompañó junto con sus padres. Estaban a dos semanas de su matrimonio y no hacía más que sentirse feliz y cómoda con el duque.

—¿Cuántos patos deseas, Eloise? —preguntó Bruce, acercándose hasta ella que estaba con Pepper sobre un mantel.

—Quiero una parvada entera —expresó exigente.

—Mis balas no dan para tanto. ¿Qué dice usted, lady Payton?

—Somos muchos, tal vez unos cinco abastezcan para la cena...

—Y no olvide un faisán. Es mi preferido —agregó Eloise con coquetería.

—¿Oíste, Ferdinand? Estas damas no hacen más que exigir. —Lo golpeó Bruce en el hombro.

Ferdinand aún no se acostumbraba a tener tan cerca a Eloise y a su prometida. Lady Payton se había esmerado para que él la tuviera en cuenta y lentamente le había cogido cariño, aunque todavía no podía olvidar los dulces besos de la sinvergüenza que tenía en frente. Notaba que ella no tenía ojos más que para Bruce. Estaba resignado a verla de por vida al lado de su amigo y también patrón porque era su administrador.

—Traeremos lo que gusten estas damas —dijo Ferdinand, haciéndole una seña a Bruce para ir a cazar.

El padre de Eloise estaba junto a su madre, mirando donde se encontraban los animales que querían cazar.

—Eloise... —murmuró Payton bajando la mirada.

—Dime... —mandó, colocando un pincel sobre el lienzo que tenía. Bruce la ayudó a promover su arte para que dejara de lado otras cosas y buscara una ocupación muy quisquillosa, así

invertiría su tiempo e ideas para algo que le permitiera sosegar sus locuras.

—Quiero huir.

Eloise volteó la cara hacia su amiga, y bajó su pincel.

—¿Qué estás diciendo? Vas a casarte en dos meses.

—¡No puedo casarme con él! He hecho todo lo que me dijiste, pero no me ha dicho una sola palabra. No sé si le agrado o no, si tiene frío o calor, Eloise —se lamentó.

—Calma. ¿Y si le muestras el tobillo? Puede que necesite un incentivo...

—Eloise, me he acostado con él. ¿Crees que en verdad mi tobillo lo conquistará? No soy tan tonta.

—Con mi duque dio resultado, debería ocurrir contigo lo mismo —dijo confiada.

—No, Eloise. Cuando regresemos a Londres, voy a irme. Disculpa si no puedo asistir a tu matrimonio, pero no lo tolero más, es mucha mi incertidumbre.

—No me fallarás, Pepper. Sacarás esa ridícula idea de tu mente y continuarás como siempre. Además, a ti solo te interesaba un matrimonio convencional, tómalo por ese lado. Tendrás hijos, ya no irás a un convento. ¿No te llena de felicidad saberlo?

Pepper no respondió. Solo se siguió sintiendo agobiada hasta unos días antes de la boda de Eloise. Y entonces no pudo sostenerse más, su prometido no había ido a verla desde que volvieron de la cacería. Recogió unas pocas pertenencias y las colocó dentro de un baúl para que su madre no la viera. Tenía pensado irse esa misma noche.

Se había cuestionado lo ridículo que era huir, pero el marqués era obstinado e insistía en que debía restituir su honor. Le pesaba el corazón estar enamorada y no ser correspondida.

Después de guardar sus cosas, salió para ir junto a Eloise a despedirse, y ofrecerle sus buenos deseos.

Encontró a Eloise al pasar el portón de su casa. El jardín donde ella estaba tenía rosas a su alrededor y Eloise parecía un colibrí entre ellas. Colorida y feliz. Tanto había cambiado la coqueta después de conocer el amor. Estaba cautivada por sus sentimientos, que ya no había vuelto a besar a nadie más que a Bruce Walton.

—Pepper, ¿qué opinas de que pinte estas rosas? Sé que tienes una fascinación por el jardín de mi madre. ¿Cuál crees que sería ideal para una pintura?

—Tal vez tú entre todas las rosas. Luces mejor que todo lo que hay aquí —indicó sincera.

—Deja los juegos... —Sonrió tomándola del brazo para ir a sentarse juntas.

—Hoy es el día, Eloise.

—Pensé que te convencí —alegó Eloise con seriedad.

—No, no lo hiciste. Yo quiero un amor como el tuyo y el del duque. Esto no es lo que quiero y él no me dejará ir, entonces lo abandonaré.

—No lo hagas, ten paciencia. Ten la paciencia del duque, no te vayas.

—No vas a convencerme. Quiero tu ayuda.

—¿Crees que voy a prestarte ayuda para que abandones al hombre que amas, Pepper? No lo

voy a hacer, te quedarás y serás paciente.

—¡Una vez en tu vida has lo que te pido, sé una amiga de verdad! —reclamó enojada, dejando el asiento que compartían.

—¿Aún no me perdonas?

—Te perdonaré si haces lo que te pido. Eres la culpable de todo, incluso de que mi prometido no me aprecie —mencionó para seguir creando culpas en Eloise para que la ayudara, no podía acudir a nadie más.

—Está bien, te ayudaré... —aceptó Eloise, teniendo otra idea en mente.

# Capítulo 33

Eloise, después de escuchar la desesperada y descabellada historia de Pepper, sabía que estaba cometiendo un error. Arruinaría su reputación al huir de su prometido, pero prometió ayudarla.

Maldecía internamente que tuviera que hacerlo por todo el mal que le provocó y se culpaba de la locura que se extendía a lo largo y ancho de esa muchacha en aquel momento.

Estaba obligaba a conseguir un carruaje que la pudiera llevar a la estación y esperar el tren a Brighton. Tenía solo dos formas de ayudarla en verdad. Una de ellas era recurrir a su prometido y decirle lo que pensaba hacer y apelar a lo que ella pudiera haber hecho a su favor con el consejo que le dio para conquistarlo: «Sé tú misma, muéstrate como eres, y así deben amarte». Y la otra, conseguir el carruaje y cumplir con sus deseos reales por más que eso rompiera su corazón.

Sabía que Pepper la odiaría si contaba lo que pensó hacer. Sin embargo, no le importaba ser odiada. Tenía en su mente sus propios conceptos de lo correcto e incorrecto. Sería su última maldad como Eloise Clement antes de casarse.

Esperó a estar apoyada por la oscuridad de la noche para ir a buscar al marqués en su residencia. Tenía la esperanza de que Pepper haya sido inteligente para conquistarlo. ¿Qué importaba si se hubieran acostado? Importaba, pero nunca era tarde para persistir. Pepper tendría que haber aprendido algo de sus maldades. Ser persistente hasta conseguir algo.

Era peligroso salir por la noche sola. Pero esperaba ser ayudada por esa capa para pasar desapercibida. No era muy tarde, por lo que había demasiadas almas rondando las calles. Pepper la esperaba casi para la medianoche y tenía que hacerlo todo con presteza y sin dejar rastro alguno.

—Ya me lo agradecerás, Pepper —masculló, caminando con las faldas un poco levantadas del suelo.

Pudo observar la residencia iluminada del marqués. Suspiró e hizo una mueca de desagrado por tener que entrar y mendigar para otra persona, pero el fin justificaba los medios.

Tocó la puerta y se tapó más la cabeza con la capa. Sabía que era más sospechosa que un asesino con el arma en la mano, pero no le quedaba otra opción, era aquello o conseguir un carruaje.

—Buenas noches. ¿En qué puedo ayudarla? —indagó el mayordomo.

—Deseo ver al marqués de Normanby.

—Él se encuentra encerrado en su biblioteca con órdenes de no ser molestado.

—Dígale que viene la señorita Eloise Clement, y necesita verlo con mucha urgencia. ¿Comprendió? —enunció con prepotencia. Estaba nerviosa, no necesitaba que un empleado fuera un filtro, ella quería hablarle al hombre rápido.

—Aguarde... —Le cerró la puerta en la cara.

Estallaría de la rabia, no podía estar perdiendo tiempo valioso.

El hombre del servicio fue caminando hacia el despacho de Ferdinand, pero Micaela lo vio irse y lo detuvo.

—Escuché que han tocado a la puerta —comentó acariciándose un bucle.

—Es la señorita Clement, que necesita ver con urgencia a su hermano.

—¿Qué querrá aquí?

—Le preguntaré a su hermano si la dejará pasar, milady.

—Hazlo, ya averiguaré lo que quiere... —Sonrió maliciosa.

Micaela tenía teorías sobre lo que quería, sin embargo, estaba lejos de saber la verdad y para eso se quedaría pegada a la puerta para oír.

Ferdinand escuchó el carraspeo de la garganta de su mayordomo. No sabía cuánto tiempo llevaba ahí parado, estuvo tan concentrado haciendo números, y eran tan maravillosos que no podía despegar la vista de ellos.

—¿Dime?

—Afuera se encuentra la señorita Clement y exige verlo con urgencia —comunicó el hombre con el rostro pétreo.

—¿Ella aquí? Hazla pasar, aunque no sabría qué desea...

—Sí, señoría.

El mayordomo regresó a la puerta, la abrió y dejó pasar a Eloise que lo miró con enojo. Pasó a su lado, y esperó que el hombre la llevara al lugar.

—Sígame...

Ella obedeció, molesta, pero lo siguió hasta que él abrió la puerta para que entrara al despacho.

Eloise observó que Ferdinand estaba sentado detrás del escritorio cerrando un libro. Escuchó que la puerta se cerró y pasó hacia el medio de la estancia.

—Buenas noches, señorita Clement. ¿A qué debo su visita? —preguntó con un rostro incrédulo.

—Vine a hablarle sobre Pepper —dijo sin dar vueltas—, quiero saber qué siente por ella.

Ferdinand rio por lo ridículo de la situación. No iba a responderle a ella, con todo el trabajo que le costó dejar de pensarla.

—No es asunto suyo mi situación sentimental.

—¡Quiero saberlo por ella, no por usted! Quiero saber si la adora, porque es imposible no adorarla. Es tan tonta, que no podría inspirar otra cosa más que afecto.

—La conoceré más a fondo después que nos casemos. Es una muchacha muy amable y bondadosa.

—¿Amable y bondadosa? ¡No le está haciendo caridad! —gruñó molesta—. Ella va a huir porque está segura de que usted no será feliz a su lado. Está muriendo por su causa, no le dice nada. ¡Por Dios, dígale algo para que no se vaya! ¡Mienta si hace falta!

Micaela escuchó el timbre elevado de la voz de Eloise y acercó su oído a la puerta.

—¿Huir? No es posible.

—Lleva días sin verla, y ella cree que usted no está interesado...

—Lo siento, he estado muy ocupado con las cosas de Bruce y olvidé hacer varias diligencias, entre ellas visitarla. Iré a verla mañana...

—¡No habrá un mañana! Ella quiere que yo la ayude a huir, y no lo pienso hacer, porque quiero que usted me asegure que la quiere y que va a ir por ella —expresó apresurada con el rostro preocupado.

Ferdinand se levantó de su sillón y caminó hacia ella y se colocó enfrente.

—Puedo ver que no es tan hueca como pensé, Eloise. Lady Payton ha hecho muchos esfuerzos por demostrar que puede ser una mujer que merezco. Pese al cariño que le he tomado, no puedo decir que eso sea amor, porque es muy distinto a lo que sentí por usted...

—Deje de comparar a una obsesión con alguien tan real como ella. Es torpe... Cuando la vi tirada al pie de las escaleras de mi casa, pude entender que necesita de cariño y cuidado, si usted no está dispuesto a darle ninguna de esas cosas, dígamelo ahora y yo conseguiré ese carruaje que me pidió para desaparecer. Haré algo bueno por ella después de todo... —lo enfrentó Eloise.

Él se quedó callado y se hizo a un lado de ella. Eloise, sin ver ninguna clase de señal por su parte, interpretó que no deseaba nada de Pepper. Retrocedió para ir hacia la puerta y retirarse a buscar el carruaje para irse.

Frustrada y decepcionada, le dio la espalda para abrir la puerta, iba a girar el picaporte, pero la mano de Ferdinand se colocó encima de la suya.

—No dejaré que Payton se vaya... —replicó Ferdinand—. El amor viene con el tiempo, podré convencerla de eso.

—Entonces no hay tiempo, usted también tiene que huir con ella, vaya por sus cosas, un pequeño baúl servirá. Que vea sus intenciones...

—Espere aquí, usted me dirá qué hacer. Iré por mis cosas.

Micaela corrió al escuchar que Ferdinand iba a salir. No podía creer en que Eloise tuviera las mejores intenciones. La había comprometido contra su voluntad con el conde de Dartmouth y aún deseaba su venganza y la tendría. Sin pensarlo demasiado fue a su habitación para escribir. No importaba que Eloise tuviera las mejores intenciones con su hermano y su futura cuñada, ella sembraría la duda en el duque de Kent para que la abandonara. ¿Quién no desconfiaría si veía juntos a Eloise y Ferdinand?

Por medio de un lacayo, envío una pequeña nota al duque para engañarlo y que fuera hasta la

residencia de Bruce.

Al lacayo lo dejaron entrar a casa de Bruce porque el joven había dicho que necesitaba una respuesta.

—¿Qué ocurre, muchacho? —le preguntó Bruce al lacayo que estaba muy apurado con la nota en la mano.

—Lady Micaela me envió con esta nota de carácter urgente, y me pidió que yo lo acompañara a usted sin dilación —respondió entregando la nota.

Bruce la abrió y dentro contenía lo que él creía era una mentira.

*Excelencia:*

*Me pesa en el corazón tener que comunicar la traición que han sufrido usted y lady Payton por parte de mi hermano. Esta noche, ha venido su prometida con la clara intención de huir con Ferdinand, los he escuchado. Ella lo está esperando en la biblioteca.*

*Le juro por lo más sagrado que tengo, que lo que digo es verdad y puede usted comprobarlo, solo venga sin perder el tiempo.*

*Lady Micaela*

—No voy a creer que Eloise esté ahí —dijo arrugando la nota para arrojarla al fuego de su chimenea.

—Ella está en casa del marqués. Su señoría está preparando su carruaje y he escuchado que irá con baúles. Todo eso lo decidió cuando ella llegó a la mansión.

Enfadado, tomó su bastón para ir hacia las caballerizas y agarrar el primer caballo que tenía. Si Eloise se encontraba ahí, estaba jugando un juego muy peligroso, uno que le había advertido con anterioridad.

Con el brazo recuperado, se impulsó para subir a la espalda del caballo y lo espoleó para salir como un rayo de su residencia. Pedir el carruaje tardaría, y no quería perder el tiempo, solo deseaba ver que aquello era una mentira.

Bruce llegó y se quedó bajo un árbol en el lomo del caballo. Observó que el carruaje estaba frente a la residencia de Ferdinand, listo para partir.

Su corazón tuvo un vuelco estrepitoso al ver que una mujer con capa salía y se colocaba frente al carruaje. Ferdinand la alcanzó y abrió la puerta. La mujer que lo acompañaba bajó la capucha de la capa, y para el inmenso dolor de su corazón, era Eloise quien tomaba su mano para subir al carruaje.

Con el corazón traicionado y malherido, miró hasta que el carruaje en movimiento desapareció por la avenida. Eloise lo había abandonado para huir con otro a pocos días de su boda. Fue decepcionado por su administrador y su prometida, pero más por ella. Tanto la amaba, que aceptó sus defectos como si fueran virtudes. ¿Qué había ganado aquella arpía con tenerlo a sus pies? No tenía más respuesta que pensar que se dio cuenta que amaba a Ferdinand y que él solo había sido su oportunidad de sacar provecho.

Con aquellos pensamientos e ignorando la realidad de los sucesos, Bruce espoleó furioso a su caballo para regresar a su residencia.

Eloise y Ferdinand esperaron a que fuera la hora pactada, para que Payton escapara de su casa.

—Iré a buscarla... —dijo Eloise antes de bajar del carruaje.

—Cuídese...

—Es un corto trecho.

Caminó una cuadra para esperar a que Payton apareciera y guiarla a su trampa.

—¡Eloise! —exclamó Pepper, caminando rápido con sus cosas en una bolsa arpillera.

—Eres una tonta, lo que haces no es correcto —reprochó caminando a su lado

—Es lo mejor. No quiero ir al convento y no me quiero casar. Pensé que no ibas a venir.

Eloise giró los ojos e hizo una mueca imitando a Pepper.

—Tendré defectos, pero no iba a dejar de venir esta noche...

Pepper no se fijó en el blasón del carruaje lujoso que había conseguido Eloise.

—Entra —ordenó Eloise para que subiera.

Ella obedeció. Subió y se sentó al lado de alguien más.

—Buenas noches, lady Payton. ¿A dónde piensa ir? —indagó Ferdinand, haciendo que la muchacha estuviera más blanca que el papel.

Pepper, con los ojos casi saliendo de sus órbitas, miró a Eloise.

—Lo siento, Pepper, pero tu reputación está en juego. Si huyes solo darás a habladurías...

—¡Me traicionaste! —lamentó sollozando.

—Lady Payton, ella lo hizo por amor a usted. Escuche, no he ido a verla porque estuve ocupado, le ruego que me perdone. —Sonrió trémulo.

Ella seguía llorando. ¿Qué le había hecho Eloise?, se preguntó.

Ferdinand, al ver que ella no dejaba de sollozar, levantó el mentón de Pepper con una mano.

—Ayúdeme, quiero que este cariño por usted sea mucho más, no se vaya y deme una oportunidad de amarla... Quédese conmigo —pidió con sus brillantes ojos, descendiendo hasta los labios de una llorosa Payton.

Eloise cerró la portezuela del carruaje antes de ver aquella escena. Ser celestina no era lo suyo, pero lo había hecho. Estaban destinados a ser felices.

Después de que los tres conversarán en el carruaje, llevaron a Eloise hasta su casa, y ellos también fueron cada quien a su residencia. Payton pudo ver que Ferdinand iba a huir con ella si hacía falta, sintió que aquellas palabras y ese beso no eran vacíos. Pudo, por una vez, sentirse hermosa y apreciada. Eloise de nuevo hizo de las suyas, sin embargo, había sido por su bien.

Por la mañana del día siguiente, Ferdinand recibió una carta en su desayuno. Con el ceño fruncido la abrió y era la letra de Bruce.

*Estimado Ferdinand:*

*Te he confiado mis bienes, y mi fortuna pensando que no me decepcionarías, pero no ha*

*sido de esa forma. No sé cuándo volverás de tu interludio amoroso con Eloise, pero cuando lo hagas, aún serás mi administrador.*

*Me han visto la cara, no obstante, confío en tus habilidades en los negocios, eres emprendedor e inteligente. No creo que nuestra amistad pueda mantenerse, aunque nuestra relación comercial lo haga.*

*Te enviaré cartas para que puedas enviarme los informes sobre mi patrimonio. Lo único que exigiré será que tus cartas no tengan ningún contenido referente a Eloise, porque si leo su nombre en una de ellas, las arrojaré al fuego y te despojaré de la administración y de la fábrica misma.*

*Tú seguirás en mi vida pese a lo que has hecho, pero ella no lo hará porque nunca perdonaré su traición y que yo me diera cuenta de la peor forma de todas, viéndolos juntos. Eloise defraudó mi confianza y de ella dependía rechazarte o aceptarte; ella ha preferido amarte a ti.*

*Desearte felicidad sería grotesco y, por sobre todo, sería un engaño.*

*Bruce*

—¡Bruce! —exclamó abandonando su sillón.

—¿Qué ocurre? —indagó Micaela.

—No lo sé, aquí habla de una relación con Eloise, no comprendo —añadió nervioso—. Es una confusión, debo ir a verlo.

Micaela vio que su hermano se retiró con prontitud, mientras ella se quedó sentada bebiendo una copa de agua, festejando internamente que el duque pensara lo peor de Eloise.

Ferdinand no encontró a Bruce en su casa. Sus empleados dijeron que se había ido con sus pertenencias a un viaje de negocios y que no sabían cuándo regresaría. En ese momento, comprendió lo que ocurría. Bruce abandonó a Eloise por creerla infiel. Él tenía en sus manos la manera de romper el corazón de Eloise para siempre al decirle que Bruce se había ido.

Él no quería hacerlo, pero tampoco quería que Eloise llegara vestida al altar y quedara alborotada.

—Eloise... —la llamó Ferdinand al verla sentada en un banco de su jardín con la doncella sentada enfrente posando.

Eloise giró la cabeza para verlo.

—¿Señoría? Creo que se equivocó de casa... —Rio después de decirlo.

—No lo he hecho, vine para verla a usted. ¿Puedo sentarme? —preguntó señalando con su sombrero en la mano un lugar en el banco.

—Por supuesto, siéntese. Cité a Pepper para tomar el té. Le dije que le enseñaría a servir el mejor té.

—Es bueno saberlo, tal vez sería bueno que le enseñara también a bailar un poco... —bromeó forzado.

La risa cantarina de Eloise era hermosa, sin embargo, probablemente esa sería la última vez que la vería.

—Vine a decirle algo de Bruce, Eloise...

—¿De mi duque? Ha sido extraño que no haya venido a verme —dijo colocando una de sus manos en su mentón.

—No vendrá porque se ha ido.

—¡¿Irse, adónde?!

—Tome... —Le entregó la carta que Bruce le dejó.

Sintió un escalofrío al leer la primera línea. Sus ojos fueron llenándose de lágrimas, hasta sentir que estaba vacía.

—¡Es mentira! —exclamó, arrojándole la carta en el rostro.

Desesperada y ahogada en la tristeza por reconocer aquella letra, sabía que no era un mero montaje. Arrojó los pinceles y salió llorando de su residencia.

—¡Eloise! —La siguió Ferdinand.

Chocó contra todo lo que había a su paso, las lágrimas no la dejaban ver. Solo sentía dolor y quería que fuera una pesadilla. Él debía estar en su casa, por eso iba corriendo hasta ahí.

Desgastó sus zapatos y ensució su vestido para llegar sin aliento y sin lágrimas hasta ahí y quedarse en la puerta.

—¡Bruce! —golpeó la puerta sin importar que los demás la vieran como una demente—. ¡Sal de ahí, y habla conmigo!

Ferdinand la alcanzó viendo que estaba haciendo el ridículo en la calle, recostada y golpeando la puerta.

Observó que el mayordomo de Bruce abrió la puerta e incorporó a Eloise.

—Su excelencia se ha ido, señorita Clement, y no ha dejado nada dicho para usted...

Eloise desfalleció. Sintió que las sombras se la llevaban, no quería seguir adelante si Bruce no estaba a su lado, deseaba morir.

# Capítulo 34

*Querida Eloise:*

*Te escribo para contarte el feliz acontecimiento que nos sucede a todos aquí. Estoy embarazada de mi segundo hijo. Al primero lo conoces por las cartas, el pequeño Percy pronto caminará. Se sujeta de mis faldas para poder ir. Este pequeño en camino ha sido una sorpresa, pues mi salud no es tan buena y lo sabes, pero no me quita la alegría de tener una familia numerosa. En este tiempo, recuerdo tenías razón, no podía dejar ir al marqués y él también tenía razón, el amor llegó con el tiempo. Es un hombre maravilloso al que le debo mi felicidad, aunque más te la debo a ti. Si no me traicionabas, otras serían mis circunstancias.*

*Me he quedado con tu cuaderno en el que anotaba tus andanzas, y hoy las miro con mucha añoranza. Te extraño, Eloise, y lamento profundamente que no pueda saber dónde te encuentras ni saber por qué te has ido. Creo que el dolor de haber perdido al duque fue devastador para ti. Aún la sociedad sigue hablando de ti, como si fueras una leyenda, pero solo pasaron dos años desde que no nos volvimos a ver.*

*Mi cuñada, Micaela, ha extraviado su camino por completo y ha enloquecido por no ser correspondida. Como sabes, ella dejó al conde de Dartmouth, sin embargo, no te he contado una excelente noticia, querida mía, el conde se casó con tu prima, lady Alanis. Si vieras lo felices que son, podrías asegurar que Micaela ha sido una piedra en su zapato. Después de que Ferdinand la corrió de la mansión por haber propiciado el malentendido que te separó de Bruce y rompió sus lazos de amistad, la envío a Bedlam porque no estaba cuerda.*

*A tus padres los veo siempre y no me quieren hablar sobre ti, ni decirme a dónde partirse. Mis cartas te llegan a través de ellos, y no sé con cuánto retraso. Cuéntame, ¿cómo has estado? Saber de los paisajes bonitos no es aliciente para saber cómo estás.*

*Lo último que recuerdo de ti fue todo lo que gritaste al subir al carruaje frente a un montón de curiosos, nunca lo olvidaré, fue bochornoso, pero real. Han estado regocijándose en tu dolor, has sido la burla, y aun así tuviste el valor de enfrentarlos.*

*Extraño nuestras charlas, escuchar tus sonrisas y disfrutar de tus maldades. Dime dónde estás, aquí tienes a tu fiel Pepper para contarle tus dichas y tus penas.*

*Esperaré una respuesta. Te envío muchos abrazos, fuertes y cariñosos.*

*Te quiere,*
*Pepper*

Eloise se limpió las lágrimas que salían de sus ojos como cataratas. También extrañaba a Pepper, aunque lo que más deseaba era olvidar todo lo que era Londres.

Dobló la carta y la guardó en su secreter. Tomó una hoja y la hermosa pluma que Bruce le había regalado y se puso a escribir.

*Mi estimada marquesa:*

*Te saludo con alegría y te comento que tus cartas llegan a tiempo a través de mis padres. Vienen seguido, no te preocupes más.*

*Aún no puedo creer que mi adorado adefesio londinense vaya a parir otro heredero, o tal vez, sea una pequeña niña. Si es una niña, convence al marqués de que lleve mi nombre. No le hará gracia, pero dile que es porque le conseguí una esposa, de no ser por mí, no sería nada.*

*De mí no hay mucho que decir, Pepper. Mary está acompañándome siempre. Southampton es hermoso en primavera, o al menos lo es el campo. Pero quiero decirte que me alegra que lady Micaela haya enloquecido, lo merecía y hoy me regocijo en su pena, porque ella me causó la pena más grande que una mujer comprometida pudo tener. Deberías conformarte con saber que soy feliz a mi manera, por más que no haya día ni noche en que deje de pensar en Bruce. No lamento haberle entregado mi corazón, si no lo hacía, no conocería las maravillas de las que me perdía. Me estaba convenciendo de que todos eran sapos, besé a tantos, que a algunos me da mucha vergüenza recordarlos, y hoy me pregunto: ¿en qué pensaba?*

*Recuerdo que pensaba que podía encontrar algo parecido a un sentimiento al besar a alguien. Sin embargo, los candidatos pasaban y pasaban, y yo fui desvirtuando la galantería hasta que conocí a Bruce. Cómo recuerdo de forma tan vívida sus cartas, sus palabras y sus besos.*

*Despertó en mí más que amor, también la pasión de pintar, y he progresado mucho. Estoy comenzando a pintar personas. Cerca de aquí, vive un terrateniente muy amable, del cual no te hablaré en demasía, pero me ha pedido matrimonio. No me casaré, he decido ser soltera y lo único que pude ofrecerle a ese hombre fue retratarlo.*

*El amor entre Bruce y yo fue hermoso, pero ya se ha ido y no me ha dejado sola, tengo un recuerdo que vive y respira a mi lado, y ha llenado el vacío que él dejó en mí.*

*Tal vez algún día podamos volver a vernos. Lo esperaré con ansias porque tengo mucho que contarte.*

*Te quiere,*
*Eloise*

Dejó la carta y miró por la ventana que daba hacia una gran pradera. Mary estaba corriendo detrás de la pequeña Beatrice, que para su gusto era muy parecida a su padre, Bruce.

Se paró y la observó detenidamente mientras ella se divertía y emitía fuertes risotadas. No olvidaría el día que concibió a Beatrice en aquella campiña donde fueron de cacería. Mientras Bruce y los demás cazaban, ella estuvo cabalgando para observar el lugar y luego pintar aquello. Pepper no la quiso acompañar, estaba demasiado pendiente de que el marqués no la quisiera. Uno de los disparos puso nervioso a su caballo, y fue inútil intentar que la obedeciera.

Bruce escuchó su llamado de auxilio y fue tras ella. Su brazo estaba repuesto, aunque siempre cojeaba con una de sus piernas, aun así, azuzó a su caballo para darle alcance al suyo que estaba demasiado asustado.

La alcanzó y detuvo a su caballo. La trasladó de un caballo a otro y la colocó frente a él.

—Ten cuidado, Eloise. ¿Qué haría si te pierdo? —dijo dándole un tierno beso en el cuello.

—Tal vez buscar otra prometida —replicó sintiendo que una sensación placentera la atravesaba al sentir su respiración tan cerca de su piel. Se estremecía con el contacto de Bruce.

—No podría hacerlo, porque es a ti a quien amo y deseo, Eloise —aseguró tragando saliva después de percibir el delicioso y delicado aroma que desprendían los cabellos y la piel de Eloise.

Alejados de los demás, Bruce la llevó bajó un árbol para resguardarse del sol, no quería que la piel de porcelana de ella terminara cuarteada por el sol.

—La campiña puede verse desde aquí —murmuró ella recostándose sobre el árbol—. Es maravillosa, deseo que me traigas aquí para poder pintar el paisaje...

Él muy poco la escuchaba. Estaba embelesado por ella. Se acercó a Eloise y la presionó con su cuerpo contra el árbol.

—¿Desea que le muestre mi tobillo, excelencia? Parece muy apasionado esta tarde —se burló, haciendo que él le diera una gran sonrisa.

Comprendía que ese acercamiento era diferente. La respiración de Bruce se lo decía, él quería convertirla en su mujer.

—Aprecio un buen tobillo, Eloise. El suyo es el más hermoso que he visto, se lo puedo asegurar —alegó queriendo que ella comprendiera que nunca le importó el tobillo de ninguna otra, porque no había mucho que mirar ahí—. Es difícil resistir mis deseos por ti, mi amada Eloise. Me volveré un demente si no puedo poseerte...

Con sus manos alrededor del cuello de Bruce lo besó y se dejó besar, seducida por el encanto de él. Solo temía al dolor que Pepper le contó que sintió.

Él la hizo descender hasta el césped, donde la recostó y se colocó sobre ella.

—Solo pediré que sea delicado —murmuró asustada, con la respiración agitada.

—Hay cosas que nunca deberían pedirse, y un buen trato es una de ellas...

Bruce se apoderó de cada parte de su piel, apenas dejándola vivir. Sintió que se perdía en las sensaciones que él despertaba en su cuerpo, y supo que aquello en verdad era hacer el amor y

también supo que no podría retenerlo de por vida con solo un tobillo.

Aquella fue la tarde más hermosa de su vida. La belleza del paisaje y la consecución de su amor se conjuraron, pero todo aquello desapareció después de que la abandonó.

No recordaba cómo llegó a su casa después de desmayarse frente a la residencia de Bruce. Le dijeron que fue el marqués de Normanby quien la tomó en sus brazos y caminó con ella a cuestas por las calles. Al despertar encontró a Pepper, mirándola con lágrimas en sus ojos, intentando consolarla sin palabras, porque sabía que ninguna palabra calmaría su espíritu ni recuperaría su corazón.

Se convirtió en la burla de la sociedad y quedó recluida en su casa bajo la pena y lástima de sus padres. Todo era soportable, hasta que Mary le recordó que tenía dos meses sin ser visitada por la naturaleza. Entonces la criada la delató con su madre.

Su padre la echó de la casa, furioso y más decepcionado que nunca de ella. No comprendió que ella se confío a Bruce, pero a él no le importó. Su madre abogó por ella con desesperación, diciéndole a su padre que nadie notaría su embarazo si la enviaban a un lugar donde no la conocieran y que luego podía volver después de dar en adopción al bastardo.

Recordó con dolor cada palabra que debatían sus padres porque ella deseaba quedarse con lo único que le quedó de Bruce. Su padre aceptó sus ruegos, prometiendo desaparecer de Londres para siempre a cambio de que dejaran que conservara a su vástago.

—¡Señorita Eloise! —la llamó Mary para que fuera junto ellas. La criada y su hija desaparecieron de su vista mientras ella estuvo recordando su vida de casi dos años atrás.

—¡Voy! —dijo corriendo hacia donde escuchó la voz.

Sonrió al ver a Beatrice con su pincel en la mano, destruyendo un lienzo por el que estaba pintando.

—¡Beatrice! —exclamó haciendo que ella soltara el arma contundente de destrucción.

Tomó a su pequeña en brazos y pegó su nariz con la de ella.

—Eres una pequeña diabla, te adoro, mi pequeña. Eres lo más valioso que tengo.

Beatrice sonrió y se abrazó a ella, recostando su cabeza en su pecho. Su mirada cristalina se ganó su corazón tal como lo hizo con el de sus padres. Podía asegurar que no necesitaba más que a su hija para ser feliz. No tenía a Bruce y su amor junto a ella, pero tenía a la consecuencia de aquel sentimiento que la cambió para siempre.

# Epílogo

Después de aquella fatídica noche, en que vio a su amada Eloise traicionándolo con su socio, fue a su casa y se encerró. No sabía que podía tener tantos sentimientos irracionales en su ser. Quería ir tras ellos y cerrarles el camino en su huida, pero eso sería sucumbir ante lo insensato. Él siempre fue un hombre pensante, no actuaba por impulso, sino lo hacía evaluando los riesgos de su decisión. Sin embargo, en ese momento, no supo cómo actuar.

Maldijo haber sido engañado y quería pensar que cayó en un mal negocio y lo timaron, aunque sus sentimientos por ella clamaban por perdonar su extravío, pero no lo iba a hacer, Eloise Clement murió esa noche y para siempre.

Con Ferdinand estaba obligado a mantener su correspondencia, pues era su administrador. Era brillante y prometió ayudarlo, pese a que también le prometió matrimonio a Eloise. Ella era quien debió respetar su amor y no correr a los brazos de otro como una indecente. Esa noche se convenció de que Eloise era una libertina, y no solo una ladrona de besos.

Después de dos años y muchas cosas pendientes que dejó en Londres para huir sin remedio de su decepción, tenía que regresar.

Fue inútil escapar de ella, su recuerdo y sus palabras lo seguían. No podía olvidar sus besos, su cuerpo y hasta lo tonto que sonaba que le quisiera enseñar el tobillo. Sonreía al recordarlo. La amaba y su sombra estaba presente en su corazón, no se había ido por más que quemó las cartas donde Ferdinand intentó hablarle sobre ella. Remitió otras cartas pidiendo que respetaran sus términos. Solo asuntos de negocios.

Después de establecerse en su residencia y descansar, se arregló para ir a casa de Ferdinand para que le rindiera cuentas. Tal vez vería a Eloise. Con ese pensamiento, no pudo evitar que las canas se reflejaran con más notoriedad en contraste con sus cabellos negros. Eloise solía tomar sus canas entre sus dedos y no paraba de decirle que parecían cabellos de plata.

No quería encontrarla siendo la esposa de Ferdinand, pero era algo que debía enfrentar para sepultar su recuerdo de una vez por todas.

La gente murmuraba al verlo regresar. Él creía que se burlaban de él porque Eloise estaba casada con su administrador y no con el gran duque. Intentando hacer caso omiso, bajó de su carruaje con su elegante bastón y caminó decidido a hacerle frente a su pasado.

El mayordomo lo dejó pasar para esperar a Ferdinand, que según el hombre, no tardaba en

volver de una diligencia en casa de Alan. Al llegar a la sala, un pequeño niño de cabellos dorados y ojos azulados, se colgaba de unas cortinas para poder caminar.

Un sofoco lo invadió. Parecía sudar por debajo de sus prendas, pues sentía que el calor lo derretiría al saber que aquel podía ser el hijo de Eloise.

—Milady, el duque de Kent se encuentra abajo —comunicó el empleado.

—¿El duque de Kent? ¡El duque de Kent! —exclamó Payton abandonando su asiento frente al espejo donde se arreglaba.

—El marqués no se encuentra, pero lo esperará, o al menos eso me ha dicho.

Payton tomó las cartas que tenía guardadas en el secreter y las abrazó.

—Yo lo atenderé...

La criada que cuidaba al pequeño no hablaba demasiado, se refería a la señora de la casa como solamente milady.

Bruce escuchó los pasos de unos zapatos, bajando las escaleras. Imaginó que vería a Eloise, pero en lugar de eso, vio a una hermosa lady Payton. Estaba finamente arreglada, con joyería, un fino vestido y un peinado vanguardista.

—¿Lady Payton? —mencionó incrédulo al verla descender.

—Disculpe que mi esposo no pueda atenderlo, estará de vuelta muy pronto. —Sonrió, colocándole la mano para que la besara.

—Entonces... —dijo señalando con su mirada al niño pequeño en brazos de la criada.

—Percy es mi hijo. ¿Por qué se ha negado a recibir las cartas de mi esposo donde le habló sobre Eloise? Usted no sabe la injusticia y la injuria de la que fue víctima por parte de mi cuñada... —dijo queriendo que sonara como un reclamo, pero de ella todo salía con dulzura, que era difícil creer que estuviera haciendo un reclamo.

—Vi a Ferdinand y a Eloise subir a un carruaje que contenía baúles para huir. ¿Qué cree usted que debería pensar?

—Debió creer en Eloise y en el amor sincero que le profesó. Ella no ha sido la mejor de las amistades, pero cuánta sinceridad se escapaba por su lengua. Lo perdió a usted por ayudarme a mí, y no hay día que no lo agradezca. Si ella no hubiera actuado como lo hizo, estaría sola en Brighton. Esa noche, ella persuadió al marqués para que me convenciera de no huir, porque era yo quien iba a huir, y no Eloise.

Bruce sintió el peso del mundo en sus hombros al ver que lady Payton dejaba escapar unas lágrimas al contarle aquello.

—Usted no sabe cuánto sufrió cuando la abandonó y la dejó a merced de la sociedad, sola y humillada. Perdone que se lo reproche, pero es la verdad —agregó seria.

Bruce no podía decir palabra. Estaba intentando digerir lo que le dijo Pepper. ¿Podía ser posible que Eloise fuera inocente? Si de ser cierto aquello, él mercería la muerte por haberla abandonado a poco tiempo de la boda.

—¿Cómo está ella? —indagó sin que se le ocurriera otra cosa que preguntar. Estaba

consternado por la revelación que le hizo lady Payton.

—No lo sé. En sus cartas dice que está bien. La última que recibí fue de hace unos meses atrás.

—¿Cartas?

—Unos meses después de que usted se fue, ella partió sin rumbo. Sus padres no dan razón de ella porque sé que no debe estar en casa de alguna tía en el extranjero como lo creen los demás.

Bruce cerró los ojos con fuerza, se tomó el mentón y maldijo rabioso lo que había hecho con ella.

—Estas son sus cartas en estos dos años. Quizás pueda servir para que usted la encuentre y la consuele porque su dolor no tenía remedio, aunque se fue como era, altanera y perversa gritando sus verdades. Tal vez sus padres accedan a darle alguna señal de ella... —sugirió Payton, buscando la felicidad de su amiga.

—Gracias. Conozco a mi querida Eloise, y sé que no me perdonará...

—Lo ama tanto, que le perdonaría cualquier cosa, lo que fuera. Vaya, lo disculparé con el marqués.

Él hizo una reverencia, llevándose las cartas. Al abrir la puerta terminó tropezando con Ferdinand, que tardó unos segundos en comprender que Bruce había vuelto.

—¡Bruce! —Se alegró al verlo—. ¿A dónde vas?

—A buscar a Eloise. Lo siento, volveré muy pronto —se despidió cojeando rápidamente hacia su carruaje.

Subió abriendo la puerta él mismo, sin esperar que su cochero lo hiciera.

—¡Andando! —ordenó para que se pusieran en marcha.

El cochero abrió la bisagra del carruaje para averiguar la dirección a la que debían ir.

—¿A la mansión, excelencia?

—No, a la casa de Eloise Clement.

No importaba que lady Payton le dijera que los padres eran los únicos en saber dónde estaba. Tenían que decírselo a él para poder enmendarse. Por más que Eloise no lo perdonara, debía dar la cara por su sufrimiento y por haberla juzgado sin creer realmente en ella.

Le declaró su amor, le había dicho que la aceptaba con todos sus defectos y en la primera oportunidad que se merecía el beneficio de la duda, él la apuñaló y la abandonó a su suerte, sabiendo que ella no tenía una buena reputación y se había entregado virgen a él en aquella campiña. Su amor era falso. Nunca podría creer que fuera amor real, pues le hizo más caso a la razón, que al corazón. Su corazón le gritaba que no importaba nada, que la amara sin condiciones, sin embargo, su mente lo presionaba y hacía mayores sus vicios de creerla culpable por coqueta. ¿Cómo su mente pudo odiar, lo que su corazón con tanto afán amó?

—Hemos llegado, excelencia —anunció su sirviente.

Bajó con el rabo entre las piernas. Sabía que el recibimiento que tendría no sería el mismo que la primera vez. El padre de Eloise no lo vería con los excelentes ojos de cuando la pidió en

matrimonio. No podía evitar haberse ganado el odio y el desprecio, si era mal recibido, lo merecía.

El hombre del servicio era un vaticinio de lo que vendría. Lo miraba con sus ojos marrones de manera escrutadora, casi reclamándole.

—Buen día, quisiera hablar con milord —pidió Bruce con porte señorial, escondiendo su vergüenza.

—Pase, veré si milord está interesado en recibirlo —mencionó el mayordomo.

Subió las escaleras para ir a buscar al padre de Eloise que no tenía tan buena salud como antes. Después de los disgustos que le causaron el abandono del duque y luego el embarazo de su hija soltera, estuvo a punto de pisar su tumba.

—Disculpe que lo moleste, milord, pero ha llegado una visita inesperada.

—¿No me digas que Eloise se atrevió a venir hasta aquí?

—No, milord, el que se atrevió a venir es el duque de Kent...

—¡Desgraciado, sinvergüenza! ¡Llama a mi esposa, de lo contrario, no respondo de mí! —declaró, dejando la cama para vestirse y recibirlo como lo que era, un crápula.

Su esposa escuchó sus gritos desde el jardín, era evidente que su esposo estaba teniendo un mal momento. Dejó de escribir su carta y fue hasta el salón para poder subir las escaleras, pero al pie de la escalinata, se encontraba el duque de Kent. Su estómago se revolvió de la rabia, aquel debía ser la razón por la que su esposo había pegado el grito al cielo, y no le sorprendería que buscara su arma para matarlo.

—¿Cómo se atreve a traer su repulsivo rostro a esta casa? Lárguese, lárguese o no vivirá para contarlo —amenazó el padre de Eloise sin dar a lugar a una tregua.

—Buen día, milord. Comprendo su molestia y me iré. Solo deseo que usted me diga dónde está Eloise.

—¡Y para qué quiere saberlo! ¡Lárguese! —advirtió nuevamente.

Su esposa se colocó junto a él para que se tranquilizara. No debía exaltarse.

—Son asuntos privados, que los trataré con la señorita Clement, solo he venido a solicitar el lugar donde se encuentra.

—No venga aquí con cuentos. No le diremos dónde está Eloise. ¡Lárguese! ¿Cómo osa poner su cara en esta casa después de que la abandonó? Es mejor que no aparezca frente a ella. Está haciendo su vida, o al menos lo que queda de ella. Seamos realistas, excelencia, no era la más recatada, pero se había comprometido con usted, se confío, pensando que usted la apreciaba... —reclamó su padre—. No puede venir después de dos años a pedir su dirección porque no se la daremos.

—No estoy en posición de defenderme, quiero pedirle perdón a ella por abandonarla, y si me perdona y no está comprometida, poder cumplir mi palabra de matrimonio, cualquiera sean sus circunstancias —alegó.

—¡Lárguese! —exigió, tomándose del estómago.

—Luke, deja el coraje. Vaya afuera, excelencia, y aguarde... —pidió la madre de Eloise.

Bruce hizo una reverencia y salió.

—Luke, le diré dónde está Eloise...

—No lo vas a hacer. ¿Y si es una treta para llevarse a Beatrice? Tal vez sepa que tiene una hija.

—Piensa en Beatrice. Por Eloise no podemos hacer nada, pero Beatrice es la hija de un duque, es su herencia. ¿No querrás que sea bastarda toda su vida, o sí? —Intentó hacerlo entrar en razón —. No eres eterno para ocuparte de ella, por favor, déjame decírselo. Debemos arriesgarnos aunque no nos agrade.

Él miró a su esposa. No quería que Beatrice les fuera arrebatada por el temperamento del duque. Ella tenía razón, Beatrice tendría un futuro apoyada por su padre y con Eloise a la pequeña solo le esperaba lo incierto.

—No quiero hacerlo.

—Es responsabilidad de su padre ocuparse de Beatrice...

Esperó afuera un buen rato. Miró el jardín que en aquel momento parecía abandonado. Tantas veces había compartido un agradable té junto a Eloise. Recordó el día que le preguntó por sus habilidades artísticas y ella simplemente le respondió: «¿Puede considerarse habilidad artística besar apasionadamente a un duque?».

Sus ojos le picaban al recordar con nostalgia la magia que desprendía su coquetería. Tenía sus formas de ser cariñosa, y también sus monumentales caprichos. Recordó que nunca debía insultarla con un vestido barato, ni con imitaciones de joyas, se las aventaría a la cara.

—Excelencia... —lo interrumpió la madre de Eloise, devolviéndolo a su cruda realidad: mendigar perdón.

—Dígame...

—No estoy de acuerdo que quiera conseguir el perdón de Eloise después de todo lo que le hizo, pero no puedo pensar de manera egoísta. Ella está en Southampton, en una finca que compramos para su estadía temporal. Sin embargo, ha pedido vivir ahí y no volver a Londres.

—Gracias. ¿Está sola?

Ella asintió con la cabeza antes de verlo hacer una reverencia y partir.

Después de dejar sus asuntos en orden con Ferdinand y sus demás socios, partió a Southampton tres días después de conocer el lugar. Ansiaba poder volver a verla, y rogarle perdón. Quería oírla declarar su amor como lo hacía. No veía el momento de llegar ahí.

El viento en Southampton estaba embravecido. Eloise tenía atado un elegante bonett de paja en la cabeza, mientras intentaba colocar su caballete. Beatrice no podía quedarse mucho tiempo parada. El viento la empujaba de vuelta al suelo, haciendo que su falda le quedara en la cabeza. Mary luchaba por mantener a Beatrice de pie, también sosteniendo su falda.

—Señorita Eloise, volvamos a la casa —recomendó Mary para evitar que la niña se lastimara.

—Ya estamos aquí, el viento calmará pronto —objetó Eloise clavando el caballete en el suelo

bajo un árbol—. Se parece al paisaje de la campiña, pero sin la campiña...

—¿Cómo extenderé el mantel? Se lo llevará el viento —se quejó la doncella.

—Usa tu ingenio. Cuatro piedras, una en cada esquina. ¿Qué te parece? Ya deben considerarme una pensadora con esa recomendación —se burló levantando una ceja.

—No me merezco sus maldades, señorita.

—¿Y qué maldad he dicho? Solo que pensaras, te aseguro de que no hay mucha dificultad. —Sonrió con su paleta de colores en la mano—. Beatrice, ven aquí, ataja mi falda para que no salgas volando.

Mary aprovechó que la niña obedeció y buscó cuatro piedras como dijo Eloise y las colocó en cada esquina.

Beatrice corrió a sentarse sobre el mantel rojo. La canasta que llevaron tenía vino, sumo de frutas, pan, queso, cecina y pollo desmenuzado.

La niña no dudó en tomar la primera pieza de pollo que vio. Se había empavonado la boca y las mejillas con aquello. Eloise solo la miraba divertida. ¿Qué importaba que su vestido se ensuciara? Para ella Beatrice era perfecta, inclusive con ese trozo de pollo.

Se concretó en su paisaje cuando lo pintaba, perdida en los detalles más pequeños del lugar, y no prestó atención a que Mary se había dormido después de comer y beber y que Beatrice se había alejado de ellas persiguiendo una mariposa azul.

Bajó rodando la colina, empujada por el viento. No lloró, sino que se divirtió cayendo. Se levantó y continuó riendo tratando de alcanzar su llamativa mariposa.

Después de seguirla un largo trecho, se cansó y miró a su alrededor, estaba sola. Acostumbrada a estar con su madre o Mary, comenzó un llanto incesante.

El veloz carruaje del duque de Kent se detuvo peligrosamente a la orilla del camino, haciendo que Bruce casi alcanzara el techo del carruaje con su cabeza. Una vez que se estabilizó, no dudó en sacar la cabeza y reclamar.

—¡Qué sucede para que seamos sacudidos de esa forma! —reclamó. Estaba concentrado leyendo las cartas que Eloise le escribió a lady Payton.

—¡Una niña, excelencia! —comunicó el cochero.

Él miró cerca del camino y el sirviente tenía razón. Una pequeña niña lloraba desconsolada.

Bruce bajó de su carruaje con el bastón, y caminó hasta ella.

—¿Por qué lloras, pequeña? ¿Dónde están tus padres? —indagó queriendo bajar una rodilla en el suelo.

Beatrice, al escuchar su voz, fijó sus ojos azules como el cielo en los suyos. Estaban aguados por las lágrimas. Bruce miró su piel blanca y delicada, sus ondulados cabellos negros, eran brillantes y su ropa estaba un poco sucia, pero era elegante.

—No llores más. Te ayudaré a buscarlos. —Sonrió tomándola en sus brazos—. Buscaré a sus padres —informó a su cochero mientras la colocaba correctamente en sus brazos.

Beatrice dejó de llorar y fue llevada por él en sus brazos.

—Creo que tengo hambre, y... ¿Beatrice? —preguntó mirando a su alrededor—. ¡Mary, dónde está Beatrice! —Se exaltó despertando a la criada, que pegó un salto.

—¡Beatrice! —la llamó confundida, buscando con la vista.

—¡Perdiste a Beatrice, Dios mío! ¡Te pagamos para que la cuides, cómo pudo haberse perdido! —lamentó desesperada, yendo de un lado otro.

—¡Perdón, señorita Eloise! ¡La buscaré ahora mismo!

—¡Dios, pudo haber sido devorada por algún animal! ¡Oh, mi Beatrice! —Lloró corriendo para buscarla.

Se sentía morir por no haberle prestado atención a la pequeña.

—¡Beatrice, por favor aparece! —exclamó con el corazón en la mano, bajando la colina que su hija había tomado.

Corrió para buscarla, observando el campo por completo. Mary se había ido al otro lado para buscar a Beatrice. Creyó haber pagado todas sus culpas pasadas, pero al parecer todavía tenía algo que pagar por eso su hija había desaparecido. Murmuraba su nombre buscándola, hasta casi llegar a la ladera del camino, donde vio a un hombre con bastón caminando.

Su mente estaba confundida. Podía ver que aquella forma de caminar era parecida a la de Bruce. Sin embargo, su mente estaba engañándola.

La figura que se iba acercando con el bastón tenía un bulto en brazos. Aquel parecía ser el vestido marfil de Beatrice.

—¡Beatrice! —profirió, corriendo hacia ellos.

A medida que se acercaba, se dio cuenta de que no era un engaño de su mente, era Bruce cargando a su hija. Se quedó quieta y tragó saliva.

Bruce, con la pequeña en sus brazos, vio a la elegante dama con un sombrero que estaba parada, viéndolos. Emprendió el rumbo para devolver a la niña, probablemente aquella mujer fuera su madre.

Al llegar junto a ella, puedo ver que era Eloise. Su belleza resaltaba por debajo de aquel sombrero, el cual nunca le vio usar.

La niña vio a Eloise y agitó sus brazos hacia ella para que la tomara y Bruce comprendió que aquella era la hija de su amada Eloise.

Ella, sin decir una palabra, tomó a Beatrice en sus brazos y la besó en la frente.

—¿Es tu hija, Eloise? —indagó mirando a la hermosa pequeña muy parecida a ella.

—Lo es, excelencia. Gracias por devolverla —respondió girando sobre sus talones para irse.

—¿Dónde está tu esposo? —La retuvo con aquella pregunta. Debía saber si estaba casada.

—No tengo esposo. Estoy sola con mi hija.

La respuesta, en lugar de contentarlo, lo dejó indignado. ¿Quién se atrevería a abandonar a una mujer en esas condiciones? Él podía hacerse cargo de la niña por amor a Eloise.

—¿Su padre ha muerto o estás comprometida?

—¿A qué vienen esas preguntas? ¿Qué hace usted aquí? Si estaba de paso, el pueblo cercano

está a varias millas de aquí. Disculpe que no tenga tiempo para usted, pero debo irme —argumentó sofocada por verlo. Tanto había llorado que no sabía que podía volver a hacerlo, y si permanecía ahí, vería su debilidad por él.

—Contesta, por favor, no te vayas, Eloise...

Tenía los ojos cargados de inevitables lágrimas por derramar ante su presencia, quería matarlo por no creer en ella, pero a la vez abrazarlo para consolarse por aquella confusión que los separó.

—¿Contestar qué? Que Beatrice es la hija bastarda del duque de Kent, que me abandonó antes de casarnos. Supongo que esa explicación lo compondrá y me dejará ir, ¿no es así? Es su hija, excelencia. La campiña no solo fue hermosa, sino que me dejó el mejor de los recuerdos.

Él miró a la pequeña que quería bajar de los brazos de su madre y hacer su propio camino. Eloise la bajó en el suelo, y Bruce, con sus ojos llorosos, acarició el sedoso cabello de Beatrice.

No podía creer que aquella era la consecución de su amor con Eloise, era hermosa y perfecta como su madre. No la conocía, pero ya la amaba con locura.

—Eloise, quiero pedirte perdón... —Bajó su mirada azul hacia la niña para continuar—. No sé si merezca tu perdón por lo que hice, pero conoces mis pensamientos. No vendría aquí, si no lo creyera justo. Estás en tu derecho de juzgar mi actuar, pero no más que yo. Sé que sufriste, aunque más he sufrido yo al perderte...

—¡Te fuiste, dejaste que todos me señalarán! —lo acusó llorando—. ¡Pero nunca me importaron los dedos de los demás, sino el tuyo que me señaló sin piedad alguna!

Beatrice se tomó asustada de la falda de su madre, pues nunca la oyó molestarse.

—No voy a poner en tela de juicio algo de lo que soy culpable. Prometí amarte como eras, y ante la primera duda, huí cobardemente, pero me arrepiento. Leí en las cartas de lady Payton que no has podido olvidarme...

—No se puede quitar una espina clavada tan profundamente en mi corazón...

—Quiero sanar tus heridas, Eloise... —dijo Bruce extendiendo su mano para que ella la tomara —. Solo toma mi mano, y empieza tu vida conmigo...

Ella negó varias veces con la cabeza, observando cómo tenía tan cerca la posibilidad de ser feliz. Si deseaba vivir el amor con su amado, debía tomar su mano, o si quería continuar viviendo sola con su hija, debía rechazarlo.

Pasaron dieciséis años de aquel día, donde ambos decidieron volver a amarse y perdonarse. Southampton fue su lugar idílico por diez años junto a Bruce y sus tres hijos, después se mudaron a Londres para que fueran educados en las costumbres de la capital.

La sociedad no olvidó a Eloise, y cuestionó la existencia de Beatrice a viva voz, pero Bruce se había encargado de callar las malas lenguas, sin importar la forma. Beatrice era su joya más preciada, la amaba con locura, probablemente más que a sus hijos varones.

Tenía todo lo que necesitaba para su presentación en sociedad, ya tenía dieciocho años y su belleza afloraba tal como lo hizo la de su madre, por la cual no habían pasado los años.

—¿Y qué opina de este, padre? —preguntó Beatrice, luciendo un vestido frente a él.

—No está a tu altura, querida. Exige que te lo cambien. No es digno de que lo vistas —opinó.

—Es elegante, Bruce, y discreto. No pensé que en algún momento mi padre tuviera razón, pero espero que te comportes, Beatrice —pidió Eloise, sentada mirándola.

—¿A quién debo hacerle caso?

—A tu padre —recomendó Eloise, acercándose para acariciar los brazos de Beatrice—. Aunque concéntrate en buscar un buen esposo.

Beatrice sonrió sinvergüenza mirando a su padre.

—Quiero uno como mi padre, que me adore y me consienta —dijo—. No quiero un marido que no me haga caso, quiero conocer el amor y será a mi manera.

Eloise negó con la cabeza antes de ver que Bruce asentía.

—Haz lo que debas, tú tienes que ser feliz, aquí estoy yo para respaldar tus andanzas —la apoyó su padre, levantándose de su asiento para besar la frente de su hija.

Beatrice era tan irreverente como lo había sido Eloise en su juventud, pero con más apoyo del que tuvo su madre. De nuevo la sociedad temía la entrada de otra inocente niña con un perverso objetivo como lo fue Eloise Clement.

FIN

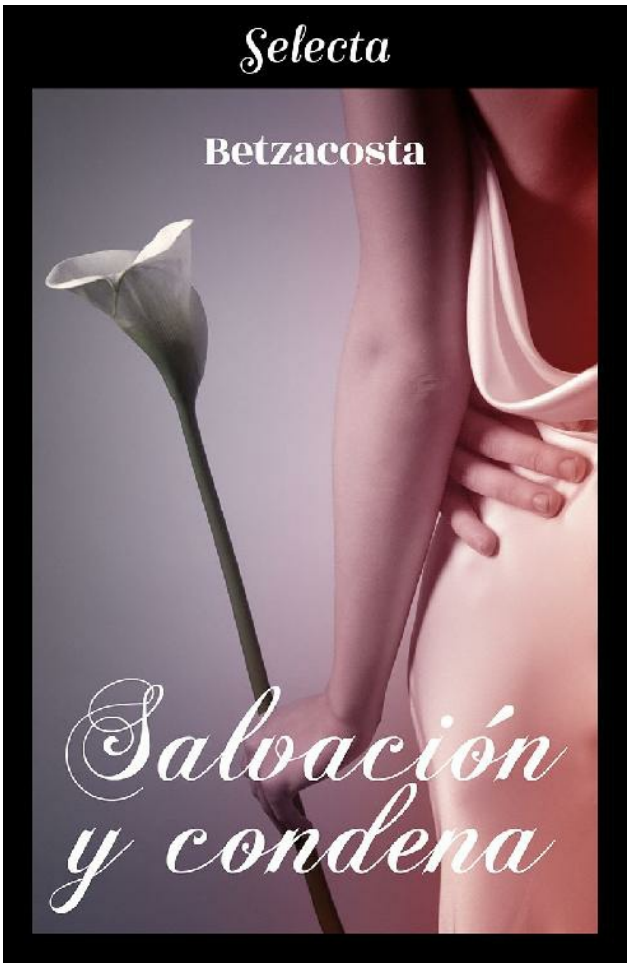
Si te ha gustado

*Tan perversa como inocente*

te recomendamos comenzar a leer

*Salvación y condena*

de *Betzacosta*




# Prólogo

Abigail Walker Costa apoyó sus manos sobre el borde del inodoro cuando su estómago volvió a retorcerse. Creyó que era imposible vomitar en medio de una crisis de llanto, ya que apenas conseguía respirar, pero sin duda estuvo equivocada. Llevaba las últimas horas en un círculo vicioso lleno de fluidos, desde que llegó a su casa y miró el sobre de color marfil; en la solapa posterior solo había dos letras mezcladas en una hermosa caligrafía curvilínea. *CA.* Ni siquiera tuvo que leer el contenido —aunque igual lo hizo—, ya que lo supo al tomarlo en sus manos, hubo una vibración mística en el ambiente, que quizá acompañó a ese pequeño papel por los 2.840 kilómetros de distancia.

Terminó de perder el contenido de su estómago y se deslizó hacia el suelo, se abrazó hasta que sus músculos se resintieron, y creyó que dejaría de respirar en cualquier instante, que sería el primer caso de muerte a causa de lágrimas derramadas.

Sabía que iba a suceder eventualmente. También le habían asegurado que pasaría —de una forma muy cruel— el día que su verdadera condena empezó. En sus momentos más oscuros, rezó que ocurriera lo más pronto posible, como si «matrimonio» y «manzana» tuvieran algún otro parecido que el uso de la misma letra en su inicio. Y aun así... Parpadeó hasta enfocar su mirada en el sobre de color marfil, el cartón duro y la caligrafía que sobresalía en un relieve superpuesto, y enfrentó esas dos letras como otro tipo de burla, una lejana y todavía más cruel y personal.

«Caleb va a casarse. Va a casarse», se repitió en silencio, en un nuevo ataque histérico de llanto que la hizo retorcer contra el suelo.

Mucho tiempo después, yacía sobre las baldosas del baño, medio muerta, con las lágrimas perdiéndose por su cabello ondulado.

Ella habría sido tan distinta si no hubiese tropezado con él nueve años atrás. Una pequeña vocecita en su interior le aseguró que quizá no tendría vida alguna si no lo hubiera hecho. Otra se burló de ese pensamiento, preguntándole qué vida era esa. Sus ojos siguieron fijos en la invitación, pero su mente ya estaba ida a ese momento tantos años atrás.

*Era otro día más en la preparatoria Grandview. Abigail caminó por los pasillos y trató de pasar desapercibida, era uno de los mejores y peores colegios a los que había asistido, y por el mismo motivo: no pertenecía a ese sitio. La mayoría de los estudiantes tenían vidas privilegiadas, y el único motivo por el cual le habían otorgado una beca fue por sus calificaciones y porque la casa de acogida en la que tenía los últimos dos años viviendo correspondía a esa zona escolar. Siguió ensimismada en su lectura de* Crimen y castigo *de Dostoievski, cuando alguien impactó su hombro y la hizo trastabillar hasta tirar su mochila y su libro. Ni siquiera se molestó en alzar su mirada, estaba acostumbrada a que los populares y los imbéciles, en general, la atormentaran por diversión.*

*Se arrodilló a buscar sus cosas y se preguntó si Raskolnikov los consideraría inútiles y querría matarlos. De inmediato sintió vergüenza por tener ese pensamiento tan mezquino.*

*—Lo siento —susurró una voz masculina a su lado. Abigail quedó petrificada al notar que el chico se había arrodillado a su lado para ayudarla a recoger sus cuadernos y lápices, y reaccionó al pensar que el desconocido viera también la tela ensangrentada que había guardado esa mañana en la mochila.*

*—No importa —replicó de forma apresurada y empezó a recoger todo con movimientos casi bruscos.*

*—No prestaba atención —insistió la misma voz—. No te hice daño, ¿verdad?*

*Ella tomó el último cuaderno y se levantó. Recordó el libro, pero al ir a buscarlo notó que el chico ya lo tenía en sus manos. Arrugó su entrecejo en confusión, nunca lo había visto antes, era mucho más alto que ella y delgado, aunque sin ser desgarbado. La forma en que se paró frente a ella, y cómo sostenía el libro, la hizo presumir que era deportista de algún tipo. Su piel era tostada, como si pasara mucho tiempo en el sol, y hacía que sus ojos verdes y su cabello rubio trigo resultaran extraños. Claro, Abigail no podía juzgar sobre eso último, compartía con el chico la misma tonalidad de ojos, casi exacta, pero su piel parecida a la canela clara, y su cabello castaño oscuro con reflejos dorados, ondulado, hacía que llamara su atención sobre su descendencia y sus raíces, de las cuales no sabía nada en absoluto.*

*El chico la vio con amabilidad, pero ella no se permitió bajar la guardia, desde que tenía uso de razón había aprendido a desconfiar de esa expresión. La anciana que el Estado había escogido para su primera casa de acogida, al resultar obvio que nadie la adoptaría ya que a los seis años era muy grande, la miró con cariño mientras estaban los del Servicio Social, pero cuando estos se fueron la tuvo dos días sin comer como bienvenida. Pasaron tres meses antes que alguien se diera cuenta de que no la alimentaba bien y la asignaran a otro sitio, aunque lo cierto es que ese no fue el peor hogar al que la habían enviado.*

*La expresión en él cambió de improviso, sus ojos brillaron y pareció que la veía por primera vez. Abigail se agarrotó y sujetó con firmeza el cuaderno en sus manos, porque le hizo recordar a otra mirada que de vez en cuando notaba en el dueño de la casa donde pernoctaba. Se giró y comenzó a caminar hacia su próxima clase.*

*—¡Espera! —le gritó, y ella se detuvo de inmediato, giró y bajó la mirada. Se había entrenado para no pelear, desafiar o enfrentarse con nadie, ya que eso no la ayudó en el pasado, lo mejor era pasar desapercibida—. Creo que esto te pertenece.*

*Abigail lo miró confundida y casi jadeó al notar que él todavía tenía la copia de* Crimen y Castigo *que obtuvo en la biblioteca pública.*

*—Gracias —susurró al recuperar el libro, no podía obtener una multa en la biblioteca porque no sabía cómo la pagaría, aún faltaban meses para que cumpliera dieciséis años y pudiera trabajar, y si perdía su pase de la biblioteca, perdería lo único que la hacía feliz.*

*—Es un libro muy fuerte para alguien tan joven, mis padres no me permiten leerlo y tengo*

*dieciséis años —inquirió el chico, divertido. Le sonrió ampliamente, y mostró con orgullo un aparato de ortodoncia que parecía transparente.*

*Abigail hizo un asemejo de sonrisa mientras se preguntaba qué se sentiría tener unos padres que se preocuparan por ti. Los suyos no lo hicieron, nunca supo siquiera el nombre de su padre y el único recuerdo claro de su madre fue cuando la abandonó en una iglesia, después de prometerle que regresaría con la cena.*

*—Pues yo sí puedo leerlo —dijo, se encogió de hombros y giró para alejarse.*

*—¡Eh! —la llamó—. ¿Sabes dónde está la oficina del director? Estoy perdido. Nos trasladamos de Texas y es mi primer día aquí. —Arrugó la cara, parecía casi inseguro y ella por fin notó su acento—. No creo que vaya a ser muy divertido empezar en una nueva escuela en mitad de curso.*

*Lo miró con entendimiento y asintió.*

*—No, no lo es en absoluto. Te lo aseguro —confesó y él la miró con duda. Ella volvió a ponerse en guardia. Le indicó el camino de inmediato—. Te aseguro que te irá bien, encajarás de inmediato.*

*Deseó que se alejara antes de que llegaran los demás estudiantes y la sorprendieran hablando con él. Tal vez, Dios no quisiera, alguien empezaría a burlarse y a gritarle que nadie la quería y por eso sus padres la habían abandonado, frente al chico. No quería pasar de nuevo por eso.*

*—Gracias —dijo él—, mi nombre es Caleb, ¿cuál es el tuyo?*

*—Abigail —susurró, y él asintió, su sonrisa parecía luminosa.*

*—Es un placer conocerte, disculpa de nuevo haberte tropezado, y creo que me gustará mucho este instituto. Al menos ya tengo una nueva amiga.*

*Lo observó confundida hasta que cruzó por el pasillo hacia la oficina del director, siguió su camino y le deseó suerte ya que si de algo estaba segura era que, al contrario de Caleb, odiaba ese instituto y estaba desesperada por cumplir dieciocho años para salir de allí.*

Abigail parpadeó un par de veces. Por fin podía respirar, aunque sus músculos seguían agarrotados y ella abrazaba su estómago como si fuera lo único que evitaba que se desintegrara. Sentía su cara tiesa, por las lágrimas secas.

Apartó una mano de su sujeción y cogió la invitación del suelo.

—Caleb Walker y Ava Campbell —susurró y se giró hasta quedar en posición fetal—. CA —insistió, en su propia forma de tortura personal.

Vio la fecha pautada para la boda y notó que faltaban tres meses, entonces comprendió los correos electrónicos que inundaban su computadora y las cientos de llamadas que había decidido ignorar en el último mes. Quizá como una forma de autopreservación, ya que sospechaba que eso pasaría en algún momento, pero de forma egoísta creyó que faltaría mucho tiempo.

Pero el tiempo se había acabado.

Arrugó el papel de lino y se juró que no iría. No importaba lo que pasara, o cómo quisieran obligarla, ella jamás podría ir y verlo frente a un altar para casarse con otra mujer.

—No puedo —aseguró y su voz salió pequeña, agotada. Rendida—. Lo haría todo por ti, pero no esto.

Rompió la invitación y el sobre y se lo juró de nuevo, con renovado fervor.

—No iré.

# ¿Fue salvada o simplemente condenada a otro infierno?




Ava fue rescatada de un lugar sin esperanzas y le fue brindada la oportunidad de tener lo que siempre había deseado: una familia, hermandad y, sobre todo, seguridad. Y en medio de todo ello, estaba Hayden, quien le enseñó lo que era el amor y le hizo creer que podría conseguir todo lo que había deseado.

Pero eso fue hasta hace dos años. Cuando su mundo aún tenía sentido. Cuando no tenía que regresar a casa y ver casarse al único hombre que ha amado siempre.

¿Cuánto puedes sacrificar a fin de conservar lo que nunca has tenido?

**Laura A. López** nació en la ciudad de Luque, Paraguay, el 05 de Julio de 1988, actualmente reside en la misma ciudad. Se graduó en Licenciatura en Ciencias Contables y Auditoría, está casada y tiene una hija.

Se inició en el mundo de la lectura continua en el colegio, leyendo primeramente El ente, de Frank De Felitta, y luego Juan Salvador Gaviota. Hace unos años encontró una plataforma donde se podía leer libros y escribir gratuitamente, leyó todos los del género romance de época, por lo que decidió participar en ese tipo de escritura. En la actualidad cuenta con varias historias de ese estilo además de incursionar en el género *chick-lit*.

Edición en formato digital: septiembre de 2019

© 2019, Laura A. Lopez
© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17616-89-2

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin Random House Grupo Editorial

megustaleer

# Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás recomendaciones de lecturas personalizadas.

Visita:
ebooks.megustaleer.club

 @megustaleerebooks

 @megustaleer

 @megustaleer

# Índice

Tan perversa como inocente

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Epílogo

Si te ha gustado esta novela
Sobre este libro

Sobre Laura A. López
Créditos